

**El Sueño**

**Émile Zola**

## Capítulo I

Durante el duro invierno de 1860, el Oise se heló, las llanuras de la baja Picardía quedaron cubiertas por grandes nevadas y, sobre todo, llegó una borrasca del Nordeste que casi sepultó la ciudad de Beaumont el día de Navidad. La nieve, que ya había empezado a caer por la mañana, arreció por la tarde y se fue acumulando durante toda la noche. Empujada por el viento, se precipitaba en la parte alta de la ciudad, en la calle de los Orfebres, en cuyo extremo se encuentra como encajada la fachada norte del crucero de la catedral, y golpeaba la puerta de santa Inés, la antigua portada románica, ya casi gótica, decorada con numerosas esculturas bajo la desnudez del hastial. Al día siguiente, al alba, casi alcanzaba en ese lugar una altura de tres pies.

La calle aún dormía, emperezada por la fiesta de la víspera. Dieron las seis. En las tinieblas, azuladas por la caída lenta e insistente de los copos, sólo daba señales de vida una forma indecisa, una niña de nueve años que, refugiada bajo las arquivoltas de la portada, había pasado allí la noche tiritando y resguardándose lo mejor que pudo. Iba cubierta de andrajos y tenía la cabeza envuelta en un jirón de pañuelo, y los pies, desnudos dentro de unos grandes zapatos de hombre. Seguramente, había ido a parar a aquel lugar después de haber estado recorriendo la ciudad durante mucho tiempo, ya que había caído allí de puro cansancio. Para ella, era el fin del mundo, pues ya no le quedaba nadie ni nada, el abandono final, el hambre que corroe, el frío que mata; en su debilidad, ahogada por la pesada carga que oprimía su corazón, dejaba de luchar, y, cuando una ráfaga de viento arremolinaba la nieve, no le quedaba sino el alejamiento físico, el instinto de cambiar de lugar, de hundirse en aquellas viejas piedras.

Pasaban las horas. Durante mucho tiempo, había estado apoyada entre el doble batiente de los dos vanos gemelos, en el entrepaño, cuyo pilar sustenta una estatua de santa Inés, la mártir de trece años, una niña como ella, con la palma y un cordero a sus pies. En el tímpano, encima del dintel, se desarrollaba en altorrelieve, con una fe ingenua, la leyenda entera de la virgen niña, prometida a Jesús: cómo sus cabellos, que crecieron y la cubrieron como un vestido cuando el gobernador, a cuyo hijo rechazaba, la envió desnuda a lugares infames; cómo las llamas de la hoguera que, apartándose de sus miembros, quemaron a los verdugos en cuanto éstos encendieron el fuego; los milagros obrados por sus huesos, como el de Constancia, la hija del emperador, curada de la lepra; y los de una de sus representaciones pictóricas, así el del sacerdote Paulino, atormentado por el deseo de tomar mujer, mostrando a la imagen, por consejo del Papa, el anillo adornado con una esmeralda; la imagen extendió entonces el dedo y, cuando lo retiró, conservó

el anillo que todavía se puede ver en ella, liberando de esa manera a Paulino. En la parte superior del tímpano, en una aureola, Inés es recibida finalmente en el cielo, donde su prometido, Jesús, la desposa, pequeñita y jovencísima, dándole el beso de las delicias eternas.

Pero, cuando el viento enfilaba la calle, la nieve golpeaba de frente y los montones blancos amenazaban con bloquear el umbral. Entonces la niña se resguardaba a los lados, apretándose contra las vírgenes colocadas encima del estilóbato del derrame. Estas vírgenes son las compañeras de Inés, las santas que la escoltan: tres a su derecha: Dorotea, alimentada en la cárcel con un pan milagroso; Bárbara, que vivió encerrada en una torre; Genoveva, cuya virginidad salvó París; y tres a su izquierda: Águeda, con los senos retorcidos y arrancados; Cristina, torturada por su padre, a quien arrojó a la cara un trozo de su propia carne; y Cecilia, amada por un ángel. Por encima de ellas, aún más vírgenes, tres apretadas filas de vírgenes, ascendían con los arcos de las dovelas y adornaban las tres arquivoltas con una floración de carnes triunfantes y castas, abajo martirizadas y trituradas en los suplicios, arriba acogidas por un grupo de querubines, arrobadas de éxtasis en medio de la corte celestial.

Nada la protegía ya desde hacía tiempo cuando dieron las ocho y aumentó la luz del día. De no haber sido pisoteada, la nieve le habría llegado hasta los hombros. Por detrás de ella, tapizaba la antigua puerta, como con un manto de armiño, blanca como un altar, en la parte inferior de la fachada gris, tan desnuda y lisa que ni un copo se fijaba en ella. Cubría sobre todo las grandes imágenes de santas del derrame, blancas de los pies a los cabellos, resplandecientes de candor. Más arriba, las escenas del tímpano y las pequeñas imágenes de santas de las arquivoltas sobresalían formando aristas afiladas, dibujadas con un trazo de claridad sobre el fondo oscuro; y así hasta el arrobamiento final, la boda de Inés que los arcángeles parecían celebrar bajo una lluvia de rosas blancas. De pie en su pilar, con su palma blanca y su cordero blanco, la imagen de la virgen niña tenía una pureza blanca, un cuerpo de nieve inmaculado en la inmóvil rigidez del frío, que helaba alrededor de ella la elevación mística de la virginidad victoriosa. Y, a sus pies, la otra, la niña miserable, también blanca de nieve, tan rígida y blanca que parecía convertirse en piedra, ya no se distinguía de las grandes vírgenes.

Entre tanto, un postigo le hizo levantar la vista al cerrarse de golpe en la fila de las fachadas dormidas. Estaba a su derecha, en el primer piso de la casa contigua a la catedral. Allí acababa de asomarse una mujer muy hermosa, morena oscura, de unos cuarenta años, quien, a pesar de la terrible helada, dejó fuera su brazo desnudo durante un momento al ver a la niña moverse. Una sorpresa llena de compasión entristeció su rostro tranquilo. Después, con un escalofrío, cerró la ventana. Se llevó consigo la visión rápida, bajo el jirón de

pañuelo, de una muchacha rubia, de ojos de color violeta, de rostro alargado, el cuello, sobre todo, muy largo, con la elegancia de una azucena, sobre unos hombros caídos; pero, amoratada de frío, con las manitas y los piecitos medio muertos, sin más vida ya que el leve vaho de su aliento.

La niña se había quedado mirando con un gesto mecánico hacia arriba, a la casa, una casa estrecha de un solo piso, muy antigua, edificada hacia finales del siglo XV. Estaba empotrada en el mismo costado de la catedral, entre dos contrafuertes, como una verruga que hubiese crecido entre los dos dedos del pie de un coloso. Apuntalada de ese modo, se había conservado admirablemente con su zócalo de piedra, su piso con lienzos de madera, adornados de ladrillos vistos, su desván cuya armadura sobresalía un metro del piñón, su torrecilla de escalera salediza en el ángulo de la izquierda, donde una estrecha ventana conservaba todavía los plomos antiguos. No obstante, el paso del tiempo había hecho necesarias algunas reparaciones. La cubierta de tejas debía remontar a Luis XIV. Se reconocían fácilmente las obras realizadas en esa época: un tragaluz abierto en la acrotera de la torrecilla, bastidores hechos con trocitos de madera que sustituían por doquier los de las primitivas vidrieras, los tres vanos unidos del primer piso, reducidos a dos, una vez tapiado el del centro con ladrillos, lo que daba a la fachada la misma simetría de las otras construcciones de la calle, que eran más recientes. En la planta baja, las modificaciones eran igualmente visibles: una puerta de roble con molduras en lugar de la antigua puerta con herraje, bajo la escalera, y el gran arco central, cuya parte inferior, lados y punta se habían tapiado de forma que tan sólo quedaba una abertura rectangular, una especie de amplia ventana, en vez del vano ojival que en otro tiempo daba a la calle.

La niña seguía mirando sin reflexionar aquella venerable morada de maestro artesano bien cuidada, y estaba leyendo, clavada a la izquierda de la puerta, una muestra amarilla con las palabras Hubert casullero escritas con viejas letras negras cuando otra vez atrajo su atención el ruido de un postigo que se cerraba. Se trataba ahora del postigo de la ventana cuadrada de la planta baja: se asomaba a su vez un hombre de rostro atormentado, nariz aguileña, frente abollada, coronada de cabellos espesos y ya canosos, a pesar de que apenas debía de tener unos cuarenta y cinco años. Él también se quedó pensativo durante un instante examinándola, con un pliegue doloroso en su boca grande y tierna. Después, la niña vio que seguía de pie, tras los pequeños cristales verdosos. Se giró, hizo un gesto y reapareció su mujer, muy bella. Los dos, uno junto al otro, permanecían allí inmóviles, sin apartar los ojos de ella, con una mirada profundamente triste.

Hacía cuatrocientos años que el linaje de los Hubert, bordadores de padres a hijos, habitaba aquella casa. Un maestro casullero la había mandado construir bajo el reinado de Luis XI, y otro, reparar bajo el de Luis XIV; el

Hubert actual bordaba allí casullas, como todos los de su casta. A los veinte años se había enamorado de una muchacha de dieciséis, Hubertine, tan apasionadamente que, ante la oposición de la madre, viuda de un magistrado, la raptó y se casó después con ella. Su belleza era maravillosa: ésa fue toda su historia de amor, su alegría y su desgracia. Cuando, ocho meses más tarde, acudió encinta al lecho de muerte de su madre, ésta la desheredó y la maldijo, de forma que el niño, que nació esa misma noche, murió. Desde entonces, en el cementerio, en su sepulcro, la burguesa obcecada seguía sin perdonar, porque la pareja ya no había tenido más hijos a pesar de que lo deseaban ardientemente. Veinticuatro años más tarde, seguían llorando al que habían perdido y ahora desesperaban ya de convencer a la difunta.

Perturbada por sus miradas, la pequeña se había ocultado detrás del pilar de santa Inés. Le preocupaba también el despertar de la calle: las tiendas se abrían y la gente empezaba a salir. La calle de Los Orfebres, cuyo extremo daba a la fachada lateral de la iglesia, habría sido un verdadero callejón sin salida, cerrada del lado del ábside por la casa de los Hubert, si no fuera porque la calle del Sol, un estrecho pasaje, la dejaba libre por el otro lado al correr a lo largo de la nave lateral hasta la gran fachada de la plaza del Claustro. Pasaron dos beatas, que dirigieron una mirada sorprendida a la pequeña mendiga, que no recordaban haber visto en Beaumont. La nieve seguía cayendo lenta e insistente, el frío parecía aumentar con el día triste y sólo se oía un lejano rumor de voces en el sordo espesor del gran manto blanco que cubría la ciudad.

Pero la niña, huraña, avergonzada de haber sido abandonada, como si de una falta se tratara, retrocedió aún más, cuando, de repente, reconoció ante ella a Hubertine, quien, por no tener criada, había tenido que salir a comprar el pan.

— ¿Qué haces aquí, pequeña? ¿Quién eres?

Ocultó su rostro sin contestarle. Pero ya no sentía sus miembros, su ser se desvanecía, como si su corazón, convertido en hielo, se hubiese detenido. Cuando aquella buena mujer volvió la espalda, con un gesto de discreta compasión, la niña se desplomó sobre sus rodillas, sin fuerzas, y resbaló como un trapo en la nieve cuyos copos empezaban a cubrirla silenciosamente. Al verla así en el suelo, la mujer, que regresaba con el pan todavía caliente, se acercó otra vez.

—Vamos, pequeña, no puedes quedarte en esta puerta.

Entonces, Hubert, que también había salido y que estaba de pie en el umbral de la casa, cogió el pan y le dijo:

—Venga, ¡cógela!, ¡tráela!

Hubertine, sin decir nada más, la tomó en sus fuertes brazos. La niña ya no retrocedía, transportada como un objeto, con los dientes apretados y los ojos cerrados, helada, con la fragilidad de un pajarillo caído del nido.

Entraron en la casa y Hubert cerró la puerta, mientras Hubertine, cargada con el bulto, cruzaba la habitación que daba a la calle, que servía de salón y en la que estaban expuestos unos bordados de muestra delante de la gran ventana cuadrada. Después, pasó a la cocina, la antigua sala común, que se conservaba casi intacta, con las vigas vistas, el pavimento reparado en mil sitios y la gran chimenea con manto de piedra. Sobre unas tablas había utensilios, vasijas, hervidores, recipientes de uno o dos siglos de antigüedad y viejas piezas de loza, de gres y de estaño. También había un horno moderno, que ocupaba el hogar de la chimenea, un gran horno de hierro cuyos adornos de cobre relucían. Estaba al rojo y se oía hervir el agua del escalfador. En un extremo había un cazo lleno de café con leche caliente.

— ¡Caramba! Se está mejor aquí dentro que ahí fuera —exclamó Hubert, mientras dejaba el pan sobre una pesada mesa de estilo Luis XIII, que ocupaba el centro de la habitación—. Pon a esta pobre niña junto al horno para que entre en calor.

Hubertine ya estaba sentando a la niña. Los dos se quedaron mirando cómo volvía en sí. La nieve de sus ropas se derretía y caía en gotas pesadas. Por los agujeros de sus grandes zapatos de hombre se veían sus piecitos magullados, mientras que el fino vestido dibujaba la rigidez de sus miembros, aquel lastimoso cuerpo de miseria y de dolor. Le dio un largo escalofrío, abrió unos ojos extraviados, con el sobresalto de un animal que se despierta apresado en una trampa. Su rostro pareció hundirse bajo el harapo anudado a su barbilla. Apretaba el brazo derecho contra el pecho con tanta fuerza que pensaron que lo tenía herido.

—Tranquilízate, no queremos hacerte daño... ¿De dónde vienes? ¿Quién eres?

A medida que le hablaban, se asustaba más y volvía la cabeza, como si hubiera detrás de ella alguien dispuesto a golpearla. La niña inspeccionó la cocina con una mirada furtiva, las baldosas, las vigas, los instrumentos relucientes. Después, su mirada se dirigió al exterior a través de las dos ventanas irregulares, conservadas en el antiguo vano; exploró el jardín hasta los árboles del Obispado, cuyas siluetas blancas dominaban el muro del fondo, y pareció sorprenderse al ver allí, a la izquierda, a lo largo de una alameda, la catedral, con las ventanas románicas de las capillas del ábside. Sufrió otro gran escalofrío al calor del horno que empezaba a penetrar en ella; dirigió otra vez su mirada al suelo y ya no se movió.

— ¿Eres de Beaumont?... ¿Quién es tu padre?

Ante su silencio, Hubert pensó que quizá tenía la garganta demasiado seca para contestar.

—En vez de hacerle tantas preguntas —dijo— mejor sería que le diésemos una buena taza de café con leche caliente.

Era una propuesta tan razonable que Hubertine le dio inmediatamente su propia taza. Mientras le cortaba dos grandes rebanadas de pan, la niña seguía desconfiando y retrocediendo; pero el tormento del hambre pudo más y al fin comió y bebió con voracidad. Para no molestarla, el matrimonio callaba, conmovido al ver su manita temblar hasta el punto de no acertar con la boca. Sólo utilizaba la mano izquierda, pues mantenía el brazo derecho obstinadamente pegado a su cuerpo. Cuando terminó, estuvo a punto de dejar caer la taza, que detuvo con el codo, torpemente, con gesto de inválida.

—Entonces, ¿tienes una herida en el brazo? —le preguntó Hubertine—. No tengas miedo, hijita, déjame ver.

Pero al tocarla, la niña se levantó violentamente, se resistió; y en la lucha separó el brazo. Un libro encartonado, que ocultaba pegado a la misma piel, se deslizó por un desgarró de su blusa. Intentó recuperarlo, pero se quedó retorciéndose los puños de rabia al ver que aquellos desconocidos lo abrían y lo leían.

Era una cartilla escolar, expedida por la Administración de niños asistidos del departamento del Sena. En la primera página, bajo un medallón de san Vicente de Paúl, figuraban impresas las fórmulas: apellido del alumno, y un simple trazo de tinta llenaba el espacio en blanco; luego, los nombres, los de Angélique, Marie; las fechas de nacimiento, el 22 de enero de 1851, y de admisión, el 23 del mismo mes, con el número de matrícula 1.634. Así pues, padre y madre desconocidos, ningún documento, ni siquiera una partida de nacimiento, nada más que aquella cartilla, con su frialdad administrativa y su forro de tela de color rosa pálido. Nadie en la vida, tan sólo un registro, el abandono numerado y catalogado.

— ¡Oh! ¡Una niña abandonada! —exclamó Hubertine.

Angélique habló entonces en un ataque de loco arrebato.

—Soy mejor que todos los demás, ¡sí!, soy mejor, mejor, mejor... Nunca he robado nada a los demás, mientras que a mí me lo roban todo... Devuélvanme lo que me han robado.

Eran tan grandes el orgullo impotente y la pasión por ser la más fuerte que agitaban su cuerpo de mujercita, que los Hubert se quedaron sobrecogidos. Ya no reconocían a la muchacha rubia, de ojos de color violeta y de largo cuello con la gracia de una azucena. Sus ojos se habían vuelto negros en su rostro

airado y su cuello sensual se había hinchado con un mar de sangre. Ahora que había entrado en calor, se erguía y silbaba como una culebra recogida en la nieve.

—Entonces, ¿te vas a portar mal? —dijo en voz baja el bordador—. Si queremos saber quién eres, es por tu bien.

Mientras tanto, recorría con la mirada, por encima del hombro de su mujer, la cartilla que ésta hojeaba. En la página 2 se indicaba el nombre de la nodriza. «El 25 de enero de 1851 se confió la niña Angélique, Marie, a la nodriza Françoise, esposa del señor Hamelin, de profesión labrador, con domicilio en el municipio de Soulanges, distrito de Nevers. A la salida, dicha nodriza recibió el primer mes de alimentación y una canastilla.» Había, a continuación, una fe de bautismo, firmada por el capellán del hospicio de niños asistidos, y certificados médicos correspondientes al ingreso y a la salida de la niña. El pago de las mensualidades, cada trimestre, llenaba más adelante cuatro páginas de columnas, en las que se repetía cada vez la firma ilegible del perceptor.

— ¡Cómo! ¡Nevers! —preguntó Hubertine—. ¿Te has criado cerca de Nevers?

Angélique, roja de ira por no haber podido impedir que leyeran, había vuelto a caer en su mutismo huraño. Pero la cólera le despegó los labios y habló de su nodriza.

— ¡Ah! ¡Seguro que mamá Nini os habría dado unos azotes! Ella sí que me defendía, aunque también me soltaba alguna que otra bofetada... ¡Por supuesto que no era tan desgraciada allí, con los animales...!

Su voz se ahogaba, seguía hablando, con frases entrecortadas e incoherentes, de los prados a donde conducía a la Pelirroja, del camino grande donde jugaban, de las tortas que ponían a cocer, de un perro grande que le había mordido.

Hubert la interrumpió leyendo en voz alta:

—«En caso de enfermedad grave o de malos tratos, el subinspector está autorizado a cambiar a los niños de nodriza».

Más adelante, se indicaba que se había entregado a la niña Angélique Marie, el 20 de junio de 1860, a Thérèse, esposa de Luis Franchomme, ambos floristas, con domicilio en París.

—Ya entiendo —dijo Hubertine—. Caíste enferma y te llevaron a París.

Pero no era exactamente eso. Los Hubert no supieron toda la historia hasta que se la sacaron a Angélique trozo a trozo. Louis Franchomme, que era primo de mamá Nini, había tenido que volver a su pueblo durante un mes para

reponerse de unas fiebres. Fue entonces cuando Thérèse, su mujer, que le había cogido un gran cariño a la niña, obtuvo la autorización para llevarla a París, donde se comprometió a enseñarle el oficio de florista. Tres meses después, falleció su marido y se vio obligada, muy enferma a su vez, a retirarse a casa de su hermano, el curtidor Rabier, establecido en Beaumont. Allí murió, en los primeros días de diciembre, después de encomendar a su cuñada la pequeña que, desde entonces, ultrajada, golpeada, sufría el martirio.

—Los Rabier —murmuró Hubert—, los Rabier, sí, sí, unos curtidores que viven a la orilla del Ligneul, en la ciudad baja. El marido bebe y la mujer lleva mala vida.

—Me llamaban hija de la calle —prosiguió Angélique, indignada, llena de rabia por su orgullo herido—. Decían que el arroyo era suficiente para una bastarda. Después de molerme a palos, esa mujer me ponía un comistrajo en el suelo, como a su gato; y muchas veces hasta me iba a la cama sin comer... ¡Ay! ¡Al final habría terminado por matarme!

Hizo un gesto de furiosa desesperación.

—La mañana de Navidad, ayer, bebieron y se lanzaron sobre mí, amenazándome, en broma, con sacarme los ojos con el pulgar. Pero luego no funcionó, acabaron peleándose entre ellos, con puñetazos tan fuertes que creí que estaban muertos, tumbados los dos en la habitación... Hacía tiempo que había tomado la decisión de escaparme. Pero quería mi libro. Mamá Nini me lo enseñaba a veces diciéndome: «Ves, esto es todo lo que posees, porque, si no lo tuvieras, no tendrías nada». Y yo sabía dónde lo escondían, después de que murió mamá Thérèse, en el cajón en lo alto de la cómoda... Entonces, pasé por encima de ellos, cogí el libro y corrí apretándolo bajo el brazo, contra mi piel. Era demasiado grande, creía que todo el mundo lo veía y que me lo iban a robar. ¡Ay! ¡Corrí y corrí! Y cuando la noche ya estaba muy cerrada, sentí frío bajo esa puerta. ¡Ay!, tuve tanto frío que llegué a pensar que ya no estaba viva. ¡Pero da igual! ¡No lo he soltado! ¡Aquí está!

Y con un movimiento brusco, cuando los Hubert lo cerraban para devolvérselo, se lo arrancó de las manos. Luego, sentada, se quedó ensimismada sobre la mesa, sujetándolo entre sus brazos y sollozando, apoyada la mejilla contra el forro de tela rosa. Una terrible humildad abatía su orgullo, todo su ser parecía fundirse en la amargura de aquellas pocas páginas de esquinas desgastadas, de aquel pobre objeto que era su tesoro, el único lazo que la unía a la vida del mundo. No conseguía vaciar su corazón de tan gran desesperanza, sus lágrimas fluían, fluían interminablemente. Bajo aquella presión, había recobrado su bonita figura de chiquilla rubia, de óvalo algo alargado, muy puro, sus ojos de color violeta que la ternura hacía palidecer y la delicada esbeltez de su cuello que la asemejaba a la pequeña virgen de una

vidriera. De repente, cogió la mano de Hubertine, pegó a ella sus labios ávidos de caricias y la besó apasionadamente.

A los Hubert esto los conmovió en el alma y tartamudearon, a punto de echarse a llorar también ellos:

— ¡Querida, querida niña!

Entonces, ¿no era mala del todo? Quizá podrían corregir en ella aquella violencia que los había asustado.

— ¡Por favor, no me lleven con los otros —balbuceó—, no me lleven con los otros!

Marido y mujer se miraron. Precisamente, acariciaban desde el otoño el proyecto de tener una aprendiz en casa, alguna chiquilla que alegrase el hogar que tanto entristecían sus penas de esposos estériles. Tomaron la decisión inmediatamente.

— ¿Quieres? —preguntó Hubert.

Hubertine contestó sin apresurarse, con voz tranquila:

—Sí, acepto.

Se ocuparon inmediatamente de los trámites. El bordador fue a contarle el caso al señor Grandsire, juez de paz del distrito norte de Beaumont, un primo de su mujer, el único pariente con el que ella se trataba. Éste se encargó de todo, escribió a la Asistencia pública, donde Angélique fue fácilmente identificada gracias a su número de matrícula; consiguió la autorización para que se quedara como aprendiz en casa de los Hubert, que eran de reconocida honradez.

Cuando fue a regularizar la cartilla, el subinspector del distrito firmó con el nuevo patrono el contrato por el que éste se comprometía a tratar a la niña con cariño, a tenerla limpia, a hacerle asistir a la escuela y a la parroquia y a tener una cama exclusivamente para ella. Por su parte, la Administración se comprometía a pagarle las dietas y a entregarle ropa con arreglo a las normas.

En diez días, fue cosa hecha. Angélique dormía arriba, junto al granero, en la habitación del desván que daba el jardín, y ya había recibido sus primeras lecciones de bordadora. El domingo por la mañana, antes de llevarla a misa, Hubertine abrió ante ella el viejo cofre del taller donde guardaba el oro fino. Llevaba la cartilla, que metió en el fondo de un cajón diciendo:

—Mira donde la pongo, para que puedas cogerla si te apetece y te acuerdas.

Aquella mañana, al entrar en la iglesia, Angélique se encontró de nuevo bajo la puerta de santa Inés. Durante la semana se había producido un falso

deshielo y luego había vuelto el frío, tan intenso que la nieve de las esculturas, medio derretida, se había helado en una floración de racimos y agujas. Ahora, todo era un gran pedazo de hielo, desde los vestidos transparentes a los encajes de cristal que cubrían a las vírgenes. Dorotea sostenía una antorcha, cuyas límpidas gotas le caían de las manos; Cecilia llevaba una corona de plata de la que manaban perlas vivientes; Águeda, sobre su garganta que laceraban las tenazas, estaba acorazada con una armadura de cristal. Y las escenas del tímpano, las pequeñas vírgenes de las arquivoltas, parecían estar así desde hacía siglos, tras los cristales y las gemas de una gigantesca montura. Inés, por su parte, arrastraba un manto de corte, hilado con luz, bordado de estrellas. Su cordero tenía un vellocino de diamantes y su palma había adquirido el color del cielo. La portada entera resplandecía en la pureza del gran frío.

Angélique recordó la noche que había pasado allí, bajo la protección de las vírgenes. Levantó la cabeza y les sonrió.

## Capítulo II

Beaumont está formada por dos ciudades totalmente separadas y distintas: Beaumont-l'Église, en lo alto, con su vieja catedral del siglo XII, su Obispado, que sólo data del XVII, sus mil almas escasas, que se ahogan, apretujadas, en el fondo de sus calles estrechas; y Beaumont-la-Ville, al pie del collado, a la orilla del Ligneul, un arrabal que la prosperidad de sus fábricas de encajes y de batistas ha enriquecido y extendido hasta el punto de contar con casi diez mil habitantes, plazas espaciosas y una bonita subprefectura de estilo moderno. Los dos distritos, el distrito norte y el distrito sur, sólo mantienen entre ellos relaciones de carácter administrativo. Aunque sólo está a unas treinta leguas de París, adonde se llega en dos horas, Beaumont-l'Église parece todavía encerrada dentro de sus antiguas murallas, de las que, sin embargo, no se conservan más que tres puertas. Una población estacionaria, especial, vive allí la misma existencia que han conocido sus antepasados, de padres a hijos, desde hace quinientos años.

La catedral lo explica todo, lo ha creado todo y lo conserva todo. Es la madre, la reina, enorme en medio del montoncito de casas bajas semejantes a una nidada que se resguardara del frío bajo sus alas de piedra. Allí sólo se vive por ella y para ella; las industrias no trabajan, las tiendas no venden, sino para alimentarla, vestirla, mantenerla a ella y a su clero; y si se encuentran algunos burgueses, se trata de los últimos fieles que de las multitudes desaparecidas quedan allí. Ella late en el centro; cada calle es una de sus arterias; la ciudad no tiene más aliento que el suyo. De ahí ese espíritu de otra época, ese

entumecimiento religioso en el pasado, esa ciudad enclaustrada que la rodea, que exhala un viejo perfume de paz y de fe.

De toda la mística ciudad, la casa de los Hubert, en la que a partir de ese momento iba a vivir Angélique, era la más próxima a la catedral, en contacto con su misma carne. La autorización para edificar allí, entre dos contrafuertes, había debido concederla algún cura de entonces, deseoso de atraerse al antepasado de aquella estirpe de bordadores como maestro casullero proveedor de la sacristía. Por la parte del mediodía, la mole colosal de la iglesia cerraba el estrecho jardín: primero, el perímetro de las capillas laterales, cuyas ventanas daban a los arriates; después, el cuerpo alargado de la nave que los arbotantes respaldaban; y, luego, el gran remate cubierto de hojas de plomo. Jamás penetraba el sol en el fondo de ese jardín y sólo la hiedra y el boj crecían en él con vigor. La sombra eterna, sin embargo, era allí muy dulce y bajaba de la cima gigantesca del ábside, una sombra religiosa, sepulcral, pura y olorosa. En la penumbra verdosa, de un frescor tranquilo, las dos torres sólo dejaban descender los repiques de sus campanas. Pero la casa entera conservaba su estremecimiento, sellada en aquellas viejas piedras, fundida en ellas, viviendo de su sangre. Vibraba con las ceremonias más nimias; las misas mayores, el fragor de los órganos, la voz de los sochantres y hasta el suspiro oprimido de los fieles retumbaban en cada una de sus habitaciones, la adormecían con un hálito sagrado que venía de lo invisible; y, a veces, a través del muro tibio incluso parecían humear vapores de incienso.

Durante cinco años, Angélique creció allí como en un claustro, lejos del mundo. Sólo salía los domingos para ir a escuchar la misa de siete, ya que Hubertine había obtenido la autorización para no enviarla a la escuela, donde temía las malas compañías. Aquella vivienda antigua y tan angosta, con la paz mortecina de su jardín, fue todo su universo. Ella ocupaba, bajo el tejado, una habitación encalada; bajaba por la mañana a desayunar a la cocina; volvía a subir al taller del primer piso a trabajar. Éstos eran, junto con la escalera de caracol de piedra en su torrecilla, los únicos rincones donde vivió, precisamente los rincones venerables, conservados de año en año, ya que no entraba nunca en la habitación de los Hubert y, en cuanto al salón de la planta baja, las dos habitaciones remozadas al estilo de la época, no hacía más que cruzarlo. En el salón, habían cubierto las vigas con yeso; una cornisa con palmetas y un rosetón central decoraban el techo; el papel de grandes flores amarillas databa del Primer Imperio, al igual que la chimenea de mármol blanco y que el mueble de caoba, un velador, un sofá y cuatro sillones cubiertos de terciopelo de Utrecht. Las pocas veces que iba allí a renovar el escaparate, unas pocas bandas de bordados colgadas ante la ventana, si echaba un vistazo al exterior, veía la misma escena inmutable, la calle que tropezaba con la puerta de santa Inés: una devota empujaba el batiente, que se volvía a cerrar tras ella sin ruido; las tiendas del orfebre y del cerero, situadas enfrente,

en las que se alineaban sus santos cozones y sus grandes cirios, parecían siempre vacías. La paz claustral de todo Beaumont-l'Église, de la calle Magloire, detrás del Obispado, de la calle Mayor, donde desembocaba la calle de los Orfebres, de la plaza del Claustro, donde se yerguen las dos torres, se notaba en el aire adormecido y caía lentamente con la pálida luz sobre el pavimento desierto.

Hubertine se había encargado de completar la educación de Angélique. Además, compartía la antigua opinión de que una mujer ya sabe lo suficiente cuando domina la ortografía y conoce las cuatro reglas. Pero tuvo que luchar contra la mala voluntad de la muchacha, que se distraía mirando por las ventanas, aunque el pasatiempo era mediocre, pues daban al jardín. Angélique sólo se apasionó por la lectura; a pesar de los dictados, procedentes de una selección clásica, nunca llegó a ortografiar correctamente una página; y, sin embargo, tenía una letra bonita, alargada y firme, una de esas letras irregulares de las grandes damas de antaño. En cuanto a lo demás, la geografía, la historia, el cálculo, su ignorancia siguió siendo absoluta. ¿Para qué la ciencia? Era totalmente inútil. Más tarde, cuando llegó el momento de la primera comunión, se aprendió el catecismo palabra por palabra, con una fe tan ardiente que maravilló a todo el mundo por la seguridad de su memoria.

El primer año, a pesar de su bondad, los Hubert se desesperaron muchas veces. Angélique, que prometía ser una bordadora muy hábil, los desconcertaba con cambios bruscos e inexplicables perezas después de días de aplicación ejemplar. Repentinamente se volvía indolente, socarrona, y les robaba azúcar, ojerosa y con el rostro enrojecido; y, si la reñían, contestaba con insolencias. A veces, cuando intentaban dominarla, sufría ataques de loco orgullo, tensa, golpeando con los pies y las manos, dispuesta a arañar y a morder. En ese momento, el miedo los hacía retroceder ante aquel pequeño monstruo, temerosos del demonio que se agitaba en ella. Entonces, ¿quién era?, ¿de dónde venía? Los niños abandonados casi siempre proceden del vicio y del crimen. En dos ocasiones decidieron desembarazarse de ella y devolverla a la Administración, contrariados, lamentando haberla recogido. Pero esas horribles escenas que estremecían la casa acababan siempre con el mismo diluvio de lágrimas y el mismo arrepentimiento exaltado que arrojaba a la muchacha sobre las baldosas, con una sed de castigo tan grande que bien había que perdonarla.

Poco a poco, Hubertine fue ganando autoridad sobre ella. Estaba hecha para esa educación, con la bondad de su alma, su aspecto fuerte y dulce, su rectitud y su sensatez, perfectamente equilibrada. Le enseñó la renuncia y la obediencia que ella oponía a la pasión y al orgullo. Obedecer era vivir. Había que obedecer a Dios, a los padres, a los superiores, toda una jerarquía de respeto fuera de la cual la existencia desordenada se echaba a perder.

Entonces, después de cada rebelión y para darle una lección de humildad, le imponía como penitencia una tarea dura como secar los platos o fregar la cocina; y ella permanecía a su lado hasta el final, manteniéndola agachada sobre las baldosas, llena de rabia al principio, vencida después. En aquella muchacha le preocupaba sobre todo la pasión, la exaltación y la vehemencia de sus caricias. La sorprendió varias veces besándose las manos. La vio apasionarse por las imágenes, los pequeños grabados de santos y los cristos que coleccionaba. Una noche la encontró llorando, desvanecida, la cabeza sobre la mesa, los labios pegados a las imágenes. Cuando las confiscó se produjo una vez más otra escena terrible: gritos, llantos, como si le arrancaran la piel. Y desde entonces la controló con severidad, no volvió a tolerar sus abandonos, la agobiaba con trabajo y, en cuanto notaba que se exaltaba, con los ojos enfebrecidos y las mejillas ardientes, creaba un círculo de silencio y frialdad a su alrededor.

Además, Hubertine había encontrado un aliado en la cartilla de la Asistencia Pública. Cada trimestre, cuando el perceptor la firmaba, Angélique se quedaba triste hasta la noche. Sentía oprimirse su corazón si, por una casualidad, la veía al coger una bobina de oro en el cofre. Un día de furiosa maldad, cuando nada había conseguido dominarla y cuando lo estaba revolviendo todo en el fondo del cajón, se quedó bruscamente anonadada ante el librito. El llanto la ahogaba, se arrojó a los pies de los Hubert, humillándose, tartamudeando que habían cometido un gran error al recogerla y que no merecía comer de su pan. Desde aquel día, el recuerdo de la cartilla la retuvo a menudo en sus cóleras.

Fue así como Angélique cumplió doce años, la edad de la primera comunión. Aquel ambiente tan tranquilo, aquella casita dormida a la sombra de la catedral, perfumada de incienso, que temblaba con los cánticos, favorecía la lenta recuperación de aquel retoño salvaje, arrancado de no se sabía dónde, vuelto a plantar en el suelo místico del estrecho jardín. También estaba la vida regular que se llevaba allí, el trabajo cotidiano, la ignorancia que allí se tenía del mundo, sin que penetrara ni siquiera un eco del barrio somnoliento. Pero la dulzura procedía sobre todo del gran amor de los Hubert que parecía como aumentado por un remordimiento incurable. Él pasaba los días intentando borrar de la memoria de su esposa la injuria que le había causado al casarse con ella en contra de la voluntad de su madre. Cuando murió su hijo, se dio perfecta cuenta de que ella le acusaba de aquel castigo, y se esforzaba porque le perdonase. Desde hacía tiempo, era cosa hecha, y ella le adoraba. A veces, a él le asaltaba la duda y esa duda afligía su vida. Para estar seguro de que la difunta, la madre obstinada, se había dejado convencer bajo tierra, hubiera querido otro hijo. El único deseo de ambos era aquel hijo del perdón, y él vivía a los pies de su mujer en un culto, una de esas pasiones conyugales ardientes y castas como un noviazgo perpetuo. Aunque, delante de la aprendiz, no la

besara ni siquiera en el cabello, no entraba en el dormitorio, después de veinte años de matrimonio, sino turbado por la emoción del joven esposo en la noche de bodas. Era discreta, aquella habitación, con su pintura blanca y gris, su papel de ramos azules y su mueble de nogal cubierto de cretona. Nunca trascendía de ella ni un ruido, pero irradiaba ternura y caldeaba la casa entera. Era para Angélique un baño de afecto en el que crecía apasionada y pura.

Un libro completó la obra. Una mañana, mientras fisgoneaba, rebuscando en una tabla polvorienta del taller, descubrió entre las herramientas de bordador fuera de uso un ejemplar muy antiguo de la Leyenda dorada, de Santiago de la Vorágine. Aquella traducción francesa, con fecha de 1549, la había debido comprar antaño algún maestro casullero por sus imágenes llenas de datos útiles sobre los santos. Durante mucho tiempo, ella misma sólo se interesó por aquellos viejos grabados llenos de fe ingenua que la fascinaban. En cuanto la dejaban ir a jugar, cogía el libro en cuarto, encuadernado en piel de ternero amarilla, y lo hojeaba lentamente: primero, la anteportada, en rojo y negro, con la dirección del librero, «en París, en la calle Nueva de Nuestra Señora, bajo la enseña de san Juan Bautista»; después, el título, flanqueado por los medallones de los cuatro evangelistas, enmarcado en la parte inferior por la Adoración de los Reyes Magos, arriba por el triunfo de Jesús resucitado caminando entre los muertos. Luego se sucedían imágenes, letras ornamentales y grabados grandes y medianos en el texto, al correr de las páginas: la Anunciación, un ángel inmenso que cubría de rayos a una frágil María; la matanza de los Inocentes, el cruel Herodes en medio de un apilamiento de pequeños cadáveres; el pesebre, Jesús entre la Virgen y san José, que sujeta un cirio; san Julián Limosnero dando limosna a los pobres; san Matías destruyendo un ídolo; san Nicolás, vestido de obispo, con unos niños en una cubeta a su derecha; y todas las santas, Inés, con el cuello atravesado por una espada; Cristina, con los pechos arrancados con tenazas; Genoveva, seguida de sus corderos; Juliana, flagelada; Anastasia, quemada; María Egipcíaca haciendo penitencia en el desierto; Magdalena llevando el vaso de perfume. Otras muchas desfilaban y el terror y la piedad aumentaban con cada una de ellas; era como una de esas historias terribles y dulces que encogen el corazón y llenan los ojos de lágrimas.

Poco a poco, Angélique sintió curiosidad por saber exactamente lo que representaban los grabados. Las dos apretadas columnas de texto cuya impresión en negro destacaba extraordinariamente sobre el papel amarillento la asustaban a causa del aspecto bárbaro de los caracteres góticos. Sin embargo, se acostumbró a ellos, descifró esos caracteres, interpretó las abreviaturas y las contracciones, supo adivinar los giros y las palabras anticuadas; y acabó por leer de corrido, encantada como si penetrara un misterio, triunfante cada vez que superaba una nueva dificultad. Bajo aquellas laboriosas tinieblas se revelaba todo un mundo resplandeciente. Ella entraba

en un brillo celestial. Sus pocos libros clásicos, tan áridos y fríos, ya no existían. Sólo la Leyenda la apasionaba y la mantenía inclinada, la frente entre las manos, totalmente abstraída, hasta el punto de no vivir ya la vida cotidiana, perdida la noción del tiempo, viendo subir desde el fondo de lo desconocido la gran realización de su sueño.

Dios es bueno. Primero están los santos y las santas. Nacen predestinados, los anuncian voces, sus madres tienen sueños radiantes. Todos son hermosos, fuertes, victoriosos. Los rodean grandes resplandores y su rostro relumbra. Domingo lleva una estrella en la frente. Leen en la mente de los hombres; repiten en voz alta lo que pensamos. Tienen el don de la profecía y sus predicciones se realizan siempre. Su número es infinito: entre ellos hay obispos y monjes, vírgenes y prostitutas, mendigos y señores de linaje real, ermitaños desnudos que se alimentan de raíces, ancianos que viven en cuevas con ciervas. La historia de todos ellos es siempre la misma: crecen por Cristo, creen en él, se niegan a ofrecer sacrificios a los falsos dioses, sufren tormentos y mueren llenos de gloria. Su persecución produce hastío a los emperadores. Andrés, crucificado, predica durante dos días ante veinte mil personas. Se producen conversiones en masa, cuarenta mil hombres reciben el bautismo a la vez. Cuando las multitudes no se convierten ante los milagros, huyen despavoridas. Se acusa a los santos de practicar la magia, les plantean enigmas que resuelven sin dificultad, les enfrentan a los doctores que enmudecen ante ellos. En cuanto les llevan a los templos para ofrecer sacrificios, el viento derriba los ídolos que se rompen. Una virgen anuda su cinturón al cuello de Venus, que cae reducida a polvo. La tierra tiembla; el templo de Diana, alcanzado por el rayo, se derrumba; y los pueblos se sublevan, estallan guerras civiles. Entonces, a menudo los verdugos piden el bautismo, los reyes se prosternan a los pies de los santos cubiertos de harapos que han elegido la pobreza. Sabina huye de la casa paterna. Paula abandona a sus cinco hijos y se priva de baños. Mortificaciones y ayunos los purifican. No aceptan ni trigo ni aceite. Germán extiende ceniza sobre sus alimentos. Bernardo no distingue ya los platos y sólo reconoce el sabor del agua pura. Agatón guarda una piedra en la boca durante tres años. Agustín se desespera por haber pecado al distraerse mirando correr a un perro. La prosperidad y la salud son despreciadas; la alegría empieza con las privaciones que matan el cuerpo. Es así como, triunfantes, viven en jardines donde las flores son astros, donde las hojas de los árboles cantan. Exterminan dragones, levantan tempestades y las calman, son arrebatados en éxtasis a dos codos del suelo. Mujeres viudas proveen a sus necesidades durante su vida y reciben en sueños el encargo de ir a sepultarlos cuando mueren. Les acontecen historias extraordinarias, aventuras maravillosas tan hermosas como los cuentos. Y, después de cientos de años, cuando se abren sus sepulcros, salen de ellos suaves fragancias.

Luego, frente a los santos están los demonios, innumerables demonios.

«Vuelan a menudo por encima de nosotros como moscas, y llenan, innumerables, el aire. El aire está tan lleno de diablos y de malos espíritus como el rayo del sol está lleno de átomos; son como polvo.» Y se inicia una eterna batalla. Siempre vencen los santos y siempre deben reanudar el combate por la victoria. Cuanto más numerosos son los diablos que expulsan, mayor es el número de los que vuelven. Se llegan a contar seis mil seiscientos setenta en el cuerpo de una sola mujer a la que libera Fortunato. Se agitan, hablan y gritan por la voz de los poseídos cuyos costados sacuden como en una tempestad. Entran en ellos por la nariz, por las orejas, por la boca, y salen con rugidos después de días de luchas espantosas. En cada recodo de las carreteras, se revuelca un poseso y un santo que pasa libra batalla. Basilio lucha cuerpo a cuerpo para salvar a un joven. Durante toda una noche, Macario, acostado entre tumbas, es atacado y se defiende. Los mismos ángeles, en la cabecera de los muertos, se ven obligados a moler a palos a los demonios para obtener las almas. Otras veces, se trata tan sólo de disputas de la inteligencia y del espíritu. Se gastan bromas, se juega a ver quién es más ingenioso. El apóstol Pedro y Simón el Mago compiten en la realización de milagros. Satán, que merodea, reviste todas las formas posibles, se disfraza de mujer, llega incluso a adquirir la apariencia de los santos. Pero, en cuanto es vencido, aparece en toda su fealdad: «Un gato negro, más grande que un perro, con los ojos grandes y llameantes, la lengua larga hasta el ombligo, ancha y sangrienta, el rabo retorcido y levantado hacia arriba, mostrando su trasero, que exhala una horrible fetidez». Es la única preocupación, el gran objeto de odio. Le temen y se burlan de él. Ni siquiera son honrados con él. En el fondo, a pesar del feroz aparato de sus calderas, sigue siendo la eterna víctima. Todos los tratos que cierra le son arrancados por la fuerza o la astucia. Mujeres débiles lo derriban; Margarita le aplasta la cabeza con el pie; Juliana le rompe los costados a golpes de cadena. Todo esto conduce a la serenidad, al desprecio del mal, porque es impotente; a la certeza del bien, porque la virtud es soberana. Basta con santiguarse y el diablo ya no puede nada, aúlla y desaparece. Cuando una virgen hace la señal de la cruz, todo el infierno se derrumba.

Entonces, en ese combate de los santos y las santas contra Satán, se producen los terribles suplicios de las persecuciones. Los verdugos exponen los mártires untados de miel a las moscas; los hacen caminar descalzos sobre cristales rotos y sobre brasas ardientes; los bajan a unas fosas llenas de reptiles; los flagelan con látigos provistos de bolas de plomo; los clavan vivos en ataúdes que arrojan al mar; los cuelgan por los cabellos y después les prenden fuego; rocían sus llagas con cal viva, pez hirviendo y plomo fundido; los colocan sobre asientos de bronce calentados al rojo blanco; les hunden alrededor del cráneo cascos al rojo vivo; les queman los costados con antorchas; les rompen los muslos sobre yunques; les sacan los ojos; les cortan la lengua; les quiebran los dedos uno a uno. El sufrimiento no cuenta; los

santos siguen llenos de desprecio, tienen prisa y sienten alegría por sufrir todavía más. Por otra parte, les protege un milagro continuo: agotan a sus verdugos. Juan bebe un veneno que no le produce la menor molestia. Sebastián sonríe, erizado de flechas. Otras veces, las flechas quedan suspendidas en el aire, a izquierda y derecha del mártir; o, después de dispararlas el arquero, vuelven a su punto de partida y le revientan los ojos. Beben plomo fundido como si fuera agua fría. Los leones se prosternan y lamen sus manos como corderos. A san Lorenzo la parrilla le produce un agradable frescor. Grita: «Desgraciado, has asado una parte, dame la vuelta y después come de mi carne, que ya está en su punto». Cecilia, metida en una caldera de agua hirviendo, «estaba allí como si se encontrara en un lugar refrigerado y no transpiró ni una gota de sudor». Cristina desconcierta los tormentos: su padre ordena que doce hombres la golpeen, pero sucumben de cansancio; el verdugo que los sustituye la ata sobre una rueda y enciende fuego por debajo, pero la llama se extiende y abrasa a mil quinientas personas; la tira al mar con una piedra al cuello, pero los ángeles la sujetan, mientras que Jesús viene a bautizarla en persona y la confía después a san Miguel para que la lleve de nuevo a tierra firme; finalmente, otro verdugo la encierra con víboras que se enroscan con una caricia alrededor de su cuello y la mete durante cinco días en un horno donde canta sin sentir ningún dolor. Vicente, que padece un número de tormentos todavía mayor, no llega a sufrir por ellos: le rompen las extremidades; le laceran las costillas con rastrillos de hierro hasta dejar al descubierto sus entrañas; le acribillan con agujas; le arrojan sobre un brasero que sus llagas inundan de sangre; le vuelven a meter en la cárcel, los pies clavados a un tarugo de madera; descuartizado, asado, con el vientre abierto, sigue con vida; y sus tormentos se condenen en suavidad como de flores y una gran claridad llena la mazmorra, mientras los ángeles cantan con él sobre un manto de rosas. «El dulce son del canto y los suaves aromas de las flores se extendieron por fuera, y, cuando los guardias lo vieron, se convirtieron a la fe. Cuando Daciano supo estas cosas, se puso muy furioso y dijo: “¿Qué más podemos hacerle? Nos ha vencido”». Éste es el grito de los torturadores, esto sólo puede terminar con su conversión o su muerte. Sus manos sufren parálisis. Mueren de forma violenta, ahogados por espinas de pescado, fulminados por rayos o con sus carros destrozados. Todas las celdas de los santos relumbran. María y los apóstoles entran fácilmente en ellas atravesando las paredes. Les llegan socorros continuos, apariciones que descienden del cielo abierto en el que aparece Dios sosteniendo una corona de piedras preciosas. Por eso, la muerte es alegre, la desafían, los padres se alegran cuando uno de los suyos sucumbe. Sobre el monte Ararat expiran diez mil crucificados. Cerca de Colonia, las once mil vírgenes se dejan masacrar por los hunos. En los circos, crujen los huesos entre los dientes de las fieras. Quirce, a quien el Espíritu Santo hace hablar como a un adulto, sufre el

martirio a los tres años. Niños de pecho injurian a los verdugos. Un desdén, un desprecio de la carne, del guiñapo humano, agudiza el dolor con voluptuosidad celeste. Es bueno que la desgarran, que la trituren, que la quemem; siempre más, porque nunca agonizará lo suficiente; todos reclaman el hierro, la espada en la garganta, que es lo único que los mata. En medio de un populacho ciego que la ultraja, Eulalia aspira la llama de su hoguera para morir antes. Dios atiende su ruego: una paloma blanca sale de su boca y sube al cielo.

Angélique se maravillaba con estas lecturas. Tantas abominaciones y aquella alegría triunfal la llenaban de placer y la elevaban por encima de lo real. Pero había otros pasajes de la Leyenda más suaves que también la divertían, los animales, por ejemplo, toda el arca que se agita en ella. Se interesaba por los cuervos y las águilas encargados de alimentar a los ermitaños. Y además, ¡cuántas hermosas historias sobre los leones! El león servicial que excava la fosa de María Egipcíaca; el león flamígero que custodia las puertas de las casas infames cuando los procónsules ordenan que lleven allí a las vírgenes; y también el león de Jerónimo al que han confiado un asno, que deja que lo roben y más tarde lo recupera. También aparecía un lobo que devolvía, lleno de contrición, el cerdo que había robado. Bernardo excomulga a las moscas, que caen muertas. Remigio y Blas dan de comer a las aves en su mesa, las bendicen y les devuelven la salud. Francisco, «lleno de una grandísima sencillez columbina», les predica y les exhorta a amar a Dios. «Un ave que se llama cigarra estaba en una higuera y Francisco extendió la mano y llamó a esta ave, que obedeció inmediatamente y fue a posarse sobre su mano. Y le dijo: “Canta, hermana, y alaba a nuestro Señor”. Entonces, el ave cantó sin cesar y sólo se fue cuando él le dio licencia». Era éste para Angélique un continuo motivo de distracción, que le inspiraba la idea de llamar a las golondrinas, curiosa por saber si acudirían. Luego, había historias que no podía volver a leer sin ponerse enferma de tanto reírse. Cristóbal, el buen gigante que llevó a Jesús, la alegraba hasta hacerle llorar. Se ahogaba de risa leyendo la desventura del gobernador con las tres camareras de Anastasia, cuando va a buscarlas a la cocina y abraza las ollas y los calderos creyendo abrazarlas a ellas. «Salió fuera todo tiznado y sucio y con las ropas desgarradas. Y, cuando sus criados, que le esperaban fuera, le vieron de aquella manera, pensaron que se había convertido en demonio. Entonces, le golpearon con fustas y huyeron dejándole solo.» Pero cuando de verdad se reía a carcajadas era cuando golpeaban al diablo, sobre todo Juliana, que, tentada por él en su celda, le administró una descomunal paliza con su cadena. «Entonces, el prefecto mandó que llevaran a Juliana ante él y, cuando ella salió, arrastraba tras de sí al diablo, que le suplicaba de esta manera: “Señora Juliana, no me haga más daño”. Ella lo arrastró así por todo el mercado y después lo arrojó a una letrina.» También repetía a los Hubert, mientras

bordaba, leyendas más interesantes que los cuentos de hadas. Las había leído tantas veces que se las sabía de memoria: la leyenda de los Siete Santos durmientes que, huyendo de la persecución, emparedados en una cueva, durmieron en ella durante trescientos setenta y siete años, y cuyo despertar tanto sorprendió al emperador Teodosio; o la leyenda de san Clemente. Aventuras sin fin, imprevistas y conmovedoras, como la de una familia entera, el padre, la madre, los tres hijos, separados por grandes desgracias y finalmente reunidos por medio de los más hermosos milagros. Sus lágrimas fluían, soñaba con ello durante toda la noche, sólo vivía ya en el mundo trágico y triunfal del prodigio, en el país sobrenatural de todas las virtudes, recompensadas con todas las alegrías.

Cuando Angélique hizo la primera comunión, le pareció que caminaba como las santas, a dos codos del suelo. Era una joven cristiana de la Iglesia primitiva que se entregaba en manos de Dios, después de aprender en su libro que no podía salvarse sin la gracia. Los Hubert eran simples practicantes: la misa dominical, la comunión en las fiestas importantes; y esto lo hacían con la fe tranquila de los humildes, también un poco por tradición, ya que los casulleros, de padres a hijos, comulgaban por Pascua florida, y también por sus clientes. A veces, Hubert dejaba un bastidor que estaba tensando para escuchar a la muchacha leer sus leyendas que le hacían estremecerse con ella, los cabellos erizados al leve soplo de lo invisible. Compartía su pasión y lloró cuando la vio con su vestido blanco. Aquel día fue como un sueño, y los dos volvieron de la iglesia sorprendidos y agotados. Por la noche, Hubertine tuvo que reñirles, ella, la mujer razonable, que condenaba la exageración incluso en las cosas buenas. A partir de entonces, tuvo que combatir el celo de Angélique, sobre todo el arrebatado de caridad que se había apoderado de ella. Francisco tenía a la pobreza por señora, Julián Limosnero llamaba a los pobres sus amos, Gervasio y Protasio les lavaban los pies, Martín compartía con ellos su capa. Y la muchacha, siguiendo el ejemplo de Lucía, quería venderlo todo para darlo todo. Se despojó primero de sus pertenencias más modestas para empezar después a saquear la casa. Pero el colmo fue que daba sin discernir, a personas indignas, a manos llenas. Una noche, a los dos días de la primera comunión, la reprendieron porque por la ventana le había tirado ropa a una borracha, y entonces la muchacha recayó en sus antiguas violencias y sufrió una crisis terrible. Después, bajo el peso de la vergüenza, enferma, guardó cama durante tres días.

Así pasaban las semanas y los meses. Habían transcurrido dos años, Angélique tenía catorce y se hacía mujer. Cuando leía la Leyenda, le zumbaban los oídos, la sangre latía en las pequeñas venas azules de sus sienes; y ahora sentía un cariño fraternal por las vírgenes.

La virginidad es hermana de los ángeles, posesión de todo bien, derrota del

demonio, señorío de fe. Concede la gracia, es la invencible perfección. El Espíritu Santo hace a Lucía tan pesada que mil hombres y cinco pares de bueyes, cumpliendo las órdenes del pro-cónsul, no consiguen arrastrarla a un lugar infame. El gobernador que intenta abrazar a Anastasia queda ciego. En los suplicios resplandece el candor de las vírgenes, y de sus blanquísimas carnes, laceradas por rastrillos de hierro, manan ríos de leche en vez de sangre. Diez veces se repite la historia de la joven cristiana que huye de su familia, oculta bajo un hábito de monje, acusada de haber corrompido a una muchacha del vecindario, y que sufre la calumnia sin justificarse hasta que triunfa, al revelarse bruscamente la inocencia de su sexo. Es el caso de Eugenia, que, presentada a un juez, reconoce a su padre, se rasga las vestiduras y muestra quién es. El combate de la castidad se reanuda eternamente, pues los agujones renacen continuamente. Y así, el temor de la mujer es la sabiduría de los santos. Este mundo está sembrado de trampas. Los ermitaños van al desierto, donde no hay mujeres. Luchan terriblemente, se flagelan, se arrojan desnudos sobre las zarzas y la nieve. Un solitario que ayuda a su madre a cruzar un vado se cubre los dedos con su abrigo. Un mártir, atado, tentado por una muchacha, se corta la lengua con los dientes y se la escupe a la cara. Francisco declara que no tiene mayor enemigo que su propio cuerpo. Bernardo grita «¡Al ladrón! ¡Al ladrón!» para defenderse de una dama que le había dado alojamiento. Una mujer le besa la mano al papa León cuando éste le da la hostia; él se corta la muñeca y la Virgen María coloca de nuevo la mano en su sitio. Todos glorifican la separación de los esposos. Alejo, un hombre muy rico, casado, instruye a su mujer en la castidad y luego se marcha. Sólo se llega al matrimonio para morir. Justina, atormentada a la vista de Cipriano, resiste, lo convierte y marcha con él al suplicio. Cecilia, amada por un ángel, revela este secreto a Valeriano, su marido, la misma noche de bodas, y él acepta no tocarla y recibir el bautismo para ver al ángel: «Halló en su habitación a Cecilia hablando con un ángel que tenía en sus manos dos coronas de rosas y que le ofrecía una de ellas a Cecilia y la otra a Valeriano diciéndoles: “Guardad estas coronas con vuestros corazones inmaculados y vuestros cuerpos puros”». La muerte es más fuerte que el amor, es un desafío a la existencia. Hilario ruega a Dios que llame al cielo a su hija Apia para que ésta no se case; cuando Apia muere, su madre le pide a Hilario que también la haga llamar a ella de la misma forma; deseo que también se cumple. La misma Virgen María les quita a las mujeres sus prometidos. Un noble, pariente del rey de Hungría, renuncia a una joven de extraordinaria belleza en cuanto María entra en combate. «De repente, se le apareció Nuestra Señora y le dijo: “Si soy tan hermosa como dices, ¿por qué me dejas por otra?”», y se desposa con ella.

Entre todas estas santas, Angélique tenía sus preferidas, aquellas cuyas lecciones llegaban hasta su corazón y la conmovían hasta el punto de corregirla. Así, la sabia Catalina, nacida en la púrpura, la encantaba con la

ciencia universal de sus dieciocho años cuando debatía con los cincuenta retóricos y gramáticos a los que la enfrentó el emperador Máximo. Ella los confunde y los reduce al silencio. «Se quedaron atónitos y no supieron qué decir, por lo que se callaron todos. Y el emperador los censuró por dejarse derrotar de forma tan humillante por una muchacha.» Entonces, los cincuenta le declaran que se convierten. «Cuando el tirano oyó esto, se enfureció de tal modo que mandó que todos ellos fueran quemados vivos en medio de la ciudad.» A los ojos de Angélique, Catalina era la sabia invencible, tan orgullosa y resplandeciente de sabiduría como de belleza, la que ella hubiera deseado ser para convertir a los hombres y dejarse alimentar en prisión por una paloma, antes de que le cortasen la cabeza. Pero era sobre todo Isabel, la hija del rey de Hungría, quien era para ella un ejemplo continuo. Cada vez que se producía un estallido de su orgullo cuando la violencia se apoderaba de ella, pensaba en aquel modelo de dulzura y sencillez, tan piadosa que a los cinco años se negaba a jugar y se postraba en tierra para rendir homenaje a Dios, más tarde esposa obediente y mortificada del landgrave de Turingia que mostraba a su esposo un rostro alegre que las lágrimas inundaban cada noche, finalmente viuda fiel, expulsada de sus estados, feliz de llevar una vida de pobreza. «Sus ropas eran tan pobres que llevaba un abrigo gris que había alargado con tela de otro color. Las mangas de su túnica también estaban rotas y remendadas con retazos de tela de otros colores.» Su padre, el rey, encarga a un conde que vaya en su busca. «Y cuando el conde la vio vestida de esa manera e hilando, exclamó, confuso y admirado: “Jamás se vio a hija de rey vestida con ropas tan viles ni hilando lana”.» Es la perfecta humildad cristiana, se alimenta de pan negro con los mendigos, venda sus llagas sin repugnancia, viste sus ropas bastas, duerme sobre el duro suelo, sigue las procesiones con los pies descalzos. «Fregaba las escudillas y los utensilios de cocina, se adelantaba y se escondía para que no le impidieran hacerlo, y decía: “Si encontrase otro tipo de vida más humilde, lo adoptaría”.» De manera que Angélique, que antes se enfurecía cuando le hacían fregar la cocina, se aplicaba ahora en las tareas más humildes cuando se sentía atormentada por el deseo de dominación. Pero había una santa a la que Angélique quería especialmente, más que a Catalina, más que a Isabel, más que a todas las otras: era Inés, la niña mártir. Su corazón se sobresaltaba cuando la encontraba en la Leyenda, aquella virgen vestida con sus cabellos, que la había protegido bajo la puerta de la catedral. ¡Qué llama de amor puro! ¡Cómo rechaza al hijo del gobernador que la aborda al salir de la escuela! «Aléjate de mí, pastor de muerte, inductor del pecado y alimento de traición.» ¡Cómo celebra al amante! «Amo a aquel cuya madre es Virgen y cuyo padre no conoció mujer, de cuya hermosura el sol y la luna se admiran, por cuyo olor resucitan los muertos.» Y, cuando Aspasiano ordena que le claven «una espada en la garganta», sube al paraíso a unirse a «su esposo blanco y rubio». Desde hacía unos meses sobre

todo, en sus momentos de confusión, cuando el calor de la sangre latía en sus sienes, Angélique la invocaba, la imploraba; e inmediatamente le parecía estar más fresca. La veía continuamente a su alrededor, se desesperaba a menudo por haber hecho o pensado cosas por las que la sentía enfadada. Una noche en que se estaba besando las manos, como todavía le gustaba hacer a veces, se sonrojó bruscamente y se giró, confusa, aunque estaba sola, al comprender que la santa la había visto. Inés era la guardiana de su cuerpo.

A los quince años, Angélique era pues una muchacha adorable. Cierto que ni la vida enclaustrada y laboriosa ni la dulce sombra de la catedral ni la Leyenda de las hermosas santas la habían convertido en un ángel, en una criatura de absoluta perfección. Siempre había arrebatos que la dominaban, faltas que se manifestaban en raptos imprevistos en zonas de su alma que habían quedado sin tapiar. Pero entonces, ¡se mostraba tan avergonzada!, ¡le habría gustado tanto ser perfecta cuando en el fondo era tan humana, tan llena de vida, tan ignorante y tan pura! Al regresar de una de las dos grandes excursiones que los Hubert se permitían dos veces al año, el lunes de Pentecostés y el día de la Asunción, había arrancado un escaramujo y luego se había entretenido en volver a plantarlo en el estrecho jardín. Lo podaba, lo regaba; allí volvía a crecer más recto, daba gavanzas más grandes, de fino aroma; y esto era lo que ella esperaba, con su apasionamiento habitual; pero se negaba a injertarlo, porque deseaba que un milagro hiciera brotar rosas en él. Bailaba alrededor de él y repetía encantada: «¡Soy yo! ¡Soy yo!». Y si bromeaban sobre su rosal de grandes caminos, también ella reía, un poco pálida, pero con las lágrimas a punto de brotar. Sus ojos de color violeta se habían vuelto todavía más dulces y, cuando su boca se entreabría, descubría unos dientecillos blancos en el óvalo de su rostro que los cabellos rubios, sutiles como la luz, aureolaban de oro. Había crecido, sin llegar a ser delgada; el cuello y los hombros conservaban su gracia altiva, la garganta redonda, el talle flexible; alegre, sana, de una rara belleza, de un infinito encanto en que florecían la carne inocente y el espíritu casto.

Cada día, los Hubert sentían más afecto por ella. A los dos se les ocurrió la idea de adoptarla. Pero no lo decían, temerosos de despertar su eterna pesadumbre. Por eso, la mañana en que el marido se decidió, cuando estaban en su habitación, la mujer, desplomada en una silla, se echó a llorar. Adoptar a aquella muchacha ¿no significaba renunciar para siempre a tener un hijo propio? Cierto que a su edad ya no podían contar con ello; y ella accedió, vencida por la idea de convertirla en su hija. Cuando se lo dijeron, Angélique se abrazó a ellos y prorrumpió en llantos. Estaba decidido: se quedaría con ellos, en aquella casa que por entonces ya estaba toda llena de ella, que rejuvenecía con su juventud y reía con su risa. Pero, en cuanto iniciaron los trámites, encontraron un obstáculo que los dejó consternados. El señor Grandsire, juez de paz, al que consultaron, les explicó que la adopción era

absolutamente imposible, ya que la ley exigía que el adoptado fuese mayor de edad. Después, al verlos tan tristes, les sugirió la solución de la tutela oficiosa: cualquier individuo de más de cincuenta años podía vincularse a un menor de quince años mediante un documento legal, convirtiéndose en su tutor oficioso. Las condiciones de edad se cumplían y aceptaron encantados; acordaron incluso que otorgarían después la adopción a su pupila por vía testamentaria, tal como lo permitía el código. El señor Grandsire se encargó de la solicitud del marido y de la autorización de la mujer y luego se puso en contacto con el Director de la Asistencia Pública, tutor de todos los niños recogidos, cuyo consentimiento era necesario. Se realizó una investigación y finalmente se entregaron los documentos, en París, al juez de paz designado para el caso. Sólo faltaba ya el atestado, que constituye el acto de la tutela oficiosa, cuando los Hubert sintieron un escrúpulo tardío.

Antes de adoptar así a Angélique, ¿no deberían haber hecho un esfuerzo por encontrar a su familia? Si la madre vivía, ¿qué derecho tenían a disponer de su hija sin estar absolutamente seguros de que la había abandonado? Además, en el fondo, quedaba el misterio de la cepa pervertida de la que quizá procedía la muchacha, que los había preocupado anteriormente y que volvía a inquietarlos ahora. Los atormentaba tanto que les quitaba el sueño.

Hubert viajó a París repentinamente. Aquello representaba una catástrofe en su existencia tranquila. Mintió a Angélique, le habló de la necesidad de su presencia para la tutela. Esperaba enterarse de todo en veinticuatro horas. Pero en París pasaban los días, a cada paso surgían nuevos obstáculos y permaneció allí una semana, yendo de unos a otros, callejeando, desesperado, llorando casi. Primero, en la Asistencia Pública, le recibieron muy secamente. La norma de la Administración era no informar a los niños sobre su origen hasta que no alcanzan la mayoría de edad. Le rechazaron tres mañanas seguidas. Tuvo que insistir, explicarse en cuatro despachos, quedarse ronco de tanto presentarse como tutor oficioso, hasta que un subjefe, un tipo alto y enjuto de carnes, tuvo a bien informarle de la ausencia absoluta de documentos precisos. La Administración no sabía nada: una comadrona había entregado a la muchacha, Angélique Marie, sin decir quién era la madre. Desesperado, iba a tomar el camino de Beaumont cuando se le ocurrió una idea que le hizo presentarse por cuarta vez para solicitar la partida de nacimiento donde debía constar el nombre de la comadrona. Una vez más fue toda una historia. Finalmente supo el nombre, señora Foucart, y se enteró también de que aquella mujer vivía en 1850 en la calle Deux-Ecus.

Se reanudaron entonces las idas y venidas. El extremo de la calle Deux-Ecus había sido derribado y ningún tendero de las calles vecinas recordaba a la señora Foucart. Consultó un anuario: en él ya no constaba aquel nombre. Alzando la vista, observando las muestras, se resignó a visitar a las

comadronas; y fue este procedimiento el que dio resultado, pues tuvo la suerte de topar con una anciana que exclamó: ¡Cómo! ¡Que si conocía a la señora Foucart, una persona de tanto mérito, que había sufrido tantas desgracias! Vivía en la calle Censier, en el otro extremo de París, y allá se precipitó Hubert.

Allí, aleccionado por la experiencia, se había prometido que actuaría con diplomacia. Pero la señora Foucart, una mujer enorme, rechoncha, de piernas cortas, no le dejó exponer ordenadamente las preguntas que había preparado con antelación. En cuanto le dijo los nombres de la muchacha y la fecha de la entrega, se soltó, contó toda la historia en un mar de rencor. ¡Ah! ¡La pequeña vivía! ¡Pues bien, podía jactarse de tener por madre a una gran tunanta! ¡Sí, la señora Sidonie, como la llamaban desde que había enviudado, una mujer muy bien emparentada, que tenía un hermano ministro, según decían, lo que no le impedía dedicarse a los negocios más infames! Explicó cómo la había conocido cuando, a su llegada de Plassans, de donde desembarcaron ella y su marido en busca de fortuna, la bribona regentaba en la calle Saint-Honoré una tienda de fruta y aceite de Provenza. Había tenido una hija quince meses después de muerto y enterrado el marido, sin saber muy bien de donde la había sacado, porque era seca como una factura, fría como un protesto, indiferente y brutal como un alguacil. ¡Se perdona una falta, pero no la ingratitud! ¿Acaso ella, la señora Foucart, no la había alimentado mientras se recuperaba del parto, una vez comida la tienda, y no se había dedicado a ella hasta liberarla llevando allá a la niña? Como recompensa, cuando ella a su vez estuvo necesitada, no consiguió sacarle el mes de pensión y ni siquiera quince francos prestados de mano a mano. Ahora la señora Sidonie ocupaba, en la calle del Faubourg-Poissonière, una pequeña tienda y tres habitaciones en el entresuelo donde, con el pretexto de vender encajes, vendía de todo. ¡Sí! ¡Sí! ¡Una madre de esa especie, más valía no conocerla!

Una hora después, Hubert merodeaba alrededor de la tienda de la señora Sidonie. Vislumbró allí a una mujer delgada, pálida, sin edad ni sexo, que llevaba un vestido negro raído, manchado de todo tipo de negocios turbios. El recuerdo de su hija, nacida de un azar, no había debido caldear nunca aquel corazón de intermediaria. Se informó discretamente y se enteró de cosas que no repitió a nadie, ni siquiera a su mujer. Sin embargo, seguía dudando y volvió a pasar una vez más delante de la estrecha tienda misteriosa. ¿No debía darse a conocer y obtener su consentimiento? Era él, un hombre honrado, quien tenía que juzgar si tenía derecho a cortar así, para siempre, aquel vínculo. De repente, se dio media vuelta y regresó a Beaumont esa misma noche.

Precisamente Hubertine acababa de enterarse por el señor Grandsire de que se había firmado el atestado para la tutela oficiosa. Cuando Angélique se echó

en brazos de Hubert, éste comprendió perfectamente, por la interrogación suplicante de sus ojos, que ella había entendido cuál era el verdadero motivo del viaje. Entonces, le dijo simplemente:

—Hija mía, tu madre murió.

Llorando, Angélique los abrazó apasionadamente. Nunca más se volvió a hablar de aquello. Era su hija.

### Capítulo III

El lunes de Pentecostés de aquel año, los Hubert llevaron a Angélique a almorzar a las ruinas del castillo de Hautecoeur, que domina el Ligneul, dos leguas río abajo de Beaumont. Al día siguiente, después de toda esa jornada de carreras y risas al aire libre, cuando el viejo reloj del taller dio las siete, la muchacha seguía durmiendo.

Hubertine tuvo que subir a llamar a su puerta.

— ¡Venga, holgazana!... Nosotros ya hemos desayunado.

Angélique se vistió rápidamente y bajó a desayunar sola. Después, cuando entró en el taller donde Hubert y su mujer acababan de ponerse a trabajar, dijo:

— ¡Ay! ¡Cómo dormía! ¡Y esa casulla que prometimos hacer para el domingo!

El taller, cuyas ventanas daban al jardín, era una gran habitación que se conservaba casi intacta en su estado primitivo. Las dos vigas maestras y los tres tramos de viguetas vistas del techo ni siquiera habían sido encalados y, muy ahumados, carcomidos por los gusanos, dejaban ver los listones de las bovedillas bajo los boquetes de la escayola. Uno de los modillones de piedra que sostenían las vigas llevaba la fecha de 1463, seguramente la de su construcción. La chimenea, también de piedra, fragmentada y disgregada, conservaba su sencilla elegancia, con sus montantes alargados, sus repisas, su campana terminada en un remate; en el friso se podía distinguir aún, como borrada por la edad, una escultura ingenua, un san Claro, patrono de los bordadores. Pero la chimenea ya no se utilizaba y el hogar había sido transformado en armario abierto colocando tablas sobre las que se apilaban los dibujos. Lo que ahora calentaba la habitación era una estufa, una gran campana de hierro cuyo tubo, después de recorrer el techo, atravesaba la campana de la chimenea. Las puertas, ya desajustadas, eran de la época de Luis XIV. Las tablas del viejo parqué se seguían pudriendo entre las chapas más recientes que se habían ido añadiendo, una a una, en cada agujero. Hacía

casi cien años que la pintura amarilla de las paredes resistía, desteñida en la parte superior, arañada por abajo, manchada de salitre. Todos los años se hablaba de volver a pintar sin conseguir tomar una decisión por horror al cambio.

Hubertine, sentada ante el bastidor sobre el que estaba tensada la casulla, alzó la cabeza y dijo:

—Ya sabes: si la entregamos el domingo, te he prometido una cesta de pensamientos para tu jardín.

Angélique exclamó, alegre:

—Es verdad... ¡Venga! ¡Voy a ponerme manos a la obra! Pero ¿dónde está mi dedal? Cuando no se trabaja, los instrumentos desaparecen.

Deslizó el viejo dedal de marfil en la segunda falange de su dedo meñique y se sentó al otro lado del bastidor frente a la ventana.

Desde mediados del siglo anterior no se había introducido ni una sola modificación en la disposición del taller. Las modas cambiaban, el arte del bordador se transformaba, pero todavía estaba allí, empotrado en la pared, el ristrel, la pieza de madera en la que se apoya el bastidor, que un caballete móvil lleva hasta el otro extremo. En los rincones dormían antiguos instrumentos: una máquina devanadora para enrollar el oro de los carretes sin tocarlo, con su engranaje y sus devanaderas; un torno a mano, una especie de polea para retorcer los hilos, que se sujetaba a la pared; tambores de todos los tamaños, con su tafetán y su tablilla, que se utilizaban para bordar con ganchillo. Sobre una tabla estaba ordenada una vieja colección de sacabocados para las lentejuelas; y se veía también un vestigio: un soporte de cobre, el gran candelero clásico de los antiguos bordadores. De las anillas de una percha fabricada con una correa clavada colgaban punzones, mazos, martillos, hierros para recortar las vitelas, desbastadores de boj para moldear los hilos conforme se van utilizando. Bajo la mesa de tilo en la que se cortaba, había una gran devanadera cuyos dos husos de mimbre, móviles, tensaban un ovillo de lana roja. Cerca del cofre estaban colgados unos collares de bobinas de seda de vivos colores, ensartadas en una cuerda. En el suelo había una cesta llena de carretes vacíos. Una madeja de cordel acababa de caer de una silla y se había desenrollado.

— ¡Ay! ¡El buen tiempo, el buen tiempo! —prosiguió Angélique—. ¡Qué gusto da vivir así!

Antes de inclinarse sobre su labor, aún se quedó ensimismada durante un momento ante la ventana abierta, por la que entraba la radiante mañana de mayo. Un rayo de sol se deslizaba desde lo alto de la catedral y una fresca fragancia de lilas subía del jardín del Obispado. Angélique sonreía,

deslumbrada, bañada de primavera. Después, sobresaltada, como si se hubiese vuelto a quedar dormida:

—Padre, no me queda oro para pasar.

Hubert, que estaba acabando de puntear el calco del dibujo de una capa, fue a buscar un ovillo en el fondo del cofre, lo cortó, deshilo los dos extremos raspando el oro que recubría la seda, y le llevó el ovillo, envuelto en un cucurucho de pergamino.

— ¿Esto es todo?

—Sí, sí.

De un vistazo, se había asegurado de que no le faltaba nada más: brocas cargadas con los diferentes tipos de oro, rojo, verde, azul; carretes de seda de todos los tonos; lentejuelas, distintos tipos de cañutillos, plisados o rizados, que guardaban en el fondo de un sombrero que hacía las veces de caja; largas agujas finas, pinzas de acero, dedales, tijeras y una bola de cera. Todo esto correteaba sobre el mismo bastidor, encima de la tela tensada que protegía un grueso papel de color gris.

Había enhebrado la aguja con una hebra de oro para pasarla. Pero se rompió nada más dar la primera puntada y tuvo que volver a deshilar, rascando un poco de oro que tiró al cartón de los desperdicios, que también correteaba por el bastidor.

— ¡Ah! ¡Por fin! —dijo cuando consiguió clavar la aguja.

Se hizo un gran silencio. Hubert había empezado a tensar un bastidor. Había dispuesto los dos enjulios sobre el ristrel y sobre el caballete, frente a frente, para colocar al hilo la seda carmesí de la capa que Hubertine acababa de coser a los ribetes del bastidor. Introdujo los listones en las mortajas de los enjulios donde los fijó con cuatro clavos. Luego, después de hacer los nudos necesarios a derecha e izquierda, terminó de tensar retirando los clavos hacia atrás. Se le oyó golpear la tela, que resonaba como un tambor con la punta de los dedos.

Angélique se había convertido en una bordadora rara cuya destreza y buen gusto maravillaban a los Hubert. Aparte de lo que le habían enseñado, ella aportaba su pasión, que daba vida a las flores, fe a los símbolos. En sus manos, la seda y el oro se animaban, una grandeza mística elevaba los adornos más insignificantes; se entregaba por entero a su labor con su imaginación en continuo despertar y su creencia en el mundo de lo invisible. Algunos de sus bordados habían conmocionado tanto la diócesis de Beaumont, que un sacerdote arqueólogo y otro aficionado a la pintura habían ido a verla y quedaron extasiados ante sus vírgenes, a las que comparaban con las figuras

ingenuas de los primitivos. Era la misma sinceridad, el mismo sentimiento del más allá, como ceñido por la minuciosa perfección de los detalles. Tenía el don del dibujo, un verdadero milagro que, sin profesor, sólo con su estudio nocturno, a la luz de la lámpara, le permitía a menudo corregir los modelos, apartarse de ellos y dejarse llevar por su fantasía creando con la punta de su aguja. De manera que los Hubert, que consideraban que la ciencia del dibujo era necesaria para una buena bordadora, se eclipsaban ante ella a pesar de su veteranía en el oficio. Terminaron convirtiéndose modestamente en meros ayudantes que le encargaban todos los trabajos de lujo para los que ellos se limitaban a preparar el fondo.

¡Cuántas maravillas, resplandecientes y santas, pasaban por sus manos a lo largo del año! Ella sólo vivía en la seda, el raso, el terciopelo, los paños de oro y de plata. Bordaba casullas, estolas, manípulos, capas, dalmáticas, mitras, pendones, velos para los cálices y los copones. Pero se repetían sobre todo, una y otra vez, las casullas, con sus cinco colores: blanco para los confesores y las vírgenes, rojo para los apóstoles y los mártires, negro para los difuntos y los días de ayuno, morado para los Inocentes, verde para todas las fiestas; y también el oro, utilizado con frecuencia, que podía sustituir al blanco, al rojo y al verde. En el centro de la cruz aparecían siempre los mismos símbolos: las iniciales de Jesús y de María, el triángulo rodeado de rayos, el cordero, el pelícano, la paloma, un cáliz, una custodia, un corazón sangrando bajo las espinas; por otra parte, adornos o flores recorrían el montante y los brazos, toda la ornamentación de los estilos antiguos, toda una flora de grandes flores, anémonas, tulipanes, peonías, granadas, hortensias. No se pasaba una estación sin que volviera a hacer las espigas y las uvas simbólicas, de plata sobre negro o de oro sobre rojo. Para las casullas más ricas reproducía con sus matices cuadros, cabezas de santos, un marco central, la Anunciación, el Nacimiento, el Calvario. A veces, los orifreses estaban bordados sobre el mismo fondo, a veces ella trasladaba las bandas de seda o de raso sobre brocado de oro o sobre terciopelo. Y esta floración de resplandores sagrados nacía, de uno en uno, de sus dedos menudos.

En aquel momento, Angélique trabajaba en una casulla de raso blanco que llevaba una cruz formada por un haz de azucenas doradas, entrelazado con rosas brillantes de seda y con matices. En el centro, en una corona de pequeñas rosas de oro mate, brillaba la inicial de María, en oro, rojo y verde, con una gran riqueza ornamental.

Desde hacía una hora, mientras terminaba, bordando al pasado, las hojas de las pequeñas rosas de oro, ni una sola palabra había roto el silencio. Pero la hebra volvió a romperse y Angélique enhebró otra vez la aguja, a ciegas, bajo el bastidor, como la experta trabajadora que era. Después, levantó la cabeza y pareció absorber en una larga aspiración toda la primavera que allí entraba.

— ¡Ah! —murmuró—. ¡Qué bueno hizo ayer!... ¡Qué bueno es el sol!

Hubertine, que estaba encerando su hilo, movió la cabeza:

—Yo estoy molida, ya no siento los brazos. ¡Ya no tengo tus dieciséis años y cuando se sale tan poco...!

Sin embargo, volvió a su trabajo en seguida. Preparaba las azucenas cosiendo retazos de vitela en los lugares señalados para dar relieve.

—Además, estos primeros soles afectan a la cabeza —añadió Hubert, quien, una vez tensado su bastidor, se disponía a estarcir sobre la seda la banda de la capa.

Angélique se había quedado con los ojos perdidos, extraviados en el rayo que caía de un arbotante de la iglesia. Y, en voz baja, añadió:

—No, no, a mí me ha refrescado y me ha distraído ese día entero al aire libre.

Había terminado el pequeño follaje de oro y empezó a hacer una de las grandes rosas, con tantas agujas enhebradas como matices de seda, bordando con puntos hendidos y entrantes, en el mismo sentido del movimiento de los pétalos. A pesar de la delicadeza de aquel trabajo, los recuerdos de la víspera que revivía un poco antes, en silencio, desbordaban ahora de sus labios, se escapaban en tan gran número que ya no paraba de hablar. Contaba la salida, el ancho campo, el almuerzo en las ruinas de Hauteceur, sobre el pavimento de una sala cuyos muros derruidos dominaban el Ligneul, que fluía más abajo, entre los sauces, a cincuenta metros. Todo aquello impregnaba su ser, las ruinas, los restos dispersos bajo las zarzas, que atestiguaban la enormidad del coloso cuando éste, erguido, dominaba los dos valles. El torreón se mantenía en pie, con sus sesenta metros de altura, desmochado, hendido, sólido a pesar de todo sobre sus cimientos de quince pies de espesor. También habían resistido dos torres, la torre de Carlomagno y la de David, unidas por un lienzo de muralla casi intacto. En el interior se veía parte de los edificios, la capilla, la sala de justicia, algunas habitaciones; parecía obra de gigantes: los peldaños de las escaleras, los alféizares de las ventanas, los bancos de las terrazas, todo a una escala desmesurada para las generaciones actuales. Era una verdadera plaza fuerte en la que quinientos hombres de armas podían resistir un asedio de treinta meses sin que les faltasen municiones ni víveres. Desde hacía dos siglos, los escaramujos separaban los ladrillos de las habitaciones inferiores, las lilas y los cíttis florecían entre los escombros de los techos hundidos y un plátano había crecido en la chimenea de la sala de guardia. Pero, cuando el sol se ponía, la estructura del torreón alargaba su sombra sobre tres leguas de cultivos y el castillo entero parecía reconstruirse, colosal entre las brumas del atardecer; y se volvía a sentir el antiguo poder, la fuerza ruda que lo había

convertido en la fortaleza inexpugnable que hacía temblar a los mismísimos reyes de Francia.

—Estoy segura —prosiguió Angélique— de que está habitado por espíritus que vuelven por la noche. Se oyen todo tipo de voces, hay por todas partes animales que nos observan. Cuando nos marchábamos, vi perfectamente, al volverme, unas grandes figuras blancas que flotaban por encima de los muros... ¿No es cierto, madre, usted que conoce la historia del castillo?

Hubertine sonrió plácidamente:

—Yo no he visto nunca aparecidos.

Pero, efectivamente, conocía la historia que había leído en un libro y tuvo que volver a contarla ante las insistentes preguntas de la muchacha.

El territorio pertenecía a la diócesis de Reims desde san Remigio, que lo había recibido de Clodoveo. En los primeros años del siglo X, un arzobispo, Severino, hizo construir una fortaleza en Hauteceur para defender la región de los normandos que remontaban el Oise, en el que desembocaba el Ligneul. En el siglo siguiente, un sucesor de Severino lo entregó en feudo a Norbert, segundón de la casa de Normandía, a cambio de un canon anual de sesenta sueldos y a condición de que la ciudad de Beaumont y su iglesia siguieran siendo francas. Así fue como Norbert I se convirtió en el fundador de la dinastía de los marqueses de Hauteceur, cuyo famoso linaje llena, desde entonces, la historia. Hervé IV, excomulgado dos veces por robar bienes eclesiásticos, bandido de grandes caminos que degolló con sus propias manos a treinta burgueses de una sola vez, vio su torre arrasada por Luis el Gordo a quien se había atrevido a combatir. Raoul I, que se hizo cruzado con Felipe Augusto, murió ante San Juan de Acre de una lanzada en el corazón. Pero el más ilustre fue Jean V el Grande, que en 1225 reconstruyó la fortaleza y levantó en menos de cinco años aquel temible castillo de Hauteceur bajo cuya protección soñó por un momento con el trono de Francia. Después de escapar de las matanzas de veinte batallas, murió en su lecho siendo cuñado del rey de Escocia. Después vinieron Félicien III, que viajó descalzo hasta Jerusalén; Hervé VII, que reivindicó sus derechos al trono de Escocia; y muchos más, poderosos y nobles, a lo largo de los siglos, hasta Jean IX, quien, bajo el gobierno de Mazarino, sufrió el dolor de asistir al desmantelamiento del castillo. Después de un último asedio, hicieron explotar con minas las bóvedas de las torres y del torreón e incendiaron los edificios en los que Carlos VI había ido a distraer su locura y en los que, casi doscientos años más tarde, Enrique IV se alojó durante ocho días con Gabrielle d'Estrées. Todos estos recuerdos regios dormían ahora en la hierba.

Angélique, sin detener su aguja, escuchaba apasionadamente, como si la visión de aquellas grandezas desaparecidas hubiera surgido de su bastidor, a

medida que la rosa iba naciendo en él, en la vida tierna de los colores. Su ignorancia de la historia magnificaba los hechos, los arrinconaba en el fondo de una prodigiosa leyenda. Temblaba con su fe encantada e imaginaba que el castillo se reconstruía y subía hasta las puertas del cielo, que los Hautecoeur eran primos de la Virgen.

—Entonces —preguntó—, ¿nuestro nuevo obispo, monseñor de Hautecoeur, es un descendiente de esa familia?

Hubertine contestó que monseñor debía de pertenecer a una rama menor, ya que la rama mayor se había extinguido hacía tiempo. Se trataba de un cambio de fortuna sorprendente, ya que durante siglos los marqueses de Hautecoeur y el clero de Beaumont habían vivido enfrentados. Hacia 1150, un abad inició la edificación de la iglesia exclusivamente con los recursos de su orden. De esa forma pronto faltó el dinero y, cuando el edificio sólo llegaba a la altura de las bóvedas de las capillas colaterales, hubieron de contentarse con cubrir la nave con una techumbre de madera. Transcurrieron ochenta años. Jean V acababa de reconstruir el castillo cuando donó trescientas mil libras que, junto con otras cantidades, permitieron continuar la construcción de la iglesia y acabar de levantar la nave. Las dos torres y la fachada principal no se terminaron hasta mucho más tarde, hacia 1430, en pleno siglo XV. Para recompensar a Jean V por su generosidad, el clero le concedió el derecho a ser sepultados, él y sus descendientes, en una capilla del ábside, consagrada a san Jorge, que desde entonces recibió el nombre de capilla Hautecoeur. Pero las buenas relaciones no podían durar, pues el castillo amenazaba continuamente las franquicias de Beaumont. Se producían continuos enfrentamientos por problemas de tributos y de prelación. Uno sobre todo, el derecho de peaje con el que los señores pretendían gravar la navegación en el Ligneul, eternizó las querellas cuando empezó la gran prosperidad de la ciudad baja con sus fábricas de telas finas. A partir de esa época la fortuna de Beaumont aumentó de día en día, mientras que la de Hautecoeur disminuía, hasta el momento en que, desmantelado el castillo, la iglesia triunfó. Luis XIV hizo de ella una catedral y se edificó un obispado en el antiguo huerto de los monjes. El azar quiso que entonces volviera precisamente un Hautecoeur, como obispo, para dirigir aquel clero que seguía en pie y que había derrotado a sus antepasados después de cuatrocientos años de luchas.

—Pero monseñor ha estado casado —dijo Angélique—. Tiene un hijo de veinte años, ¿verdad?

Hubertine había cogido las tijeras para rectificar uno de los retazos de vitela.

—Sí, fue el abad Cornille quien me lo contó. ¡Ah! Es una historia muy triste... Monseñor fue capitán a los veintiún años, bajo el reinado de Carlos X.

En 1830, a los veinticuatro años, presentó la dimisión, y se dice que hasta los cuarenta años llevó una vida disipada, de viajes, aventuras y duelos. Después, una noche, conoció en casa de unos amigos, en el campo, a la hija del conde de Valençay, Paula, adinerada y milagrosamente bella, que apenas tenía diecinueve años, veintidós menos que él. Se enamoró locamente de ella y ella le adoraba. Tuvieron que acelerar la boda. Fue entonces cuando volvió a comprar las ruinas de Hauteceur por una miseria, diez mil francos, según creo, con la intención de restaurar el castillo en el que soñaba con instalarse junto con su mujer. Durante nueve meses vivieron ocultos en el fondo de una antigua propiedad de Anjou, negándose a recibir a nadie, sintiendo las horas demasiado breves... Paula tuvo un hijo y murió.

Hubert, que estarcía el dibujo con un cisquero cargado de color blanco, había levantado la cabeza, muy pálido.

— ¡Ay! ¡Qué desgraciado! —murmuró.

—Dicen que estuvo a punto de morir —prosiguió Hubertine—. Una semana más tarde, tomó el hábito. Hace de esto veinte años y ahora es obispo... Pero dicen también que durante veinte años se ha negado a ver a su hijo, ese niño que le había costado la vida a su madre. Se había librado de él colocándolo en casa de un tío de ésta, un viejo abad, sin querer ni siquiera recibir noticias suyas, intentando olvidarse de su existencia. Una vez le enviaron un retrato del pequeño y creyó volver a ver a su querida difunta; lo encontraron en el suelo, rígido, como abatido de un mazazo. Luego, la edad y la oración han debido calmar su enorme tristeza, porque el buen cura Cornille me decía ayer que por fin monseñor acababa de llamar a su hijo junto a él.

Angélique, que había terminado la rosa, tan fresca que el raso parecía exhalar su fragancia, miraba de nuevo por la ventana soleada, los ojos llenos de ensoñación. Repitió en voz baja:

—El hijo de monseñor...

Hubertine terminó de contar su historia:

—Un joven hermoso como un dios, según parece. Era deseo de su padre que se ordenara sacerdote. Pero el viejo abad no ha querido, ya que el pequeño carecía totalmente de vocación... ¡Y tiene millones! ¡Cincuenta, según dicen! Sí, parece ser que su madre le dejó cinco millones que, invertidos en compras de terrenos en París, suponen en la actualidad más de cincuenta. ¡O sea, que es rico como un rey!

—Rico como un rey, hermoso como un dios —repitió inconscientemente Angélique, con su voz de ensueño.

Y, con un gesto mecánico, tomó sobre el bastidor una broca cargada de hilo

de oro para ponerse a trabajar en el bordado en guipur de una gran azucena. Después de rebasar el hilo con la punta de la broca, fijó su extremo con un punto de seda, en el mismo borde de la vitela que le daba relieve. Luego, mientras seguía trabajando, dijo aún, sin terminar de expresar lo que pensaba, perdida en la vaguedad de su deseo:

— ¡Oh! A mí, lo que me gustaría, lo que me gustaría...

Se hizo otra vez un silencio profundo, roto sólo por un canto apagado procedente de la iglesia.

Hubert ordenaba su dibujo, repasando con un pincel todas las líneas punteadas del estarcido; y los adornos de la capa iban apareciendo así, en blanco, sobre la seda roja. Fue él quien volvió a hablar:

— ¡Aquellos tiempos antiguos eran tan magníficos! Los señores llevaban ropas totalmente rígidas por los bordados. En Lyon se vendía la tela incluso a seiscientas libras el ana. Hay que leer los estatutos y las ordenanzas de los maestros bordadores, donde se dice que los bordadores del rey tenían derecho a requisar por la fuerza de las armas a las obreras de los otros maestros... Y teníamos nuestro escudo de armas: campo de azur, con faja diapreada de oro y tres flores de lis de lo mismo, dos en el jefe, una en la punta... ¡Ay! ¡Qué bonito era aquello!

Se calló, golpeó con la uña en el bastidor para quitar el polvo y después prosiguió:

—En Beaumont todavía se cuenta de los Hautecoeur una leyenda que mi madre me repetía muchas veces cuando era pequeño... Una terrible peste asolaba la ciudad y la mitad de sus habitantes ya había sucumbido cuando Jean V, el que había reconstruido la fortaleza, se dio cuenta de que Dios le había otorgado el poder de combatir aquel azote. A partir de entonces, visitaba descalzo a los enfermos, se arrodillaba y los besaba en la boca. En cuanto sus labios los tocaban, diciendo «Si Dios quiere, yo quiero», los enfermos quedaban curados. Por esta razón, esas palabras se han convertido en la divisa de los Hautecoeur, que, desde entonces, curan todos la peste... ¡Ay! ¡Qué hombres tan nobles! ¡Qué dinastía! En cuanto a monseñor, antes de tomar el hábito, se llamaba Jean XII, y el nombre de su hijo también debe ir seguido de una cifra, como el de un príncipe.

Cada una de estas palabras mecía y prolongaba la ensoñación de Angélique. Ésta repitió, con la misma voz cantarina:

— ¡Oh! A mí, lo que me gustaría, lo que me gustaría...

Sujetando la broca y sin tocar el hilo, trabajaba en guipur con el oro, llevándolo de derecha a izquierda sobre la vitela y fijándolo a cada vuelta con

un punto de seda. La gran azucena dorada florecía poco a poco.

— ¡Oh! A mí, lo que me gustaría, lo que me gustaría sería casarme con un príncipe... Un príncipe a quien no hubiese visto nunca, que viniera una tarde, al anochecer, a cogirme de la mano y llevarme a un palacio... Y lo que me gustaría es que fuese muy hermoso, muy rico, ¡oh!, el más hermoso, el más rico que haya pisado nunca la tierra. Caballos que oyera relinchar bajo mis ventanas, piedras preciosas que fluyeran a raudales sobre mis rodillas, y oro, una lluvia, un diluvio de oro que cayera de mis manos en cuanto las abriera... Y lo que me gustaría también es que mi príncipe me amara locamente para amarle yo misma como una loca. ¡Seríamos muy jóvenes, muy puros y muy nobles, siempre, siempre!

Hubert dejó su bastidor y se acercó sonriendo, mientras Hubertine amenazaba amistosamente a la muchacha con el dedo:

— ¡Ah, vanidosa! ¡Golosa! ¿Eres, pues, incorregible? ¡Ya estás otra vez con tu necesidad de ser reina! No es ese sueño tan malo como robar el azúcar y contestar insolencias; pero en el fondo, ¡anda!, el diablo está detrás, son la pasión y el orgullo los que hablan ahora.

Angélique la miraba, radiante:

— ¡Madre, madre, ¿qué dice usted?...! Entonces, ¿tengo yo la culpa de que me guste lo que es hermoso y rico? Le amo porque es hermoso, porque es rico, y porque me da calor, me parece, aquí, en el corazón... Sabe usted muy bien que no soy interesada... El dinero, ya vería usted lo que haría yo con el dinero, si tuviera mucho. Llovería dinero en la ciudad, caería a raudales en casa de los pobres. ¡Una verdadera bendición, no más miseria! Primero, los enriquecería a usted y a mi padre, me gustaría verles con vestidos y trajes de brocado, como una dama y un señor de antaño.

Hubertine se encogió de hombros:

— ¡Estás loca!... Hija mía, tú eres pobre, no tendrás ni un céntimo cuando te cases. ¿Cómo puedes soñar con un príncipe? Entonces, ¿te casarías con un hombre más rico que tú?

— ¡Ya lo creo que me casaría con él!

Y ponía una cara de profunda estupefacción:

— ¡Claro que sí, que me casaría con él!... Puesto que él tendría dinero, ¿para qué tenerlo yo? Le debería todo y por eso aún le querría más.

Aquel razonamiento victorioso le encantó a Hubert. Acompañaba con facilidad a la muchacha sobre el ala de una nube. Exclamó:

—Tiene razón.

Pero su mujer le dirigió una mirada disgustada. Se puso seria:

—Hija mía, ya verás más adelante, conocerás la vida.

—La vida, ya la conozco.

— ¿Dónde podrías haberla conocido?... Eres demasiado joven, ignoras el mal. Anda, que el mal existe, y es todopoderoso.

—El mal, el mal...

Angélique articulaba lentamente esta palabra para penetrar en su sentido. Y en sus ojos puros se leía el mismo asombro inocente. El mal, lo conocía bien, la Leyenda lo había mostrado. ¿No era el demonio, el mal? ¿Y no había visto ella al demonio siempre resucitado, pero siempre vencido? En todas las batallas rodaba por el suelo, molido a palos, digno de lástima.

—El mal, ¡ay, madre! ¡Si supiera usted cómo me río de él!... Sólo hay que dominarse y se vive feliz.

Hubertine hizo un gesto de inquietud y pesadumbre.

—Conseguirás que me arrepienta de haberte educado en esta casa, sola con nosotros, apartada de todos, ignorando hasta ese punto la existencia... Entonces, ¿con qué paraíso sueñas? ¿Cómo te imaginas el mundo?

El rostro de la muchacha se iluminaba con una gran esperanza, mientras manejaba la broca, inclinada, con el mismo movimiento continuo.

— ¿Me considera usted tonta, madre?... El mundo está lleno de buenas personas. Cuando se es honrado y se trabaja, se obtiene una recompensa, siempre... ¡Sí! Ya sé que también hay algunos malvados. Pero ¿acaso cuentan? Se les evita, pronto reciben su castigo... Además, mire, el mundo me produce de lejos el efecto de un gran jardín, ¡sí!, de un parque inmenso, todo él lleno de flores y de sol. ¡Es tan bueno vivir! ¡La vida es tan dulce que no puede ser mala!

Se animaba, como embriagada por el resplandor de las sedas y del oro.

—La felicidad, eso es algo muy sencillo. Nosotros somos felices. ¿Y por qué? Porque nos queremos. ¡Eso es! Es así de fácil... Por eso, ya verá cuando venga el que yo espero. Nos reconoceremos inmediatamente. No lo he visto nunca, pero sé cómo debe ser. Entrará, dirá: «Vengo a llevarte conmigo». Entonces, yo contestaré: «Te esperaba, llévame». Me llevará y, ya está, para siempre. Iremos a un palacio, a dormir en un lecho de oro con incrustaciones de diamantes. ¡Si es muy sencillo!

—Estás loca, ¡cállate! —interrumpió con severidad Hubertine.

Y al verla excitada, a punto de subirse otra vez a su ensoñación:

— ¡Cállate! Me das miedo... Desgraciada, cuando te casemos con un pobre diablo, te romperás los huesos al caer de las nubes. La felicidad, para nosotros los pobres, sólo se encuentra en la humildad y en la obediencia.

Angélique seguía sonriendo, con una tranquila obstinación:

—Le espero, y vendrá.

— ¡Pero si tiene razón! —exclamó Hubert, entusiasmado también, arrastrado por su fiebre—. ¿Por qué la reprendes?... Es lo bastante hermosa como para que nos la pida un rey. Todo es posible.

Con tristeza, Hubertine levantó hasta él sus hermosos ojos de sensatez.

—No la animes a obrar mal. Sabes mejor que nadie lo que cuesta ceder al corazón.

Se puso muy pálido y unas grandes lágrimas asomaron a sus párpados. Ella se arrepintió inmediatamente de esa amonestación y se levantó para cogerle las manos. Pero él se separó y repitió con voz temblorosa:

—No, no, me he equivocado... Oye, Angélique, debes escuchar a tu madre. Somos dos locos, sólo ella es razonable... Me he equivocado, me he equivocado...

Demasiado agitado para sentarse, dejando la capa que acababa de tensar, se dedicó a encolar un pendón que había quedado terminado en el bastidor. Después de coger el bote de cola de Flandes en el cofre, untó el envés de la tela con el pincel para consolidar el bordado. Sus labios habían conservado un pequeño temblor y no volvió a hablar.

Angélique, aunque también callaba, obediente, seguía por lo bajo, mientras ascendía más arriba, cada vez más arriba, en el más allá del deseo; y todo en ella lo manifestaba, su boca que el éxtasis dejaba entreabierta, sus ojos, en los que se reflejaba el azul infinito de su visión. Ahora bordaba con el hilo de oro su sueño de niña pobre. De él surgían, sobre el raso blanco, las grandes azucenas, las rosas, la inicial de María. El tallo de la azucena, realizado en espiguilla, tenía la esbeltez de un chorro de luz, mientras que las hojas largas y delgadas, hechas de lentejuelas cosidas cada una con una hebra de cañutillo, caían en una lluvia de estrellas. En el centro, la inicial de María deslumbraba, con un relieve de oro macizo, bordado en guipur y con estampado, ardiente como una gloria de tabernáculo, en el incendio místico de sus rayos. Las rosas de tiernas sedas cobraban vida y la casulla entera resplandecía, totalmente blanca, milagrosamente florecida en oro.

Después de un largo silencio, Angélique levantó la cabeza. Miró a Hubertine con malicia y repitió, moviendo la barbilla:

—Le espero, y vendrá.

Tenía una imaginación delirante. Y seguía insistiendo. Ocurriría como ella decía, estaba segura. Nada podía quebrantar su sonriente convicción.

—Te digo, madre, que estas cosas sucederán.

Hubertine decidió bromear y se burló de ella:

—Pero si yo creía que tú no te querías casar. Tus santas, que te han trastornado la cabeza, no se casaban. Convertían a sus novios antes que someterse a ellos, abandonaban la casa de sus padres y se dejaban cortar el cuello.

La muchacha escuchaba, perpleja. Luego, estalló en una gran carcajada. Toda su salud y todo su amor por la vida cantaban en aquella alegría sonora. ¡Eran tan antiguas las historias de santas! Los tiempos habían cambiado mucho; Dios triunfante ya no pedía a nadie que muriera por él. En la Leyenda, lo maravilloso la había cautivado más que el desprecio del mundo y el placer de la muerte. ¡Ah!, ¡sí! ¡Claro que quería casarse, y amar, y ser amada, y ser feliz!

— ¡No te fíes! —prosiguió Hubertine—. Harás llorar a Inés, tu guardiana. ¿Acaso no sabes que rechazó al hijo del gobernador y que prefirió morir para casarse con Jesús?

La gran campana de la torre empezó a sonar y una bandada de gorriones alzó el vuelo desde una enorme hiedra que enmarcaba una de las ventanas del ábside. En el taller, Hubert, que seguía callado, acababa de colgar el pendón tensado, todavía con la cola húmeda, para que se secase, en uno de los grandes clavos de hierro empotrados en la pared.

El sol, al girar, se desplazaba e iluminaba los viejos utensilios, la máquina devanadora, las devanaderas de mimbre, el candelabro de cobre. Cuando alcanzó a las dos obreras, el bastidor en el que trabajaban se inflamó con sus enjulios y sus listones alustrados por el uso, con todo lo que correteaba sobre la tela, cañutillos y lentejuelas del fondo de sombrero, carretes de seda, brocas cargadas de oro fino.

Entonces, en aquel resplandor tibio de primavera, Angélique miró la gran azucena simbólica que había terminado. Después, contestó con su aspecto de confiada alegría:

— ¡Pero si es a Jesús a quien quiero!

## Capítulo IV

A pesar de su alegría vivaz, a Angélique le gustaba la soledad. Cuando estaba a solas en su habitación, por la mañana y por la noche, sentía el gozo de una auténtica distracción: allí se abandonaba y allí saboreaba la escapada que le proporcionaban sus ensoñaciones. A veces incluso, si, durante el día, podía correr allí por un momento, se sentía llena de felicidad como si se tratara de una huida en plena libertad.

La habitación, muy amplia, ocupaba toda una mitad del desván, mientras que el resto correspondía al granero. Estaba enteramente blanqueada con cal, las paredes, las vigas, hasta los cabrios vistos de las partes abuhardilladas. En aquella blanca desnudez, los viejos muebles de roble parecían negros. Cuando renovaron el salón y el dormitorio de la planta baja, subieron allí los muebles antiguos, que databan de todas las épocas: un arca del Renacimiento, una mesa y sillas Luis XIII, una enorme cama Luis XIV, un bellísimo armario Luis XV. Sólo la estufa, de loza blanca, y el tocador, una mesita recubierta de hule, desentonaban, en medio de aquellas venerables antiguallas. Envuelta en una antigua tela de seda rosa con ramilletes de brezo, tan descolorida que ya no era sino de un rosa apagado que apenas se podía adivinar, la inmensa cama conservaba especialmente la majestad de su pasado esplendor.

Pero lo que le gustaba a Angélique era el balcón. De las dos antiguas puertas vidrieras, la de la izquierda había sido condenada, simplemente con la ayuda de unos clavos; y el balcón, que antes dominaba el piso en toda su longitud, sólo se conservaba ya ante la ventana de la derecha. Como las vigas que lo sostenían aún servían, habían puesto un nuevo entarimado, y enroscado encima una barandilla de hierro en lugar de la antigua balaustrada estropeada. Era aquél un rincón encantador, una especie de hornacina bajo la punta del aguilón, que cerraban unas latas, sustituidas a principios de siglo. Inclinandose, se podía ver toda la fachada que daba al jardín, muy deteriorada, con su zócalo de pequeñas piedras talladas, sus lienzos de madera con ladrillos vistos y sus grandes vanos, ahora reducidos. Abajo, la puerta de la cocina estaba coronada por un tejadillo cubierto de cinc. Y, arriba, las últimas soleras, que sobresalían un metro, igual que el caballete del tejado, estaban reforzadas por grandes ménsulas cuyo pie se apoyaba en la moldura de la planta baja. Esto situaba el balcón en medio de una vegetación de armazones, en el fondo de un bosque de viejas maderas, que reverdecían el musgo y los alhelíes.

Desde que ocupaba la habitación, Angélique había pasado allí muchas horas mirando desde la barandilla en la que se acodaba. Primero, a sus pies, se hundía el jardín, al que unos grandes bojes daban sombra con su eterno verdor; en un ángulo, adosado a la iglesia, un macizo de escasas lilas rodeaba un viejo banco de granito; en el otro ángulo, semioculta por una hiedra cuyo manto cubría todo el muro del fondo, había una puertecita que comunicaba con el Clos-Marie, un extenso terreno sin cultivar. Se trataba del antiguo huerto de

los frailes. Lo atravesaba un arroyo de agua viva, el Chevrotte, en el que las mujeres de las casas vecinas estaban autorizadas a hacer su colada. En las ruinas de un antiguo molino demudo encontraban refugio varias familias pobres. Nadie más habitaba aquel campo, que sólo enlazaba con la calle Magloire por el callejón de los Guerdaches, entre los altos muros del Obispado y los de la mansión de los Voincourt. En verano, los olmos centenarios de los dos parques tapaban con su follaje el estrecho horizonte que la cima gigante de la iglesia cerraba por el Sur. Rodeado así por todas partes, el Clos-Marie dormía en la paz de su abandono, invadido de locas hierbas, plantado de álamos y de sauces que el viento había sembrado. El Chevrotte brincaba entre las piedras, cantando una eterna melodía cristalina.

Ante aquel rincón perdido, Angélique nunca se cansaba. Y, sin embargo, cada mañana, durante siete años, había encontrado siempre en él el mismo espectáculo que ya había visto la víspera. Los árboles de la mansión de los Voincourt, cuya fachada daba a la calle Mayor, eran tan frondosos que sólo en invierno distinguía a Claire, la hija de la condesa, una muchacha de su misma edad. En el jardín del Obispado, donde la espesura de las ramas era todavía mayor, había intentado en vano reconocer la sotana de monseñor. La antigua verja con postigos que daba al recinto debía de estar condenada desde hacía tiempo, porque no se acordaba de haberla visto entreabierta ni una sola vez, ni siquiera para dejar pasar a un jardinero. Aparte de las amas de casa que golpeaban allí su colada, no veía otra cosa que los mismos niños pobres cubiertos de harapos, tumbados en la hierba.

La primavera fue aquel año de una suavidad exquisita. Tenía dieciséis años y hasta entonces sus ojos sólo se habían deleitado viendo reverdecer el Clos-Marie bajo el sol de abril. El brotar de las hojas tiernas, la transparencia de las tardes cálidas, todo el oloroso renacimiento de la tierra, simplemente la divertían. Pero aquel año, su corazón empezó a latir con el primer brote. Había en ella una emoción en aumento desde que la hierba crecía y el viento le traía el olor más intenso de la vegetación. Unas súbitas angustias sin causa aparente le oprimían la garganta. Una noche se echó llorando en brazos de Hubertine, sin ningún motivo para estar triste, sino, al contrario, llena de felicidad. Por la noche, sobre todo, tenía sueños deliciosos, veía pasar sombras, desfallecía en unos arrebatos que no se atrevía a recordar cuando se despertaba, avergonzada de aquella felicidad que le daban los ángeles. A veces, se despertaba sobresaltada en el fondo de su espaciosa cama, con las manos unidas, apretadas contra el pecho; y tenía que saltar descalza sobre las baldosas de su habitación, porque se ahogaba; corría a abrir la ventana y se quedaba allí, temblorosa, azorada, en aquel baño de aire fresco que la calmaba. Era un asombro continuo, una sorpresa de no reconocerse, de sentirse como enaltecida por alegrías y penas que ignoraba, la encantada floración de la mujer.

¡Cómo! ¿De verdad tenían las lilas y los císisos invisibles del Obispado una fragancia tan suave que ya no la respiraba sin que una ola rosa le subiera a las mejillas? Nunca hasta entonces había reparado en la suavidad de los perfumes que ahora la rozaban con un aliento lleno de vida. Y otra cosa: ¿cómo era posible que no hubiera observado los años anteriores una gran paulonia en flor cuyo enorme macizo violáceo aparecía entre dos olmos del jardín de los Voincourt? Aquel año, ese violeta pálido le llegaba tan directamente al corazón que, en cuanto lo miraba, la emoción nublaba sus ojos. De igual modo, no recordaba en absoluto haber oído al Chevrotte hablar en voz tan alta sobre las piedras, entre los juncos de sus orillas. Estaba segura de que el arroyo hablaba, porque le oía pronunciar palabras confusas, repetidas una y otra vez, que la llenaban de confusión. ¿Acaso ya no era el mismo campo de antes, ya que todo en él la sorprendía y adquiría así nuevos significados? ¿O era más bien ella la que cambiaba para sentir, ver y oír germinar allí la vida?

Pero la catedral, a su derecha, la mole enorme que ocultaba el cielo, la sorprendía aún más. Cada mañana, se imaginaba que la veía por primera vez, emocionada con su descubrimiento, comprendiendo que aquellas viejas piedras amaban y pensaban como ella. Aquello no era el resultado de ningún razonamiento, ella no poseía ninguna ciencia, se abandonaba contemplando la mística elevación de la gigante cuya creación había durado tres siglos y en la que se superponían las creencias de las sucesivas generaciones. Angélique estaba allí abajo, arrodillada, humillada en la oración, con las capillas románicas que la rodean, de ventanas de medio punto, desnudas, adornadas tan sólo con estrechas columnitas bajo las arquivoltas. A continuación se sentía elevada, con el rostro y las manos dirigidos hacia el cielo, con las ventanas ojivales de la nave, construidas ochenta años más tarde, ventanas altas y ligeras, divididas por parteluces que sostenían arcos apuntados y rosetones. Después, abandonaba el suelo, arrebatada, erguida, con los contrafuertes y los arbotantes del coro, continuados y decorados dos siglos más tarde, en pleno resplandor del gótico, cargados de chapiteles, agujas y pináculos. Al pie de los arbotantes, las gárgolas vertían las aguas de las techumbres. Habían añadido una balaustrada adornada con trifolios que bordeaba la terraza, sobre las capillas absidales. También la cima había sido decorada con florones. Y todo el edificio florecía a medida que se acercaba al cielo, en una elevación continua, liberado del antiguo terror sacerdotal, e iba a perderse en el seno de un Dios de perdón y amor. Ella tenía esa sensación física, eso la hacía sentirse ligera y feliz, como por un cántico que ella hubiera entonado, muy puro y muy fino, y que se perdiera muy alto.

Por otra parte, la catedral vivía. Las golondrinas, cientos de golondrinas, habían construido sus nidos bajo los cinturones de trifolios, hasta en los huecos de las torrecillas y de los pináculos; con sus vuelos rozaban

continuamente los arbotantes y los contrafuertes que poblaban. Estaban también las palomas torcaces de los olmos del Obispado, que se pavoneaban en el borde de las terrazas, caminando con pasitos cortos, como si fueran paseantes. A veces, perdido en el cielo azul, apenas del tamaño de una mosca, un cuervo se alisaba las plumas en la punta de una aguja. Y plantas, toda una flora, líquenes, gramíneas que crecían en las rendijas de las murallas, animaban las viejas piedras con el trabajo sordo de sus raíces. Los días de grandes lluvias, el ábside entero se despertaba y resonaba con el zumbido del aguacero que golpeaba las hojas de plomo del tejado y se vertía por los conductos de desagüe de las galerías, rodando de piso en piso con el clamor de un torrente desbordado. Incluso las terribles ráfagas de viento de octubre y de marzo le daban un alma, una voz de cólera y de queja, cuando soplaban a través de su bosque de piñones y arquerías, de columnitas y rosetones. Finalmente, el sol le daba vida, con el juego de la luz en movimiento, desde la mañana, que la rejuvenecía con su rubia alegría, hasta la tarde, que, bajo las sombras que se alargaban lentamente, la sumergía en lo desconocido. Tenía también su vida interior, como si fuera el latido de sus venas, en las ceremonias con las que vibraba toda entera, con el vaivén de las campanas, la música de los órganos, el canto de los sacerdotes. La vida siempre palpitaba en ella: ruidos perdidos, el murmullo de un cuchicheo, el leve movimiento de una mujer al arrodillarse, un temblor apenas adivinado, nada más que el ardor devoto de una oración, dicha sin palabras, con la boca cerrada.

Ahora que los días se hacían más largos, Angélique pasaba mucho tiempo, mañana y tarde, acodada al balcón, al lado de su gran amiga la catedral. Le gustaba todavía más por la noche, cuando sólo veía su mole enorme destacarse en bloque sobre el cielo estrellado. Los planos se difuminaban, apenas distinguía los arbotantes lanzados como puentes sobre el vacío. La sentía despierta bajo las tinieblas, llena de una ensoñación de siete siglos, engrandecida por las multitudes que habían esperado y desesperado ante sus altares. Era una vigilia continua, que venía del infinito del pasado, que se encaminaba hacia la eternidad del futuro, la vigilia misteriosa y aterradora de una casa en la que Dios no podía dormir. Y en la mole negra, inmóvil y viva, sus miradas se dirigían siempre a la ventana de una capilla del coro, al nivel de los arbustos del Clos-Marie, la única que se iluminaba, como un ojo difuso abierto a la noche. Detrás, en el ángulo de un pilar, ardía una lámpara de santuario. Precisamente aquella capilla era la que los abades de antaño habían entregado a Jean V de Hauteceur y a sus descendientes, con el derecho a ser sepultados en ella, en recompensa por su generosidad. Consagrada a san Jorge, tenía una vidriera del siglo XII en la que estaba representada la leyenda del santo. A partir del crepúsculo, la leyenda renacía de la sombra, luminosa como una aparición. Por eso, a Angélique, de ojos soñadores y fascinados, le gustaba la ventana.

El fondo de la vidriera era azul; el marco, rojo. Sobre ese fondo de una riqueza sombría, los personajes, cuyos ropajes flotantes mostraban el desnudo, destacaban con sus colores vividos, cada parte hecha con cristales coloreados, sombreados de negro, sujetos por los plomos. Tres escenas superpuestas de la leyenda ocupaban la ventana hasta la arquivolta. En la parte inferior, la hija del rey, que había salido de la ciudad con vestiduras regias para ser devorada, encontraba a san Jorge cerca de la laguna, de la que ya emergía la cabeza del monstruo. En una banderola figuraban estas palabras: «Buen caballero, no perezcaís por mí, porque no me podréis ayudar ni liberar, sino que pereceréis conmigo». Luego, en el centro, se veía el combate, con el santo a caballo atravesando al monstruo de parte a parte, explicado con esta frase: «Jorge blandió tanto su lanza, que desconcertó al dragón y lo arrojó a tierra». Por último, en la parte superior, la hija del rey llevando a la ciudad al monstruo vencido: «Jorge dijo: “Ponle tu cinturón alrededor del cuello y no vaciles en nada, hermosa muchacha”. Y cuando hubo hecho esto, el dragón la siguió como un perro sumiso». Cuando se realizó, la vidriera debía de estar coronada, en el medio punto, por un motivo ornamental. Pero más tarde, cuando la capilla pasó a pertenecer a los Hauteceur, éstos sustituyeron ese motivo por su escudo de armas. Y así es como, en las noches oscuras, brillaba, por encima de la leyenda, un escudo de armas resplandeciente, más moderno. Cuartelado, uno y cuatro, dos y tres, de Jerusalén y de Hauteceur; de Jerusalén, que es de plata con cruz potenziada de oro, cantonada con cuatro crucecitas del mismo metal; de Hauteceur, que es de azur, con una fortaleza de oro y un escusón de sable con corazón de plata en el abismo, todo ello acompañado de tres flores de lis de oro, dos en el jefe y una en la punta. El escudo estaba sostenido, a diestra y siniestra, por dos quimeras de oro, y timbrado, en medio de un penacho de azur, con casco de plata, damasquinado en oro, girado de frente y cerrado por once rejillas, que es el casco de los duques, mariscales de Francia, señores con título y jefes de compañías soberanas. Y, como divisa: «Si Dios quiere, yo quiero».

Poco a poco, a fuerza de verle atravesando al monstruo con su lanza mientras la hija del rey levantaba las dos manos juntas, Angélique se había apasionado por san Jorge. A aquella distancia distinguía mal las figuras, las veía en una ampliación de ensueño: la muchacha, delgada, rubia, con su rostro; el santo, cándido y soberbio, hermoso como un arcángel. Era ella a quien venía a liberar, ella le habría besado las manos en señal de gratitud. Y con aquella aventura que soñaba confusamente, un encuentro a la orilla de un lago, un gran peligro del que la salvaba un joven más hermoso que el día, se mezclaba el recuerdo de su excursión al castillo de Hauteceur, la evocación del torreón feudal, erguido en el cielo, habitado por los grandes señores de antaño. El escudo de armas relucía como un astro en las noches de estío, ella lo conocía bien, lo leía con soltura, con sus palabras sonoras, ella que bordaba

blasones con frecuencia. Jean V se detenía en todas las puertas, en la ciudad devastada por la peste, subía a besar a los moribundos en la boca y los curaba, diciendo: «Si Dios quiere, yo quiero». Félicien III, prevenido de que una enfermedad impedía a Felipe el Hermoso ir a Palestina, hizo el viaje en su lugar, descalzo, llevando un cirio en la mano, por lo que le habían otorgado un cuartel de las armas de Jerusalén. Se evocaban muchas otras historias, sobre todo las de las damas de Hautecoeur, las Muertas Dichosas, como las llamaba la leyenda: en la familia, las mujeres morían jóvenes, en plena felicidad. A veces, dos, tres generaciones se libraban, pero luego la muerte volvía a hacer su aparición, sonriente, con manos suaves, y se llevaba a la hija o la mujer de un Hautecoeur, las más viejas a los veinte años, en el mismo momento en que gozaban de alguna gran felicidad de amor. La noche de sus esponsales con su primo Richard, que vivía en el castillo, Laurette, hija de Raoul I, se asomó a la ventana y vio a Richard en la suya, de la torre de David a la de Carlomagno. Creyó que él la llamaba y, como un rayo de luna tendía entre ellos un puente de claridad, avanzó hacia él; pero, cuando estaba a medio camino, con la prisa, dio un paso en falso que la hizo salirse del rayo, cayó y se precipitó al pie de las torres. Desde entonces, todas las noches de luna clara, camina en el aire, alrededor del castillo al que baña de blancura el mudo roce de su inmenso vestido. Durante seis meses, Balbine, esposa de Hervé VII creyó que su marido había muerto en la guerra. Una mañana en que lo seguía esperando en lo alto del torreón, lo reconoció en camino, de regreso. Bajo corriendo, tan loca de alegría que murió en el último peldaño de la escalera. Ahora, en cuanto caía el crepúsculo, seguía bajando a través de las ruinas, se la veía ir de piso en piso, recorrer volando los pasillos y las habitaciones, pasar como una sombra tras las ventanas abiertas al vacío. Todas volvían, Ysabeau, Gudule, Yvonne, Austreberthe, todas las Muertas Dichosas, amadas por la muerte, que les había escatimado la vida, al llevárselas de un aletazo muy jóvenes, en el éxtasis de su primera dicha. Algunas noches, su vuelo blanco llenaba el castillo como un vuelo de palomas. Así hasta la última de ellas, la madre del hijo de monseñor a la que habían encontrado tendida en el suelo, sin vida, ante la cuna de su hijo, hasta donde se había arrastrado, enferma para morir fulminada por el gozo de besarlo. Estas historias obsesionaban la imaginación de Angélique: hablaba de ellas como de hechos ciertos que hubiesen ocurrido la víspera; había leído los nombres de Laurette y de Balbine en las viejas losas sepulcrales empotrada en los muros de la capilla. Entonces, ¿por qué no moría también ella feliz, en plena juventud? Los blasones refulgían, el santo bajaba de su vidriera, y ella ascendía al cielo con el leve soplo de un beso.

La Leyenda se lo había enseñado: ¿no es el milagro la norma, el curso habitual de las cosas? Existe en estado agudo, continuo, se realiza con una facilidad extrema, en cualquier momento, se multiplica, se despliega, desborda, incluso inútilmente, por el gusto de negar las leyes de la naturaleza.

Se vive al mismo nivel que Dios. Abagar, rey de Edesa, escribe a Jesús, que le contesta. Ignacio recibe cartas de la Virgen. En todas partes, Madre e Hijo se aparecen, adoptan disfraces, hablan con sonriente afabilidad. Cuando se encuentra con ellos, Esteban manifiesta una gran familiaridad. Todas las vírgenes se desposan con Jesús y los mártires suben al cielo a unirse con María. En cuanto a los ángeles y a los santos son los compañeros habituales de los hombres, van, vienen pasan a través de las paredes, se aparecen en sueños, hablan desde lo alto de las nubes, asisten al nacimiento y a la muerte, socorren en los suplicios, liberan de los calabozos, dan respuestas y realizan encargos. Tras sus pasos se produce una floración inagotable de prodigios. Silvestre ata las fauces de un dragón con un hilo. La tierra se alza para servir de asiento a Hilario, a quien sus compañeros querían humillar. Una piedra preciosa cae en el cáliz de san Lupo. Un árbol aplasta a los enemigos de san Martín, un perro suelta una liebre, un incendio deja de arder, cuando él lo ordena. María Egipciaca camina sobre el mar. Salen abejas de la boca de Ambrosio en el momento de su nacimiento. Continuamente los santos curan los ojos enfermos, los miembros paralíticos o secos, la lepra, la peste sobre todo. Ni una sola enfermedad se resiste a la señal de la cruz. Los enfermos y los débiles son separados de entre la multitud para curarlos en masa con un rayo. La muerte es derrotada, las resurrecciones son tan frecuentes que forman parte de los pequeños acontecimientos de cada día. Y cuando los mismos santos entregan el alma, no por ello se detienen los prodigios, sino que aumentan, son como las flores vivaces de sus sepulcros. Dos fuentes de aceite, remedio soberano, manan de los pies y de la cabeza de Nicolás. Un olor a rosa sale del féretro de Cecilia al abrirlo. El de Dorotea está lleno de maná. Todos los huesos de las vírgenes y de los mártires confunden a los mentirosos, obligan a los ladrones a restituir el fruto de sus hurtos, atienden los deseos de las mujeres estériles, devuelven la salud a los moribundos. Nada es ya imposible, lo invisible reina, la única ley es el capricho de lo sobrenatural. En los templos, intervienen los encantadores: se ven hoces que cortan solas y serpientes de bronce que se mueven, se oye reír a las estatuas y a los lobos cantar. Pero los santos contestan inmediatamente y los aplastan: las hostias se convierten en carne viviente, las imágenes de Cristo segregan sangre, los palos plantados en tierra florecen, brotan fuentes, los panes calientes se multiplican a los pies de los indigentes, un árbol se inclina y adora a Jesús; e incluso las cabezas cortadas hablan, los cálices rotos se reparan por sí solos, la lluvia se aparta de una iglesia para anegar los palacios vecinos, la ropa de los ermitaños no se desgasta, sino que se renueva en cada estación, como la piel de los animales. En Armenia, los perseguidores arrojan al mar los féretros de plomo de cinco mártires; el que contiene los restos mortales del apóstol Bartolomé se pone en cabeza, y los otros cuatro lo acompañan para rendirle honores; y todos, formando una escuadra bien alineada, flotan lentamente bajo la brisa, a lo

largo de grandes extensiones de mar, hasta las costas de Sicilia.

Angélique creía firmemente en los milagros. En su ignorancia, vivía rodeada de prodigios, como la salida de los astros y la eclosión de las simples violetas. Le parecía una locura imaginar el mundo como un mecanismo regido por leyes fijas. ¡Eran tantas las cosas que no entendía y se sentía perdida, débil, rodeada de fuerzas cuyo poder le resultaba imposible medir y cuya existencia ni siquiera hubiera sospechado de no ser por los fuertes soplos que a veces pasaban por su rostro! De manera que, como cristiana de la primitiva Iglesia, alimentada con las lecturas de la Leyenda, se abandonaba, inerte, en manos de Dios, con la mancha del pecado original por borrar. No tenía ninguna libertad; sólo Dios podía realizar su salvación enviándole la gracia; y la gracia consistía en haberla llevado bajo el techo de los Hubert, a la sombra de la catedral, a vivir una vida de sumisión, de pureza y de fe. Oía rugir en el fondo de sí misma al demonio del mal hereditario. ¿Quién sabe qué habría sido de ella en su tierra natal? Sin duda alguna una mala mujer; por el contrario, en aquel rincón bendito crecía con salud renovada en cada estación. ¿Acaso no era la gracia aquel ambiente hecho de los cuentos que se sabía de memoria, de la fe que había bebido allí, del más allá místico en el que se bañaba, el ambiente de lo invisible en el que el milagro le parecía natural, al mismo nivel que su existencia cotidiana? Este ambiente le proporcionaba armas para el combate de la vida, así como la gracia daba armas a los mártires. Y ella misma lo creaba sin saberlo: nacía de su imaginación, exacerbada por las fábulas y los deseos inconscientes de su pubertad; crecía con todo lo que ella ignoraba, se originaba en lo desconocido que había en ella y en las cosas. Todo surgía de ella para volver a ella, igual que el hombre crea a Dios para salvar al hombre: sólo existía el sueño. A veces, se sorprendía, se tocaba la cara, llena de desconcierto, dudando de su propia existencia material. ¿No era ella misma una apariencia que desaparecería después de haber creado una ilusión?

Una noche de mayo, encontrándose en aquel balcón en el que pasaba tan largas horas, estalló en lágrimas. No sentía ninguna tristeza: estaba trastornada por una espera, aunque no tenía que llegar nadie. La noche era muy oscura, el Clos-Marie se hundía como un agujero de sombra bajo el cielo sembrado de estrellas, y sólo distinguía las tenebrosas masas de los viejos olmos del Obispado y de la mansión de los Voincourt. Sólo la vidriera de la capilla relucía. Si no tenía que venir nadie, ¿por qué palpitaba así su corazón, con grandes latidos? Era una espera cuyo origen estaba lejano, en el fondo de su juventud, una espera que había crecido con los años para desembocar en aquella fiebre ansiosa de su pubertad. Nada la hubiera sorprendido, hacía semanas que oía unas voces que murmuraban en aquel rincón de su imaginación que ocupaba un misterio habitado. La Leyenda había liberado allí su mundo sobrenatural de santos y santas y el milagro podía florecer en él.

Entendía muy bien que todo se animaba, que las voces procedían de las cosas otrora silenciosas, que las hojas de los árboles, las aguas del Chevrotte, las piedras de la catedral le hablaban. Pero ¿a quién anunciaban de aquella manera los susurros de lo invisible? ¿Qué querían hacer de ella las fuerzas ignotas que soplaban del más allá y flotaban en el aire? Permanecía con los ojos fijos en las tinieblas, como en una cita que nadie le había fijado, y esperaba, esperaba siempre, hasta caerse de sueño, mientras sentía que lo desconocido decidía su vida, al margen de su voluntad.

Durante una semana, Angélique lloró así, en la noche oscura. Volvía allí y esperaba. Cuanto la envolvía seguía a su alrededor y aumentaba cada noche, como si el horizonte se estrechara y la oprimiese. Las cosas pesaban en su corazón, las voces producían ahora un murmullo en el fondo de su cráneo, sin que consiguiera oírlas con más claridad. Era una toma de posesión lenta, por la que la naturaleza entera, la tierra junto con el ancho cielo, penetraba en su ser. Al menor ruido, sus manos ardían y sus ojos se esforzaban por penetrar las tinieblas. ¿Era por fin el prodigio esperado? No, todavía nada, seguramente nada más que el aleteo de un ave nocturna. Volvía a aguzar el oído y percibía hasta el diferente rumor de las hojas en los olmos y los sauces. Veinte veces sacudió así todo su ser un estremecimiento, al rodar una piedra hasta el arroyo o al deslizarse desde una pared un animal vagabundo. Se inclinaba, desfallecida. Nada, todavía nada.

Al fin, una noche en que una oscuridad más cálida caía de un cielo sin luna, algo empezó. Tuvo miedo de equivocarse, porque era algo muy leve, casi insensible, un ruidito nuevo entre los ruidos que conocía. Tardaba en reproducirse y ella contenía el aliento. Luego se oyó más fuerte, pero todavía confuso. Hubiera dicho que se trataba del ruido lejano, apenas adivinado, de unos pasos y que aquel temblor del aire anunciaba una proximidad, fuera del alcance de la vista y del oído. Lo que ella esperaba venía de lo invisible y salía lentamente de todo lo que se agitaba a su alrededor. Poco a poco, surgía de su sueño como una realización de los vagos deseos de su juventud. ¿Era el san Jorge de la vidriera que, con sus pies mudos de imagen pintada, hollaba las altas hierbas para ascender hacia ella? Precisamente en ese momento la ventana palidecía; ya no veía claramente al santo, que semejaba una nubécula púrpura, difusa, evaporada. Aquella noche, no logró saber nada más. Pero, al día siguiente, a la misma hora y en la misma oscuridad, el ruido aumentó y se aproximó un poco. Era con toda seguridad un ruido de pasos, los pasos de una visión que rozaban el suelo. Se detenían y se reanudaban aquí y allá, sin que le fuera posible precisar dónde. Quizá le llegaban del jardín de los Voincourt, de algún paseante nocturno rezagado bajo los olmos. Quizá salieran más bien de los frondosos macizos del Obispado, de las grandes lilas cuyo penetrante olor le anegaba el corazón. Por más que escudriñara las tinieblas, sólo su oído le advertía del prodigio esperado, y también su olfato, aquel perfume acrecentado

de las flores, como si un aliento se hubiera mezclado con él. Y durante varias noches el círculo de los pasos se fue acercando al balcón y los escuchó avanzar hasta la pared, a sus pies. Allí se detenían, se hacía un largo silencio y se consumaba el cerco, aquel abrazo lento y creciente de lo desconocido en el que ella se sentía desfallecer.

Las noches siguientes vio aparecer entre las estrellas el delgado creciente de la luna nueva. Pero el astro declinaba al caer el día y se marchaba, tras la techumbre de la catedral, semejante a un ojo de viva claridad que se oculta al cerrarse el párpado. Ella lo seguía, lo miraba crecer en cada crepúsculo, impaciente ante aquella antorcha que iba a iluminar por fin lo invisible. En efecto, poco a poco, el Clos-Marie salía de la oscuridad, con las ruinas de su viejo molino, sus grupos de árboles, su rápido arroyo. Y entonces, bajo la luz, la creación continuó. Aquello que procedía del sueño acabó por asumir la sombra de un cuerpo. Porque al principio sólo vio una sombra apagada que se movía bajo la luna. Entonces, ¿qué era aquello? ¿La sombra de una rama mecida por el viento? A veces todo se desvanecía, el campo dormía en una inmovilidad de muerte y ella creía que se trataba de una alucinación visual. Pero después la duda ya no era posible, porque una mancha oscura había atravesado un espacio iluminado, deslizándose de un sauce a otro. La perdía de vista y la volvía a encontrar sin conseguir definirla nunca. Una noche, creyó reconocer la huida ágil de dos hombros e inmediatamente sus ojos se dirigieron a la vidriera: tenía un color grisáceo, como si la hubieran vaciado, apagada por la luna, que la iluminaba de lleno. A partir de aquel momento, observó que la sombra viviente se alargaba y se acercaba a su ventana, creciendo continuamente, de agujeros negros en agujeros negros, entre las hierbas, a lo largo de la iglesia. A medida que ella la adivinaba más próxima, le invadía una emoción creciente, la sensación nerviosa que se experimenta cuando uno se siente observado por ojos de misterio que no ve. Seguramente había allí, bajo las hojas, un ser que, con la mirada levantada, ya no la abandonaba. Notaba en las manos, en el rostro, la impresión física de esas miradas, largas, muy dulces, tímidas también; no se sustraía a ellas porque las sentía puras, venidas del mundo encantado de la Leyenda; y su ansiedad primera se tornaba en una confusión deliciosa, en su certeza de la felicidad. Bruscamente, una noche, la sombra se dibujó sobre la tierra blanca de luna con una línea franca y neta, la sombra de un hombre, que ella no podía ver, oculto tras los sauces. El hombre no se movía y ella estuvo mirando durante mucho tiempo aquella sombra inmóvil.

Desde entonces, Angélique tenía un secreto que llenaba su habitación desnuda, blanqueada con cal, totalmente blanca. Permanecía durante horas en su espaciosa cama, en la que se perdía, tan menuda, con los ojos cerrados, pero sin dormir, sino viendo una y otra vez la sombra inmóvil en el suelo resplandeciente. Al alba, cuando volvía a abrir los párpados, sus miradas iban

del enorme armario al viejo cofre, de la estufa de loza al tocador, con la sorpresa de no encontrar allí aquel perfil misterioso que ella habría dibujado de memoria con trazo firme. Lo había vuelto a ver, mientras dormía, deslizarse entre los pálidos brezos de sus cortinas. Poblaba lo mismo sus sueños que su vigilia. Era una sombra compañera de la suya; tenía dos sombras, aunque estuviera sola con su ensoñación. Y aquel secreto no lo confió a nadie, ni siquiera a Hubertine, a quien hasta entonces le había contado todo. Cuando ésta le hacía preguntas, sorprendida de verla tan alegre, se ruborizaba y contestaba que la precoz primavera la hacía feliz. Desde la mañana hasta la tarde zumbaba, como una mosca ebria por los primeros soles. Las casullas que bordaba jamás habían llameado con un resplandor de seda y oro como aquél. Los Hubert, sonrientes, pensaban simplemente que disfrutaba de buena salud. Su alegría aumentaba conforme anochecía, cantaba cuando salía la luna y, cuando llegaba la hora, se acodaba en el balcón a ver la sombra. Mientras duró el cuarto creciente de la luna, la encontró puntual en todas las citas, erguida y silenciosa, sin saber nada más de ella, ignorante del ser que debía proyectarla. ¿Era sólo una sombra, solamente una apariencia, quizá el santo desaparecido de la vidriera, quizá el ángel que había amado en otro tiempo a Cecilia y que ahora bajaba a amarla a ella a su vez? Esta idea la enorgullecía, le resultaba muy agradable, como una caricia procedente de lo invisible. Después, se apoderó de ella la impaciencia por saber y su espera volvió a empezar.

En su plenitud, la luna iluminaba el Clos-Marie. Cuando alcanzaba el cénit, bajo la luz blanca que caía en vertical, los árboles ya no proyectaban sombras, semejantes a fuentes de mudas claridades. Todo el campo quedaba bañado por ella y una onda luminosa, de una limpieza cristalina, lo llenaba; el resplandor era por ello tan penetrante que se distinguía en él hasta el fino recorte de las hojas de sauce. El menor temblor del aire parecía arrugar aquel lago de rayos, dormido en su paz soberana, entre los grandes olmos de los jardines vecinos y la cima gigante de la catedral.

Transcurrieron otras dos noches, y la tercera, al ir al balcón, Angélique sintió un golpe violento en el corazón. Allí, en la viva claridad, le vio, de pie, vuelto hacia ella. Su sombra, como la de los árboles, se había retirado bajo sus pies y había desaparecido. Ahora ya sólo estaba él, muy bien iluminado. A aquella distancia le veía como en pleno día. Tenía unos veinte años y era rubio, alto y delgado. Se parecía a san Jorge, a un Jesús soberbio, con sus cabellos rizados, su barba fina, su nariz recta, algo pronunciada, sus ojos negros, de una dulzura altanera. Le reconoció perfectamente: nunca le había visto de otra manera, era él, era tal como ella lo esperaba. El prodigio terminaba al fin, la lenta creación de lo invisible desembocaba en aquella aparición viviente. Él salía de lo desconocido, del estremecimiento de las cosas, de las voces susurrantes, de los juegos movedizos de la noche, de todo lo que la había rodeado hasta hacerla desfallecer. Así le veía ella, a dos pies

del suelo, en lo sobrenatural de su llegada, mientras el milagro la envolvía por todas partes, flotando sobre el lago misterioso de la luna. Él llevaba como escolta al pueblo entero de la Leyenda, los santos cuyos bastones florecían, las santas de cuyas heridas manaba leche. Y el vuelo blanco de las vírgenes hacía palidecer a las estrellas.

Angélique le seguía mirando. Él levantó los brazos y los tendió, abiertos de par en par. Ella no sentía miedo y le sonreía.

## Capítulo V

Era todo un acontecimiento cuando, cada tres meses, Hubertine hacía la colada. Contrataban los servicios de una mujer, la tía Gabet; por esta razón, durante cuatro días, los bordados quedaban olvidados; y la misma Angélique participaba activamente y convertía en una distracción las operaciones de enjabonado y aclarado en las límpidas aguas del Chevrotte. Después de sacarla de la ceniza, se acarrea la ropa por la puertecita de comunicación. En el Clos-Marie, se vivían las jornadas al aire libre, a pleno sol.

— ¡Madre, esta vez lavo yo! ¡Me divierte tanto!

Y, sacudida por la risa, las mangas subidas por encima de los codos, blandiendo la paleta, Angélique golpeaba de buena gana, y realizaba con alegría y salud aquella dura tarea que la salpicaba de espuma.

— ¡Esto me endurece los brazos! ¡Me sienta bien, madre!

El Chevrotte cortaba el campo en diagonal, primero adormecido y luego muy rápido, lanzado a grandes borbotones por una pendiente pedregosa. Salía del jardín del Obispado por una especie de compuerta que habían dejado en la parte inferior de la muralla; desaparecía en el otro extremo, en la esquina de la mansión de los Voincourt, bajo un arco abovedado, y se hundía en el suelo para reaparecer doscientos metros más lejos y correr a lo largo de la calle Baja hasta el Ligneul en el que desembocaba. De manera que había que estar muy atento a la ropa, porque de nada servía correr: pieza que se soltaba, pieza que se perdía.

— ¡Madre, espere, espere!... Voy a poner esta gran piedra encima de las toallas. ¡Ya veremos si se las lleva, el ladrón!

Calzó la piedra, regresó para arrancar otra de los escombros del molino, encantada de prodigarse, de cansarse. Si se magullaba un dedo, lo sacudía, diciendo que no era nada. Durante el día, la familia de pobres que se refugiaba bajo aquellas ruinas se iba a pedir limosna, desperdigada por los caminos. El

cercado permanecía solitario, con una soledad deliciosa y fresca, con sus bosquecillos de sauces pálidos, sus altos álamos, su hierba sobre todo, su desbordamiento de hierbajos, tan pujantes que le llegaban a uno a los hombros cuando penetraba en ellos. De los dos parques vecinos, cuyos grandes árboles cerraban el horizonte, llegaba un silencio tembloroso. A partir de las tres, la sombra de la catedral se alargaba, con recogida dulzura, con un perfume evaporado de incienso.

Y ella golpeaba la ropa más fuerte aún, con toda la fuerza de su fresco y blanco brazo.

—Madre, madre, ¡cómo voy a comer esta noche! ¡Ya sabe que me ha prometido una tarta de fresas!

Pero, para aquella colada, el día del aclarado Angélique se quedó sola. La tía Gabet, que sufría una crisis aguda de ciática, no había acudido; y otras ocupaciones del hogar retenían a Hubertine en casa. Arrodillada en su caja llena de paja, la muchacha cogía las prendas de una en una y las agitaba un buen rato, hasta que el agua ya no se enturbiaba y quedaba límpida como el cristal. No se daba ninguna prisa; desde por la mañana, sentía una curiosidad inquieta, después de llevarse la sorpresa de encontrar allí a un viejo obrero con guardapolvo gris que ponía en pie un andamio ligero ante la ventana de la capilla Hautecoeur. ¿Iban a arreglar la vidriera? Realmente lo necesitaba: faltaban vidrios en el san Jorge; otros, rotos con el paso de los siglos, habían sido sustituidos por simples cristales. Sin embargo, aquello la irritaba. Estaba tan acostumbrada a las lagunas del santo que atravesaba al dragón, y a las de la hija del rey que se lo llevaba atado con su cinturón, que ya lloraba por ellos, como si hubieran tenido el propósito de mutilarlos. Era un sacrilegio querer cambiar cosas tan antiguas. De repente, cuando volvió de almorzar, su cólera desapareció: había un segundo obrero en el andamio, éste, joven, vestido también con un guardapolvo gris. Y lo había reconocido: era él.

Alegremente, sin apuros, Angélique volvió a ocupar su sitio, de rodillas sobre la paja de su cajón. Luego, con sus muñecas desnudas, empezó de nuevo a agitar la ropa en el fondo del agua clara. Era él, alto, delgado, rubio, con su barba fina y sus cabellos rizados de dios joven, de piel tan blanca como le había visto bajo la claridad de la luna. Puesto que se trataba de él, la vidriera ya no tenía nada que temer: si él la tocaba, la embellecería. Y no sentía ninguna desilusión por encontrarle vestido con aquel guardapolvo, porque fuese un obrero como ella, un pintor de vidrieras sin duda. Por el contrario, esto le hacía sonreír, porque tenía la absoluta certeza de su sueño de fortuna regia. No había en ello más que apariencia. ¿Para qué saber? Una mañana, él sería quien tenía que ser. Una lluvia de oro caía del techo de la catedral, una marcha triunfal resonaba en el fragor lejano de los órganos. Ni siquiera se preguntaba qué camino tomaba para ir hasta allí, lo mismo de noche que de

día. A no ser que viviera en una de las casas vecinas, sólo podía pasar por la calleja de los Guerdaches, que corría a lo largo del muro del Obispado hasta la calle Magloire.

Transcurrió entonces una hora encantada. Se inclinaba, aclaraba su colada, tocando casi el agua fresca con el rostro; pero, con cada nueva prenda levantaba la cabeza y echaba un vistazo en el que, con la emoción de su corazón, despuntaba una pizca de malicia. En el andamio, él parecía muy ocupado comprobando el estado de la vidriera, y la miraba de reojo, molesto en cuanto ella le sorprendía así, vuelto hacia ella. Tenía la piel tan blanca que resultaba asombroso cuán rápido se sonrojaba, la tez bruscamente ruborizada. A la menor emoción, cólera o ternura, toda la sangre de sus venas le subía al rostro. Tenía ojos batalladores y era tan tímido, cuando notaba que ella lo observaba, que se convertía en un niño pequeño que no sabe qué hacer con sus manos, balbuceando órdenes a su anciano compañero. A ella, lo que le alegraba al contacto con aquella agua cuya turbulencia le refrescaba los brazos era adivinarlo inocente como ella, ignorante de todo, con la pasión golosa de morder la vida. No se necesita decir en voz alta lo que existe, ya lo hacen mensajeros invisibles y lo repiten bocas mudas. Ella levantaba la cabeza, le sorprendía volviendo la suya y los minutos pasaban; aquello era delicioso.

De repente, le vio saltar del andamio y después apartarse caminando de espaldas, a través de las hierbas, como para alejarse con el fin de ver mejor. Faltó poco para que Angélique estallara en una carcajada, pues estaba claro que lo único que quería era acercarse a ella. En su salto, había puesto la decisión firme del hombre que lo arriesga todo y ahora lo gracioso y conmovedor era que seguía plantado a unos pasos de ella, dándole la espalda, sin osar volverse, en el mortal aprieto de su acción demasiado impulsiva. Por un instante creyó que volvería a ir hacia la vidriera, de la misma forma que había venido, sin una mirada hacia atrás. Sin embargo, él tomó una decisión desesperada y se giró; como en ese preciso momento ella levantaba la cabeza, con su risa maliciosa, sus miradas se encontraron y permanecieron fijas una en la otra. Esto provocó en los dos una gran confusión; perdían la compostura y no habrían salido nunca de aquella situación de no haberse producido entonces un dramático incidente.

— ¡Dios mío! —gritó ella, desconsolada.

En su emoción, la blusa de bombasí que estaba aclarando con una mano inconsciente se le acababa de escapar y el rápido arroyo se la llevaba; un momento más y desaparecería por la esquina del muro de los Voincourt, bajo el arco abovedado por el que se precipitaba el Chevrotte.

Transcurrieron unos segundos angustiosos. Al comprender lo que ocurría, él se abalanzó. Pero la corriente brincaba sobre las piedras, aquella endiablada

blusa corría más deprisa que él. Se inclinaba, creía alcanzarla, y no cogía más que un puñado de espuma. Falló dos veces. Finalmente, excitado, con el valiente ademán del que se lanza arriesgando la vida, entró en el agua y salvó la blusa en el preciso momento en que se hundía.

Angélique, que hasta entonces había seguido con ansiedad el salvamento, sintió que la risa, una risa franca, le salía de su interior. ¡Ah! ¡Aquella aventura que tantas veces había soñado, aquel encuentro a la orilla de un lago, aquel terrible peligro del que la libraba un joven más hermoso que el día! San Jorge, el tribuno, el guerrero, era aquel pintor de vidrieras, el joven artesano con guardapolvo gris. Cuando le vio volver, las piernas empapadas, sujetando con gesto torpe la blusa que chorreaba, comprendiendo cuán ridículo era el apasionamiento que había puesto en salvarla de las aguas, tuvo que morderse los labios para contener el estallido de alegría que le hacía cosquillas en la garganta.

Él se quedó extasiado contemplándola. ¡Ella era tan adorablemente infantil, con aquella risa contenida en la que vibraba toda su juventud! Mojada con el agua que la había salpicado, los brazos helados por la corriente, olía a pureza, a la nitidez de las fuentes vivas que surgen del musgo del bosque. Eso era salud y alegría bajo el gran sol. Se adivinaba en ella a una buena ama de casa, y, sin embargo, reina, con su traje de faena, con su esbelta silueta, su rostro alargado de hija de rey, como las que aparecen en el fondo de las leyendas. Y ya no sabía cómo devolverle la ropa de tan bella como la veía, con la belleza artística que él amaba. Eso le irritaba todavía más, tener aquel aspecto inocente, porque se daba perfecta cuenta del esfuerzo que ella hacía para no reír. Tuvo que decidirse y le entregó la blusa.

Entonces, Angélique comprendió que, si despegaba los labios, estallaría de risa. ¡Pobre muchacho! La conmovía profundamente; pero aquello era irresistible; ella era demasiado feliz y la necesidad que sentía de reír, reír hasta quedarse sin aliento, la desbordaba.

Por fin, creyó que podía hablar e intentó decir simplemente:

—Gracias, señor.

Pero la risa volvió, le hizo tartamudear, le cortó la palabra. Sonaba muy ruidosa, era una lluvia de notas sonoras que cantaban, con el acompañamiento cristalino del Chevrotte. Él, desconcertado, no supo qué contestar, ni una palabra. Su rostro tan blanco se ruborizó súbitamente; sus ojos de niño tímido llamearon como los de un águila. Y se marchó. Ya había desaparecido con el viejo obrero y ella seguía riendo, inclinada sobre el agua clara, salpicándose de nuevo al aclarar la ropa en la resplandeciente felicidad de aquel día.

A la mañana siguiente, a partir de las seis, extendieron la ropa, que se

escurría en un montón desde la víspera. Precisamente se había levantado un fuerte viento que contribuía a secarla. Incluso tuvieron que sujetar las prendas, para que el viento no se las llevara, colocando piedras en las cuatro esquinas. Toda la colada estaba allí, extendida, blanquísima entre la hierba verde, exhalando el aroma de las plantas; y el prado parecía haber florecido repentinamente con níveas capas de margaritas.

Después del almuerzo, cuando volvió a echar un vistazo, Angélique fue presa de desesperación: toda la colada amenazaba con echar a volar, pues las ráfagas de viento eran cada vez más violentas, en el cielo azul, de una viva limpidez, como depurada por aquellos grandes soplos; ya se había escapado una sábana y unas toallas habían ido a parar a las ramas de un sauce. Recuperó las toallas. Pero, detrás de ella, ya se le iban unos pañuelos. ¡Y encima, nadie! Se volvía loca. Cuando quiso extender la sábana, tuvo que forcejear, porque la aturdía y la envolvía con un chasquido de bandera.

Entonces oyó una voz en el viento que le decía:

—Señorita, ¿quiere que le ayude?

Era él, e inmediatamente ella le gritó, sin pensar en nada más que en su preocupación de ama de casa:

—Pues claro, ¡ayúdeme!... ¡Coja la punta, ahí! ¡Sujete fuerte!

La sábana que estiraban con sus brazos robustos batía como una vela. La posaron sobre la hierba y colocaron en las cuatro esquinas piedras más grandes. Ahora que la sábana se hundía, domada, ni él ni ella se levantaban, sino que seguían arrodillados en los dos extremos, separados por aquella gran prenda de una blancura cegadora.

Finalmente, ella sonrió, pero sin malicia, con una sonrisa de agradecimiento. Él se envalentonó:

—Yo me llamo Félicien.

—Y yo, Angélique.

—Soy pintor de vidrieras. Me han encargado que repare esa vidriera.

—Yo vivo ahí con mis padres, y soy bordadora.

El fuerte viento se llevaba sus palabras, los flagelaba con su pureza vivaz bajo el cálido sol que los bañaba. Se decían cosas que ya sabían, por el mero placer de decírselas.

—No van a sustituir la vidriera, ¿verdad?

—No, no. La reparación ni siquiera se notará... Me gusta tanto como le gusta a usted.

—Es cierto, me gusta. ¡Tiene un color tan suave! Bordé una con un san Jorge, pero no era tan bonito.

— ¡Que no era tan bonito!... Lo he visto, si es el san Jorge de la casulla de terciopelo rojo que el abad Cornille llevaba el domingo. ¡Una maravilla!

Se sonrojó, halagada, y le gritó bruscamente:

—Ponga una piedra en el borde de la sábana, a su izquierda, el viento se la va a llevar otra vez.

Se apresuró y colocó un peso encima de la ropa, que había sufrido una gran palpitación, como el batir de alas de un ave cautiva intentando alzar el vuelo. Y como ahora ya no se movía, esta vez se levantaron los dos.

Ahora ella caminaba por los estrechos senderos de hierba, entre las prendas, echando una ojeada a cada una de ellas, mientras él la seguía, poniendo mucha atención, aparentando estar muy preocupado por la posible pérdida de un delantal o de un paño. Aquello parecía totalmente natural. Por eso, ella seguía hablando, contando sus jornadas, explicando sus gustos.

—A mí me gusta que las cosas estén en su sitio... Por la mañana, el cucú del taller me despierta siempre a las seis. Y, aunque no hubiera luz, me vestiría igual: mis medias están aquí, el jabón, allá, una verdadera manía. ¡Pero no es de nacimiento! ¡Antes era muy desordenada! ¡Lo que tuvo que hablar mi madre! Y en el taller no haría nada bien si mi silla no estuviera siempre en el mismo sitio, frente a la luz. Afortunadamente, no soy zurda ni diestra: bordo con las dos manos. Eso es un don, porque no todas lo consiguen... Lo mismo ocurre con las flores que adoro, que no puedo tener cerca un ramo sin sufrir terribles dolores de cabeza. Sólo soporto las violetas y, sorprendentemente, su olor más bien me los calma. Al menor malestar, no tengo más que aspirar las violetas y me alivian.

Él la escuchaba embelesado. Se sentía embriagado por la dulzura de su voz, que tenía un encanto extremado y era penetrante y prolongada. Debía de ser especialmente sensible a aquella música humana, porque su acariciadora inflexión sobre determinadas sílabas le humedecía los ojos.

— ¡Ah! —dijo, interrumpiéndose—. ¡Esas camisas estarán pronto secas!

A continuación, terminó sus confidencias, con esa necesidad ingenua e inconsciente de darse a conocer.

—El blanco es siempre bonito, ¿verdad? Algunos días me hartó del azul, del rojo, de todos los colores, mientras que el blanco es una alegría completa de la que nunca me canso. Nada hiere en él, apetecería perderse en él... Teníamos un gato blanco con manchas amarillas y yo le pinté esas manchas. Quedaba muy bien, pero la pintura no aguantó... ¡Mire!, mi madre no lo sabe,

pero guardo todos los restos de seda blanca, tengo un cajón lleno, para nada, sólo por el gusto de mirarlos y tocarlos de vez en cuando... Y tengo otro secreto, ¡muy grande éste! Todas las mañanas, cuando me despierto, hay alguien cerca de mi cama, ¡sí!, una blancura que se esfuma.

Él no albergaba ninguna duda. Parecía creerla firmemente. ¿No era todo sencillo? ¿No estaba todo en orden? Una joven princesa no lo hubiera conquistado con tanta rapidez entre las magnificencias de su corte. Ella tenía, entre toda aquella ropa blanca, sobre la verde hierba, un aspecto encantador, feliz y soberano, que le llegaba al corazón con un abrazo cada vez más fuerte. Ya estaba decidido: no había nadie más que ella, la seguiría hasta el final de su vida. Ella seguía caminando, con su pasito rápido, volviendo a veces la cabeza con una sonrisa; y él todavía iba detrás, sofocado por aquel sentimiento de felicidad, sin esperanza alguna de alcanzarla nunca.

Pero sopló una borrasca y se levantó un vuelo de prendas menudas, cuellos y puños de percal, toquillas y camisolines de batista, que se abatió a lo lejos, como una bandada de pájaros blancos arrastrados en la tormenta.

Angélique echó a correr.

— ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Venga! ¡Ayúdeme, hombre!

Los dos se precipitaron. Ella detuvo un cuello en la orilla del Chevrotte. Él ya sujetaba dos camisolines recuperados de entre las altas ortigas. Los puños fueron reconquistados de uno en uno. Entre tanto, en sus carreras a toda velocidad, ella le había rozado tres veces con los pliegues levantados de su falda; y, cada vez, él había sentido una sacudida en el corazón, el rostro repentinamente ruborizado. Él, a su vez, la tocó levemente al dar un salto para recuperar la última pañoleta que se le escapaba. Ella se había quedado de pie, inmóvil, sin aliento. El azoramiento ahogaba su risa, ya no bromeaba, ni se burlaba de aquel muchachote inocente y torpe. ¿Qué le ocurría, que ya no se sentía alegre y desfallecía así, bajo aquella deliciosa angustia? Cuando él le tendió la pañoleta, sus manos se tocaron casualmente. Se estremecieron y se contemplaron, azorados. Ella había retrocedido rápidamente, él permaneció unos segundos sin saber qué decisión tomar en aquella extraordinaria catástrofe que le sobrevenía. Después, enloquecida, echó a correr de repente, huyó, los brazos llenos de prendas pequeñas, abandonando el resto.

Entonces, Félicien quiso hablar:

—Por favor... Se lo ruego...

El viento redoblaba, le cortaba la respiración. Desesperado, la miraba correr, como si se la llevase aquel fuerte viento. Ella corría, corría entre la blancura de sábanas y manteles, en el oro pálido del sol poniente. La sombra de la catedral parecía alcanzarla y estaba ya a punto de entrar en su casa, por la

puertecita del jardín, sin una sola mirada atrás. Pero, una vez en el umbral, se volvió de pronto, presa de una bondad súbita, pues no quería que él pensara que estaba muy enfadada. Y, confusa, sonriente, gritó:

— ¡Gracias! ¡Gracias!

¿Le daba las gracias por haberle ayudado a recuperar su ropa? ¿Era por otra razón? Desapareció y la puerta volvió a cerrarse.

Él se quedó solo, en medio del campo, bajo las grandes ráfagas de viento que soplaban con regularidad, vivificantes, en el cielo puro. Los olmos del Obispado se agitaban con un prolongado ruido de oleaje y una voz fuerte clamaba a través de las terrazas y los arbotantes de la catedral. Pero ya no oía más que el leve ruido de un gorrito enganchado en una rama de lilas y de un ramo blanco, que le pertenecía a ella.

A partir de aquel día, cada vez que Angélique abría su ventana, veía a Félicien abajo, en el Clos-Marie. Tenía el pretexto de la vidriera y se pasaba allí la vida, sin que el trabajo avanzara lo más mínimo. Durante horas y horas se olvidaba de todo y permanecía detrás de un matorral, tumbado en la hierba, acechando entre las hojas. ¡Era tan dulce intercambiar una sonrisa, mañana y tarde! Ella, feliz, no pedía más. La colada no se repetiría hasta tres meses después y la puerta del jardín seguiría cerrada hasta entonces. ¡Pero, si se veían a diario, pasarían tan pronto esos tres meses! Y además, ¿había mayor felicidad que vivir de aquella manera, durante el día esperando la mirada de la tarde, y por la noche esperando la mirada de la mañana?

Angélique ya lo había contado todo en el primer encuentro: sus costumbres, sus gustos, los pequeños secretos de su corazón. Él, silencioso, se llamaba Félicien, y ella ya no sabía nada más. Quizá tenía que ser así, entregada por entero la mujer, reservándose el varón en lo desconocido. Ella no sentía ninguna curiosidad prematura, sonreía pensando en lo que seguramente se haría realidad. Además, lo que ella ignoraba no contaba; sólo tenía importancia que pudieran verse. No sabía nada de él, pero le conocía hasta el punto de leerle el pensamiento en su mirada. Él había venido, ella le había reconocido y se amaban.

Gozaron deliciosamente de aquella posesión a distancia. Continuamente se producían nuevos arrebatos por los descubrimientos que iban haciendo. Ella tenía unas manos largas, estropeadas por la aguja, que él adoró. Ella descubrió los pies menudos de Félicien, se sintió orgullosa de su pequeñez. Todo en él la halagaba, ella le estaba agradecida por ser hermoso, sintió una violenta alegría la tarde en que observó que su barba era de un rubio más ceniciento que sus cabellos, lo que daba a su risa una extremada dulzura. Él se marchó ebrio de felicidad una mañana en que vio, al inclinarse ella, una mancha oscura en su delicado cuello. También sus corazones se descubrían y también en ellos

hicieron hallazgos. Sin ningún género de dudas, el gesto con el que ella abría su ventana, ingenuo y orgulloso, indicaba que, en su condición de pequeña bordadora, tenía alma de reina. Ella a su vez lo sentía bueno al ver con qué paso tan ligero pisaba las hierbas. En torno a ellos brillaba en aquella primera hora de su encuentro una irradiación de cualidades y gracias. Cada entrevista tenía su propio encanto. Les parecía que nunca agotarían la felicidad que les producía verse.

Sin embargo, Félicien manifestó pronto cierta impaciencia. Ya no permanecía tumbado durante horas al pie de un matorral, en la inmovilidad de una felicidad absoluta. En cuanto aparecía Angélique, acodada al balcón, se ponía nervioso e intentaba acercarse a ella. Y esto acababa disgustándola un poco, pues temía que le vieran. Un día se produjo incluso un verdadero enfado: él se había adelantado hasta la pared y ella tuvo que abandonar el balcón. Fue una catástrofe. Él quedó desconcertado y su rostro expresaba con tanta elocuencia sumisión y ruego que al día siguiente ella le perdonó y se acodó a la hora habitual. Pero, como la espera ya no le satisfacía, volvió a las andadas. Ahora parecía estar en todas partes a la vez, dentro del Clos-Marie que llenaba con su fiebre. Salía de detrás de cada tronco, aparecía por encima de cada mata de zarzas. Como las palomas torcaces de los grandes olmos, debía de tener su cobijo en las cercanías, entre dos ramas. El Chevrotte era para él un pretexto para vivir allí, inclinado encima de la corriente, desde donde parecía seguir el vuelo de las nubes. Un día, ella le vio entre las ruinas del molino, de pie sobre el armazón de un cobertizo derruido, feliz de haber subido así un poco más arriba, en su pena de no poder volar hasta su hombro. Otro día, ella ahogó un leve grito, al descubrirle a mayor altura que ella, entre dos ventanas de la catedral, en la terraza de las capillas del coro. ¿Cómo había conseguido llegar hasta aquella galería que cerraba una puerta cuya llave guardaba el sacristán? ¿Cómo le había encontrado otras veces en pleno cielo, entre los arbotantes de la nave y los pináculos de los contrafuertes? Desde aquellas alturas, se zambullía hasta el fondo de su habitación, como las golondrinas que vuelan hasta la punta de las torrecillas. Nunca le pasó por la cabeza la idea de esconderse. Pero, desde entonces, se encerró y se apoderaba de ella y crecía, hasta sentirse invadida, el desasosiego de ser siempre dos. Si no tenía prisa, ¿por qué su corazón latía tan fuerte, como la campana mayor del campanario en el volteo de las grandes fiestas?

Pasaron tres días sin que Angélique apareciera, asustada de la audacia cada vez mayor de Félicien. Se juraba a sí misma que no volvería a verle, se excitaba intentando detestarlo. Pero él le había contagiado su fiebre y ya no podía estarse quieta; todos los pretextos le parecían buenos para dejar la casulla que estaba bordando. Así fue como, informada de que la tía Gabet estaba en cama, en la más absoluta indigencia, iba a visitarla todas las mañanas. Era en la misma calle de los Orfebres, tres puertas más lejos.

Llegaba con caldo y azúcar, y bajaba a comprar medicamentos a la farmacia de la calle Mayor. Un día, cuando volvía a subir con paquetes y frascos, se quedó sobrecogida al encontrar a Félicien en la cabecera de la vieja enferma. Él se puso muy rojo, se esquivó torpemente. Al día siguiente, cuando se marchaba, él volvió a aparecer y ella le cedió el sitio, descontenta. ¿Acaso quería impedir que visitara a sus pobres? Precisamente, ella sufría una de aquellas crisis de caridad que le hacían entregarse por entero para colmar a aquéllos que no tenían nada. Su ser se fundía en una fraternidad compasiva ante la idea del sufrimiento. Corría a casa del tío Mascart, un ciego paralítico de la calle Baja, a quien ella misma daba de comer el plato de sopa que le llevaba; a casa de los Chouteau, marido y mujer, dos viejos de noventa años que ocupaban un sótano de la calle Magloire, adonde ella había trasladado unos muebles viejos que había cogido en el granero de los Hubert; a casa de otros muchos, a casa de todos los miserables del barrio a quienes mantenía a escondidas con cosas que había a su alrededor, feliz de sorprenderlos y de verlos resplandecer por algún resto de la víspera. ¡Y ahora resultaba que en todas esas casas se encontraba a Félicien! Nunca le había visto tan asiduamente, ella que evitaba asomarse a la ventana por miedo de volver a verle. Su desconcierto aumentaba; estaba muy enfadada.

Realmente, lo peor de aquella aventura fue que pronto Angélique desesperó de su caridad. Aquel muchacho le estropeaba la alegría de ser buena. Anteriormente, quizá tuviera él otros pobres, pero no aquéllos, porque no los visitaba nunca; había debido espiarla, subir tras ella, para conocerlos y quitárselos así, uno tras otro. Ahora, cada vez que llegaba a casa de los Chouteau, con una cestita de vituallas, había monedas de plata encima de la mesa. Un día en que corría a llevarle diez sueldos, sus ahorros de toda la semana, al tío Mascart, que se lamentaba sin cesar por la falta de tabaco, lo encontró con dinero, con una moneda de veinte francos reluciente como un sol. Incluso un día en que visitaba a la tía Gabet, ésta le pidió que bajara a cambiarle un billete. ¡Y qué tormento constatar su impotencia, ella que carecía de dinero, mientras que él vaciaba su bolsa con tanta facilidad! Cierto que se alegraba de la suerte que tenían sus pobres; pero ya no sentía la dicha de darles, triste de darles tan poco, mientras que otro daba tanto. Él, torpe, sin entenderlo, creyendo conquistarla, cedía a una necesidad de generosidad conmovedora y le mataba sus limosnas. Sin contar con que tenía que soportar sus elogios en casa de todos aquellos pobres: ¡un joven tan bueno, tan dulce, tan bien educado! Ya no hablaban más que de él, exponían sus donativos como para despreciar los de ella. A pesar de su promesa de olvidarle, ella les preguntaba por él: ¿qué había dejado?, ¿qué había dicho?, y era guapo, ¿verdad?, ¡y cariñoso!, ¡y tímido! Quizá se atreviera a hablar de ella. ¡Ah, por supuesto, siempre hablaba de ella! Entonces ella lo abominaba de verdad, porque al final le pesaba demasiado en el corazón.

Finalmente, las cosas no podían seguir así. Una tarde de mayo, bajo un crepúsculo sonriente, estalló la catástrofe. Fue en casa de las Lemballeuse, la nidada de mujeres pobres que se refugiaba en los escombros del viejo molino. No había allí más que mujeres: la tía Lemballeuse, una vieja cosida de arrugas; Tiennette, la hija mayor, una veinteañera alta y salvaje; y sus dos hermanas menores, Rose y Jeanne, con los ojos ya descarados bajo sus greñas pelirrojas. Las cuatro mendigaban por los caminos, a lo largo de las cunetas y volvían por la noche, con los pies rotos de cansancio en sus chanclas atadas con cuerdas. Aquella tarde precisamente, Tiennette, que había acabado por dejar las suyas entre las piedras, había regresado herida, con los tobillos ensangrentados. Sentada ante su puerta, en medio de las altas hierbas del Clos-Marie, se arrancaba espinas de la carne, mientras la madre y las dos pequeñas se lamentaban a su alrededor.

Entonces llegó Angélique, escondiendo bajo su delantal el pan que les daba todas las semanas. Se había escapado por la puertecita del jardín y la había dejado abierta tras ella, pues pensaba volver corriendo. Pero la visión de la familia entera en llanto la detuvo.

— ¿Qué pasa? ¿Qué os ocurre?

— ¡Ay, señorita! —gimió la tía Lemballeuse—. ¡Mire en qué estado se halla esta desgraciada! Mañana no podrá caminar, será un día perdido... Necesita zapatos.

Los ojos ardientes bajo su pelambarrera, Rose y Jeanne multiplicaron sus llantos, gritando con voz aguda:

—Necesita zapatos, necesita zapatos.

Tiennette había levantado a medias su cabeza delgada y oscura. Luego, huraña, sin decir una sola palabra, había vuelto a sangrar, al encarnizarse en una larga astilla con un alfiler.

Conmovida, Angélique entregó su limosna:

—Aquí tienen, de momento, un pan.

— ¡Pan! —dijo la madre—. También hace falta. Pero ésta no caminará con pan, claro. Y en Bligny hay feria, una feria en la que saca cada año más de cuarenta sueldos... ¡Señor! ¡Señor! ¿Qué va a ser de nosotras?

La compasión y el apuro dejaron muda a Angélique. Llevaba cinco sueldos pelados en el bolsillo. Con cinco sueldos no se podía comprar zapatos, ni siquiera de ocasión. Cada vez la paralizaba su falta de dinero. En ese momento, lo que acabó de sacarla de sus casillas fue que, al volver la vista, vio a Félicien, de pie, unos pasos más lejos, en la sombra que se alargaba. Debía de haber oído, quizás estaba allí desde hacía tiempo. Siempre aparecía así, sin

que supiera nunca por dónde ni cómo había llegado.

«Les va a dar los zapatos», pensó.

En efecto, ya se acercaba. En el cielo violáceo salían las primeras estrellas. Una gran paz tibia caía de lo alto y adormecía el Clos-Marie, cuyos sauces se bañaban de sombra. La catedral ya no era más que una raya negra hacia poniente.

«Seguro que les va a dar los zapatos.»

Y esto le producía auténtica desesperación. Entonces, ¡lo iba a dar todo él! ¡Ella no conseguiría vencerle ni una sola vez! Su corazón latía hasta romperse, habría deseado ser muy rica para mostrarle que también ella hacía a alguien feliz.

Pero las Lemballeuse habían visto al buen señor, la madre se había precipitado, las dos pequeñas gemían, la mano extendida, mientras que la mayor, dejando sus tobillos ensangrentados, miraba de reojo.

—Escuche, buena mujer —dijo Félicien—, vaya a la calle Mayor, en la esquina de la calle Baja...

Angélique había entendido: allí estaba la tienda de un zapatero. Lo interrumpió enérgicamente, tan agitada que tartamudeaba palabras al azar.

— ¡Pues vaya una compra inútil...! ¿Para qué...? Es mucho más sencillo...

Pero no lo encontraba, eso que era más sencillo. ¿Qué hacer? ¿Qué inventar para adelantarse en su limosna? Nunca hubiera creído que le detestaría hasta ese punto.

—Diga que va de mi parte —prosiguió Félicien—. Pregunte...

Volvió a interrumpirle, repitiendo con ansiedad:

—Es mucho más sencillo..., es mucho más sencillo...

De repente, calmada, se sentó en una piedra, desató sus zapatos, se los quitó, se quitó incluso las medias, con mano rápida.

— ¡Tenga! ¡Es tan sencillo! ¿Para qué molestarse?

— ¡Ay!, señorita, ¡que Dios se lo pague! —gritó la tía Lemballeuse, examinando los zapatos, casi totalmente nuevos—. Los cortaré por la parte superior para que le valgan... ¡Tiennette, da las gracias, desgraciada!

Tiennette arrancaba las medias de las manos de Rose y de Jeanne, que las codiciaban. No despegó los labios.

Pero en aquel momento Angélique se dio cuenta de que tenía los pies

desnudos y de que Félicien los veía. La vergüenza se apoderó de ella. Ya no se atrevía a moverse, segura de que, si se levantaba, él los vería aún mejor. Se alarmó, perdió la cabeza y echó a correr. Sus piecitos corrían, blanquísimos, sobre la hierba. Se había hecho aún más de noche, el Clos-Marie se convertía en un lago de sombra, entre los grandes árboles vecinos y la masa negra de la catedral. Y sólo quedaba, a ras de las tinieblas del suelo, la huida de los piecitos blancos, del blanco satinado de las palomas.

Asustada, temerosa del agua, Angélique siguió el Chevrotte, para llegar a la tabla que servía de puente. Pero Félicien había atajado a través de la maleza. Tan tímido hasta entonces, se puso más colorado que ella al ver sus pies blancos; y una llama le empujaba, habría deseado gritar la pasión que le había poseído todo entero, desde el primer día, en el desbordamiento de su juventud. Después, cuando ella le rozó, sólo pudo balbucear la confesión que ardía en sus labios:

—La amo.

Enloquecida, se había detenido. Por un instante, erguida, le miró. Su cólera, el odio que creía sentir, desaparecían y se fundían en un sentimiento de deliciosa angustia. ¿Qué había dicho él para que se quedara trastornada de aquella manera? La amaba, ella lo sabía, y ahora la palabra murmurada a su oído la confundía de sorpresa y de temor. Él, envalentonado, el corazón abierto, próximo al de ella por la caridad cómplice, repitió:

—La amo.

Y ella, temerosa del amante, reemprendió la huida. El Chevrotte ya no la detuvo; entró en él como las ciervas perseguidas y en él corrieron sus piecitos blancos, entre las piedras, bajo el escalofrío del agua helada. La puerta del jardín volvió a cerrarse y los piecitos desaparecieron.

## Capítulo VI

Durante dos días, Angélique se sintió abrumada por los remordimientos. En cuanto se encontraba sola, lloraba como si hubiera cometido una falta. Y la pregunta, de una oscuridad alarmante, renacía una y otra vez: ¿Había pecado con aquel joven? ¿Estaba perdida, como las mujeres perversas de la Leyenda que ceden ante el demonio? Las palabras murmuradas en voz tan baja: «La amo» resonaban con tal estrépito en su oído, que procedían sin ninguna duda de algún terrible poder oculto en el fondo de lo invisible. Pero ella no sabía, no podía saber, dada la ignorancia y la soledad en que había crecido.

¿Había pecado con aquel joven? Intentaba recordar bien los hechos, rebatía

los escrúpulos de su inocencia. ¿Qué cosa era entonces el pecado? ¿Bastaba con verse, charlar y mentir después a los padres? El mal no podía ser sólo eso. Entonces, ¿por qué se sofocaba de aquella manera? ¿Por qué, si no era culpable, tenía la sensación de convertirse en otra, agitada por un alma nueva? Quizá el pecado crecía allí, en aquella sorda desazón que la hacía desfallecer. Tenía el corazón lleno de cosas vagas, indeterminadas, toda una confusión de palabras y actos por venir, que la espantaban, antes de que llegase a comprender. Una ola de sangre le enrojecía las mejillas, oía resonar las palabras terroríficas: «La amo»; y no razonaba, empezaba otra vez a sollozar, poniendo en duda los hechos, temiendo que la falta estuviera más allá, en lo que no tenía nombre ni forma.

Su gran tormento consistía en que no se había confiado a Hubertine. Si hubiese podido interrogarla, ésta, con una palabra, le habría revelado seguramente el misterio. Y además le parecía que tan sólo con hablarle a alguien de su mal se habría curado. Pero el secreto había crecido demasiado; se habría muerto de vergüenza. Se había vuelto astuta, aparentaba tranquilidad cuando había una tempestad el fondo de su ser. Cuando le preguntaban acerca de sus distracciones, levantaba unos ojos sorprendidos y contestaba que no pensaba en nada. Sentada delante de su bastidor, pasando la aguja mecánicamente, callada, estaba destrozada por un solo pensamiento, desde la mañana hasta la noche. ¡Ser amada, ser amada! Y ella, a su vez, ¿amaba? Pregunta oscura todavía, que su ignorancia dejaba sin respuesta. Se la repetía hasta aturdirse; las palabras perdían su significado habitual; todo fluía en una especie de vértigo que la arrastraba. Haciendo un esfuerzo, se recuperaba, se volvía a encontrar a sí misma, aguja en mano, bordaba a pesar de todo, con su acostumbrada aplicación, en un sueño. Quizá estuviera incubando alguna enfermedad grave. Una noche, al acostarse, le dio un escalofrío; pensó que ya no volvería a levantarse. Su corazón latía como si fuera a estallar, sus oídos se llenaban de ruidos de campanas. ¿Estaba enamorada o es que se iba a morir? Y sonreía apaciblemente a Hubertine, quien, mientras enceraba su hilo, la observaba con inquietud.

Por otra parte, Angélique había prometido no volver a ver nunca más a Félicien. Ya no se arriesgaba a salir entre los hierbajos del Clos-Marie y ni siquiera visitaba a sus pobres. Tenía miedo de que ocurriera algo horrible el día en que volvieran a encontrarse cara a cara. En su resolución había, además, una idea de penitencia, para castigarse por el pecado que podía haber cometido. Y así es como en las mañanas de rigidez se condenaba a no dirigir ni una sola mirada por la ventana, temerosa de divisar, a la orilla del Chevrotte, a aquél a quien temía. Y si, vencida por la tentación, miraba y veía que no estaba allí, se ponía muy triste hasta la mañana siguiente.

Una mañana, Hubert estaba repasando el dibujo de una dalmática, cuando

una llamada a la puerta le hizo bajar. Debía de tratarse de un cliente, algún encargo sin duda, porque Hubertine y Angélique oían un murmullo de voces por la puerta de la escalera, que había quedado abierta. Después levantaron la cabeza, muy sorprendidas: se oían subir unos pasos, el bordador traía al cliente, cosa que no ocurría nunca. Y la joven se quedó pasmada al reconocer a Félicien. Vestía con sencillez, como los artesanos de blancas manos. Puesto que ella ya no iba hacia él, él venía a ella, después de días y días de vana espera y de angustiosa incertidumbre, que había pasado repitiéndose que ella no le amaba.

— ¡Mira!, hija mía, esto te interesa —explicó Hubert—. Este señor viene a encargarnos un trabajo excepcional. Y, ¡a fe mía!, para hablar de ello tranquilamente, he preferido recibirle aquí... Es a mi hija, señor, a quien tiene que enseñarle su dibujo.

Ni él ni Hubertine albergaban la menor sospecha. Se acercaron sólo por curiosidad, para ver. Pero Félicien estaba, como Angélique, embargado por la emoción. Cuando desenrolló el dibujo, sus manos temblaban; y tuvo que hablar lentamente para ocultar la turbación de su voz.

—Es una mitra para monseñor... Sí, son unas damas de la ciudad, que quieren hacerle este regalo, quienes me han encargado que dibuje las piezas y supervise su ejecución. Soy pintor de vidrieras, pero también me ocupo a menudo de arte antiguo... Ya ve que no he hecho nada más que reconstruir una mitra gótica...

Angélique, inclinada sobre la gran hoja que ponía ante ella, profirió una breve exclamación:

— ¡Oh! ¡Santa Inés!

En efecto, era la mártir de trece años, la virgen desnuda y cubierta con sus cabellos, de los que sólo sobresalían los piecitos y las manitas, tal como estaba en su pedestal en una de las puertas de la catedral, tal como se la veía sobre todo en el interior, en una vieja estatua de madera, en otro tiempo policromada, ahora de un rubio rojizo, dorada toda ella por el paso de los años. Ocupaba la cara entera de la mitra, arrebatada al cielo, llevada por dos ángeles; por debajo de ella, se extendía un paisaje lejano, muy fino. El reverso y las barbas estaban enriquecidos con adornos lanceolados, de hermoso estilo.

—La idea es excelente —interrumpió Hubert.

Hubertine dijo a su vez:

—Monseñor se sentirá muy halagado.

La procesión del Milagro, que se celebraba el 28 de julio de cada año, remontaba a Jean V de Hauteceur, en agradecimiento por el poder milagroso

de curar que Dios le había concedido a él y a su estirpe para salvar a Beaumont de la peste. La leyenda contaba que los Hautecoeur debían ese poder a la intervención de santa Inés, de la que eran muy devotos; y de ahí la antigua costumbre de sacar, en la fecha del aniversario, la vieja estatua de la santa, a la que paseaban solemnemente por las calles de la ciudad, en la piadosa creencia de que seguía apartando de ellas todos los males.

— ¿Para la procesión del Milagro? —murmuró al fin Angélique, los ojos puestos en el dibujo—. Pero si es dentro de veinte días; de ninguna manera tendremos tiempo de hacerlo.

Los Hubert movieron la cabeza. En efecto, un trabajo así exigía un cuidado infinito. Sin embargo, Hubertine se volvió hacia la joven.

—Yo podría ayudarte. Me encargaría de los adornos y tú sólo tendrías que hacer la figura.

En su turbación, Angélique seguía examinando la santa. ¡No, no! Se negaba, se defendía de la dulzura de aceptar. Estaría muy mal ser cómplice; porque seguramente Félicien mentía, se daba perfecta cuenta de que no era pobre, de que se ocultaba bajo aquellas ropas de obrero; y toda aquella sencillez fingida, toda aquella historia para llegar hasta ella la ponían en guardia, divertida y feliz en el fondo al transfigurarlo, viendo el príncipe real que debía ser, con la absoluta certeza en que vivía de que su sueño se realizaría por completo.

—No —repitió a media voz—, no tendríamos tiempo.

Y sin levantar los ojos, prosiguió, como si hablara consigo misma:

—Para la santa, no podemos emplear ni el bordado al pasado ni el guipur. Sería indigno... Hace falta un bordado de oro anudado.

—Precisamente —dijo Félicien—, pensaba en ese bordado, sabía que la señorita había recuperado el secreto... Todavía se puede ver un fragmento bastante hermoso en la sacristía.

Hubert se apasionó:

—Sí, sí, es del siglo XV, lo bordó una de mis bisabuelas... Oro anudado. ¡Ah! No había labor más hermosa, señor. Pero llevaba demasiado tiempo, costaba demasiado caro y requería verdaderas artistas. Hace ya doscientos años que esa labor no se hace... Y si mi hija se niega, puede usted renunciar a ello, porque hoy en día sólo ella es capaz de realizar esa labor. No conozco a ninguna otra que tenga la agudeza visual y la destreza manual necesarias.

En cuanto empezaron a hablar del oro anudado, Hubertine había adoptado una postura respetuosa. Añadió, convencida:

—Es cierto, en veinte días es imposible... Hace falta una paciencia de hada.

Pero al mirar fijamente a la santa, Angélique acababa de hacer un descubrimiento que inundó de alegría su corazón. Inés se parecía a ella. Al dibujar la antigua estatua, Félicien pensaba sin duda en ella; y la idea de que ella seguía estando presente, de que la seguía viendo por todas partes, mitigó su resolución de alejarlo de ella. Finalmente, levantó la frente y le vio tembloroso, los ojos humedecidos por una súplica tan ardiente, que se sintió derrotada. Sólo por esa malicia, esa ciencia natural que poseen las muchachas, incluso cuando lo ignoran todo, no quiso dar la impresión de que consentía.

—Es imposible —repitió, devolviendo el dibujo—. No lo haría por nadie.

Félicien hizo un gesto de auténtica desesperación. Era a él a quien ella rechazaba, creía comprenderlo. Cuando ya se marchaba, aún le dijo a Hubert:

—En cuanto al dinero, todo lo que usted hubiese pedido... Esas damas pagarían hasta dos mil francos...

Era verdad que el matrimonio no estaba interesado. Pero esa suma tan importante les impresionó. El marido había mirado a la mujer. ¡No era un fastidio dejar escapar un encargo tan ventajoso!

—Dos mil francos —repitió Angélique con su voz dulce—, dos mil francos, señor...

Y ella, para quien el dinero no tenía importancia, contenía una sonrisa, una sonrisa guasona que apenas pellizcaba las comisuras de su boca, divirtiéndose al aparentar que no cedía al placer de verle y al darle una falsa imagen de sí misma.

— ¡Oh! Dos mil francos, señor, acepto... No lo haría por nadie, pero teniendo en cuenta que están dispuestos a pagar... Si hace falta, lo haré por la noche.

Entonces, Hubert y Hubertine quisieron negarse a su vez, temerosos de que ella se cansara demasiado.

—No, no, no se puede rechazar el dinero que nos dan... Cuente conmigo. Su mitra estará lista la víspera de la procesión.

Félicien dejó el dibujo y se retiró, con el corazón afligido, sin encontrar el valor suficiente para dar otras explicaciones que le permitieran retrasarse un poco más. Seguro que ella no le amaba, había simulado no reconocerle y tratarle como a un cliente ordinario del que sólo interesa el dinero que aporta. Primero, se enfureció y la acusó de tener un alma mezquina. ¡Mejor! Todo había terminado; ya no pensaría más en ella. Después, como seguía pensando en ella, acabó por disculparla: ¿acaso no vivía de su trabajo?, ¿no tenía que

ganarse el pan? Dos días más tarde, se sintió muy desgraciado, volvió a merodear, enfermo de no verla. Ella ya no salía, ni siquiera se asomaba a las ventanas. Y él llegaba a decirse que, si ella no le amaba, si sólo amaba el beneficio, él, en cambio, la amaba cada día más, como se ama el amor a los veinte años, sin razón alguna, al azar del corazón, por el gozo y el dolor de amar. La había visto una noche y ya estaba: era ella y no otra; como quiera que fuese mala o buena, fea o hermosa, pobre o rica, se moriría si no la conseguía. Al tercer día, su sufrimiento fue tal que, a pesar de su promesa de olvidarla, volvió a casa de los Hubert.

Abajo cuando llamó, le recibió una vez más el bordador, que ante lo confuso de sus explicaciones, se decidió a hacerle subir otra vez.

—Hija mía, el señor quiere explicarte algo que no entiendo muy bien.

Entonces, Félicien balbuceo:

—Si no le molesta demasiado a la señorita, me gustaría echar un vistazo... Esas damas me han recomendado que siga el trabajo en persona... A menos que moleste...

Al verle aparecer, Angélique sintió que su corazón latía violentamente, hasta en su garganta, y que la ahogaba. Pero lo calmó con un esfuerzo: la sangre ni siquiera le subió a las mejillas y contesto muy tranquila, aparentando indiferencia:

— ¡Oh! Nada me molesta, señor. Trabajo igual delante de la gente... El dibujo es suyo. Es natural que siga su ejecución.

Desconcertado, Félicien no habría osado sentarse, sin la acogida de Hubertine, que sonreía con gravedad a aquel buen cliente. Angélique volvió inmediatamente al trabajo, inclinada sobre el bastidor en el que bordaba en guipur los adornos góticos del reverso de la mitra. Por su parte, Hubert acababa de descolgar de la pared un pendón terminado y encolado, que se estaba secando desde hacía dos días y que quería destensar. Nadie volvió a hablar; las dos bordadoras y el bordador trabajaban, como si allí no hubiera nadie más.

El joven se tranquilizó un poco, en medio de aquella paz solemne. Dieron las tres. La sombra de la catedral empezaba ya a alargarse y una media luz tenue entraba por la ventana abierta de par en par. Era la hora crepuscular, que empezaba ya al mediodía, para la casita fresca y verdeante situada al pie del coloso. Se oyó un ruido ligero de zapatos sobre las losas, un internado de muchachas que llevaban a confesión. En el taller, los viejos utensilios, las viejas paredes, todo lo que permanecía allí inmutable parecía dormir el sueño de los siglos; y también se desprendía una gran frescura y tranquilidad. Un gran cuadrado de luz blanca, uniforme y pura, caía sobre el bastidor, sobre el

que se inclinaban las bordadoras, con sus delicados perfiles, en el reflejo rojizo del oro.

—Señorita, quería decirle —empezó Félicien, molesto, sintiendo que tenía que justificar su visita—, quería decirle que para los cabellos el oro me parece preferible a la seda.

Ella había levantado la cabeza. La risa de sus ojos significaba claramente que habría podido evitarse la molestia si no tenía ninguna otra recomendación que hacer. Se inclinó de nuevo, contestando con una voz suavemente burlona:

—Sin duda, señor.

Había actuado con suma torpeza y sólo entonces observó que ella estaba trabajando precisamente en los cabellos. Ante ella estaba el dibujo que él había hecho, pero pintado con tintes de acuarela, realizado con oro, con una suavidad de tonos de miniatura antigua, como si hubiese palidecido en un libro de horas. Ella copiaba la imagen con la paciencia y la destreza del artista que pinta con lupa. Después de reproducirla con un trazo un poco grueso sobre raso blanco, muy tenso, forrado de una tela sólida, había cubierto el raso con hilos de oro pasados de izquierda a derecha, que acababan simplemente en los dos extremos, libres y en contacto todos ellos. Luego, utilizando esos hilos como una trama, los apartaba con la punta de su aguja para encontrar debajo el dibujo, seguía ese dibujo y cosía los hilos de oro con puntos de seda atravesados, que combinaba según los colores del modelo. En las partes de sombra, la seda ocultaba el oro por completo; en las de penumbra, las puntadas se espaciaban cada vez más; y la luz estaba hecha tan sólo de oro, que quedaba al descubierto. Era el oro anudado, el fondo dorado que la aguja matizaba con seda, un cuadro de colores fundidos, como caldeados por debajo por una gloria y un resplandor místico.

— ¡Ah! —dijo bruscamente Hubert, que empezaba a destensar el pendón, devanando en sus dedos el hilo de hacer los nudos—, antes la obra maestra de una bordadora era de oro anudado... Tenía que hacer, como establecen los estatutos, «una imagen sola de oro anudado, de medio tercio de altura...». Te habrían admitido, Angélique.

Volvió a hacerse el silencio. Para los cabellos, haciendo una excepción a la regla, Angélique había tenido la misma idea que Félicien, la de no emplear nada de seda y de recubrir el oro con oro. Manejaba diez hebras de oro, con tonos diferentes, desde el oro rojo oscuro de las hogueras que se apagan hasta el oro amarillo pálido de los bosques otoñales. Inés estaba vestida así, desde el cuello hasta los tobillos, con un río de cabellos de oro. La ola partía de la nuca, cubría las caderas con un espeso manto, desbordaba por delante, por encima de los hombros, en dos ondas que, retiñidas bajo la barbilla, fluían hasta los pies. Una cabellera de milagro, un vellón fabuloso, de bucles enormes, un

vestido tibio y vivo, perfumado por la pura desnudez.

Aquel día, Félicien no supo hacer otra cosa que mirar cómo Angélique bordaba los bucles con puntos hendidos, en el sentido de su enrollamiento; y no se cansaba de ver los cabellos crecer y llamear bajo su aguja. Su espesura y el gran temblor con que se desenrollaban de golpe lo turbaban. Hubertine, que cosía unas lentejuelas, ocultando el hilo de cada una de ellas con un grano de cañutillo, se volvía de tanto en tanto y lo envolvía con su mirada tranquila cuando tenía que echar al cartón de los desperdicios alguna lentejuela defectuosa. Hubert, que había retirado las traviesas para descoser el pendón de los enjulios, terminaba de plegarlo cuidadosamente. Y Félicien, cuyo silencio aumentaba la tensión, comprendió al fin que debía tener la prudencia de marcharse, puesto que no recordaba ninguna de las observaciones que se había prometido hacer.

Se levantó, balbuceando:

—Volveré... He reproducido tan mal el encantador dibujo de la cabeza que quizá necesite usted de mis indicaciones.

Angélique detuvo tranquilamente sus grandes ojos claros sobre los suyos.

—No, no... Pero vuelva, señor, vuelva si le preocupa la realización.

Se marchó, feliz por la autorización, desolado por aquella frialdad. Ella no le quería, no le querría nunca, estaba claro. Entonces, ¿para qué? Y al día siguiente, y los días sucesivos, volvió a la casa fresca de la calle de los Orfebres. Las horas que no pasaba allí eran abominables, devastadas por su combate interior, torturadas por la incertidumbre. Sólo se tranquilizaba cuando estaba cerca de la bordadora, resignado incluso a no gustarle, consolado de todo, siempre que ella estuviera allí. Cada mañana llegaba, hablaba del trabajo, se sentaba ante el bastidor, como si su presencia fuera necesaria; y le encantaba volver a encontrar su fino perfil inmóvil, bañado por la rubia claridad de sus cabellos, seguir el juego ágil de sus manitas flexibles desenvolviéndose en medio de las largas hebras. Ella era muy sencilla y ahora le trataba como a un compañero. Sin embargo, seguía notando que había entre ellos cosas que ella no decía y por las que su corazón se angustiaba. Ella levantaba a veces la cabeza, con su aspecto burlón, los ojos impacientes e inquisidores. Luego, al ver que él se azoraba, volvía a su frialdad.

Pero Félicien había descubierto una manera de apasionarla de la que abusaba. Se trataba de hablarle de su arte, de las antiguas obras maestras en bordado que había visto conservadas en los tesoros de las catedrales o grabadas en los libros: capas soberbias, la capa de Carlomagno, de seda roja, con grandes águilas con las alas desplegadas; la capa de Sión, decorada con todo un pueblo de figuras santas; una dalmática que pasa por ser la más

hermosa pieza conocida, la dalmática imperial, donde se celebra la gloria de Jesucristo en la tierra y en el cielo, la Transfiguración, el Juicio Final, cuyos numerosos personajes están bordados con sedas matizadas de oro y plata; un árbol de Jesé también, un orifrés de seda sobre raso, que parece extraído de una vidriera del siglo XV, con Abraham abajo, David, Salomón, la Virgen María, y arriba Jesús; y casullas admirables, como una casulla de una grandísima simplicidad, con Cristo en la cruz, sangrando, salpicado de seda roja sobre el paño de oro, con la Virgen a sus pies, sostenida por san Juan; la casulla de Naintré, por último, en la que se ve a María, sentada en majestad, los pies calzados, con el Niño desnudo en las rodillas. Esas y otras maravillas desfilaban, venerables por su antigüedad, con una fe y una ingenuidad en la riqueza perdidas en nuestros días, conservando de los tabernáculos el olor a incienso y el místico fulgor del oro pálido.

— ¡Ah! —suspiraba Angélique—, se acabaron esas cosas tan hermosas. Ya no es posible ni siquiera recuperar los tonos.

Y con los ojos relucientes, dejaba de trabajar cuando él le contaba la historia de las grandes bordadoras y los grandes bordadores de antaño, Simonne de Gaules, Colin Jolye, cuyos nombres han viajado a través de los tiempos. Luego, tirando de nuevo de la aguja, se quedaba transfigurada, conservaba en el rostro el resplandor de su pasión de artista. Nunca le había parecido más bella, tan entusiasta, tan virginal, ardiendo con una llama pura en los destellos del oro y de la seda, con su profunda aplicación, su trabajo de precisión, los puntos menudos, en los que ponía toda su alma. Él dejaba de hablar y la contemplada hasta que, despertada por el silencio, se daba cuenta de la fiebre en la que él la sumía. Esto la dejaba confusa, como si de una derrota se tratara, y entonces recuperaba su tranquila indiferencia, con la voz enfadada.

— ¡Bueno! ¡Otra vez se enredan las sedas!... ¡Madre, no se mueva!

Hubertine, que no se había movido, sonreía, tranquila. Al principio, había sentido preocupación por la asiduidad del joven, y se lo había comentado una noche a Hubert al acostarse. Pero aquel muchacho no les disgustaba, sino que les parecía muy decente: ¿por qué se habrían opuesto a unos encuentros de los que podría surgir la felicidad de Angélique? Entonces, dejó que las cosas siguieran su curso, que ella vigilaba con prudencia. Además, ella misma, desde hacía unas semanas, vivía con el corazón oprimido a causa del vano cariño de su marido. Era el mes en que habían perdido a su hijo; y cada año, en esa fecha, volvían a sufrir las mismas penas, los mismos anhelos, él, temblando a sus pies, deseoso de creerse por fin perdonado, y ella, amante y desconsolada, entregándose por entero, desesperada de no poder torcer el destino. No hablaban de ello, no intercambiaban por ello ni un beso más ante el mundo; pero aquel amor redoblado salía del silencio de su habitación, se

desprendía de su misma persona, con el gesto más ínfimo, en la manera en que sus miradas se cruzaban y se olvidaban por un instante una en la otra.

Transcurrió una semana. El trabajo de la mitra avanzaba. Aquellos encuentros cotidianos habían adquirido una gran dulzura familiar.

—La frente muy alta, ¿verdad?, y sin rastro de cejas.

—Sí, muy alta, y sin una sombra, como en las miniaturas antiguas.

—Páseme la seda blanca.

—Espere, voy a deshilarla.

Él la ayudaba; era un sosiego aquella labor entre dos. Aquello los situaba en la realidad de cada día. Sin que se pronunciara una sola palabra de amor, sin que ni siquiera un roce voluntario acercase sus dedos, el lazo se estrechaba más cada hora que pasaba.

—Padre, ¿qué haces? Ya no se te oye.

Se giraba y veía al bordador, con las manos ocupadas en cargar una broca, con la mirada tierna fija en su mujer.

—Le doy oro a tu madre.

Y de la broca que le llevaba, del agradecimiento mudo de Hubertine, de las continuas atenciones de Hubert en torno a ella, se desprendía un tibio soplo acariciante que envolvía a Angélique y a Félicien, inclinados de nuevo sobre el bastidor. El mismo taller, la antigua habitación con sus viejas herramientas y su paz de otra época, era cómplice. Parecía tan alejado de la calle, retirado en el fondo del sueño, en el país de almas buenas en que reina el prodigio, la fácil realización de todos los goces.

Había que entregar la mitra cinco días más tarde. Angélique, segura de que acabaría e incluso de ganar veinticuatro horas, respiró y se sorprendió de ver a Félicien tan cerca de ella, acodado en el caballete. ¿Eran pues compañeros? Ya no se protegía frente a lo que sentía de conquistador en él, ya no sonreía maliciosamente; ante todo lo que él ocultaba y ella adivinaba. ¿Qué era lo que la había tenido adormecida en su inquieta espera? Y volvió la eterna pregunta, la pregunta que se hacía cada noche al acostarse: ¿amaba a aquel muchacho? Durante horas, en el fondo de su espaciosa cama le había dado vueltas a las palabras, buscando significados que se le escapaban. Bruscamente, aquella noche, sintió que se le partía el corazón y prorrumpió en llanto, la cabeza hundida en la almohada para que no la oyeran. Ella lo amaba, lo amaba hasta morir. ¿Por qué? ¿Cómo? No lo sabía ni lo sabría nunca; pero lo amaba, todo su ser lo gritaba. Se había hecho la claridad, el amor estallaba como la luz del sol. Lloró durante un largo rato, llena de una confusión y una felicidad inefables, lamentando de nuevo no haberse confiado a Hubertine. Su secreto la

ahogaba y se hizo una gran promesa, la de volver a comportarse con Félicien como si fuera de hielo, la de sufrir todo antes que dejarle ver el cariño que sentía por él. Amarle, amarle sin decirlo, era el castigo, la prueba que debía redimir la falta. Sufría deliciosamente con esto, pensaba en las mártires de la Leyenda, le parecía que era su hermana, al flagelarse de aquella manera, y que su guardiana, Inés, la miraba con ojos tristes y dulces.

Al día siguiente, Angélique terminó la mitra. Había bordado con sedas partidas, más ligeras que los hilos de la Virgen, las manitas y los piecitos, los únicos rincones de blanca desnudez que sobresalían de la regia cabellera dorada. Acababa la cara, de una delicadeza de azucena, en la que el oro representaba la sangre de las venas, bajo la epidermis de las sedas. Y aquel rostro de sol subía en el horizonte de la llanura azul, transportado por los dos ángeles.

Cuando Félicien entró, lanzó un grito de admiración:

— ¡Oh! ¡Se parece a usted!

Era una confesión involuntaria, el reconocimiento del parecido que él había puesto en su dibujo. Se dio cuenta y se puso muy colorado.

—Es verdad, hijita, tiene tus hermosos ojos —dijo Hubert, que se había acercado.

Hubertine se contentó con sonreír, ya que hacía mucho tiempo que se había dado cuenta; y pareció sorprendida, triste incluso, cuando oyó a Angélique contestar, con la antigua voz de los días malos:

— ¡Mis hermosos ojos! ¡Reíos de mí!... Soy fea, me conozco bien.

Luego, levantándose, sacudiéndose, exagerando su papel de hija interesada y fría:

— ¡Ah, ya está terminado!... ¡Estaba harta, qué peso me quito de encima! ... ¿Sabéis una cosa? No empezaría otra vez por el mismo precio.

Félicien la escuchaba estupefacto. ¿Cómo? ¡Otra vez el dinero! ¡La había sentido por un momento tan tierna, tan apasionada por su arte! Entonces, ¿se había equivocado, puesto que sólo la encontraba sensible a la idea de la ganancia, indiferente hasta el punto de alegrarse de haber terminado y de no verle más? Desde hacía varios días se desesperaba, buscaba en vano un pretexto para poder regresar. ¡Y ella no le amaba ni le amaría nunca! Le oprimió el corazón un dolor tan grande que sus ojos palidieron.

—Señorita, ¿verdad que será usted quien monte la mitra?

—No, mi madre lo hará mucho mejor... Estoy demasiado contenta de no tener que volver a tocarla.

—Entonces, ¿no le gusta su trabajo?

— ¡A mí!... A mí no me gusta nada.

Fue necesario que Hubertine la hiciera callar con severidad. Rogó a Félicien que perdonara a aquella niña nerviosa y le dijo que a la mañana siguiente, temprano, la mitra estaría a su disposición. Era una manera de despedirlo, pero él no se iba. Miraba el viejo taller, lleno de sombra y de paz, como si le hubieran expulsado del paraíso. ¡Había vivido allí la ilusión de horas tan dulces, sentía con tanto dolor que su corazón se quedaba allí, como si se lo hubiera arrancado! Lo que le torturaba era no poder explicarse, llevarse consigo la horrible incertidumbre. Finalmente, tuvo que marcharse.

Apenas cerrada la puerta, Hubert preguntó:

— ¿Qué te ocurre, hija mía? ¿Estás enferma?

—No, es ese muchacho, que me aburría. No quiero volver a verle.

Y entonces Hubertine concluyó:

—Está bien, no volverás a verle. Pero eso no te impide ser amable.

Angélique, alegando un pretexto, apenas tuvo tiempo de subir a su habitación. Allí rompió a llorar. ¡Ah! ¡Qué feliz era y cómo sufría! ¡Qué triste se debía haber marchado su pobre y querido amor! Pero se lo había prometido a las santas, le amaría hasta la muerte sin que él lo supiera nunca.

## Capítulo VII

Aquella misma noche, en cuanto se levantó de la mesa, Angélique se quejó de un gran malestar y subió a su habitación. Sus emociones de la mañana, sus combates contra sí misma, la habían aniquilado. Se acostó inmediatamente y estalló de nuevo en lágrimas, la cabeza hundida bajo la sábana, con la necesidad desesperada de desaparecer, de no existir.

Las horas pasaron, se hizo de noche, una ardiente noche de julio, cuya pesada paz entraba por la ventana, que habían dejado abierta de par en par. En el cielo negro lucía un hormigueo de estrellas. Debían de ser casi las once, la luna no iba a salir hasta la medianoche aproximadamente, en su último cuarto, ya adelgazada.

Y en la habitación sombría, Angélique seguía llorando, con un mar de lágrimas inagotable, cuando un crujido en su puerta le hizo levantar la cabeza.

Se produjo el silencio; luego, una voz la llamó con ternura:

—Angélique... Angélique... Querida mía...

Había reconocido la voz de Hubertine. Sin ninguna duda, ésta, al acostarse con su marido, había oído el ruido lejano de su llanto; inquieta, medio desnuda, subía a ver.

—Angélique, ¿estás enferma?

Reteniendo la respiración, la muchacha no contestó. Sólo sentía un inmenso deseo de soledad, el único alivio para su mal. Un consuelo, una caricia, incluso de su madre, la habría molestado. La imaginaba detrás de la puerta; adivinaba que estaba descalza por la suavidad del roce en las baldosas. Transcurrieron dos minutos, y la seguía sintiendo allí, inclinada, la oreja pegada a la madera, recogiendo con sus hermosos brazos sus ropas desordenadas.

Hubertine, al no oír nada más, ni siguiera un soplo, no se atrevió a llamar otra vez. Estaba perfectamente segura de haber oído unos lamentos; pero, si al final la muchacha se había dormido, ¿para qué despertarla? Esperó un instante más, desconcertada por aquella pena que le ocultaba su hija, adivinando confusamente, llena ella misma de una profunda y tierna emoción. Y se decidió a bajar igual que había subido, las manos familiarizadas con los menores recovecos, sin dejar tras ella, en la casa oscura, ningún otro ruido que el suave roce de sus pies desnudos.

Entonces, fue Angélique quien se puso a escuchar, sentada en medio de la cama. El silencio era tan absoluto que distinguía la presión ligera de los talones al borde de cada peldaño. Abajo, se abrió la puerta de la habitación y se volvió a cerrar; luego, captó un murmullo que apenas se distinguía, un cuchicheo afectuoso y triste, sin duda lo que sus padres decían de ella, sus temores, sus deseos; y aquello no paraba, aunque debían de estar acostados, después de apagar la luz. Nunca los ruidos nocturnos de la vieja vivienda habían llegado hasta ella de aquella manera. Habitualmente, dormía con un sueño profundo de juventud y no oía ni siquiera el crujido de los viejos muebles; mientras que, en el insomnio de la pasión contra la que luchaba, le parecía que la casa entera amaba y se lamentaba. ¿Acaso los Hubert no ahogaban también sus lágrimas, toda la ternura enloquecida y desconsolada de ser estériles? Ella no sabía nada, tenía sólo la sensación, en la noche cálida, debajo de ella, de aquella vigilia de los dos esposos, un gran amor, una gran pena, el largo y casto abrazo de las nupcias siempre jóvenes.

Mientras seguía sentada, escuchando la casa temblorosa y suspirante, Angélique no podía contenerse y seguía derramando lágrimas; pero ahora fluían silenciosas, tibias y vivas, como la sangre de sus venas. Una sola pregunta, desde la mañana, la atormentaba y la hería en todo su ser: ¿había obrado bien al provocar la desesperación de Félicien, al echarlo de aquella

manera, con la idea de que ella no le amaba hundida en pleno corazón, como un cuchillo? Ella lo amaba, pero le había causado aquel sufrimiento, y eso mismo la hacía sufrir horriblemente. ¿Por qué tanto dolor? ¿Acaso las santas exigían lágrimas? ¿Acaso Inés se habría enfadado por el hecho de saber que era feliz? Una duda la desgarraba ahora. En otro tiempo, cuando esperaba al que había de venir, arreglaba mejor las cosas: él entraría, ella lo reconocería y los dos se irían juntos, muy lejos, para siempre. Él había venido, y ahora resultaba que uno y otro sollozaban, separados para siempre. ¿Por qué? ¿Qué había sucedido? ¿Quién había exigido de ella aquella cruel promesa de amarle sin decírselo?

Pero, sobre todo, era el temor de ser la culpable, de haber sido mala, lo que desconsolaba a Angélique. Quizá había vuelto a crecer en ella la muchacha mala. Sorprendida, recordaba su simulado de indiferencia, la forma burlona con que había acogido a Félicien, el placer malicioso con que disfrutaba mostrándole una falsa imagen de sí misma. Sus lágrimas aumentaban, su corazón se fundía en una piedad inmensa, infinita, por el sufrimiento que había causado así, sin querer. Volvía a verle una y otra vez en el momento en que se marchaba; tenía presente el desconsuelo de su rostro, sus ojos turbios y sus labios temblorosos; y le seguía por las calles, en su casa, pálido, herido de muerte por ella misma, perdiendo su sangre gota a gota. ¿Dónde estaría a esas horas? ¿No estaría temblando de fiebre? Se estrujaba las manos de angustia al pensar que no sabía cómo reparable el daño. ¡Ay! ¡Hacer sufrir, esa idea la sublevaba! Habría querido ser buena, al momento, hacer la felicidad a su alrededor.

Pronto iban a dar las doce, los grandes olmos del Obispado ocultaban la luna en el horizonte y la habitación seguía en la oscuridad. Entonces, la cabeza caída otra vez sobre la almohada, Angélique dejó de pensar e intentó dormirse; pero no lo conseguía y las lágrimas seguían fluyendo de sus párpados cerrados. Y el pensamiento volvía; pensaba en las violetas que desde hacía quince días, encontraba en el balcón, delante de su ventana, cuando subía a acostarse. Cada noche había un ramo de violetas. Seguramente era Félicien quien lo lanzaba desde el Clos-Marie, porque ella recordaba haberle contado que sólo las violetas, por una virtud singular, la calmaban, mientras que el perfume de las demás flores, por el contrario, la atormentaban con terribles migrañas; y de esa manera le deseaba dulces noches, todo un sueño perfumado, refrescado con agradables ensoñaciones. Aquella noche había puesto el ramo en su cabecera; tuvo la feliz idea de volver a cogerlo, se acostó con él junto a la mejilla y se tranquilizó al respirarlo. Al fin, las violetas secaron sus lágrimas. Aún no dormía, seguía con los ojos cerrados, bañada por aquel perfume que venía de él, feliz de descansar y de esperar, en un abandono confiado de todo su ser.

Pero un gran estremecimiento la sacudió. Dieron las doce, abrió los ojos y se sorprendió al ver su habitación llena de una gran claridad. Por encima de los olmos, la luna ascendía lentamente, apaleando las estrellas en el cielo pálido. Por la ventana, veía el ábside de la catedral, muy blanco. Parecía que fuese el reflejo de aquella blancura lo que iluminaba la habitación, una luz de alba, lechosa y fresca. Las paredes blancas, las vigas blancas, toda aquella blanca desnudez aumentaba, se ampliaba y se alejaba como en un sueño. Sin embargo, reconocía los viejos muebles de roble oscuro, el armario, el cofre, las sillas, con las aristas relucientes de sus tallas. Sólo su cama, su cama cuadrada, de dimensiones regias, la emocionaba, como si no la hubiera visto nunca, con sus columnas, su dosel de antigua seda de color rosa, bañada con una capa de luna tan profunda que se creía transportada en una nubécula, en pleno cielo, elevada por una bandada de alas silenciosas e invisibles. Por un instante, sintió su amplio balanceo; luego, sus ojos se acostumbraron, su cama estaba realmente en su ángulo habitual. Permaneció con los ojos inmóviles, la mirada errante, en medio de aquel lago de rayos, con el ramo de violetas en los labios.

¿Qué esperaba? ¿Por qué no podía dormir? Ahora estaba segura: esperaba a alguien. Si había dejado de llorar era porque él iba a venir. Aquella claridad consoladora, que ahuyentaba la oscuridad de los malos sueños, lo anunciaba. Iba a venir y la luna mensajera sólo había entrado antes que él para iluminarlos con aquella luz de aurora. La habitación estaba cubierta de terciopelo blanco; podrían verse. Entonces, se levantó y se vistió: solamente un vestido blanco, el vestido de muselina que llevaba el día del paseo por las ruinas de Hautecoeur. Ni siquiera anudó sus cabellos, que cubrieron sus hombros. Sus pies siguieron desnudos en sus zapatillas. Y esperó.

En ese momento, Angélique no sabía por dónde iba a llegar. Seguramente, él no podría subir, por lo que se verían, acodada ella al balcón y él, abajo, en el Clos-Marie. Sin embargo, se sentó, como si hubiese comprendido la inutilidad de ir a la ventana. ¿Por qué no atravesaría las paredes como los santos de la Leyenda? Ella esperaba. Pero no estaba sola esperando, las sentía a todas a su alrededor, las vírgenes cuyo vuelo blanco la envolvía desde su juventud. Entraban con el rayo de luna, venían de los grandes y misteriosos árboles del Obispado con sus copas azuladas, de los rincones perdidos de la catedral, enmarañando su bosque de piedras. De todo el horizonte conocido y amado, del Chevrotte, de los sauces, de las hierbas, la muchacha escuchaba los sueños que volvían a ella, las esperanzas, los deseos, cuanto había puesto de sí misma en las cosas, a fuerza de verlas cada día, y que las cosas le devolvían. Nunca las voces de lo invisible habían hablado en voz alta; ella escuchaba el más allá y reconocía en el fondo de la noche ardiente, sin un soplo de aire, el leve temblor que para ella era el roce del vestido de Inés, cuando la guardiana de su cuerpo estaba a su lado. Se alegraba de saber que Inés estaba allí con las

demás. Y esperaba.

Todavía transcurrió algún tiempo, pero Angélique no se daba cuenta. Le pareció natural cuando Félicien apareció, pasando por encima de la balaustrada del balcón. Sobre el cielo blanco destacaba su estatura. No entró, sino que permaneció en el marco luminoso de la ventana.

—No tenga miedo... Soy yo, he venido.

Ella no tenía miedo, simplemente le parecía puntual.

— ¿Es por el armazón, verdad, por dónde ha subido?

—Sí, por el armazón.

Ese medio tan fácil le dio risa. Había subido primero al sobradillo de la puerta; luego, desde allí, trepando a lo largo de la ménsula, cuyo pie se apoyaba en la moldura de la planta baja, había alzado el balcón sin dificultad.

—Le esperaba, venga a mi lado.

Félicien, que llegaba con ímpetu, lanzado a las locas resoluciones, no se movió, aturdido por aquella brusca felicidad. Ahora, Angélique estaba segura de que sus santas no le prohibían amar, porque las oía acogerlo con ella, con una risa afectuosa, leve como un hálito nocturno. ¿Cómo se le había ocurrido la necedad de creer que Inés se iba a enojar? Junto a ella, Inés estaba radiante, con una alegría que sentía descender sobre sus hombros y envolverla como la caricia de dos grandes alas. Todas las que habían muerto por amor se mostraban compasivas con las penas de las vírgenes, y sólo volvían a merodear, en las noches cálidas, para velar, invisibles, por sus ternuras en lágrimas.

—Venga a mi lado, le esperaba.

Entonces entró Félicien titubeando. Se había dicho a sí mismo que la quería, que la cogería entre sus brazos hasta ahogarla, a pesar de sus gritos. Y ahora, al encontrarla tan dulce, al penetrar en aquella habitación totalmente blanca y tan pura, se volvía más cándido y más débil que un niño.

Había dado tres pasos. Pero temblaba y cayó sobre sus rodillas, lejos de ella.

— ¡Si supiera qué abominable tortura! Nunca había sufrido así. El único dolor verdadero es creer que no le quieren a uno... No me importa perderlo todo, ser un miserable, morirme de hambre y retorciéndome de dolor por la enfermedad. Pero no quiero volver a pasar ni un día más con este mal que me devora en el corazón, por haberme dicho que usted no me ama... Sea buena, perdóneme...

Ella le escuchaba, en silencio, consternada y llena de compasión, pero

feliz.

—Esta mañana, ¡cuándo me ha dejado marchar!... Me imaginaba que se había vuelto mejor, que había comprendido. Y la he encontrado como el primer día, indiferente, tratándome como a un simple cliente que pasa, haciéndome regresar con dureza a las cosas bajas de la vida... En las escaleras tropecé. Fuera, corrí, tenía miedo de estallar en lágrimas. Luego, a la hora de volver a subir a mi casa, tenía la sensación de me que iba a asfixiar si me encerraba... Entonces, me escapé al campo raso y caminé al azar, por un camino, luego por otro. Se hizo de noche y seguí caminando. Pero el tormento galopaba a la misma velocidad y me devoraba. Cuando se ama, es imposible huir de la pena de ese amor... ¡Mire! Aquí es donde me había clavado el cuchillo, y la punta se hundía cada vez más adentro.

Emitió un largo lamento al recordar su suplicio.

—Permanecí durante horas en la hierba, abatido por el mal, como un árbol arrancado... Y no existía ya nada, sólo quedaba usted. Pensar que no la tendría me hacía morir. Mis extremidades empezaban a entumecerse, la locura se apoderaba de mi cabeza... Y ésta es la razón por la que he vuelto. No sé por dónde he pasado ni cómo he podido llegar hasta esta habitación. Perdóneme, habría hendido las puertas con los puños, me habría izado hasta su ventana en pleno día...

Ella estaba en la sombra. Él, de rodillas bajo la luna, ni siquiera la veía, totalmente pálida de arrepentida ternura, tan emocionada que no podía hablar. Él pensó que era insensible y juntó las manos.

—Esto viene de lejos... Fue una tarde en que la vi aquí, en esta ventana. No era más que una blanca vaga; yo distinguía apenas su rostro y, sin embargo, la veía, la adivinaba tal como es. Pero tenía mucho miedo; he merodeado durante noches, sin encontrar el valor suficiente para ir a su encuentro en pleno día... Además, me gustaba en ese misterio; mi felicidad era soñar con usted como con una desconocida a la que no conocería nunca... Más adelante supe quién era; no se puede resistir a esa necesidad de saber, de poseer el propio sueño. Fue entonces cuando empezó mi fiebre, que ha ido aumentando con cada encuentro. Se acordará, la primera vez, en este campo, la mañana en que yo examinaba la vidriera. Nunca me había sentido tan torpe; tuvo razón de burlarse de mí... Y después la asusté, seguí actuando torpemente al perseguirla hasta las casas de sus pobres. Ya dejaba de ser dueño de mi voluntad; hacía las cosas con el asombro y el temor de hacerlas... Cuando me presenté para encargarme de la mitra, era una fuerza lo que me impulsaba, porque yo no me atrevía, estaba seguro de que le desagradaría... ¡Si comprendiera hasta qué punto soy miserable! No me ame, pero deje que yo la ame. Sea fría, sea malvada, la amaré tal como sea. Sólo le pido verla,

aunque no tenga ninguna esperanza, por la única alegría de estar así, a sus pies.

Se calló, desfalleciendo, desanimado al creer que no encontraba nada que pudiera conmoverla. Y no se daba cuenta de que ella sonreía, con una sonrisa invencible, que aumentaba poco a poco en sus labios. ¡Ay! ¡El querido muchacho, tan ingenuo y tan creyente que recitaba allí su oración con un corazón nuevo y apasionado, en actitud de adoración ante ella, como ante el sueño mismo de su juventud! ¡Pensar que había luchado primero para no volver a verle, y que después se había jurado a sí misma amarle sin que él lo supiera nunca! Se había hecho un gran silencio. Las santas no prohibían amar cuando se amaba de esa manera. Detrás de ella había sentido correr un gozo, apenas un escalofrío, la onda movediza de la luna en las baldosas de la habitación. Un dedo invisible, sin duda el de su guardiana, se posó sobre su boca, para quitarle el sello de su juramento. Ahora podía hablar, todo lo poderoso y tierno que flotaba a su alrededor le inspiraba las palabras.

— ¡Ah! Sí, me acuerdo, me acuerdo...

Y Félicien quedó cautivado inmediatamente por la música de aquella voz, que ejercía sobre él una atracción tan grande que su amor crecía tan solo con oírla.

—Sí, me acuerdo, cuando vino en la noche... Estaba tan lejos, las primeras noches, que el leve ruido de sus pasos me sumía en la incertidumbre. Después, le reconocí y, más adelante, vi su sombra, y una noche, por fin, apareció, una hermosa noche como ésta, bajo la luz blanca. Salía lentamente de las cosas, tal como yo le esperaba desde hacía años... Recuerdo la risa que yo contenía, que estalló a mi pesar, cuando recuperó aquella prenda que se había llevado el Chevrotte. Recuerdo mi rabia cuando me arrebató a mis pobres dándoles tanto dinero que yo parecía una avara. Recuerdo mi temor, la noche en que me obligó a correr tan deprisa, descalza, en la hierba... Sí, me acuerdo, me acuerdo...

Su voz cristalina se había alterado un poco en el escalofrío de aquel último recuerdo que evocaba, como si el «La amo» hubiera pasado de nuevo sobre su rostro. Y él la escuchaba embelesado.

—He sido mala, es verdad. ¡Se es tan tonta cuando no se sabe! Se hacen cosas que parecen necesarias; se teme cometer un error en cuanto se obedece al corazón. ¡Pero cuántos remordimientos tuve después, cuánto he sufrido a causa de su sufrimiento!... Si quisiera explicarlo, seguramente no podría. Cuando vino con su dibujo de santa Inés, estaba encantada de trabajar para usted, me aginaba que volvería todos los días. Y, mire, fingí indiferencia, como si me esforzara en echarle de casa. Entonces, ¿necesitamos hacernos desgraciados a nosotros mismos? Mientras que hubiese querido acogerle con

las manos abiertas, había, en el fondo de mí, otra mujer que se sublevaba, que sentía temor y desconfianza hacía usted, que se complacía en torturarle con la incertidumbre, la vaga idea de una querrela por resolver, cuya causa antiquísima había olvidado. No soy siempre buena, vuelven a surgir en mí cosas que ignoro... Y lo peor es, ciertamente, que he llegado a hablarle de dinero. ¡Ay! ¡El dinero! ¡Yo que no he pensado nunca en él, que sólo aceptaría carretas llenas de dinero por el gozo de hacerlo llover allí donde quisiera! ¿Qué maliciosa distracción he podido tener calumniándome así? ¿Me perdonará?

Félicien estaba a sus pies. Había avanzado de rodillas hasta ella. Aquello era algo inesperado y sin límites.

Murmuró:

— ¡Ay, alma mía, inestimable, bella, y buena, de una bondad prodigiosa que me ha curado con un soplo! Ya no sé si he sufrido realmente... Es usted quien debe perdonarme, porque tengo que confesarle algo, tengo que decirle quién soy...

Un gran desasosiego volvió a apoderarse de él al pensar que ya no se podía seguir escondiendo cuando ella se confiaba a él con tanta franqueza. Aquello empezaba a ser deslealtad. Sin embargo, dudaba, temiendo perderla, si ella se empezaba a preocupar por el futuro, una vez que le conociera al fin. Y ella esperaba que hablase, burlona otra vez, a su pesar. En voz muy baja, prosiguió:

—Mentí a sus padres.

—Sí, lo sé —dijo ella, sonriendo.

—No, no lo sabe, no puede saberlo, eso viene de muy lejos... Yo sólo pinto vidrieras por placer, tiene que saber... Entonces, con un movimiento rápido, ella le puso la mano en la boca y detuvo su confidencia.

—No quiero saber... Le esperaba y ha venido. Con eso basta.

Él había dejado de hablar; aquella manita sobre sus labios le ahogaba de dicha.

—Sabré más adelante, cuando llegue el momento... Además, le aseguro que sé. No puede ser sino el más hermoso, el más rico, el más noble, porque ese sueño es el mío. Espero muy tranquila, porque tengo la certeza de que se realizará... Usted es el que yo esperaba y yo le pertenezco...

Por segunda vez, se interrumpió, con el temblor de las palabras que pronunciaba. No las encontraba ella sola; le llegaban de la hermosa noche, del gran cielo blanco, de los viejos árboles y de las viejas piedras que dormían fuera, que expresaban en voz alta sus sueños; y unas voces, detrás de ella, las

murmuraban también, las voces de sus amigas de la Leyenda, que poblaban el aire. Quedaba, sin embargo, una palabra por decir, aquélla en la que todo iba a fundirse, la espera lejana, la lenta creación del amante, la fiebre aumentada de los primeros encuentros. Y se escapó del vuelo blanco de un ave matinal que ascendía hacia la luz, en la virginal blancura de la habitación:

—Le amo.

Angélique, con las manos abiertas, que resbalaban sobre las rodillas, se entregaba. Y Félicien recordaba la noche en que ella corría descalza en la hierba, tan adorable que había balbuceado a su oído: «La amo». Y oía perfectamente que ella acababa sencillamente de contestarle, con el mismo grito: «Le amo», el eterno grito salido al fin de su corazón abierto de par en par.

—Le amo... Tómeme, lléveme, le pertenezco.

Ella se entregaba, en una entrega de toda su persona. Era una llama hereditaria reavivada en ella. Sus manos abrazaban el vacío a tientas, su cabeza demasiado pesada se inclinaba sobre su nuca delicada. Si él hubiese extendido los brazos, ella habría caído en ellos, ignorándolo todo, cediendo al impulso de sus venas, sintiendo tan sólo la necesidad de fundirse en él. Y fue él, que había venido para tomarla, quien tembló ante aquella inocencia tan apasionada. Él la retuvo suavemente por las muñecas y le volvió a cruzar sus castas manos sobre el pecho. Por un instante, la miró, sin ceder ni siquiera a la tentación de besar sus cabellos.

—Me ama y yo la amo... ¡Ah! ¡La certeza de ser amado!

Pero una emoción les sacó de aquel éxtasis. ¿Qué ocurría? Se veían en una gran luz blanca, les parecía que la claridad de la luna aumentaba, que resplandecía como la de un sol. Era el alba y un nubarrón se teñía de púrpura por encima de los olmos del Obispado. ¿Cómo? ¡El día ya! Se quedaron confusos; no podían creer que hubieran estado allí charlando desde hacía horas. ¡Ella no le había dicho todavía nada y él tenía tantas otras cosas que decirle!

— ¡Un momento, sólo un momento!

Crecía sonriente el alba, el alba ya tibia de un cálido día de verano. Una a una, las estrellas se acababan de apagar y con ellas se habían marchado las visiones errantes, las amigas invisibles, que se habían elevado en un rayo de luna. Ahora, en pleno día, la habitación no tenía otra blancura que la de sus paredes y sus vigas, totalmente vacía con la excepción de sus antiguos muebles de roble oscuro. Se veía la cama deshecha, que una de las cortinas de seda, caída, ocultaba a medias.

— ¡Un momento, un momento más!

Angélique se había levantado, negándose, apresurando a Félicien para que se marchara. Desde que se hacía más de día, era presa de confusión y la visión de la cama completó su malestar. A su derecha, había creído oír un leve ruido, mientras que sus cabellos se echaban a volar, aunque no hubiese entrado el menor soplo de viento. ¿No era Inés que se iba la última, expulsada por el sol?

—No, déjeme, se lo ruego... Hay tanta luz ahora. Tengo miedo.

Entonces, Félicien, obediente, se retiró. Ser amado; aquello sobrepasaba su deseo. Sin embargo, en la ventana se dio media vuelta y la miró otra vez detenidamente, como si quisiera llevarse consigo algo de ella. Los dos se sonreían, bañados por el alba, en aquella caricia prolongada de su mirada.

Una última vez, le dijo:

—La amo.

Y ella repitió:

—Le amo.

Eso fue todo; él ya había bajado por el armazón, con suma agilidad, mientras ella, que continuaba apoyada en el balcón, le seguía con la mirada. Había cogido el ramo de violetas y lo respiraba para disipar su fiebre. Cuando él cruzó el Clos-Marie y levantó la cabeza, la vio besando las flores.

Félicien apenas había desaparecido tras los sauces cuando Angélique se sintió preocupada al oír que, debajo de ella, se abría la puerta de la casa. Dieron las cuatro; no se despertaban nunca hasta dos horas más tarde. Su sorpresa aumentó cuando reconoció a Hubertine, porque habitualmente era Hubert quien bajaba primero. La vio pasearse lentamente por los senderos del estrecho jardín, los brazos caídos, el rostro pálido en el aire de la mañana, como si un ahogo le hubiese hecho abandonar su habitación tan temprano, después de una ardiente noche de insomnio. Hubertine era todavía muy bella, vestida con una simple bata, con los cabellos anudados apresuradamente; parecía muy cansada, feliz y desesperada.

## Capítulo VIII

Al día siguiente, al despertar de un sueño de ocho horas, uno esos sueños dulces y profundos que procuran las grandes dichas, Angélique corrió a la ventana. El cielo era muy puro y el calor continuaba, después de una gran tormenta que la víspera la había dejado preocupada. Gritó con alegría a

Hubert, que estaba abriendo los postigos, debajo de donde se encontraba ella:

— ¡Padre, padre! ¡Qué sol hace!... ¡Ah! ¡Qué contenta estoy! ¡La procesión será preciosa!

Prestamente, se vistió para bajar. Era ese día, el 28 de julio, cuando la procesión del Milagro debía recorrer las calles de Beaumont. Todos los años, ese día, se guardaba fiesta en casa de los bordadores: no se tocaba ninguna aguja, se pasaban el día decorando la casa, según el orden tradicional que desde hacía cuatrocientos años las madres legaban a sus hijas.

Angélique ya se ocupaba de las colgaduras, mientras se apresuraba en tomarse su café con leche:

—Madre, deberíamos echarles un vistazo para ver si se encuentran en buen estado.

—Tenemos tiempo —contestó Hubertine con su voz tranquila—: No las colocaremos antes del mediodía.

Se trataba de tres admirables paneles de antiguo bordado que los Hubert conservaban con devoción, como una reliquia familiar, y que sacaban una vez al año, el día en que pasaba la procesión. Desde la víspera, según la costumbre, el maestro de ceremonias, el buen abad Cornille, había ido de puerta en puerta avisando a los habitantes del itinerario que seguía la imagen de santa Inés, acompañada de monseñor llevando el Santísimo Sacramento. Hacía más de cuatro siglos que el itinerario seguía siendo el mismo: la salida se hacía por la puerta de santa Inés, la calle de los Orfebres, la calle Mayor y la calle Baja. Luego, después de cruzar la ciudad nueva, regresaba a la calle Magloire y a la plaza del Claustro para volver a entrar por la fachada principal. En el recorrido, los habitantes rivalizaban en celo, engalanaban sus ventanas, colgaban en los muros sus telas más ricas y sembraban el pequeño pavimento pedregoso con rosas deshojadas.

Angélique sólo se tranquilizó cuando le permitieron sacar las tres piezas bordadas del cajón en que dormían durante todo el año.

—Están perfectamente, perfectamente —murmuró, encantada.

Cuando quitó cuidadosamente los finos papeles que los protegían, aparecieron, dedicados los tres a María: la Virgen recibiendo la visita del ángel, la Virgen llorando al pie de la cruz, la Virgen subiendo a los cielos. Databan del siglo XV, estaban bordados en seda matizada sobre fondo dorado y se conservaban maravillosamente; a los bordadores, que habían rechazado sumas considerables por ellos, los llenaban de orgullo.

—Madre, ¡los cuelgo yo!

Era una ardua tarea. Hubert se pasó la mañana limpiando la vieja fachada.

Acopló una escoba en el extremo de un palo, quitó el polvo de los lienzos de madera adornados con ladrillos, hasta la armadura del desván; luego, lavó con una esponja el zócalo de piedra, así como todas las partes de la torrecilla de la escalera que podía alcanzar. Entonces, las tres piezas bordadas ocuparon su lugar. Angélique las colgó, por unos anillos, a los clavos seculares, la Anunciación bajo la ventana de la izquierda, la Asunción bajo la de la derecha; en cuanto al Calvario, tenía los clavos por encima de la gran ventana de la planta baja, y Angélique tuvo que sacar una escalera para colgarla a su vez. Ya había adornado las ventanas con flores y la antigua mansión parecía haber vuelto a la época lejana de su juventud, con aquellos bordados de oro y de seda deslumbrantes bajo el hermoso sol festivo.

Desde la hora del almuerzo, la calle de los Orfebres toda entera se llenaba de animación. Para evitar el excesivo calor, la procesión no salía hasta las cinco; pero la ciudad ya se acicalaba desde el mediodía. Enfrente de los Hubert, el orfebre colgaba en su tienda tapices de color azul celeste, ribeteados con una franja de plata; mientras, al lado, el cerero utilizaba las cortinas de su alcoba, unas cortinas de cotonada roja, que sangraban a la luz del día. Y así, había en cada casa distintos colores, una prodigalidad de telas, todo lo que tenían, hasta alfombras de cama, que se agitaban al viento cansino del cálido día. La calle aparecía vestida de todas ellas, con una alegría resplandeciente y temblorosa, convertida en una galería de gala abierta bajo el cielo. Allí todos los habitantes caminaban atropelladamente, hablaban en voz alta como en su casa, unos paseando objetos a brazos llenos, otros trepando, clavando, gritando. Sin contar el altar que estaban levantando en la esquina de la calle Mayor y que tenía en vilo a las mujeres del vecindario, que se afanaban en proporcionar los jarrones y los candelabros.

Angélique corrió a ofrecer los dos candeleros de estilo imperio que adornaban la chimenea del salón. No había parado desde la mañana y ni siquiera se sentía cansada, exaltada, impulsada por su gran alegría interior. Cuando volvió, con los cabellos al viento, a deshojar rosas en una cesta, Hubert le dijo bromeando:

—Seguro que el día de tu boda no te lo tomarás tan en serio... ¿Eres tú, quizá, la que se casa?

— ¡Claro que sí, soy yo! —respondió jovialmente.

Hubertine sonrió a su vez.

—Ya que la casa está preparada, deberíamos subir a arreglarnos.

—En seguida, madre... Mire, ya tengo la cesta llena. Terminó de deshojar las rosas que se reservaba para lanzarlas al o de monseñor. Los pétalos llovían de sus dedos menudos, la cesta desbordaba, ligera, olorosa. Y desapareció por

la estrecha escalera de la torrecilla diciendo con una gran sonrisa:

— ¡Rápido! ¡Voy a ponerme guapa como un sol!

La tarde avanzaba. Ahora, la fiebre activa de Beaumont-l'Église había amainado y una espera vibraba en las calles, dispuestas por fin, llenas de susurros de voces discretas. Con el sol oblicuo del atardecer, el intenso calor había disminuido y ya sólo caía del cielo pálido, entre las casas apretadas, una sombra tibia y fina de una tierna serenidad. El recogimiento era profundo, como si toda la vieja ciudad se convirtiera en una prolongación de la catedral. Sólo unos ruidos de coches subían de Beaumont-la-Ville, la ciudad nueva, a la orilla del Ligneul, donde muchas fábricas ni siquiera interrumpían su trabajo, desdeñosas de celebrar aquella solemnidad religiosa. A las cuatro en punto, empezó a sonar la gran campana de la torre norte, aquella cuyo vaivén sacudía la casa de los Hubert; en ese mismo instante, Angélique y Hubertine reaparecieron vestidas. Ésta llevaba un vestido de tela cruda, adornado con un modesto encaje de hilo, pero el talle tan joven, en su poderosa redondez, que parecía la hermana mayor de su hija adoptiva. Por su parte, Angélique se había puesto su vestido de seda blanca; y nada más, ni una joya en las orejas ni en las muñecas, nada más que sus manos desnudas, su cuello desnudo, nada más que el raso de su piel, que sobresalía de la tela ligera como una flor que se abre. Una peineta invisible colocada apresuradamente retenía apenas los bucles de sus cabellos revueltos rubios como el sol. Parecía ingenua y altiva, con una sencillez cándida, hermosa como un astro.

— ¡Ay! —dijo—, suenan las campanas; monseñor ha salido del Obispado.

La campana seguía sonando, alta y grave, en la extrema pureza del cielo. Los Hubert se colocaron en la ventana de la planta baja abierta de par en par, las dos mujeres, acodadas en la barandilla, y el hombre, en pie detrás de ellas. Eran los lugares que ocupaban habitualmente, estaban en el buen sitio para ver bien; eran los primeros en contemplar cómo salía la procesión del fondo de la iglesia, sin perderse ni un cirio del desfile.

— ¿Dónde está mi cesta? —preguntó Angélique.

Hubert tuvo que pasarle la cesta de rosas deshojadas, que guardó entre los brazos, apretada contra el pecho.

— ¡Oh! ¡Esa campana! —volvió a murmurar—. ¡Es como si nos estuviera meciendo!

Toda la casita vibraba, sonora, con el vaivén de la campana; y la calle, el barrio entero, seguía esperando, contagiado por aquel temblor, mientras las colgaduras se agitaban más lánguidamente al aire del atardecer. El perfume de las rosas era muy suave.

Transcurrió media hora. Luego, de golpe, empujaron los dos batientes de la puerta de santa Inés y aparecieron las profundidades de la iglesia, sombrías, salpicadas de las manchitas relucientes de los cirios. Primero salió el crucero, un subdiácono con túnica, flanqueado por dos acólitos que llevaban cada uno un gran candelabro encendido. Tras ellos, se apresuraba el maestro de ceremonias, el buen abad Cornille, quien, después de asegurarse del buen estado de la calle, se detuvo bajo el porche y observó el desfile por un instante para comprobar que el orden de colocación era el adecuado. Las cofradías laicas abrían la marcha, asociaciones piadosas y escuelas, por orden de antigüedad. Había niños muy pequeños, niñas vestidas de blanco, que parecían novias, muchachitos de pelo rizado y con la cabeza descubierta, vestidos de domingo como si fueran príncipes, encantados, buscando ya a sus madres con la mirada. Un mozalbote de nueve años caminaba solo, en el centro, vestido de san Juan Bautista, con una piel de cordero sobre sus delgados y desnudos hombros. Cuatro niñas adornadas con cintas rosas llevaban un escudo de muselina con una gavilla de trigo maduro. Luego venían jovencitas mayores, agrupadas en torno a un pendón de la Virgen, unas damas vestidas de negro que también portaban un pendón, una seda carmesí con un san José bordado, y otros muchos pendones de terciopelo, de raso, que se balanceaban en los extremos de las astas doradas. Las cofradías de hombres no eran menos numerosas, cofradías de penitentes de todos los colores, penitentes grises sobre todo, vestidos con tela de color bazo, con sus capirotos, y cuyo emblema causaba sensación, una inmensa cruz con una rueda de la que colgaban, suspendidos, los instrumentos de la Pasión.

Angélique exclamó con ternura en cuanto aparecieron los niños:

— ¡Oh, angelitos! ¡Miradlos!

Pasaba en ese momento uno de apenas tres años y no más alto de un metro, titubeante y orgulloso sobre sus piecitos, tan gracioso que Angélique hundió la mano en la cesta y lo cubrió con un puñado de flores. Cuando desapareció, llevaba rosas en los hombros y entre los cabellos. La tierna sonrisa que provocaba se fue extendiendo de unos a otros y le llovieron flores de todas las ventanas. En el silencio susurrante de la calle, sólo se oían los pasos apagados de la procesión, mientras que los puñados de flores caían sobre el pavimento con un vuelo silencioso. Pronto formaron una alfombra. Aunque tranquilizado en cuanto al buen orden que guardaban los laicos, el abad Cornille se impacientó, preocupado porque el cortejo llevaba dos minutos inmovilizado, y se apresuró en alcanzar la cabeza, saludando a los Hubert con una sonrisa.

—Pero ¿qué les ocurre que no avanzan? —dijo Angélique, a la que dominaba una fiebre, como si hubiera esperado que allí, en el otro extremo, apareciese su felicidad.

Hubertine contestó con su aspecto tranquilo:

—No hace falta que corran.

—Algún atasco, quizá un altar que están terminando de instalar —explicó Hubert.

Las hijas de María habían empezado a entonar un cántico y sus voces agudas ascendían en plena calle con una nitidez cristalina. Progresivamente, el desfile sufrió una sacudida. Volvieron a ponerse en movimiento.

En ese momento, después de los laicos, el clero empezaba a salir de la iglesia, las dignidades primero. Vestidos con sobrepelliz, todos se cubrían con el bonete bajo el porche; cada uno llevaba un cirio encendido, los de la derecha, en la mano derecha, los de la izquierda, en la mano izquierda, que sacaban fuera de la fila, formando una doble hilera de llamas en movimiento, casi imperceptibles a la luz del día. Primero, pasaron el gran seminario, las parroquias y las iglesias colegiales; después, venían los clérigos y los beneficiarios de la catedral, a los que seguían los canónigos, con los hombros cubiertos con capas pluviales blancas. En medio de ellos, con capas de seda roja, estaban los sochantres, que habían entonado la antífona a plena voz y a los que contestaba todo el clero con un canto más suave. El himno *Pange lingua* se elevó purísimo, la calle estaba llena de un gran temblor de muselinas, el vuelo de las sobrepellices que revoloteaban y que las llamas de los cirios acibillaban con sus estrellas de oro pálido.

— ¡Oh! ¡Santa Inés! —murmuró Angélique.

Sonreía a la santa que cuatro clérigos llevaban sobre unas andas de terciopelo azul, adornadas con encajes. Todos los años se sorprendía al verla fuera de la sombra en donde velaba desde hacía siglos, transformada en otra bajo la luz del día, con su vestido de largos cabellos dorados. Era tan vieja y, sin embargo, tan joven, con sus manitas, sus piecitos delicados, su delgado rostro de muchachita ennegrecido por el paso del tiempo.

Monseñor debía seguirla. Se oía ya llegar, del fondo de la iglesia, el balanceo de los incensarios.

Hubo murmullos, y Angélique repitió:

—Monseñor... Monseñor...

En ese momento, puestos los ojos sobre la santa que pasaba, recordó las viejas historias, los grandes marqueses de Hauteceur librando a Beaumont de la peste gracias a la intervención de Inés, Jean V y todos los de su linaje yendo a arrodillarse ante ella, devotos de su imagen; y ella los veía a todos, los señores del milagro, desfilar uno a uno, como una dinastía de príncipes.

Un gran espacio había quedado vacío. Luego, el capellán encargado del

báculo avanzó, llevándolo recto, la parte curvada hacia él. Después aparecieron dos turiferarios, que caminaban de espaldas y movían con pequeños balanceos los incensarios, flanqueados cada uno de ellos por un acólito encargado de la naveta. El gran palio de terciopelo púrpura con cenefas de oro tuvo alguna dificultad para salir por uno de los vanos de la puerta. Pero rápidamente se restableció el orden y las autoridades designadas cogieron las varas. Monseñor caminaba bajo el palio, entre sus diáconos de honor, la cabeza descubierta, y, sobre los hombros, la estola blanca cuyos extremos envolvían sus manos, que llevaban el Santísimo sin tocarlo, muy alto.

A continuación, los turiferarios se alejaron y los incensarios lanzados al vuelo volvieron a caer al compás, con el ruido argentino de sus cadenillas.

Pero ¿dónde había conocido Angélique a alguien que se parecía a monseñor? El recogimiento hacía que todas las frentes se agacharan. Pero ella, con la cabeza medio inclinada, le miraba. Era alto, delgado y noble, de una juventud soberbia para sus sesenta años. Sus ojos de águila brillaban, su nariz algo pronunciada acentuaba la autoridad soberana de su rostro, suavizada por su cabellera blanca de espesos bucles; observó la palidez de la piel, en la que le pareció ver subir una ola de sangre. Quizá fuera sólo el reflejo del gran sol dorado que llevaba en sus manos cubiertas y que le situaba en un resplandor de mística claridad.

Seguramente, en su interior recordaba un rostro que se parecía a aquél. Desde los primeros pasos, monseñor había empezado a recitar en voz baja, alternando con sus diáconos, los versículos de un salmo. Y ella tembló cuando le vio volver los ojos hacia la ventana donde estaba, porque le pareció muy severo, de una frialdad altiva, que condenaba la vanidad de toda pasión. Sus miradas se habían dirigido a los tres bordados antiguos: María recibiendo al ángel, María al pie de la Cruz, María subiendo a los cielos. Se recrearon en ellos y luego volvieron a bajar y se fijaron en ella, sin que en su desasosiego pudiera comprender si palidecían de dureza o de dulzura. Ya habían vuelto al Santísimo, inmóviles, relucientes con el reflejo del gran sol de oro. Los incensarios partían al vuelo y volvían a caer con el ruido argentino de las cadenillas, mientras que una nubécula, un humo de incienso ascendía en el aire.

Pero el corazón de Angélique latía como si fuera a romperse. Detrás del palio, acababa de ver la mitra, santa Inés raptada por dos ángeles, la obra bordada hilo a hilo con su amor, que un capellán, con los dedos envueltos con un velo, portaba devotamente, como una cosa santa. Y allí, entre los laicos que seguían, en la ola de funcionarios, oficiales y magistrados, reconoció a Félicien, en primera fila, delgado y rubio, con traje de gala, con sus cabellos ensortijados, su nariz recta, algo pronunciada, sus ojos negros, de una dulzura altanera. Ella lo esperaba, no se sorprendía de verle por fin tornarse en

príncipe. Ante la mirada ansiosa que él le dirigió, implorando perdón por su mentira, ella le contestó con una clara sonrisa.

— ¡Mira! —murmuró Hubertine estupefacta—. ¿No es ese muchacho?

También ésta lo había reconocido y se quedó preocupada cuando, al volverse, vio a su hija transfigurada.

—Entonces, ¿nos ha engañado? ¿Por qué? ¿Lo sabes tú? ¿Sabes quién es ese muchacho?

Sí, quizá ella lo supiera. Una voz contestaba en ella a preguntas recientes. Pero no osaba, ya no quería hacerse más preguntas. La certeza se haría cuando llegase el momento. Ella lo sentía aproximarse, llena de orgullo y de pasión.

— ¿Qué ocurre? —preguntó Hubert, inclinándose por detrás de su mujer.

Nunca vivía en el momento presente. Y, cuando ella le mostró al muchacho, dudó.

— ¡Qué ocurrencia! No es él.

Entonces, Hubertine, fingió que se había equivocado. Era lo más prudente; ya se informaría. Pero la procesión, que acababa de detenerse otra vez, mientras monseñor incensaba el Santísimo en la esquina de la calle, entre las plantas que habían colocado en el altar, iba a ponerse en marcha de nuevo; y Angélique, cuya mano se había quedado olvidada en el fondo de la cesta, cogió un último puñado de pétalos de rosa y, en un movimiento precipitado, lanzó las flores, en su encantada turbación. Precisamente, Félicien reanudaba la marcha. Las flores llovieron y dos pétalos que se balanceaban lentamente, volaron y se posaron sobre sus cabellos.

Era el final. El palio había desaparecido por la esquina de la calle Mayor y la cola del cortejo se retiraba, dejando la calle desierta, como adormilada por una fe soñadora, en la exhalación un poco acre de las rosas pisoteadas. Se escuchaba todavía a lo lejos, cada vez más débil, el ruido argentino de las cadenillas, que volvían a caer después de cada vuelo de los incensarios.

— ¡Oh! Madre —gritó Angélique—, ¿quieres que vayamos a la iglesia para verlos entrar?

La primera reacción de Hubertine fue de rechazo. Pero ella misma sentía un deseo tan grande de tener una certeza, que al final consintió.

—Sí, luego, ya que te apetece.

Pero había que esperar. Angélique, que había subido a ponerse un sombrero, no podía estarse quieta. Volvía una y otra vez a la ventana, examinaba el extremo de la calle, levantaba la vista como para examinar el espacio mismo; hablaba en voz alta y seguía la procesión paso a paso.

—Descienden por la calle Baja... ¡Ah! Ahora deben de estar llegando a la plaza, delante de la subprefectura... Parece que no se van a acabar nunca las grandes calles de Beaumont-la-Ville. ¡Lo que tienen que hacer los vendedores de tejidos para ver a santa Inés!

Una fina nube rosa, recortada con delicadeza en un entramado de oro, planeaba en el cielo. Se notaba en la inmovilidad del aire que toda la vida civil estaba en suspenso, que Dios había abandonado su casa, y que cada uno esperaba que lo volvieran a llevar allí para reanudar sus ocupaciones cotidianas. Enfrente, las colgaduras azules del orfebre y las cortinas rojas del cerero seguían tapando sus tiendas. Las calles parecían dormir; ya no había, en todas ellas, otra cosa que no fuera el lento paso de los clérigos, cuyo movimiento se adivinaba desde todos los puntos de la ciudad.

—Madre, madre, le aseguro que están en la entrada de la calle Magloire. Van a subir la cuesta.

Mentía, sólo eran las seis y media y la procesión nunca volvía antes de las siete y cuarto. Sabía perfectamente que el palio debía de estar recorriendo en ese momento el puerto bajo del Ligneul. ¡Pero tenía tanta prisa!

—Madre, apresurémonos, no tendremos sitio.

— ¡Vamos! —dijo al fin Hubertine, sonriendo a pesar suyo.

—Yo me quedo —declaró Hubert—. Voy a descolgar los bordados y pondré la mesa.

La iglesia les pareció vacía, puesto que Dios ya no estaba allí. Todas las puertas estaban abiertas, como las de una casa en desorden, en la que se espera el regreso del dueño. Entraba poca gente; sólo el altar mayor, un severo sarcófago de estilo románico, centelleaba en el fondo de la nave, estrellado de cirios; y el resto de la amplia nave, las naves colaterales, las capillas, se oscurecían con el crepúsculo.

Lentamente, Angélique y Hubertine dieron la vuelta a la iglesia. En la parte inferior, el edificio se aplastaba; los gruesos pilares sostenían los arcos de medio punto de las naves laterales. Ellas caminaban a lo largo de capillas oscuras, enterradas como criptas. Después, cuando pasaron ante la puerta principal, bajo la bovedilla de los órganos, experimentaron un sentimiento de liberación al levantar los ojos hacia las altas ventanas góticas de la nave, que se elevaban por encima de los pesados cimientos románicos. Siguieron por la nave meridional y la sensación de ahogo volvió a empezar. En la cruz del transepto había, en las cuatro esquinas, cuatro enormes columnas, que subían de un tirón a sostener la bóveda; allí reinaba todavía una claridad malva, la despedida del día en los rosetones de las fachadas laterales. Habían subido los tres peldaños que conducían al coro, dieron la vuelta por el ábside, la parte de

construcción más antigua, hundida como un sepulcro. Por un instante, se detuvieron junto a la antigua reja, muy trabajada, que cerraba el coro por todas partes, para ver centellear el altar mayor, cuyas llamas se reflejaban en el viejo roble pulido de las sillas del coro, unas sillas maravillosas, floridas de esculturas. Y volvieron así al punto de partida, levantando de nuevo la cabeza, creyendo sentir el soplo de la elevación de la nave, mientras que las tinieblas crecientes retrocedían y ensanchaban los antiguos muros, donde se desvanecían los restos de oro y de pintura.

—Sabía perfectamente que era demasiado pronto —dijo Hubertine.

Angélique sin contestar, murmuró:

— ¡Qué grande es!

Tenía la impresión de no conocer la iglesia, de que la veía por vez primera. Sus ojos se pasearon por las inmóviles hileras de sillas, dirigiéndose hasta el fondo de las capillas, donde sólo se adivinaban las lápidas sepulcrales debido a la oscuridad más pronunciada. Dio con la capilla Hauteceur, reconoció la vidriera por fin reparada, con su san Jorge difuminado como una visión en el día agonizante. Y esto le produjo una gran alegría.

En ese momento, un movimiento animó la catedral; la gran campana volvía a sonar.

— ¡Ah! —dijo—. Aquí están, suben por la calle Magloire.

Esta vez era cierto. Una multitud invadió las capillas laterales, donde se notaba que minuto a minuto aumentaba la cercanía de la procesión. Crecía con los volteos de la campana, con el fuerte soplo que venía del exterior, por la puerta principal abierta de par en par. Dios regresaba.

Angélique, apoyada en el hombro de Hubertine, erguida sobre la punta de los pies, miraba aquel vano abierto, cuya redondez se recortaba en el blanco crepúsculo de la plaza del Claustro. Primero, reapareció el subdiácono llevando la cruz, flanqueado por los dos acólitos con sus candelabros; tras ellos, se apresuraba el maestro de ceremonias, el buen abad Cornille, jadeante y extenuado. En el umbral de la iglesia, cada uno de los que llegaban se destacaba durante un segundo, con una silueta nítida y vigorosa, y luego se hundía en las tinieblas interiores. Eran los laicos, las escuelas, las asociaciones, las cofradías, cuyos pendones se balanceaban como velas, absorbidos de repente por la sombra. Volvieron a ver el pálido grupo de las hijas de María, que entraba cantando con sus agudas voces seráficas. La catedral los seguía engullendo, la nave se llenaba lentamente, los hombres a la derecha, las mujeres a la izquierda. Pero se había hecho de noche; a lo lejos, la plaza se punteó de destellos, de cientos de lucecitas en movimiento, y le tocó el turno al clero, los cirios encendidos fuera de la fila, doble cordón de llamas

amarillas que cruzó la puerta. Aquello no tenía fin, los cirios se sucedían, se multiplicaban, el gran seminario, las parroquias, la catedral, los sochantres que entonaban la antífona, los canónigos con sus capas pluviales blancas. Entonces, poco a poco, la iglesia se fue iluminando, se pobló de aquellas llamas, resplandeciente, acribillada por cientos de estrellas como un cielo de verano.

Había dos sillas libres y Angélique se subió a una de ellas.

—Baja —repetía Hubertine—. Está prohibido.

Pero ella, tranquila, insistía:

— ¿Por qué prohibido? Quiero ver. ¡Oh! ¡Qué hermoso!

Y al final, convenció a su madre para que se subiera a la otra silla.

Ahora, toda la catedral relucía, ardiente. Aquella oleada de cirios que la cruzaba encendía reflejos bajo las aplastadas bóvedas de las naves laterales, en el fondo de las capillas, donde brillaba el cristal de un relicario, el oro de un tabernáculo. Incluso en el ábside, hasta en las criptas sepulcrales, se despertaban rayos. El coro llameaba, con su altar incendiado, sus sillas relucientes, su antigua reja cuyos rosetones destacaban sobre el negro. Y la elevación de la nave resaltaba aún más, abajo los pesados pilares que sostenían los arcos de medio punto, arriba los haces de columnitas que se iban adelgazando, floreciendo entre los arcos apuntados de las ojivas, todo un arranque de fe y de amor, que era como el resplandor mismo de la luz.

Mas, entre el movimiento de los pies y el desplazamiento de las sillas, volvió a oírse la caída de las claras cadenillas de los incensarios. Inmediatamente, los órganos entonaron una frase enorme que desbordó y colmó las bóvedas con un fragor de trueno. Era monseñor, que aún estaba en la plaza. En aquel momento, santa Inés llegaba al ábside, llevada siempre por los clérigos, el rostro como apaciguado por las luces de los cirios, feliz de volver a sus ensoñaciones de cuatro siglos. Finalmente, precedido por el báculo y seguido de la mitra, entró monseñor, sujetando el Santísimo con el mismo gesto, con las manos cubiertas por la estola. El palio, que avanzaba por el centro de la nave, se detuvo ante la reja del coro. Allí se produjo cierta confusión, porque al obispo le alcanzaron por un momento algunos miembros de su séquito.

Desde que Félicien había vuelto a aparecer tras la mitra, Angélique ya no apartaba los ojos de él. Pero entonces, le empujaron a la derecha del palio; y en ese momento ella vio, con la misma mirada, la cabeza blanca de monseñor y la cabeza rubia del joven. Una llamarada pasó por sus párpados, unió las manos y dijo en voz alta:

— ¡Oh! ¡Monseñor, el hijo de monseñor!

El secreto se le había escapado. Era un grito involuntario, la certeza que, por fin, se materializaba en la brusca aclaración de su parecido. Quizá ya lo supiera en su interior, pero nunca se habría atrevido a reconocérselo a sí misma; en cambio, ahora estallaba y la deslumbraba. De todas partes, de ella misma y de las cosas, acudían recuerdos que repetían su grito.

Hubertine, sobrecogida, murmuró:

—El hijo de monseñor... ¿ese muchacho?

Alrededor de ellas, se había apiñado la gente. Las conocían, las admiraban; la madre, adorable aún con su vestido de tela sencilla, la hija con una gracia de arcángel, con su vestido de seda blanca. Eran tan hermosas y estaban tan a la vista, subidas así en las sillas que algunas miradas se alzaban hacia ellas y en ellas se detenían ensimismadas.

— ¡Claro que sí, señora mía —dijo la tía Lemballeuse, que se encontraba en aquel grupo—, claro que sí, el hijo de monseñor! Pero ¿no lo sabía? Un muchacho hermoso, y rico, ¡ay!, tan rico que podría comprar la ciudad, si quisiera. ¡Millones y millones!

Totalmente pálida, Hubertine escuchaba.

—Habría oído contar su historia —prosiguió la vieja mendiga—. Su madre murió al traerle al mundo, y fue entonces Cuando monseñor se hizo sacerdote. Ahora, ha decidido traerlo a su lado... Félicien VII de Hauteceur, ¡como quien dice, un verdadero príncipe!

Entonces, Hubertine hizo un gran gesto de disgusto. Y Angélique resplandecía ante el sueño que se realizaba. Seguía sin expresar ninguna sorpresa; sabía que él debía ser el más rico, el más hermoso, el más noble; pero su alegría era inmensa, perfecta, sin preocupación por los obstáculos que no preveía. Al fin, se daba a conocer, se entregaba a su vez. El oro fluía con las llamas de los cirios; los órganos cantaban la pompa de sus esponsales; el linaje de los Hauteceur desfilaba como reyes, desde el fondo de la leyenda: Norbert I, Jean V, Félicien III, Jean XII; y luego, el último, Félicien VII, que volvía hacia ella su cabeza rubia. Era el descendiente de primos de la Virgen, el maestro, el soberbio Jesús, que se revelaba en la gloria junto a su padre.

Precisamente, Félicien le sonreía, y ella no observó el enfado de monseñor, que acababa de descubrirla de pie sobre la silla, por encima de la multitud, con la sangre en el rostro, orgullosa y apasionada.

— ¡Pobre hija mía! —suspiró Hubertine con desesperación.

Los capellanes y los acólitos se habían colocado a derecha e izquierda, y el primer diácono, que había recibido el Santísimo de manos de monseñor, lo

colocó sobre el altar. Era la bendición final, el *Tantum ergo*, que bramaban los sochantres, el incienso de las navetas que humeaba en los incensarios, el profundo y brusco silencio de la oración. En el centro de la ardiente iglesia, que desbordaba de clero y de fieles, bajo las esbeltas bóvedas, monseñor subió de nuevo al altar, volvió a coger con las dos manos el gran sol de oro y lo agitó tres veces en el aire, haciendo lentamente la señal de la cruz.

## Capítulo IX

Esa misma tarde, al regresar de la iglesia, Angélique pensó: «Le veré después: estará en el Clos-Marie y bajaré a reunirme con él». Habían convenido aquella cita con la mirada.

No cenaron hasta las ocho, en la cocina, como de costumbre, Hubert hablaba solo, excitado por aquel día de fiesta. Seria, Hubertine contestaba apenas, sin apartar la vista de la muchacha, que comía con gran apetito, pero inconscientemente, como si no se diera cuenta de que se llevaba el tenedor a la boca, totalmente concentrada en su sueño. Hubertine leía claramente en ella, veía cómo se formaban y se seguían unos a otros sus pensamientos, bajo aquella frente cándida, como bajo el cristal de un agua pura.

A las nueve, les sorprendió una llamada a la puerta. Era el abad Cornille. A pesar de su cansancio, venía a decirles que monseñor había sentido una gran admiración por los tres antiguos paneles bordados.

—Sí, lo ha comentado en mi presencia. Estaba seguro de que os alegraría saberlo.

Angélique, que, al oír el nombre de monseñor, había mostrado interés, volvió a caer en su ensueño en cuanto empezaron a hablar de la procesión. Luego, al cabo de unos minutos, se levantó.

—¿Adónde vas? —preguntó Hubertine.

La pregunta la sorprendió, como si ella misma no se hubiera planteado por qué se levantaba.

—Madre, subo a mi habitación, estoy muy cansada.

Detrás de esa excusa, Hubertine adivinaba la verdadera razón, necesidad de estar a solas con su felicidad.

—Ven a darme un beso.

Cuando la tuvo entre sus brazos, se dio cuenta de que temblaba. Su beso de cada noche casi se escurrió. Entonces, muy seria, la miró a la cara, leyó en sus

ojos la cita aceptada, la fiebre de acudir a ella.

—Sé buena, duerme bien.

Pero Angélique, después de despedirse rápidamente de Hubert y del abad Cornille, ya estaba subiendo a la habitación, fuera de sí, hasta tal punto había sentido su secreto en la punta de los labios. Si su madre la hubiese mantenido un segundo más apretada contra su corazón, habría hablado. Una vez encerrada con doble llave, como la luz la molestaba, apagó la vela. La luna salía cada vez más tarde, la noche era muy oscura. Sin desnudarse, sentada ante la ventana abierta a las tinieblas, esperó durante horas. Los minutos transcurrían llenos, pues la misma idea bastaba para ocuparla: bajaría a reunirse con él en cuanto dieran las doce. Ocurriría de una forma muy natural; se veía actuando, paso a paso, gesto a gesto, con esa facilidad que existe en los sueños. Había oído marcharse al abad Cornille casi inmediatamente. Luego, los Hubert habían subido a su vez. Por dos veces, le pareció que la puerta de su habitación volvía a abrirse, que unos pies furtivos avanzaban hasta la escalera, como si alguien hubiese ido a escuchar allí por un instante. Luego, la casa pareció desvanecerse en un profundo sueño.

Cuando llegó la hora, Angélique se levantó:

—Vamos, me espera.

Abrió su puerta, que ni siquiera volvió a cerrar. En la escalera, al pasar delante de la habitación de los Hubert, prestó oído; pero no oyó nada, nada más que el estremecimiento del silencio. Además, se sentía muy a gusto, sin temor ni prisa, ya que no tenía en absoluto conciencia de estar cometiendo una falta. Una fuerza la impulsaba, aquello le parecía tan sencillo que la idea de un peligro le habría hecho sonreír. Abajo, salió al jardín por la cocina, y también aquí se le olvidó cerrar el postigo. Luego, con su paso rápido, llegó hasta la pequeña puerta que daba al Clos-Marie, y también la dejó abierta de par en par tras ella. En el huerto, a pesar de la espesa sombra, no dudó ni un instante, caminó en línea recta hasta la tabla, cruzó el Chevrotte y avanzó a ciegas, como en un lugar familiar donde cada árbol le resultara conocido. Al girar a la derecha, bajo un sauce, sólo tuvo que extender los brazos para encontrar las manos de quien sabía que estaba allí, esperándola.

Por un instante, silenciosa, Angélique estrechó en las suyas las manos de Félicien.

No podían verse, el cielo se había cubierto de una nube de calor que la luna, que estaba saliendo, menguada, todavía no iluminaba. Y habló en las tinieblas, su corazón entero se alivió de su gran alegría.

— ¡Ay! ¡Mi querido señor, cuánto le amo y cuánto se lo agradezco!

Reía porque le conocía al fin, le agradecía que fuera joven, hermoso, rico, todavía más de lo que ella esperaba. Era una alegría sonora, el grito de admiración y de gratitud ante aquel regalo de amor que le hacía su sueño.

—Usted es el rey, usted es mi dueño y aquí estoy, suya; sólo lamento ser tan poca cosa... Pero tengo el orgullo de pertenecerle, basta con que usted me ame para que yo sea reina a mi vez... Aunque yo sabía y le esperaba, mi corazón ha crecido desde que usted ocupa en él un lugar tan importante... ¡Ay! ¡Mi señor, cuánto se lo agradezco y cuánto le amo!

Entonces, él la tomó suavemente por la cintura y la condujo diciendo:

—Venga a mi casa.

La llevó hasta el fondo del Clos-Marie, cruzando la maleza; y ella se explicó cómo pasaba él todas las noches por la antigua verja del Obispado, antaño condenada. Había dejado la verja abierta y la condujo, llevándola del brazo, al gran jardín de monseñor. En el cielo, la luna, que subía lentamente, oculta tras el velo de vapores cálidos, los blanqueaba con su transparencia lechosa. Toda la bóveda, sin una estrella, estaba llena de un polvillo de claridad, que llovía silenciosamente en la serenidad de la noche. Remontaron lentamente el Chevrotte, cuyo cauce cruzaba el parque; pero ya no era el arroyo rápido que se precipitaba por una pendiente pedregosa; era un agua tranquila, un agua lánguida que erraba entre los grupos de árboles. Y bajo la nube luminosa, entre aquellos árboles anegados y flotantes, la corriente elísea parecía discurrir en un sueño.

Angélique prosiguió con alegría:

— ¡Me siento tan orgullosa y tan feliz de estar así, en sus brazos!

Félicien, embelesado por tanta sencillez y encanto, la escuchaba expresarse sin miramientos, sin ocultar nada, y decir en voz bien alta lo que pensaba, con la ingenuidad de su corazón.

— ¡Ay! Alma mía, soy yo quien debe estarle agradecido por tener la bondad de quererme un poco, tan gentilmente... Dígame una vez más cuánto me ama, dígame qué ha pasado en su interior cuando ha sabido por fin quién soy.

Pero ella lo interrumpió con un hermoso gesto de impaciencia:

—No, no, hablemos de usted, sólo de usted. ¿Acaso cuento yo? ¿Acaso importa lo que soy, lo que pienso? Ahora sólo existe usted.

Y, apretándose contra él, reduciendo el paso a lo largo del río encantado, lo interrogaba sin descanso, quería saberlo todo, su infancia, su juventud, los veinte años que había vivido lejos de su padre.

—Sé que su madre murió al nacer usted y que se ha criado en casa de un tío suyo, un viejo abad... Sé que monseñor se negaba a volver a verle...

Él habló muy bajito, con una voz lejana, que parecía venir del pasado:

—Sí, mi padre adoraba a mi madre y yo era culpable de haber venido y de haberla matado... Mi tío me educaba en la ignorancia de mi familia, con dureza, como si yo hubiese sido un niño pobre confiado a su cuidado. Sólo supe la verdad muy tarde, hace apenas dos años... Pero no me sorprendí cuando lo supe, pues yo sentía esa gran fortuna detrás de mí. Todo trabajo regular me aburría, sólo servía para recorrer los campos. Luego, se declaró mi pasión por las vidrieras de nuestra pequeña iglesia...

Ella reía y él también se sintió lleno de alegría.

—Soy un obrero como usted, había decidido que me ganaría la vida pintando vidrieras cuando todo este dinero cayó sobre mí... ¡Y mi padre sentía tanta pena cuando mi tío le escribía que yo era un demonio, que nunca tomaría el hábito! Era su firme voluntad verme sacerdote, quizá con la idea de que así yo redimiría la muerte de mi madre. Pero se rindió, y me llamó a su lado. ¡Ay! ¡Vivir, qué bueno es vivir! ¡Vivir para amar y ser amado!

Su juventud bien conservada y virgen vibró en aquel grito que estremeció la quietud de la noche. Era la pasión, la pasión de la que había muerto su madre, la pasión que le había arrojado a ese primer amor surgido del misterio. Todo su ardor le conducía a ello, su belleza, su lealtad, su ignorancia y su deseo goloso de vida.

—Me pasaba como a usted, esperaba, y la noche en que usted se mostró a su ventana la reconocí también... Dígame qué soñaba, cuénteme sus días de antes...

Pero, una vez más, ella le cerró la boca:

—No, hablemos de usted, sólo de usted, me gustaría que nada de usted quedara oculto para mí... ¡Tenerle, amarle todo entero!

Y no se cansaba de oírle hablar de sí mismo, en una alegría extasiada por conocerle, en adoración, como una santa mujer a los pies de Jesús. Ni uno ni otro se cansaban de repetir las mismas cosas hasta el infinito, cómo se habían amado, cómo se amaban. Las palabras se repetían iguales, siempre nuevas, tomando significados previstos e insondables. Su felicidad aumentaba conforme profundizaban en ella y saboreaban su música con los labios. Él le confesó el encanto que ella ejercía sobre él tan sólo con su voz, tan emocionado que sólo con oírla ya no era más que su esclavo. Ella confesó el temor delicioso en que él la sumía, cuando su piel tan blanca se ruborizaba con una marea de sangre, a la menor cólera, habían abandonado ya las orillas

vaporosas del Chevrotte y se abismaban bajo el oquedal oscuro de los grandes olmos, los brazos en la cintura.

— ¡Oh! Este jardín —murmuró Angélique, gozando del frescor que caía del follaje—. ¡Hace años que deseaba entrar... y aquí estoy con usted, aquí estoy!

Ella no le preguntaba dónde la conducía, se abandonaba en su brazo, en las tinieblas de los troncos centenarios. La tierra era suave a los pies, las bóvedas de hojas se perdían muy arriba, como las bóvedas de una iglesia. Ni un ruido, ni un soplo, tan sólo el latido de sus corazones.

Al fin, él empujó la puerta de un pabellón y le dijo:

—Entre, está usted en mi casa.

Allí era donde su padre había creído conveniente alojarle, aislado en aquel rincón apartado del parque. Tenía, abajo, un gran salón, y arriba, un apartamento entero. Una lámpara iluminaba la gran habitación de la planta baja.

—Ya ve usted —prosiguió con una sonrisa— que está en casa de un artesano. Éste es mi taller.

Un taller, en efecto, el capricho de un muchacho rico que sentía inclinación por un oficio, por la pintura de vidrieras. Había recuperado los antiguos procedimientos del siglo XIII; podía considerarse que era uno de aquellos primitivos vidrieros que producían obras maestras con los pobres medios de aquella época. Le bastaba la vieja mesa revocada con creta fundida, sobre la cual dibujaba en rojo y donde recortaba los cristales con un hierro ardiente, desdeñando el diamante. Precisamente, la mufla, un pequeño horno reconstruido según un dibujo, estaba cargada; en ella se acababa de cocer el resultado de la reparación de otra vidriera de la catedral; y había también, metidos en cajas, vidrios de todos los colores, que debía de encargarse que le fabricaran, azules, amarillos, verdes, rojos, pálidos, jaspeados, ahumados, oscuros, nacarados, intensos. La habitación estaba tapizada con telas admirables, el taller desaparecía bajo el lujo extraordinario de los muebles. En el fondo, sobre un antiguo tabernáculo que le servía de pedestal, una gran virgen dorada sonreía con sus labios de púrpura.

— ¡Y usted trabaja! ¡Trabaja! —repetía Angélique con alegría infantil.

Le divirtió mucho el horno y le exigió que le explicara todo su trabajo: cómo se contentaba, siguiendo el ejemplo de los maestros antiguos, con utilizar vidrios coloreados en la pasta, que él simplemente sombreaba con negro; por qué se atenía a los pequeños personajes distintos, acentuando los gestos y los ropajes; y sus ideas sobre el arte del vidriero que había decaído en

cuanto se empezó a pintar sobre el vidrio, a esmaltarlo, dibujando mejor; y su opinión final de que una vidriera debía ser tan sólo un mosaico transparente, con los tonos más vivos dispuestos en el orden más armonioso, todo un ramillete delicado y resplandeciente de colores. Pero en ese momento ¡cómo se burlaba en el fondo del arte del vidriero! Esas cosas sólo tenían un interés: provenir de él, ocuparla con él, ser como una dependencia de su persona.

— ¡Ah! —dijo—. ¡Seremos felices! Usted pintará y yo bordaré.

Él le había vuelto a coger las manos, en medio de la gran habitación, cuyo gran lujo le hacía sentirse cómoda y que parecía el medio natural donde su gracia iba a florecer. Por un instante, callaron los dos. Luego, fue ella quien volvió a hablar:

—Entonces, ¿está decidido?

— ¿El qué? —preguntó él sonriendo.

—Nuestra boda.

Él vaciló un momento. Su rostro, muy blanco, se había ruborizado bruscamente. Ella se quedó preocupada.

— ¿Se ha enfadado por mi culpa?

Pero él ya le estrechaba las manos, con un apretón que la envolvía por entero.

—Está decidido. Basta con que usted desee una cosa, para que se haga, a pesar de los obstáculos. Ahora ya sólo tengo una razón de ser, la de obedecerle a usted.

Entonces ella resplandeció.

—Nos casaremos, nos amaremos siempre, no nos separaremos nunca más.

Ella no lo dudaba, aquello se realizaría ya al día siguiente, con la facilidad de los milagros de la Leyenda. La idea del más leve obstáculo, del menor retraso, ni siquiera le venía a la mente. ¿Por qué, puesto que se amaban, los habían de mantener separados? Dos personas se adoran, se casan, es así de sencillo. Ella sentía una gran alegría serena.

—Está dicho, deme la mano —prosiguió ella bromeando.

Él llevó la manita a sus labios.

—Está dicho.

Como ella se marchaba, temerosa de que la sorprendiera el alba, con prisa también por poner fin a su secreto, él quiso acompañarla.

—No, no, no llegaríamos antes de que se haga de día. Ya encontraré el

camino... Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Félicien obedeció, se contentó con ver marchar a Angélique, que corría bajo los olmos oscuros, corría a lo largo del Chevrotte bañado de luz. Ya había cruzado la verja del parque, y se había lanzado después a través de la maleza del Clos-Marie. Mientras corría, pensaba que no podría esperar hasta la salida del sol, que mejor sería llamar a los Hubert para despertarlos y contarles todo. Era una expansión de felicidad, una rebelión de franqueza: se sentía incapaz de mantener callado cinco minutos más el secreto guardado durante tanto tiempo. Entró en el jardín y cerró puerta.

Y allí, junto a la catedral, Angélique descubrió a Hubertine, que la esperaba sentada en el banco de piedra al que rodeaba un delgado macizo de lilas. Despierta, advertida por una angustia, había subido, y había comprendido al encontrar las puertas abiertas. Ansiosa, sin saber a dónde ir, temiendo agravar las cosas, esperaba.

En seguida, Angélique la abrazó, sin confusión, con el corazón brincando de alborozo, riendo alegremente por no tener ya nada que ocultar.

— ¡Ah! ¡Ya está decidido, madre! Vamos a casarnos. ¡Estoy tan contenta!

Antes de contestar, Hubertine la miró fijamente. Pero sus temores desaparecieron ante aquella virginidad en flor, aquellos ojos límpidos, aquellos labios puros. Y sólo le quedó una gran tristeza; las lágrimas rodaron por sus mejillas.

— ¡Pobre hija mía! —murmuró, como la víspera, en la iglesia.

Angélique, sorprendida al verla así, ella, que era tan ponderada y que no lloraba nunca, protestó:

— ¿Qué ocurre, madre? Está triste... Es cierto, he sido mala, le he ocultado un secreto. ¡Pero si supiera usted el peso que ha supuesto para mí! Al principio no se dice nada, después una ya no se atreve... Debe perdonarme.

Se había sentado junto a ella y, con un brazo cariñoso, la había cogido por la cintura. El viejo banco parecía hundirse en aquel rincón musgoso de la catedral. Por encima de sus cabezas, las lilas dibujaban una sombra; y allí estaba aquel escaramujo que la muchacha cultivaba para ver si podía criar rosas; pero, abandonado desde hacía algún tiempo, vegetaba y regresaba al estado salvaje.

—Madre, le voy a contar todo, ¡así!, al oído.

Entonces, le contó sus amores a media voz, en un flujo de palabras inagotables, reviviendo los hechos más nimios, animándose al revivirlos. No

omitía nada, hurgaba en su memoria como para una confesión. Y no sentía el menor rubor; la sangre de la pasión calentaba sus mejillas, una llama de orgullo iluminaba sus ojos, sin que alzara la voz, susurrante y ardiente. Hubertine acabó por interrumpirla, hablando ella también en voz muy baja:

—Mira, mira, ¡ya estás otra vez! Por mucho que te corrijas, todo sale otra vez como impulsado por un vendaval... ¡Ah!, orgullosa, apasionada, sigues siendo la niña pequeña que se negaba a fregar la cocina y que se besaba las manos.

Angélique no pudo evitar una carcajada.

—No, no te rías, pronto no tendrás suficientes lágrimas para llorar... Esa boda nunca se celebrará, pobrecita mía.

De repente, su alegría estalló, sonora, prolongada:

—Madre, madre, ¿qué dice usted? ¿Es para burlarse de mí y para castigarme?... ¡Si es tan sencillo! Esta noche va a hablar con su padre. Mañana, vendrá a arreglarlo todo con ustedes.

¿Realmente se imaginaba aquello? Hubertine tuvo que ser despiadada. ¡Una pequeña bordadora, sin dinero, sin nombre, casarse con Félicien de Hauteceur! ¡Un muchacho rico, con una fortuna de cincuenta millones! ¡El último descendiente de una de las más rancias familias de Francia!

Pero, a cada nuevo obstáculo, Angélique replicaba tranquilamente:

— ¿Por qué no?

Sería un verdadero escándalo, una boda que no cumpliría las condiciones naturales de la felicidad. Todo se opondría para impedirlo. Entonces, ¿pensaba luchar contra todo?

— ¿Por qué no?

Decían que Monseñor estaba orgulloso de su nombre y que era severo con las aventuras sentimentales. ¿Podía albergar la esperanza de hacerle ceder?

— ¿Por qué no?

E, inquebrantable en su fe, replicó:

— ¡Es curioso, madre, qué malo cree usted que es el mundo! ¡Cuando le digo que las cosas irán bien!... Hace dos meses, me reñía usted, me gastaba bromas, y sin embargo, yo tenía razón, todo lo que yo anunciaba se ha hecho realidad.

— ¡Pero, desgraciada, espera el final!

Hubertine se desconsolaba, atormentada por su remordimiento de haber

mantenido a Angélique ignorante hasta ese punto. Habría querido contarle las duras lecciones de la realidad, iluminarla sobre las crueldades y las abominaciones del mundo, pero, incómoda, no lograba encontrar las palabras necesarias. ¡Qué tristeza si, un día, tuviera que acusarse de haber causado la desgracia de aquella muchacha, educada de aquella manera, como una reclusa, en la mentira continua del sueño!

—Veamos, querida, tú no te casarías con ese muchacho contra la voluntad de todos nosotros, contra la voluntad de su padre.

Angélique se puso seria, la miró de frente y luego, en tono grave, le dijo:

— ¿Por qué no? Yo le amo y él me ama.

La madre volvió a sujetarla con los dos brazos y la apretó contra ella; también ella la miraba, sin hablar todavía, temblorosa. La luna, velada, había bajado por detrás de la catedral, y las brumas volantes se teñían débilmente de rosa en el cielo al acercarse el día. Las dos estaban envueltas por aquella pureza matinal, por el profundo y frío silencio que sólo el despertar de los pájaros turbaba con sus gritos.

— ¡Ay! hija mía, sólo el deber y la obediencia dan la felicidad. Se sufre toda una vida por culpa de una hora de pasión y de orgullo. Si quieres ser feliz, sométete, renuncia, desaparece...

Pero la sentía rebelarse en su abrazo; y lo que todavía no le había dicho, lo que todavía dudaba en decirle, escapó de sus labios:

—Escucha, crees que somos felices, tu padre y yo. Lo seríamos; si un tormento no hubiera estropeado nuestra vida...

Bajó la voz aún más y le contó, con respiración temblorosa, su historia, la boda a pesar de su madre, la muerte del hijo, el inútil deseo de tener otro bajo el castigo de la falta. Sin embargo, se adoraban; habían vivido de su trabajo, sin pasar necesidades; pero eran desgraciados, seguramente habrían llegado a disputarse, a una vida de infierno, quizás a una separación violenta, si no hubiese sido por sus esfuerzos, la bondad de él y la ponderación de ella.

—Reflexiona, hija mía, no pongas nada en tu existencia que pueda hacerte sufrir después... Sé humilde, obedece, acalla la sangre de tu corazón.

Agitada, Angélique la escuchaba, reteniendo las lágrimas:

—Madre, me hace usted daño... Yo le amo y él me ama.

Sus lágrimas brotaron. Estaba trastornada por la confianza, conmovida, con un espanto en los ojos, como herida por aquel rincón de verdad apenas vislumbrado. Pero no cedía. ¡Habría dado la vida tan a gusto por su amor!

Entonces, Hubertine se decidió:

—No quería causarte tanta pena de una sola vez. Pero tienes que saber... Anoche, cuando te fuiste a tu habitación, le pregunté al abad Cornille y supe por qué monseñor, que se resistía desde hacía tanto tiempo, creyó sentirse obligado a llamar a su hijo a Beaumont... Una de sus grandes penas era la fogosidad del muchacho, prisa que tenía por vivir, fuera de toda norma. Después de haber renunciado dolorosamente a hacerle sacerdote, ni siquiera esperaba lanzarlo en alguna ocupación conveniente para su rango y su fortuna. No sería nunca más que un apasionado, un loco, un artista. Y fue entonces cuando, temiendo alguna locura del corazón, hizo venir aquí para casarle inmediatamente.

— ¿Y qué? —preguntó Angélique, sin comprender todavía.

—Había un proyecto de boda, antes incluso de su llegada, y todo parece arreglado hoy; el abad Cornille me ha dicho formalmente que debe casarse en otoño con la señorita Claire de Voincourt... Conoces la mansión de los Voincourt, ahí, cerca del Obispado. Están muy relacionados con monseñor. De una y otra parte, no se podía esperar nada mejor, ni en cuanto a nombre ni en cuanto a dinero. El abad aprueba firmemente esa unión.

La muchacha ya no escuchaba estas razones de conveniencia. Ante sus ojos se había formado bruscamente una imagen, la de Claire. Volvía a verla pasar, tal como la divisaba a veces bajo los árboles de su parque, en invierno, tal como la veía en la catedral, en las fiestas: una señorita alta y morena, de su edad, muy hermosa, de una hermosura más deslumbrante que la suya, con un porte de majestuosa distinción. Decían que era muy buena, a pesar de su apariencia fría.

—Esa señorita alta, tan hermosa, tan rica... Se casa con ella...

Murmuraba esto como en sueños. Luego, sintió un desgarró en el corazón y gritó:

—Entonces, ¡miente! No me lo ha dicho.

Vino a su memoria el recuerdo de la breve vacilación de Félicien, de la ola de sangre que había ruborizado sus mejillas cuando le habló de la boda. La sacudida fue tan dura que su cabeza, que había palidecido, resbaló sobre el hombro de su madre.

—Cariño, cariño mío... Es muy cruel, lo sé. Pero, si esperases, sería todavía más cruel. Arranca, pues, inmediatamente el cuchillo de la herida... Repite, cada vez que tu mal despierte, que monseñor, el terrible Jean XII, cuyo orgullo intratable al parecer aún recuerda el mundo, jamás entregará su hijo, el último de su raza, a una pequeña bordadora, recogida bajo una puerta y adoptada por unos pobres como nosotros.

Angélique escuchaba aquello desfallecida y ya no se rebelaba. ¿Qué había sentido pasar por su rostro? Un aliento frío, venido de lejos, por encima de los tejados, le helaba la sangre. ¿Era aquella miseria del mundo, aquella triste realidad, de la que le hablaban como se habla del lobo a los niños poco razonables? Esto le dejaba un dolor, sólo de haberla rozado. Sin embargo, ya excusaba a Félicien: no había mentido; simplemente se había quedado callado. Si su padre quería casarlo con aquella muchacha, él sin duda la rechazaba. Pero todavía no osaba enfrentarse; y, puesto que no había dicho nada, quizá era porque acababa de tomar la decisión. Ante aquel primer derrumbamiento, pálida, alcanzada por el duro dedo de la vida, seguía creyendo; tenía, a pesar de todo, fe en su sueño. Las cosas se realizarían; sólo su orgullo estaba abatido; volvía a caer en la humildad de la gracia.

—Madre, es cierto, he pecado y no volveré a pecar... Le prometo que no me rebelaré, que seré lo que el cielo quiera que yo sea.

Era la gracia la que hablaba; la victoria seguía en el ambiente en el que ella había crecido, en la educación que había recibido allí. ¿Por qué habría de dudar del día siguiente, puesto que, hasta entonces, todo cuanto la rodeaba se había mostrado tan generoso y tan tierno con ella? Quería conservar la prudencia de Catalina, la modestia de Isabel, la castidad de Inés, reconfortada por la ayuda de las santas, segura de que ellas solas le ayudarían a vencer. ¿Acato su vieja amiga la catedral, el Clos-Marie y el Chevrotte, la casita fresca de los Hubert, los Hubert mismos, todo cuanto la amaba, no a iba a defender, sin que ella tuviera que actuar, simplemente obediente y pura?

—Entonces, ¿me prometes que nunca harás nada que se oponga a nuestra voluntad, y, sobre todo, nada que se oponga a la voluntad de monseñor?

—Sí, madre, lo prometo.

—Me prometes que no volverás a ver nunca a ese muchacho y que no pensarás más en esa locura de casarte con él.

Entonces, su corazón desfalleció. Una última rebeldía estuvo a punto de sublevarla, gritando su amor. Pero después, inclinó la cabeza, definitivamente mansa.

—Prometo no hacer nada para volver a verle ni para que se case conmigo.

Hubertine, extraordinariamente conmovida, la estrechó con desesperación entre sus brazos para agradecerle su obediencia. ¡Ah! ¡Qué miseria! ¡Querer el bien! ¡Hacer sufrir a quienes se ama! Estaba destrozada; se levantó, sorprendida de ver que el día avanzaba. Los gritos de los pájaros habían aumentado, sin que se viera volar ni uno solo. En el cielo, las nubes se apartaban como gasas en la azulada nitidez del aire.

Entonces, Angélique, la mirada caída maquinalmente sobre su escaramujo, lo vio, al fin, con sus flores endebles. Sonrió con tristeza:

—Tenía usted razón, madre, aún tardará en dar rosas.

## Capítulo X

Por la mañana, a las siete, como de costumbre, Angélique ya estaba trabajando: los días se sucedían y todas las mañanas volvía, muy tranquila, a la casulla que había dejado la víspera. Nada parecía haber cambiado; cumplía estrictamente su palabra, se enclaustraba, sin intentar volver a ver a Félicien. Esa situación ni siquiera parecía entristecerla, pues conservaba su alegre rostro de juventud y sonreía a Hubertine cuando la sorprendía contemplándola con asombro. Sin embargo, en aquella voluntad de silencio, no hacía sino pensar en él todo el día. Su esperanza seguía invencible, estaba segura de que las cosas se realizarían a pesar de todo. Y era esa certeza la que le daba aquel aspecto de valentía, tan recto y tan altivo.

A veces, Hubert la regañaba:

—Trabajas demasiado, estas algo pálida... ¿Duermes bien al menos?

— ¡Oh padre! ¡Como un tronco! Nunca me he sentido mejor.

Pero Hubertine, a su vez, manifestaba preocupación y proponía alguna distracción.

—Si quieres, cerramos unos días y nos vamos los tres a París.

— ¡Ah! ¡Es imposible! ¿Y los encargos madre?... Cuando le digo que trabajar mucho es lo que me da salud.

En el fondo Angélique esperaba simplemente un milagro, alguna manifestación de lo invisible que la entregase a Félicien. Al margen de que había prometido no intentar nada, ¿para qué intervenir, puesto que el más allá actuaba por ella? Por eso, en su inercia voluntaria al tiempo que fingía indiferencia, tenía el oído continuamente al acecho y escuchaba las voces lo que se agitaba a su alrededor, los pequeños ruidos familiares de aquel mundo en el que vivía y que iba a socorrerla. Algo tenía que pasar necesariamente. Inclineda sobre su bastidor, con la ventana abierta, no se perdía ni un temblor de los árboles ni un murmullo del Chevrotte. Hasta los más leves suspiros de la catedral, que su atención multiplicaba por diez, llegaban a su oído: oía incluso las zapatillas del sacristán cuando éste apagaba los cirios. De nuevo, sentía a su alrededor el roce de unas alas misteriosas; se sabía asistida por lo desconocido; y a veces se giraba repentinamente creyendo que una sombra le

había susurrado al oído un medio de conseguir la victoria. Pero los días pasaban y nada ocurría aún.

Al principio, para no faltar a su promesa, Angélique evitó salir al balcón por la noche, temiendo que, si veía a Félicien abajo, iría a reunirse con él. Esperaba en el fondo de su habitación. Luego, como ni las mismas hojas, adormiladas, se movían lo más mínimo, se arriesgó y empezó de nuevo a interrogar a las tinieblas. ¿De dónde iba a venir el milagro? Sin duda alguna, del jardín del Obispado, una mano de fuego que le haría una señal para que acudiera. Quizá de la catedral, donde los órganos resonarían y la llamarían al altar. Nada la habría sorprendido, ni que las palomas de la Leyenda le llevaran palabras de bendición ni que intervinieran las santas atravesando las paredes para anunciarle que monseñor quería conocerla. Y sólo una cosa la sorprendía cada noche más: la tardanza en realizarse el prodigio. Lo mismo que los días, las noches sucedían a las noches sin que nada, nada se manifestase todavía.

Después de la segunda semana, lo que sorprendió todavía más a Angélique fue no haber vuelto a ver a Félicien. Ella se había comprometido seriamente a no intentar hacer nada para acercarse a él; pero, sin decirlo, contaba con que él haría todo lo posible por acercarse a ella; y el Clos-Marie seguía vacío: el joven ni siquiera cruzaba su maleza. Ni una sola vez en quince días había vislumbrado su sombra en la noche. Pero aquello no quebrantaba su fe: si no acudía, era porque se ocupaba de la felicidad de ambos. Sin embargo, su sorpresa aumentaba, junto con un germen de inquietud.

Finalmente, una noche, la cena en casa de los bordadores fue triste y, como Hubert había tenido que salir con el pretexto de un recado urgente, Hubertine se quedó a solas con Angélique en la cocina. La estuvo mirando durante un buen rato, con los ojos húmedos, conmovida por su gran entereza. Desde hacía quince días, no se habían dicho ni una sola palabra de todo lo que desbordaba en sus corazones; la madre estaba impresionada por aquella fuerza y aquella lealtad en el cumplimiento de su promesa. Un repentino sentimiento de ternura le hizo separar los brazos y la muchacha se refugió en ellos; se abrazaron en silencio.

Después, cuando Hubertine pudo hablar:

— ¡Ay! ¡Pobre hija mía! He esperado a estar sola contigo, debes saber... Todo ha terminado, para siempre.

Fuera de sí, Angélique se puso en pie gritando:

— ¡Félicien ha muerto!

—No, no.

— ¡Si no viene, es porque está muerto!

Hubertine tuvo que explicar que al día siguiente de la procesión había ido a ver a Félicien para exigirle también a él la promesa de no volver a aparecer mientras no contara con la autorización de monseñor. Era una despedida definitiva, porque ella sabía que la boda era imposible. Lo había dejado trastornado, al hablarle de su mala acción, de aquella pobre muchacha confiada, ignorante, a la que comprometía, cuando no iba a poder casarse con ella; y él había exclamado que también moriría de pena por no volver a verla antes que ser desleal. Aquella misma noche se confesó a su padre.

—Vamos —prosiguió Hubertine—, tienes tanto valor que te hablo sin miramientos... ¡Ay! Si supieras, querida, cómo te compadezco y cómo te admiro, desde que te veo tan valiente, tan fuerte, callando y mostrándote alegre cuando tu corazón se desgarrá... Pero aún necesitas más valor, mucho, mucho... Esta tarde me he encontrado al abad Cornille. Todo ha terminado: monseñor no quiere.

Ella esperaba una crisis de llanto y se sorprendió al verla sentarse de nuevo, muy pálida y tranquila. Acababan de despejar la vieja mesa de roble; una lámpara iluminaba la antigua sala, cuya paz sólo perturbaba la leve ebullición del escalfador.

—Madre, nada ha terminado... Cuéntemelo, tengo derecho a saber, ¿verdad? puesto que se trata de mis cosas.

Escuchó atentamente lo que Hubertine creyó poder decirle de cosas que sabía por el abad, saltándose algunos detalles, ocultando una vez más la vida a aquella ignorante.

Desde que había llamado a su hijo junto a él, monseñor vivía en la confusión. Después de haberle apartado de su presencia, nada más morir su mujer, y de haber pasado veinte años sin consentir en conocerle, le veía ahora en la fuerza y el resplandor de la juventud, vivo retrato de aquélla a la que él lloraba, con la misma edad y el rubio encanto de su belleza. Aquel largo exilio, aquel rencor contra el hijo que le había costado la madre, era también una demostración de prudencia. Se daba cuenta en ese momento, lamentaba haberse retractado. La edad, veinte años de rezos, Dios descendido sobre él, nada había matado al hombre primitivo. Y le bastaba que ese hijo de su carne, esa carne de la mujer adorada se levantara, con la risa de sus ojos azules, para que su corazón latiera hasta romperse, pensando que la difunta estaba resucitando. Se golpeaba el pecho con el puño, sollozaba en una penitencia ineficaz, gritando que deberían prohibir el sacerdocio a aquéllos que han probado la mujer y han conservado de ella vínculos de sangre.

El buen abad Cornille se lo había referido a Hubertine en voz muy baja, con manos temblorosas. Corrían rumores misteriosos, se cuchicheaba que monseñor se encerraba desde el crepúsculo y que pasaba noches enteras

luchando, con lágrimas y lamentos cuya violencia, ahogada por los tapices, aterrorizaba el Obispado. Había creído olvidar, que tenía domada la pasión, pero ésta volvía a nacer con un ímpetu tormentoso en el hombre terrible que había sido antaño, el aventurero, el descendiente de capitanes legendarios. Cada noche, arrodillado, con la piel desollada por un cilicio, se esforzaba por alejar el fantasma de la mujer desaparecida y del sepulcro evocaba el polvo en que debía haberse convertido. Ella se levantaba ante él en la plenitud de la vida, en su deliciosa frescura de flor, tal como la había amado, muy joven, con un amor loco de hombre ya maduro. La tortura volvía a empezar, sangrando como al día siguiente de su muerte; él la lloraba, la deseaba, con la misma rebeldía contra Dios que se la había quitado; sólo se calmaba alba, agotado, sumido en el desprecio de sí mismo y la repugnancia del mundo. ¡Ah! ¡La pasión, la bestia malvada que él hubiera querido aplastar para volver a caer en la paz abatida del amor divino!

Cuando salía de su habitación, Monseñor recobraba su actitud severa, su rostro tranquilo y altanero, apenas descolorido por un resto de palidez. La mañana en que Félicien se confesó, le escuchó sin decir palabra, dominándose con tal esfuerzo que no vibró ni una sola fibra de su carne. Le miraba con el corazón conmovido al verle tan joven, tan hermoso, tan ardiente, al volver a verse a sí mismo en aquella locura de amor. Ya no era rencor, sino la absoluta voluntad, el rudo deber de liberarle del mal que a él mismo tanto le hacía sufrir. Él mataría la pasión en su hijo como quería matarla en sí mismo. Aquella historia novelesca consumaba su angustia. ¡Cómo! ¡Una muchacha pobre, sin nombre, una pequeña bordadora descubierta bajo un rayo de luna, transfigurada en una delgada virgen de la Leyenda, adorada en sueños! Y había concluido respondiendo con una sola palabra: ¡Jamás! Félicien se había arrojado a sus pies, implorándole, defendiendo su causa, la de Angélique. Hasta entonces, sólo se había aproximado a él tembloroso; le suplicaba que no se opusiera a su felicidad, sin ni siquiera atreverse a levantar los ojos hacia su santa persona. Con voz sumisa, le proponía desaparecer, llevarse a su mujer tan lejos que ya no los volvieran a ver, y ceder a la Iglesia su inmensa fortuna. Sólo quería ser amado y amar, y pasar inadvertido. Un escalofrío sacudió entonces a monseñor. Había dado su palabra a los Voincourt y nunca la retiraría. Félicien, agotado, sintiendo que le invadía la rabia, se había marchado, temiendo el flujo de sangre que ya ruborizaba sus mejillas y que le impulsaba al sacrilegio de una rebelión abierta.

—Hija mía —concluyó Hubertine—, ya ves que no debes volver a pensar en ese muchacho, porque seguro que no querrás actuar en contra de la voluntad de monseñor... Yo preveía todo esto. Pero prefiero que los hechos hablen por sí mismos y que el obstáculo no venga de mí.

Angélique había escuchado tranquilamente, con las manos caídas y unidas

sobre las rodillas. Apenas parpadeaba de vez en cuando y su mirada fija veía la escena, Félicien a los pies de monseñor, hablándole de ella en un desbordamiento de ternura. No respondió inmediatamente; seguía reflexionando en medio de la muerta paz de la cocina donde la leve ebullición del escalfador acababa de apagarse. Bajó los ojos y se miró las manos que la luz de la lámpara convertían en hermoso marfil. Luego, mientras su sonrisa de invencible confianza volvía a asomar a sus labios, dijo simplemente:

—Si monseñor se niega, es porque espera conocerme.

Aquella noche, Angélique apenas durmió. La idea de que el hecho de verla iba a hacer cambiar de opinión al obispo la obsesionaba. No había en ello ninguna vanidad femenina personal; ella sentía el amor todopoderoso, amaba tanto a Félicien que seguramente se vería y el padre no podría obstinarse en provocar la desgracia de los jóvenes. Se revolvió veinte veces en su espaciosa cama y veinte veces se repitió estas cosas. Monseñor pasaba ante sus ojos cerrados. Quizás el milagro esperado fuera a producirse en él y por él. Fuera, la cálida noche dormía; Angélique prestaba oídos para escuchar las voces, para intentar sorprender lo que le aconsejaban los árboles, el Chevrotte, la catedral, su habitación misma, poblada por las sombras amigas. Pero todo eran zumbidos, no le llegaba ningún sonido preciso. Las certezas demasiado lentas empezaban a impacientarla. Y, cuando estaba a punto de quedarse dormida, se sorprendió diciendo:

—Mañana hablaré a monseñor.

Cuando despertó, su actitud le pareció sencilla y necesaria. Era una pasión ingenua y brava, una gran pureza orgullosa en su valentía.

Sabía que todos los sábados, hacia las cinco de la tarde, el obispo iba a arrodillarse a la capilla Hauteceur, donde le gustaba rezar solo, entregado totalmente al pasado de su estirpe y de sí mismo, buscando una soledad que todo su clero respetaba. Precisamente, aquel día era sábado. Tomó rápidamente una decisión. En el Obispado quizá no la recibirían; por otra parte, allí siempre había gente, se habría sentido azorada; mientras que era tan sencillo, tan cómodo, esperar en la capilla y presentarse a monseñor en cuanto apareciese. Aquel día, bordó con su aplicación y serenidad habituales: no sentía ninguna fiebre, resuelta en su voluntad, segura de obrar bien. Después, a las cuatro, dijo que subiría a visitar a la tía Gabet y salió, vestida como para los recados que hacía en el barrio, cubierta tan sólo con un sombrero de jardín, atado al azar de sus dedos. Giró a la izquierda y empujó la hoja almohadillada de la puerta de santa Inés, que se cerró tras ella con un ruido sordo.

La iglesia estaba desierta; sólo un confesionario de la capilla de san José seguía ocupado por una penitente de la que no se veía sobresalir más que la falda negra. Angélique, muy tranquila hasta entonces, se puso a temblar al

entrar en aquella soledad sagrada y fría donde le parecía que el ruidito de sus pasos resonaba estrepitosamente. ¿Por qué se le encogía el corazón de aquella manera? ¡Se había creído tan fuerte, había pasado un día tan tranquilo, pensando en su perfecto derecho a querer ser feliz! ¡Y ahora ya no sabía, palidecía como si fuera culpable! Se deslizó hasta la capilla Hautecoeur, donde tuvo que apoyarse contra la reja para mantenerse en pie.

Aquella capilla era una de las más ocultas, una de las más oscuras del antiguo ábside románico. Igual que una cueva excavada en la roca, estrecha y desnuda, con los sencillos nervios de su bóveda baja, sólo la iluminaba la vidriera, la leyenda de san Jorge, donde los vidrios rojos y los vidrios azules, que eran los dominantes, producían una luz lila, crepuscular. El altar, de mármol blanco y negro, sin adorno alguno, con su Cristo y su doble par de candelabros, parecía un sepulcro. Y el resto de las paredes estaban revestidas de lápidas sepulcrales, todas empotradas desde arriba hasta abajo, lápidas desgastadas por el paso del tiempo, en las que todavía se leían inscripciones en letras profundas.

Sofocada, Angélique esperaba, inmóvil. Pasó un sacristán que ni siquiera la vio, pegada como estaba a la parte interior de la reja. Seguía viendo la falda de la penitente que sobresalía del confesionario. Sus ojos se acostumbraban a la media luz y se fijaban maquinalmente en las inscripciones cuyos caracteres acabó descifrando. Algunos nombres la impresionaban y evocaban en ella las leyendas del castillo de Hautecoeur: Jean V el Grande, Raoul III, Hervé VII. Encontró otros dos, los de Laurette y Balbine, que la conmovieron hasta hacerla llorar en su turbación. Eran los de las Muertas Dichosas: Laurette, caída de un rayo de luna cuando iba a reunirse con su prometido; Balbine, fulminada por la alegría de ver regresar a su marido, al que creía muerto en la guerra; las dos volvían por la noche envolviendo el castillo con el blanco vuelo de su inmenso vestido. ¿Acaso no las había visto, el día de su visita a las ruinas, flotando por encima de las torres, entre la pálida ceniza del crepúsculo? ¡Ah! ¡Qué gustosamente habría muerto como ellas, a los dieciséis años, en la felicidad de su sueño realizado!

La sobresaltó un ruido enorme que repercutió bajo las bóvedas. Era el sacerdote que salía del confesionario de la capilla de san José y que cerraba la puerta. Se sorprendió al no ver a la penitente, que ya había desaparecido. Después, cuando el sacerdote se marchó a su vez por la sacristía, se sintió totalmente sola en la inmensa soledad de la iglesia. Al oír el ruido de trueno del viejo confesionario que crujía sobre sus oxidados hierros, pensó que monseñor se acercaba. Le esperaba desde hacía casi media hora, pero no tenía conciencia de ello ya que su emoción se llevaba consigo los minutos.

Pero un nuevo nombre detuvo su mirada: Félicien III, aquél que viajara a Palestina con un cirio en la mano para cumplir un voto de Felipe el Hermoso.

Su corazón latió: veía alzarse la joven cabeza de Félicien VII, descendiente de todos ellos, el rubio señor al que ella adoraba y por el que era adorada. Eso la enloquecía de orgullo y de temor. ¿Era posible que estuviera allí para que se realizara el prodigio? Ante ella había una placa de mármol más reciente, que databa del siglo anterior, en la que leía con soltura, escrito con letras negras: Norbert, Louis, Ogier, marqués de Hautecoeur, príncipe de Mirande y de Rouvres, conde de Ferrières, de Montégu, de Saint-Marc, y también de Villemareuil, barón de Combeville, señor de Morainvilliers, caballero de las cuatro órdenes del rey, lugarteniente de sus ejércitos, gobernador de Normandía, con el cargo de capitán general de la montería y del séquito del jabalí. Eran los títulos del abuelo de Félicien, y ella había venido, tan sencilla, con su vestido de obrera, los dedos estropeados por la aguja, para casarse con el nieto de aquel difunto.

Se oyó un leve ruido, apenas un roce sobre las baldosas. Se dio media vuelta y vio a monseñor. Se quedó sobrecogida ante aquella aproximación silenciosa, sin el rayo que ella esperaba. Había entrado en la capilla, muy alto, muy noble, con su semblante pálido y su nariz algo pronunciada, con sus ojos soberbios que seguían siendo jóvenes. Al principio, él no la vio, pegada como estaba a aquella reja negra. Luego, al inclinarse ante el altar, la encontró ante él, a sus pies.

Con las piernas temblorosas, abrumada por el respeto y el terror, Angélique había caído de rodillas. Él aparecía como Dios Padre, terrible, dueño absoluto de su destino. Pero ella tenía el corazón valeroso y habló inmediatamente:

—Monseñor, he venido...

Él se había puesto en pie. Se acordaba de ella: la muchacha que había visto en la ventana, el día de la procesión, a la que había vuelto a ver en la iglesia, de pie sobre una silla, aquella bordadora por la que su hijo estaba loco. No pronunció una palabra ni hizo gesto alguno. Esperaba en pie, rígido.

—Monseñor, he venido para que usted pueda verme... Me ha rechazado, pero usted no me conocía. Aquí estoy, míreme, antes de volver a rechazarme... Soy la que ama y la que es amada, nada más, nada fuera de ese amor, nada más que una niña pobre, recogida en la puerta de esta iglesia... Usted me ve a sus pies, lo pequeña, débil y humilde que soy. Le será fácil apartarme, si le estorbo. Sólo tiene que levantar un dedo para destruirme... ¡Pero cuántas lágrimas! Hay que saber cuánto se llega a sufrir. Entonces, se es compasivo... He querido, a mi vez, defender mi causa, monseñor. Soy una ignorante, sólo sé que amo y que soy amada... ¿No es esto suficiente? ¡Amar, amar y decirlo!

Y seguía hablando, con frases entrecortadas y entre suspiros; se confesaba

por entero, en un arranque de ingenuidad, de pasión creciente. Era el amor que se confiesa. Se atrevía, porque era casta. Poco a poco, había levantado la cabeza.

—Nos queremos, monseñor. Él le habrá explicado sin duda cómo ha podido ocurrir. Yo misma me lo he preguntado muchas veces sin conseguir encontrar una respuesta... Nos amamos y, si esto es un crimen, perdónele, porque este amor ha venido de lejos, de los árboles y de las piedras que nos rodeaban. Cuando supe que le amaba, era demasiado tarde para no amarle... Ahora, ¿es posible desear eso? Puede usted conservarlo a su lado, casarlo con otra, pero no conseguirá que deje de amarme. Sin mí morirá, igual que yo moriré sin él. Cuando no está aquí, a mi lado, noto perfectamente que sigue todavía ahí, que ya no nos separamos más, que el uno se lleva el corazón del otro. Sólo tengo que cerrar los ojos y vuelvo a verle, está en mí... ¿Y usted nos arrancaría de esta unión? Monseñor, esto es algo divino, no impida que nos amemos.

Él la miraba, tan fresca, tan sencilla, oliendo a ramo de flores, con su vestidito de obrera. La escuchaba entonar el cántico de su amor, con una voz penetrante de encanto, poco a poco afianzada. Pero el sombrero de jardín resbaló sobre sus hombros, sus cabellos de luz le aureolaron el rostro de oro fino; y apareció como una de esas vírgenes legendarias de los antiguos misales, con algo frágil, primitivo, elevado en la pasión, apasionadamente puro.

—Sea bueno, monseñor... Usted es el dueño, haga que seamos felices.

Ella le imploraba, inclinaba de nuevo la cabeza al verle tan frío, sin una palabra todavía, sin un gesto. ¡Ay! ¡Aquella niña insensata a sus pies, aquel olor de juventud que exhalaba su nuca inclinada ante él! Allí veía otra vez los pequeños cabellos rubios, antaño besados con tanta pasión. Aquella cuyo recuerdo le torturaba después de veinte años de penitencia tenía la misma juventud olorosa, el mismo cuello altivo y gracioso como una azucena. Volvía a nacer, era ella misma la que sollozaba, la que suplicaba que fuera suave ante la pasión. Las lágrimas fluían, pero Angélique proseguía, quería decirlo todo.

—Monseñor, no sólo le amo a él; amo también la nobleza de su nombre, el resplandor de su real fortuna... Sí, sé que, al no ser nada, al no tener nada, parece que le quiero por su dinero; y es verdad, también le quiero por su dinero... Le digo esto, porque es necesario que me conozca... ¡Ah! ¡Ser rica por él, con él, vivir en la dulzura y el esplendor del lujo, deberle todas las alegrías, ser libres en nuestro amor, no dejar más lágrimas ni más miserias a nuestro alrededor!... Desde que sé que me ama, me veo vestida de brocado, como antaño; llevo en el cuello, en las muñecas, ríos de pedrerías y de perlas; tengo caballos, carrozas, grandes bosques por los que me paseo a pie, seguida

de pajes... Nunca pienso en él sin empezar una vez más este sueño; y yo me digo que debe ser así, él ha colmado mi deseo de ser reina. Monseñor, ¿está mal amarle más aún porque colmará todos mis deseos de niña, las milagrosas lluvias de oro de los cuentos de hadas?

Le parecía orgullosa, altiva, con su encantadora apariencia de princesa, con su sencillez. Y era exactamente la otra, la misma delicadeza de flor, las mismas lágrimas tiernas, claras como sonrisas. Emanaba de ella toda una embriaguez cuyo tibio temblor sentía que le subía al rostro, el mismo temblor del recuerdo que por la noche le arrojaba sollozando sobre su reclinatorio, rompiendo con sus lamentos el religioso silencio del Obispado. La víspera, había estado luchando otra vez hasta las tres de la madrugada; y aquella aventura amorosa, aquella pasión agitada de ese modo, irritaba su herida incurable. Sin embargo, tras su impasibilidad nada se traslucía, nada traicionaba el esfuerzo de la lucha por dominar los latidos del corazón. Aunque perdiera su sangre gota a gota, nadie la vería derramarse: esto sólo se manifestaba en que se tornaba aún más pálido y más silencioso.

Entonces, aquel profundo y obstinado silencio desesperó a Angélique, que redobló sus súplicas.

—Me pongo en sus manos, monseñor. Tenga piedad, decida mi suerte.

Él seguía sin hablar; la aterrorizaba, como si hubiera crecido ante ella con una temible majestad. La catedral desierta, con sus naves colaterales ya sombrías y sus altas bóvedas donde moría el día, aumentaba aún más la angustia de la espera. En la capilla ya no se distinguían ni siquiera las lápidas sepulcrales; sólo quedaba él, con su sotana negra, su largo rostro blanco que parecía ser lo único que había conservado algo de luz. Ella veía sus ojos que relucían y se fijaban en ella con un destello creciente. ¿Era la cólera lo que los encendía de aquella manera?

—Monseñor, si no hubiese venido, me habría reprochado eternamente haber causado la desgracia de los dos, por falta de valor... Dígame, se lo suplico, dígame que he hecho bien, que da su consentimiento.

¿Para qué discutir con aquella muchacha? Él había dado a su hijo las razones de su negativa y eso bastaba. Si no hablaba, era porque creía que no tenía nada que decir. Ella lo comprendió seguramente y quiso alzarse hasta sus manos para besarlas. Pero él las apartó violentamente hacia atrás; ella se asustó al observar que su pálido semblante se encendía con una brusca ola de sangre.

—Monseñor... Monseñor...

Finalmente, separó los labios y le dijo una sola palabra, la palabra que le había lanzado a su hijo:

— ¡Jamás!

Y, sin rezar siquiera sus oraciones ese día, se marchó. Sus pasos graves se perdieron tras los pilares del ábside.

Tendida sobre el pavimento, Angélique lloró durante mucho tiempo con grandes sollozos, en la inmensa paz vacía de la iglesia.

## Capítulo XI

Esa misma noche, en la cocina, al levantarse de la mesa Angélique se confesó a los Hubert y les contó su gestión ante el obispo y la negativa de éste. Estaba totalmente pálida, pero muy tranquila.

Hubert se quedó trastornado. ¡Cómo! ¡Su querida niña ya conocía el sufrimiento! También ella tenía herido el corazón. Los ojos se le llenaban de lágrimas, por el parentesco entre su pasión y la de Angélique, aquella fiebre del más allá que los arrastraba juntos con tanta facilidad, al menor soplo.

— ¡Ay! ¡Hija mía! ¿Por qué no me consultaste? Te habría acompañado y quizás habría hecho cambiar de opinión a monseñor.

Hubertine le hizo callar con la mirada. Realmente era poco razonable. ¿No valía más aprovechar la ocasión para enterrar aquella boda imposible? Cogió a la muchacha entre sus brazos y le besó la frente con ternura.

—Entonces, ¿todo ha terminado, cariño, terminado de verdad?

Al principio, Angélique parecía no entender. Luego, las palabras la alcanzaron como si vinieran de lejos. Miró al frente como si interrogase al vacío, y contestó:

—Sin duda, madre.

En efecto, al día siguiente se sentó ante su bastidor y bordó con la misma actitud de siempre. Su vida de antes se reanudaba; no parecía sufrir. Además, ninguna alusión, ni una mirada hacia la ventana, apenas un resto de palidez. El sacrificio parecía consumado.

Hubert mismo lo creyó, se sometió a la sensatez de Hubertine y se esforzó por apartar a Félicien, quien, al no atreverse todavía a rebelarse contra su padre, se enfebrecía hasta el extremo de que ya no cumplía la promesa que había hecho de esperar sin intentar volver a ver a Angélique. Le escribió, pero las cartas fueron interceptadas. Se presentó una mañana y fue Hubert quien le recibió. La explicación les desesperó por igual a uno y otro, tanta fue la pena que manifestó el muchacho cuando el bordador le relató la tranquilidad

convaleciente de la muchacha y le suplicó que fuera leal, que desapareciera para no arrojarla de nuevo en la terrible consternación del mes anterior. Félicien se comprometió de nuevo a ser paciente, pero se negó violentamente a retirar su palabra. Todavía esperaba convencer a su padre. Esperaría, dejaría las cosas tal como estaban con los Voincourt, en cuya casa cenaba dos veces por semana con el único propósito de evitar una rebelión abierta. Cuando ya se marchaba, le suplicó a Hubert que explicara a Angélique por qué consentía el tormento de no verla: solo pensaba en ella, todos sus actos tenían como única finalidad conquistarla.

Cuando su marido le relató este encuentro, Hubertine se puso seria. Después de un silencio, pregunto:

— ¿Repetirás a la niña lo que te ha encargado que le digas?

—Debería hacerlo.

Ella le miró fijamente y declaró a continuación:

—Actúa según tu conciencia... Pero él se hace ilusiones, acabará por doblegarse a la voluntad de su padre y será nuestra pobre hijita la que morirá por ello.

Entonces, Hubert, combatido, lleno de angustia, dudo, se resignó a no contar nada. Además, cada día se calmaba un poco cuando su mujer le mostraba la actitud tranquila de Angélique.

—Ya ves que la herida se cierra... Ella empieza a olvidar.

No olvidaba, simplemente también esperaba. Toda esperanza humana había muerto y ella volvía a la idea de un prodigio. Seguramente se produciría uno si Dios quería hacerla feliz. Solo tenía que abandonarse en sus manos; se creía castigada con aquella nueva prueba, por haber intentado forzar su voluntad importunando a monseñor. Sin la gracia, la criatura era débil, incapaz de victoria. Su necesidad de la gracia la conducía de nuevo a la humildad, a la única esperanza del socorro de lo invisible, y ya no actuaba, sino que dejaba que lo hicieran las fuerzas misteriosas esparcidas a su alrededor. Empezó de nuevo a leer todas las noches, a la luz de la lámpara, su antiguo ejemplar de la Leyenda dorada; y acababa encantada, como en la ingenuidad de su infancia, sin poner en duda ningún milagro, convencida de que el poder de lo desconocido no tenía límite para el triunfo de las almas puras.

Precisamente el tapicero de la catedral había ido a encargar a los Hubert un panel de riquísimo bordado para la silla episcopal de monseñor. El panel, de un metro cincuenta de longitud y tres de altura, debía enmarcarse en el revestimiento de madera del fondo y representaba dos ángeles de tamaño natural que sostenían una corona bajo la cual figuraba el escudo de armas de

los Hautecoeur. Exigía un bordado en bajorrelieve, trabajo que exige mucha habilidad y un gran derroche de fuerza física. Al principio, los Hubert habían rechazado el encargo, temiendo que Angélique se cansara y, sobre todo, que se entristeciera bordando aquel escudo de armas en el que, hilo a hilo, durante semanas, reviviría sus recuerdos. Pero ella se había empeñado en que aceptasen el encargo y cada mañana volvía a la tarea con una energía extraordinaria. Parecía que era feliz cansándose, que tenía la necesidad de destrozar su cuerpo para estar tranquila.

Y la vida seguía en el pequeño taller, siempre igual y regular, como si, por un momento, los corazones no hubiesen latido allí más deprisa. Mientras Hubert estaba atareado con los bastidores, dibujaba, tensaba y destensaba, Hubertine ayudaba a Angélique y, cuando llegaba la noche, las dos tenían los dedos magullados. Para los ángeles y los adornos habían tenido que dividir cada tema en varias partes que se trataban por separado. Angélique, para destacar los grandes relieves, conducía con una broca gruesos hilos crudos que recubría, en sentido contrario, con hilo de Bretaña; poco a poco, moldeaba esos hilos utilizando dos desbastadores, detallaba los ropajes de los ángeles y realizaba los detalles de los adornos. Se trataba de un verdadero trabajo de escultura. Luego, una vez obtenida la forma, Hubertine y ella utilizaban hilos de oro que cosían con punto de mimbre. Era un verdadero bajorrelieve en oro, de una suavidad y un resplandor incomparables, que brillaba como un sol en medio de la habitación ennegrecida. Las viejas herramientas se alineaban en su orden secular, los sacabocados, los punzones, los mazos, los martillos; en los bastidores correteaban el cartón de los desperdicios y el fondo de sombrero, los dedales y las agujas; y en el fondo de los rincones, donde se acababan oxidando, la máquina devanadora, el torno a mano, la devanadera con sus cilindros, parecían dormir, adormilados en la gran paz que entraba por las ventanas abiertas.

Pasaron algunos días. Angélique rompía agujas de la mañana a la tarde, de lo duro que resultaba coser el oro a través del espesor de los hilos encerados. Parecía totalmente absorta por aquella dura tarea, en cuerpo y alma, hasta el punto de no pensar. A las nueve se caía de cansancio, se acostaba y dormía con un sueño de plomo. Cuando el trabajo le dejaba la cabeza libre un instante, se sorprendía de no ver aparecer a Félicien. Si ella no hacía nada por reunirse con él, pensaba que él hubiera debido salvar todos los obstáculos para estar junto a ella. Pero aprobaba que se mostrase tan prudente y le habría regañado si hubiese querido apresurar las cosas. Sin duda él también esperaba el prodigio. Era la única espera que ahora le hacía vivir, anhelando cada noche que sucediera al día siguiente. Hasta entonces no había manifestado ninguna rebeldía. A veces, sin embargo, levantaba la cabeza: ¿qué?, ¿todavía nada?, y clavaba la aguja con tanta fuerza que sus manitas sangraban. A menudo, debía sacarla con las pinzas. Cuando la aguja se rompía, con el golpe seco del vidrio

que se quiebra, ni siquiera hacía un gesto de impaciencia.

Hubertine se preocupaba al verla dedicada tan intensamente a su trabajo y, como había llegado la época de la colada, la obligó a dejar el panel de bordado para pasar cuatro hermosos días de vida activa a pleno sol. La tía Gabet, a la que sus dolores dejaban tranquila, pudo ayudarles en el enjabonado y el aclarado. Era una fiesta en el Clos-Marie; aquel final de agosto ofrecía un resplandor admirable, un cielo ardiente y negras umbrías, mientras que el Chevrotte, cuyas aguas llenas de vida helaban los sauces con su sombra exhalaba un delicioso frescor. Angélique pasó el primer día muy alegre, golpeando y sumergiendo la ropa en el agua, disfrutando del río, de los olmos, del molino en ruinas, de las hierbas, de todas aquellas cosas amigas tan llenas de recuerdos. ¿No era allí donde había conocido a Félicien, primero misterioso bajo la luna, luego tan adorablemente torpe, la mañana en que recuperó la blusa que se escapaba? Después de aclarar cada pieza, no podía evitar dirigir una mirada a la verja del Obispado, antes condenada: una noche la había cruzado de su brazo; quizá la abriría él bruscamente para recogerla y llevarla a los pies de su padre. Aquella esperanza animaba su dura labor entre las salpicaduras de la espuma.

Pero al día siguiente, cuando la tía Gabet llevaba la última carretilla de la ropa que estaba extendiendo con Angélique, interrumpió su charla interminable para decir sin ninguna malicia:

— ¿Sabe que monseñor casa a su hijo?

La muchacha, que estaba extendiendo una sábana, se arrodilló en la hierba y su corazón desfalleció bajo la sacudida.

—Sí, la gente lo comenta... El hijo de monseñor se casará con la señorita de Voincourt en otoño... Según parece, todo está arreglado desde anteayer.

Angélique seguía arrodillada; un mar de ideas confusas zumbaba en su cabeza. La noticia no la sorprendía; la sentía cierta. Su madre la había advertido y debía esperárselo. Pero en ese primer momento, lo que le destrozaba las piernas de esa manera era la idea de que Félicien, temblando ante su padre, pudiera casarse con la otra, sin amarla, en una tarde de hastío. Entonces, estaría perdido para ella, a la que él adoraba. Nunca había pensado en esa posible debilidad, le veía doblegado bajo el deber, provocando, en nombre de la obediencia, la desgracia de los dos. Y, sin moverse todavía, sus ojos se habían dirigido hacia la verja; una rebeldía la agitaba por fin, la necesidad de ir a sacudir los barrotes, de abrirla con sus uñas, de correr junto a él y de apoyarle con su valor para que no cediera.

Se sorprendió al oírse contestar a la tía Gabet, con el instinto puramente mecánico de ocultar su desconcierto:

— ¡Ah! ¡Es la señorita Claire con quien se casa...! ¡Es muy hermosa! ¡Dicen que es muy buena!...

Con toda seguridad, en cuanto la vieja se marchase, iría a reunirse con él. Había esperado bastante; rompería su promesa de no volver a verle como un obstáculo inoportuno. ¿Con qué derecho los separaban así? Todo le gritaba su amor: la catedral, las aguas frías, los viejos olmos entre los cuales se habían amado. Puesto que el cariño de los dos había crecido allí, era allí donde ella quería ir a tomarlo de nuevo para huir abrazada a él, muy lejos, tan lejos que no los encontrarían nunca más.

—Ya está —dijo al fin la tía Gabet, que acababa de colgar en un matorral las últimas toallas—. Dentro de dos horas estará seco... Muy buenas tardes, señorita, puesto que ya no me necesita.

Ahora, de pie en medio de aquella floración de ropas resplandecientes sobre la verde hierba, Angélique pensaba en aquel otro día en que, bajo el fuerte viento, entre el chasquido de las sábanas y de los manteles, sus corazones se habían entregado, tan ingenuos. ¿Por qué había dejado de ir a verla? ¿Por qué no había acudido a aquella cita, en la sana alegría de la colada? Pero más tarde, cuando lo tuviera entre sus brazos, sabía perfectamente que sólo le pertenecería a ella. Ni siquiera tendría la necesidad de reprocharle su debilidad, pues le bastaría con aparecer para que él recuperara la voluntad de su felicidad. Se atrevería a todo, sólo tenía que reunirse con él, dentro de un instante.

Pasó una hora y Angélique caminaba con pasos lentos entre la ropa, totalmente blanca también ella por el reflejo cegador del sol; y una voz confusa se elevaba en su ser, crecía, le impedía ir allí, a la verja. Se asustaba ante aquella lucha que empezaba. ¿Qué pasaba? ¿Acaso había en ella algo más que su voluntad? Otra cosa, que sin duda se había interpuesto, se oponía a ella, trastornaba la sencillez de su pasión. Era tan sencillo correr hacia aquel al que se ama; y ella ya no lo podía hacer, pues el tormento de la duda la retenía: se había comprometido y quizá estaría muy mal. Por la tarde, cuando la ropa estuvo seca y Hubertine vino a ayudarla a recogerla, aún no se había decidido; se dio la noche de plazo para reflexionar. Con los brazos desbordantes de niveas ropas que tan bien olían, dirigió una mirada de inquietud al Clos-Marie, bañado ya por el crepúsculo, como a un rincón de naturaleza amiga que se negase a ser cómplice.

Al día siguiente Angélique se despertó totalmente confusa. Transcurrieron más noches sin aportarle una resolución. Sólo recobraba la tranquilidad en la certeza de ser amada. Ésta seguía siendo inquebrantable y en ella descansaba divinamente. Si la amaba, podía esperar, lo soportaría todo. Había vuelto a sufrir crisis de caridad y se conmovía ante los menores sufrimientos, con los

ojos llenos de lágrimas siempre a punto de brotar. El tío Mascart conseguía que le entregase tabaco, los Chouteau obtenían de ella hasta mermelada. Pero eran sobre todo las Lemballeuse quienes se aprovechaban de la ocasión e incluso habían visto a Tiennette bailar en las fiestas llevando un vestido de la buena señorita. Y he aquí que un día, cuando Angélique llevaba a la madre Lemballeuse unas camisas que le había prometido la víspera, vio de lejos, en casa de las mendigas, a la señora de Voincourt y a su hija Claire, acompañadas de Félicien. Éste, sin duda, las había llevado allí. Ella no se mostró y regresó con el corazón helado. Dos días más tarde, vio entrar a los tres en casa de los Chouteau; y, una mañana, el tío Mascart le informó de una visita del hermoso joven con dos damas. Entonces, abandonó a sus pobres, que ya no eran suyos, puesto que después de habérselos quitado, Félicien los entregaba a aquellas mujeres; dejó de salir, temerosa de volver a encontrarlos, de recibir en el corazón la herida cuyo dolor era cada vez más profundo; y sentía que algo moría en ella, que su vida se le iba gota a gota.

Fue una noche, después de uno de estos encuentros, cuando, sola en su habitación, oprimida por la angustia, dejó escapar este grito:

— ¡Ya no me ama!

Veía a Claire de Voincourt, alta, hermosa, con su corona de cabellos negros; y lo veía a él a su lado, delgado y altivo. ¿No estaban hechos el uno para el otro, del mismo linaje los dos, tan emparejados que parecía que ya estaban casados?

— ¡Ya no me ama, ya no me ama!

Aquello estallaba en ella con un gran ruido de ruina. Socavada su fe, todo se hundía, sin que encontrase la tranquilidad necesaria para examinar y discutir fríamente los hechos. Creía la víspera, ya no creía en ese momento: un soplo, salido de no sabía dónde, había bastado; y, de un solo golpe, había caído en la extrema miseria, que consiste en no sentirse amado. Él se lo había dicho claramente en otro tiempo: era el único dolor, la abominable tortura. Hasta entonces, había podido resignarse, esperaba el milagro. Pero había perdido las fuerzas al mismo tiempo que la fe; marchaba hacia un desamparo infantil. Y la dolorosa lucha empezó.

Primero, apeló a su orgullo: ¡mejor si él ya no la amaba!, porque era demasiado orgullosa para seguir amándole. Y se engañaba a sí misma, fingía que se sentía liberada, que canturreaba con despreocupación, mientras bordaba el escudo de armas de los Hauteceur en el que se había puesto a trabajar. Pero su corazón se hinchaba hasta ahogarla, sentía la vergüenza de confesarse que era lo bastante cobarde como para seguir amándole, para amarle cada vez más. Durante una semana, el escudo de armas que nacía hilo a hilo bajo sus dedos la llenó de una terrible tristeza. Cuartelado, uno y cuatro, dos y tres, de

Jerusalén y de Hautecoeur; de Jerusalén, que es de plata con cruz potenziada de oro, cantonada de cuatro crucecitas del mismo metal; de Hautecoeur, que es de azur, con una fortaleza de oro y un escusón de sable con corazón de plata en el abismo, todo ello acompañado de tres flores de lis de oro, dos en el jefe y una en la punta. Los esmaltes estaban hechos de cordoncillo, los metales, de hilo de oro y de plata. ¡Qué miseria sentir temblar su mano, bajar la cabeza para ocultar los ojos que el brillo de aquel escudo de armas cegaba de lágrimas! Sólo pensaba en él, le adoraba en el resplandor de su nobleza legendaria. Y cuando bordó la divisa: Si Dios quiere, yo quiero, en seda negra sobre una banderola de plata, entendió que era su esclava, que nunca más se recuperaría: sus lloros le impedían ver, mientras seguía hincando la aguja mecánicamente.

Lo que ocurrió entonces fue penoso, Angélique amó como una desesperada y se debatió en aquel amor sin esperanza al que no podía matar. En todo momento quería correr hacia Félicien, reconquistarle echándose a su cuello; y, como siempre, la lucha se reanudaba. A veces, creía haber vencido, se hacía un gran silencio en ella, le parecía verse a sí misma como habría visto a una extraña, fría, arrodillada, como una hija obediente en la humildad de la renuncia: ya no era ella, era la hija sensata en que se estaba convirtiendo, que el medio y la educación habían hecho. Después, una ola de sangre le subía a la cabeza, la aturdía; su buena salud, su ardiente juventud galopaban como caballos desbocados; y volvía a encontrarse con su orgullo y su pasión, entregada por entero a la violenta incógnita de su origen. ¿Por qué había de obedecer? No había deber, sólo existía el libre deseo. Ya disponía la huida y calculaba la hora favorable para forzar la verja del jardín del Obispado. Pero también la angustia volvía ya, un malestar sordo, el tormento de la duda. Si cedía al mal, sentiría un remordimiento eterno. Así transcurrían horas y horas, unas horas abominables, en medio de aquella incertidumbre sobre el partido que debía tomar, bajo aquel viento de tempestad que la arrojaba sin cesar de la rebeldía de su amor al horror de su falta. Y salía debilitada de cada victoria sobre su corazón.

Una tarde, en el momento de dejar la casa para ir a reunirse con Félicien, en el desamparo en el que se veía por no encontrar la fuerza suficiente para resistir a su pasión, pensó bruscamente en su cartilla de niña asistida. La cogió del fondo del cofre, la hojeó y se avergonzó en cada página por la bajeza de su nacimiento, hambrienta de un ardiente menester de humildad. ¡Padre y madre desconocidos, sin nombre, nada más que una fecha y un número, el abandono de la planta silvestre que crece al borde del camino! Y los recuerdos surgían en tropel, las fértiles praderas del Nièvre, los animales que había cuidado allí, la carretera llana de Soulanges por la que caminaba descalza, mamá Nini que le daba bofetadas cuando robaba manzanas. Algunas páginas despertaban especialmente su memoria, aquéllas que reflejaban, cada tres meses, las visitas del subinspector y del médico con sus firmas respectivas, acompañadas a

veces de observaciones e informaciones: una enfermedad de la que había estado a punto de morir, una reclamación de su nodriza a propósito de unos zapatos quemados, las malas notas por su carácter indomable. Era el diario de su miseria. Pero una parte terminó por hacerla llorar, el atestado que certificaba la ruptura del collar que había guardado hasta la edad de seis años. Se acordaba de haberlo detestado instintivamente, aquel collar hecho con huesos de aceituna ensartados en una trencilla de seda y que cerraba una medalla de plata en la que se indicaba la fecha de su ingreso y su número. Ella lo consideraba un collar de esclavo y lo hubiera roto con sus manitas si no hubiese sentido terror por las consecuencias. Luego, con la edad, se había quejado de que la ahogaba. Pero se lo dejaron durante un año más. Por eso, ¡qué alegría cuando el subinspector cortó la trencilla, en presencia del alcalde del municipio, sustituyendo aquel signo de individualidad por una descripción formal en la que ya constaban sus ojos de color violeta y sus cabellos dorados! Sin embargo, lo seguía sintiendo en su cuello, aquel collar de animal doméstico al que se marca para reconocerlo: seguía en su carne, la asfixiaba. Ese día, al llegar a aquella página, la humildad volvió, terrible, y le hizo subir a su habitación sollozando, indigna de ser amada. La cartilla la salvó otras dos veces. Después, incluso la cartilla perdió su fuerza contra sus rebeldías.

Ahora, era por la noche cuando la atormentaban las crisis de tentación. Antes de acostarse, para purificar su sueño, se imponía la obligación de releer la Leyenda. Pero, la frente entre las manos, a pesar de sus esfuerzos, ya no comprendía: los milagros la dejaban estupefacta y sólo percibía una pálida sucesión de fantasmas. Después, en su espaciosa cama, tras un abatimiento de plomo, una brusca angustia la despertaba sobresaltada en medio de las tinieblas. Se erguía, desorientada y se arrodillaba entre las sábanas revueltas, las sienes sudorosas, agitada toda ella por un temblor; unía las manos y balbuceaba: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Porque su desamparo consistía en que en aquellos momentos se sentía sola en la sombra. Había soñado con Félicien, temía vestirse, ir a su encuentro sin que nadie estuviese allí para impedirselo. Era la gracia que se retiraba de ella. Dios dejaba de estar a su alrededor; el medio la abandonaba. Llamaba con desesperación a lo desconocido, prestaba oídos a lo invisible. Pero el aire estaba vacío, ya no había voces cuchicheando, ya no había roces misteriosos. Todo parecía muerto: el Clos-Marie con el Chevrotte, los sauces, la hierba, los olmos del Obispado y la misma catedral. No quedaba nada de los sueños que había puesto en ello; el vuelo blanco de las vírgenes, al desvanecerse, no dejaba de las cosas más que el sepulcro. Todo esto la hacía agonizar de impotencia, desarmada, como cristiana de la primitiva Iglesia a la que el pecado hereditario abate en cuanto cesa el auxilio de lo sobrenatural. En el triste silencio de aquel rincón protector, ella escuchaba renacer y aullar aquella herencia del mal, triunfante de la educación recibida. Si, en dos minutos no le

llegaba ninguna ayuda de las fuerzas ignoradas, si las cosas no se despertaban y no la sostenían, ella sucumbiría seguramente e iría a la perdición. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Y, de rodillas, en medio de su espaciosa cama, pequeña, delicada, se sentía morir.

Luego, en los momentos de mayor desamparo, hasta entonces siempre la había calmado un frescor. Era la gracia que se apiadaba, que entraba en ella para devolverle la ilusión. Saltaba descalza sobre las baldosas de su habitación, corría a la ventana con un gran impulso y allí escuchaba de nuevo las voces, unas alas invisibles que rozaban sus cabellos, el pueblo de la Leyenda que salía de los árboles y de las piedras y la rodeaba en tropel. Su pureza, su bondad, cuanto había de ella en las cosas volvía a ella y la salvaba. Desde ese momento, ya no tenía miedo y se sentía protegida: Inés había vuelto en compañía de las vírgenes, errantes y dulces en el aire tembloroso. Era un estímulo lejano, un largo murmullo de victoria que le llegaba mezclado con el viento de la noche. Durante una hora, respiraba aquella dulzura que la calmaba, mortalmente triste, reafirmada en su voluntad de morir antes que faltar a su promesa. Al final, destrozada, volvía a acostarse y a dormirse con el temor a la crisis del día siguiente, atormentada siempre por aquella idea de que acabaría por sucumbir, si se debilitaba cada vez más de aquella manera.

En efecto, la languidez agotaba a Angélique desde que ya no se creía amada por Félicien. Llevaba la herida en el costado, moría por ella un poco cada hora, discretamente, sin una queja. Primero, eso se había traducido en desfallecimientos: un ahogo se apoderaba de ella, debía soltar el hilo, permanecía un instante con los ojos pálidos perdidos en el vacío. Además, había dejado de comer, apenas unos sorbos de leche; escondía el pan y lo echaba a las gallinas de las vecinas para no causar inquietud a sus padres. Llamaron a un médico que, al no descubrir nada, lo achacó a la vida demasiado enclaustrada que llevaba y se contentó con recomendarle ejercicio. Era un desvanecimiento de todo su ser, una lenta desaparición. Su cuerpo flotaba como en el balanceo de dos grandes alas; de su rostro adelgazado en el que ardía el alma parecía salir una luz. Y había llegado al extremo de no bajar de su habitación si no era apoyándose con las dos manos en las paredes de la escalera y titubeando. Pero se obstinaba, se hacía la valiente en cuanto advertía que la miraban; quería, a pesar de todo, terminar el panel de oro bordado para la silla de Monseñor. Sus manos pequeñas y largas ya no tenían fuerza y, cuando rompía una aguja, ya no podía sacarla con las pinzas.

Una mañana en que Hubert y Hubertine se habían visto obligados a salir y la habían dejado sola trabajando, al regresar el primero, el bordador la encontró tendida en el suelo después de resbalar de su silla desvanecida, desplomada ante el bastidor. Sucumbía en la tarea: uno de los grandes ángeles de oro seguía sin terminar. Consternado, Hubert la cogió en sus brazos y se

esforzó por ponerla en pie Pero ella volvía a caerse, no salía de aquella nada.

—Hija mía, hija mía... Contéstame, por Dios...

Por fin, abrió los ojos y le miró con desconsuelo. ¿Por qué la quería viva? ¡Si ella sería tan feliz estando muerta!

— ¿Qué te pasa, hija mía? Entonces, ¿nos has engañado? ¿Le sigues queriendo?

Ella no contestaba y le miraba con una inmensa tristeza. Entonces con un abrazo desesperado, la levantó, la subió a su habitación y, después de depositarla sobre la cama, tan blanca, tan debilitada, lloró por la cruel tarea que había realizado sin querer al apartarla de aquel al que amaba.

— ¡Yo te lo habría dado! ¿Por qué no me dijiste nada?

Pero ella no habló; sus párpados se volvieron a cerrar y pareció que se dormía otra vez. Él había permanecido de pie, con los ojos sobre su rostro delgado de azucena, el corazón desangrándose de compasión. Luego, como ella respiraba suavemente, bajo al oír regresar a su mujer.

Abajo, en el taller, le dio las explicaciones oportunas. Hubertine acababa de quitarse el sombrero y él le contó inmediatamente como había recogido allí a la muchacha, que dormitaba en su cama, herida de muerte.

—Nos hemos equivocado. Sigue pensando en ese muchacho y por eso se nos muere... ¡Ah! ¡Si supieras el golpe que he recibido, el remordimiento que me desgarras desde que he comprendido y desde que la he subido ahí arriba en un estado tan lamentable! Es culpa nuestra, les hemos separado con mentiras... ¿Qué? ¡La dejaras sufrir no dirás nada para salvarla!

Hubertine, como Angélique, callaba y le miraba con su aspecto de gran sensatez, completamente pálida por la pena. Y él, el apasionado que aquella dolorosa pasión sacaba de su habitual sumisión, no se tranquilizaba, agitaba sus manos enfebrecidas.

— ¡Pues bien! Yo hablaré, le diré que Félicien la ama, que hemos sido nosotros quienes hemos tenido la crueldad de impedirle que regresara engañándole a él también... Ahora, cada una de sus lágrimas va a abrazarme el corazón. Sería un crimen del que me sentiría cómplice... Quiero que sea feliz, ¡sí!, feliz a pesar de todo, por todos los medios...

Se había acercado a su mujer y se atrevía a gritar su cariño indignado, irritándose aún más con el triste silencio que ella guardaba.

—Puesto que se aman, son los dueños... No hay nada más, cuando se ama y se es amado... ¡Sí! Por todos los medios, la felicidad es legítima.

Al fin, Hubertine habló con su voz lenta, de pie, inmóvil.

—Que nos la quite, ¿verdad? Que se case con ella en contra de nuestra voluntad y de la de su padre... Eso es lo que les aconsejas, crees que después serán felices, que el amor bastará...

Y, sin transición, con la misma voz afligida, prosiguió:

—Al volver, he pasado por delante del cementerio; una esperanza me ha hecho entrar otra vez... Me he arrodillado una vez más en ese lugar desgastado por nuestras rodillas y allí he rezado durante mucho tiempo.

Hubert había palidecido; un intenso frío se llevaba su fiebre. Cierto que la conocía, la tumba de la madre obstinada, a donde habían ido tantas veces a llorar y a someterse, acusándose de su desobediencia para que la muerta les concediera su gracia desde el fondo de la tierra. Y allí permanecían durante horas, seguros de que sentirían florecer en ellos esa gracia, si alguna vez les era concedida. Lo que pedían, lo que esperaban, era un hijo, el hijo del perdón, la única señal por la que se habrían sentido por fin perdonados. Pero nada había sucedido; la madre fría y sorda los mantenía bajo el inexorable castigo, la muerte de su primer hijo, al que se había llevado con ella y que se negaba a devolverles.

—He rezado durante mucho tiempo —repitió Hubertine—, escuchaba por si algo se movía...

Hubert la interrogaba ansiosamente con la mirada.

—Y nada, ¡no!, nada ha subido de la tierra, nada ha vibrado en mí. ¡Ay! Todo ha terminado, es demasiado tarde, hemos querido nuestra desgracia.

Entonces, temblando, él preguntó:

— ¿Me acusas?

—Sí, tú eres el culpable, aunque yo también cometí la falta de seguirte... Desobedecimos, toda nuestra vida se ha echado a perder por eso.

— ¿Y no eres feliz?

—No, no soy feliz... Una mujer que no tiene hijos no es feliz... Amar no es nada. El amor tiene que ser bendecido.

Se dejó caer en una silla, agotado, con los ojos anegados de lágrimas. Nunca le había reprochado de aquella manera la llaga viva de su existencia; y ella, que se arrepentía tan pronto y le consolaba cuando le había herido con una alusión involuntaria, esa vez le veía sufrir, todavía de pie, sin un gesto, sin dar un paso hacia él. Hubert lloró y gritó en medio de sus llantos:

— ¡Ah! Mi querida hija, que está ahí arriba. Es ella a quien condenas... No quieres que se case con ella como yo me casé contigo, y que sufra lo que tú has sufrido.

Contestó con un movimiento de la cabeza únicamente, con toda la fuerza y la sencillez de su corazón.

—Pero lo decías tú misma; nuestra pobre hijita morirá... Entonces, ¿quieres su muerte?

—Sí, su muerte antes que una vida desdichada.

Se volvió a levantar, tembloroso, se refugió en sus brazos y los dos sollozaron. Durante un buen rato siguieron abrazados. Él se sometía; ella debía apoyarse ahora en su hombro para recuperar el valor suficiente. Salieron, desesperados y resueltos, encerrados en un silencio profundo y desgarrador, al final del cual, si Dios lo quería, estaba la muerte consentida de la muchacha.

A partir de aquel día, Angélique tuvo que permanecer en su habitación. Su debilidad era tal que no podía bajar al taller: en seguida le daba vueltas la cabeza y las piernas le flaqueaban. Al principio, caminaba: se trasladaba hasta el balcón apoyándose en los muebles. Después, tuvo que contentarse con ir de la cama al sillón. El recorrido era largo y sólo se arriesgaba a hacerlo por la mañana y por la tarde, agotada. Sin embargo, seguía trabajando; abandonó el bordado en bajorrelieve, demasiado duro, y bordaba flores con sedas matizadas; las bordaba del natural, un ramo de flores sin perfume, que la dejaban tranquila, hortensias y malvarrosas. El ramo florecía en un jarrón y a menudo Angélique descansaba durante un buen rato mirándolo, porque la seda, tan ligera, resultaba pesada para sus dedos. En dos días, sólo había hecho una rosa, fresca, resplandeciente sobre el raso; pero era su vida; sujetaría la aguja la aguja hasta el último aliento. Fundida por el sufrimiento, todavía más delgada, ya no era más que una llama pura y hermosísima.

¿Para qué seguir luchando, puesto que Félicien no la amaba? Ahora, moría con esa convicción: él no la amaba, quizá no la había amado nunca. Mientras había tenido fuerzas, había luchado contra su corazón, su salud, su juventud, que la impulsaban a correr a reunirse con él. Desde que estaba clavada allí, debía resignarse; todo había terminado.

Una mañana, mientras Hubert la instalaba en su sillón, colocando en un cojín sus piecitos inertes, dijo con una sonrisa:

— ¡Ay! Ya estoy bien segura de que ahora seré buena y de que no me escaparé.

Hubert, sofocado, se apresuró en bajar, pues temía estallar en lágrimas.

## Capítulo XII

Aquella noche Angélique no pudo dormir. El insomnio la mantenía con los párpados ardientes en la extrema debilidad en que se encontraba; y, como los Hubert se habían acostado y pronto iban a dar las doce, prefirió levantarse, a pesar del inmenso esfuerzo que eso suponía, temiendo morir si seguía en la cama por más tiempo.

Se ahogaba; se puso una bata y se arrastró hasta la ventana, que abrió de par en par. El invierno era lluvioso, con una suavidad húmeda. Luego, se dejó caer en su sillón, después de haber reavivado ante ella, sobre la mesita, la mecha de la lámpara que dejaban encendida durante toda la noche. Allí, junto al volumen de la Leyenda dorada, estaba el ramo de malvarrosas y de hortensias que estaba copiando. Y, para volver a la vida, sintió el deseo de trabajar; atrajo hacia sí el bastidor y dio algunas puntadas con sus manos extraviadas. La seda roja de una rosa sangraba entre sus dedos blancos, como si fuese la sangre de sus venas que acabara de derramarse gota a gota.

Pero ella, que, desde hacía dos horas se revolvía en vano entre las sábanas ardientes, cedió casi inmediatamente al sueño, en cuanto se sentó. Su cabeza cayó hacia atrás, sostenida por el respaldo, y se inclinó un poco sobre el hombro derecho; como la seda había quedado entre sus manos inmóviles, parecía que seguía trabajando. Muy blanca, muy tranquila, dormía bajo la luz de la lámpara, en una habitación de una paz y una blancura sepulcrales. La luz hacía palidecer la espaciosa cama regia, cubierta de su tela rosa desteñida. Sólo el cofre, el armario y las sillas de viejo roble destacaban y manchaban las paredes de luto. Pasaron varios minutos; ella dormía muy tranquila y muy blanca.

Por fin, se oyó un ruido. En el balcón, apareció Félicien, tembloroso, adelgazado como ella. Su rostro estaba demudado; se abalanzó en la habitación cuando la vio hundida de aquel modo en el fondo del sillón, tan digna de compasión y tan hermosa. Un dolor infinito le oprimió el corazón, se arrodilló y se abismó en una contemplación desconsolada. Entonces, ¿ya no era ella? ¿La había destruido el mal, puesto que le parecía que ya no pesaba y que se había tendido allí como una pluma que el viento iba a llevarse otra vez? En su sueño claro, se adivinaba el sufrimiento y la resignación. Sólo la reconocía por su gracia de azucena, la esbeltez de su cuello delicado sobre los hombros caídos y su rostro largo y transfigurado de virgen que vuela hacia el cielo. Los cabellos ya no eran más que luz; el alma de nieve resplandecía bajo la seda transparente de la piel. Tenía la hermosura de las santas liberadas de su cuerpo, lo que le deslumbró y le desesperó, en un sobrecogimiento que le inmovilizaba, con las manos unidas. Ella no se despertaba y él la seguía contemplando.

Un leve soplo de los labios de Félicien debió pasar por el rostro de Angélique. De repente, abrió unos ojos muy grandes. No se movía, le miraba a

su vez con una sonrisa, como en un sueño. Era él, le reconocía, aunque había cambiado. Pero ella creía que seguía durmiendo, porque a veces le veía así mientras dormía, lo que al despertar agravaba su pena.

Él había extendido las manos; le habló:

—Alma querida, la amo... Me han dicho que estaba enferma y he acudido... Aquí estoy; la amo.

Ella temblaba, se pasaba los dedos por los párpados con gesto mecánico.

—No dude más... Estoy a sus pies y la amo, la sigo amando...

Entonces, lanzó un grito:

— ¡Ah! Es usted... Ya no le esperaba, y es usted...

Tanteando con sus manos, había cogido las de él y se aseguraba de que no era una visión errante del sueño.

—Me ama todavía, y yo le amo, ¡ah!, ¡más de lo que creía poder amar!

Era un aturdimiento de felicidad, un primer momento de alborozo absoluto, en que lo olvidaban todo para sentir tan sólo la certeza de amarse todavía y de decírselo. Los sufrimientos de la víspera, los obstáculos del día siguiente habían desaparecido; no sabían cómo estaban allí; pero allí estaban y mezclaban sus dulces lágrimas, se apretaban en un casto abrazo, él, loco de compasión, y Angélique, tan demacrada por la pena que de ella Félicien sólo tenía, entre sus brazos, un hálito. En el arrobo de la sorpresa, ella seguía como paralizada, vacilante y feliz en el fondo del sillón, sin encontrar sus miembros, incorporándose sólo a medias para volver a caer bajo la embriaguez de su alegría.

— ¡Ah! señor mío, mi único deseo se ha realizado: le he vuelto a ver antes de morir.

Él levantó la cabeza e hizo un gesto de angustia.

— ¡Morir!... ¡Pero yo no quiero! Aquí estoy, la amo.

Ella esbozó una sonrisa divina.

— ¡Oh! Puedo morir, puesto que me ama. Ya no me asusta, me dormiré así, apoyada en su hombro... Dígame una vez más que me ama.

—La amo, como la amé ayer, como la amaré mañana... No lo dude nunca, es para toda la eternidad.

—Sí, nos amaremos toda la eternidad.

Angélique, extasiada, miraba ante ella la blancura de la habitación. Pero, poco a poco, conforme despertaba, se fue poniendo seria. Reflexionaba al fin,

en medio de aquella gran felicidad que la había aturrido. Y los hechos la sorprendían.

—Si me ama, ¿por qué no ha venido?

—Sus padres me dijeron que usted ya no sentía amor por mí. Yo también he estado a punto de morir... Y cuando supe que estaba enferma, me decidí, corriendo el riesgo de que me expulsaran de esta casa cuya puerta se me cerraba.

—Mi madre también me decía que usted ya no me amaba y la creí... Le había visto con esa señorita, pensaba que usted obedecía a monseñor.

—No, esperaba. Pero he sido cobarde, he temblado ante él.

Se hizo el silencio. Angélique se había incorporado. Su rostro se endurecía, la frente cortada por una arruga de cólera.

—Entonces, nos han engañado a los dos, nos han mentido para separarnos... Nos amábamos y nos han torturado; han estado a punto de matarnos a los dos... ¡Pues bien! Eso es abominable y eso nos libera de nuestras promesas. Somos libres.

Un furioso desprecio la había puesto en pie. Ya no sentía su mal, recobraba sus fuerzas en aquel despertar de su pasión y de su orgullo. ¡Crear que su sueño había muerto y de repente volver a encontrarlo vivo y resplandeciente! ¡Decirse que no habían desmerecido de su amor, que los culpables eran los demás! Ese engrandecimiento de sí misma, ese triunfo al fin cierto la exaltaban, la empujaban a una rebeldía suprema.

— ¡Vamos, marchémonos! —dijo simplemente.

Y caminaba por la habitación, vacilando, con toda su energía y su voluntad. Ya elegía un abrigo para cubrirse los hombros. Un encaje sobre su cabeza bastaría.

Félicien había lanzado un grito de felicidad, porque ella se adelantaba a sus deseos; él sólo pensaba en esa fuga sin encontrar la audacia suficiente para proponérsela. ¡Oh! ¡Marcharse juntos, desaparecer, poner término a todas las dificultades, a todos los obstáculos! ¡Y eso inmediatamente, evitando el combate de la reflexión!

—Sí, marchémonos inmediatamente, alma querida. Yo venía a tomarla; sé dónde conseguir un coche. Antes de que se haga de día estaremos lejos, tan lejos que nunca nos podrá alcanzar nadie.

Ella abría cajones y los volvía a cerrar con violencia, sin coger nada en ellos, en una exaltación creciente. ¡Cómo! ¡Se torturaba desde hacía semanas, se había esforzado en expulsarlo de su memoria, incluso había creído

conseguirlo! ¡Pero en realidad no había nada de eso y tenía que volver a empezar aquel espantoso trabajo! No, nunca tendría la fuerza suficiente. Puesto que se amaban, era muy sencillo: se casarían, ningún poder los separaría al uno del otro.

—Veamos, ¿qué debo llevarme?... ¡Ah! ¡Qué tonta era, con mis escrúpulos infantiles! ¡Cuando pienso que han llegado al extremo de mentirnos! Sí, me habría muerto y no le habrían llamado... ¿Hay que coger ropa, vestidos?, dígamelo. Aquí hay un vestido más cálido... Y me habían metido un montón de ideas, un montón de temores, en la cabeza. Existe el bien, existe el mal, lo que se puede hacer, lo que no se puede hacer, cosas complicadas, para volverla a una imbécil. Siempre mienten; no es cierto lo que dicen: sólo existe la felicidad de vivir, de amar al que os ama... Usted es la fortuna, la belleza, la juventud, mi querido señor, y yo me entrego a usted, para siempre, por entero; mi único placer está en usted, haga de mí lo que le plazca.

Ella triunfaba, en una llamarada de todos los fuegos hereditarios que parecían apagados. Unas músicas la embriagaban; veía su despedida regia, aquel hijo de príncipes raptándola, haciéndola reina de un reino lejano; y ella le seguía, abrazada a su cuello, recostada en su pecho, en un estremecimiento de pasión ignorante tan grande que todo su cuerpo desfallecía de alegría. ¡Estar solos ellos dos, abandonarse al galope de los caballos, huir y desaparecer en un abrazo!

—No me llevo nada, ¿verdad?... ¿Para qué?

Él ardía con su misma fiebre, ya ante la puerta.

—No, nada... Marchémonos deprisa.

—Sí, marchémonos, eso es.

Ella lo había alcanzado, pero se volvió otra vez hacia atrás; quiso dedicar una última mirada a la habitación. La lámpara ardía con la misma pálida dulzura; el ramo de hortensias y de malvarrosas seguía floreciendo; una rosa inacabada, viva sin embargo, parecía esperarla en medio del bastidor. Por encima de todo, la habitación nunca le había parecido tan blanca, las paredes blancas, la cama blanca, el aire blanco, como lleno de un hálito blanco.

Algo en ella vaciló y tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla.

— ¿Qué le ocurre? —preguntó Félicien, inquieto.

No contestaba; respiraba con dificultad. Víctima de otro escalofrío, las piernas debilitadas, tuvo que sentarse.

—No se preocupe, no es nada... Un momento de descanso tan sólo y nos marchamos.

Callaron. Ella recorría la habitación con la mirada como si hubiera olvidado en ella un objeto precioso que no hubiese podido mencionar. Era una pena, primero leve, que luego crecía y le oprimía poco a poco el pecho. Ya no se acordaba. ¿Era toda esa blancura lo que la retenía de aquella forma? Siempre le había gustado el color blanco, hasta el extremo de llegar a robar los trozos de seda blanca para disfrutar de ellos a escondidas.

—Un momento, un momento más y nos marchamos, mi querido señor.

Pero ya no hacía el menor esfuerzo por levantarse. Angustiado, él se había arrodillado otra vez ante ella.

— ¿Sufre? ¿No puedo hacer nada para aliviarla? Si tiene frío, cogeré sus piececitos en mis manos y los calentaré hasta que tengan el ánimo suficiente para correr.

Ella movió la cabeza:

—No, no tengo frío, podré caminar... Espere un momento, sólo un momento.

Él veía perfectamente que unas cadenas invisibles le sujetaban los miembros y la retenían allí con tanta fuerza que un instante más tarde quizá le resultaría imposible llevarla consigo. Y, si no se la llevaba inmediatamente, pensaba en la lucha inevitable con su padre, al día siguiente, en el desgarramiento ante el cual retrocedía desde hacía semanas. Entonces, la presionó con una súplica ardiente:

—Venga conmigo, los caminos están oscuros a estas horas, el coche nos llevará entre las tinieblas; e iremos siempre, siempre, mecidos, dormidos el uno en brazos del otro, como ocultos bajo un plumón, sin temer la frescura de la noche. Cuando despunte el día, seguiremos bajo el sol, siempre, siempre más lejos hasta que lleguemos al país donde se es feliz... Nadie nos conocerá, viviremos ocultos en el fondo de algún extenso jardín sin otra preocupación que la de amarnos más cada nuevo día. Habrá allí flores grandes como árboles, frutas más dulces que la miel. Y viviremos de nada, en medio de esa eterna primavera, viviremos de nuestros besos, alma querida.

Ella se estremeció ante aquel ardiente amor con que él le calentaba el rostro. Todo su ser desfallecía al sentir el roce de las alegrías prometidas.

— ¡Oh! ¡Dentro de un momento, en seguida!

—Después, si los viajes nos cansan, volveremos aquí, reconstruiremos los muros del castillo de los Hautecoeur y ahí terminaremos nuestros días. Es mi sueño... Toda nuestra fortuna, si es necesario, la gastaremos allí, a manos llenas. El torreón volverá a dominar los dos valles. Habitaremos el alojamiento de honor, entre la torre de David y la de Carlomagno. El coloso entero será

reconstruido, como en los días de poderío, las cortinas, los edificios, la capilla, en el lujo bárbaro de antaño... Y quiero que llevemos allí la vida de los tiempos antiguos, usted princesa y yo príncipe en medio de un séquito de hombres de armas y de pajes. Nuestras murallas de quince pies de espesor nos aislarán, estaremos en la leyenda... El sol baja tras los collados, volvemos de una cacería montando grandes caballos blancos, entre el respeto de los pueblos arrodillados. Suena la trompa, desciende el puente levadizo. Al atardecer, se sientan reyes a nuestra mesa. Por la noche, nuestro lecho reposa sobre un estrado coronado por un baldaquino, como un trono. Suenan músicas lejanas, muy dulces, mientras nos dormimos abrazados entre la púrpura y el oro.

Temblorosa, ella sonreía ahora con orgulloso placer, luchando contra un mal que volvía, la invadía y borraba la sonrisa de su boca dolorosa. Y, cuando apartaba las visiones tentadoras con su gesto mecánico, él redobló de ardor e intentó cogerla, hacerla suya, entre sus brazos enfebrecidos.

— ¡Oh! Venga conmigo, sea mía... Huyamos, olvidemos todo en nuestra felicidad.

Ella se separó bruscamente con una rebelión instintiva; y, puesta en pie, estas palabras brotaron de sus labios:

— ¡No, no, no puedo, ya no puedo!

Sin embargo, se lamentaba, destrozada todavía por el intenso combate, dudando, tartamudeando:

—Se lo ruego, sea bueno, no me apremie, espere... Me gustaría tanto obedecerle para demostrarle que le amo, irme de su brazo a esas hermosas tierras lejanas, habitar juntos como reyes el castillo de sus sueños. Me parecía todo tan fácil, había repetido tantas veces el plan de nuestra fuga... Y ¿qué le voy a decir? Ahora me parece imposible. Es como si, de repente, la puerta se hubiera tapiado y no pudiera salir.

Él quiso aturdira de nuevo, pero ella le hizo callar con un gesto:

—No, no hable más... ¡Qué curioso! A medida que me dice cosas tan dulces, tan tiernas que debieran convencerme, el miedo se apodera de mí, el frío me hiela... ¡Dios mío! ¿Qué me ocurre? Son sus propias palabras las que me separan de usted. Si continúa, no voy a poder escucharle más; tendrá que marcharse... Espere, espere un poco.

Caminaba lentamente por la habitación, intentando recuperarse, mientras él, inmóvil, se desesperaba.

—Creí que ya no le quería, pero seguramente sólo era despecho, puesto que hace un momento, cuando le he visto a mis pies, mi corazón se ha sobresaltado y mi primer impulso ha sido seguirle como una esclava...

Entonces, si le amo, ¿por qué me asusta usted? ¿Y quién me impide abandonar esta habitación, como si unas manos invisibles me sujetaran todo el cuerpo, por cada uno de los cabellos de mi cabeza?

Se había detenido junto a la cama; volvió hacia el armario y caminó así hasta los otros muebles. Seguramente, unos lazos secretos los unían a su persona. Las paredes blancas sobre todo, la gran blancura del techo abuhardillado, la envolvían con un vestido de candor del que sólo se hubiera despojado con lágrimas. A partir de entonces todo esto formaba parte de su ser; el medio había entrado en ella. Y ella lo comprendió mejor cuando se vio enfrente del bastidor que había permanecido bajo la lámpara junto a la mesa. Su corazón se fundía al ver la rosa comenzada que ya no acabaría nunca si se marchaba de esa manera, como una delincuente. Los años de trabajo despertaban en su memoria, aquellos años tan tranquilos, tan felices, una costumbre tan dilatada de paz y de honradez que se sublevaba ante la idea de una falta. Cada día, la pequeña y fresca casa de los bordadores, la vida activa y pura que llevaba allí, apartada del mundo, habían reconstruido un poco de la sangre de sus venas.

Pero él, al verla reconquistada de esa manera por las cosas, sintió la necesidad de apresurar la marcha:

—Venga, se pasa la hora, pronto ya no habrá tiempo.

Entonces, se hizo la luz completamente y ella grito:

—Es demasiado tarde... Ya ve usted que no puedo seguirle. Había en mí, antes, una apasionada y una orgullosa que le habría echado los dos brazos al cuello para que la llevara consigo. Pero me han cambiado, ya no me reconozco... ¿No oye acaso que todo en esta habitación me grita que me quede? Y mi alegría consiste ahora en obedecer.

Sin hablar, sin discutir con ella, intentaba llevársela como a una niña desobediente. Pero ella lo evitó y se escapó hacia la ventana.

— ¡No por favor! Hace un momento le habría seguido. Pero era la última rebelión. Poco a poco, a mi pesar, la humildad y la renuncia que me inculcaban debieron acumularse en mí. Así, a cada regreso de mi pecado original, la lucha era menos dura y triunfaba sobre mí misma con más facilidad. Ahora, todo ha terminado, me he vencido... ¡Ah, querido señor! ¡Le amo tanto! No hagamos nada contra nuestra felicidad. Debemos someternos para ser felices.

Y, como él volvió a dar un paso hacia ella, se colocó ante la ventana abierta de par en par sobre el balcón.

—No querrá obligarme a que me tire por aquí... Escuche, comprenda que

tengo de mi parte cuanto me rodea. Las cosas me hablan desde hace tiempo, escucho voces y nunca las he oído hablarme en voz tan alta... ¡Mire! Es todo el Clos-Marie lo que me anima a no estropear mi existencia y la suya entregándome a usted contra la voluntad de su padre. Esa voz que canta es el Chevrotte, tan claro, tan fresco, que parece haber puesto en mí su pureza de cristal. Esa voz de multitud, tierna y profunda, es el campo entero, la hierba, los árboles, toda la apacible vida de este rincón sagrado que trabaja por la paz de mi propia vida. Las voces vienen de más lejos aún, de los olmos del Obispado, de ese horizonte de ramas, la menor de las cuales se interesa por mi victoria... Y, ¡mire!, esa gran voz soberana es mi vieja amiga, la catedral, que me ha instruido, eternamente despierta en la noche. Cada una de sus piedras, las columnitas de sus ventanas, las torrecillas de sus contrafuertes, los arbotantes de su ábside, emiten un murmullo que distingo, en una lengua que entiendo. Escuche lo que dicen, que incluso en la muerte queda la esperanza. Cuando uno se ha humillado, el amor permanece y triunfa... Finalmente, ¡mire!, el mismo aire está lleno de un cuchicheo de almas; aquí están mis compañeras, las vírgenes, que llegan, invisibles. ¡Escuche, escuche!

Sonriendo, había levantado la mano en un gesto de profunda atención. Todo su ser estaba encantado en los soplos dispersos. Eran las vírgenes de la Leyenda que su imaginación evocaba como en su niñez y cuyo vuelo místico salía del viejo libro de imágenes ingenuas colocado encima de la mesa. Inés, la primera, vestida con sus cabellos, con el anillo de esponsales del sacerdote Paulino. Luego, todas las demás, Bárbara con su torre, Genoveva con sus corderos, Cecilia con su viola, Águeda con los pechos arrancados, Isabel mendigando por los caminos, Catalina triunfando de los doctores. Un milagro vuelve a Lucía tan pesada que mil hombres y cinco pares de bueyes no consiguen arrastrarla hasta un lugar infame. El gobernador que intenta besar a Anastasia se vuelve ciego. Y todas vuelan, en la noche clara, blanquísimas, con la garganta todavía abierta por el hierro de los suplicios, derramando, en vez de sangre, ríos de leche. Vuelven el aire cándido; las tinieblas se iluminan como por un centelleo de estrellas. ¡Ah! ¡Morir de amor como ellas, morir virgen, resplandeciendo de blancura, al primer beso del esposo!

Félicien se había aproximado:

—Yo existo, Angélique, y me rechaza usted por unos sueños...

—Sueños... —murmuró ella.

—Si esas visiones la rodean, es porque usted misma las ha creado... Venga, no ponga nada de usted misma en las cosas y se callarán.

Angélique hizo un movimiento de exaltación.

— ¡Oh! ¡No! ¡Que hablen, que hablen en voz más alta! Ellas son mi

fuerza, me dan el valor necesario para resistirle a usted... Son la gracia y nunca me ha inundado ésta con semejante energía. Si es sólo un sueño, el sueño que he puesto a mi alrededor y que vuelve a mí, ¡qué importa! Él me salva, me lleva sin mancha, en medio de las apariencias... ¡Oh! Renuncie, obedezca como yo. No quiero seguirle.

En su debilidad, se había puesto en pie, resuelta, invencible.

—Pero la han engañado —prosiguió él—. ¡Se han rebajado hasta recurrir a la mentira para separarnos!

—La falta de otros no excusaría la nuestra.

— ¡Ah! ¡Su corazón se ha apartado de mí, ya no me ama!

—Le amo, sólo lucho contra usted por nuestro amor y nuestra felicidad... Obtenga el consentimiento de su padre y le seguiré.

—A mi padre, usted no le conoce. Sólo Dios podría hacerle ceder... Entonces, dígame, ¿todo ha terminado? Si mi padre me ordena que me case con Claire de Voincourt, ¿debo obedecerle?

Ante ese último golpe, Angélique titubeó. No pudo retener un lamento:

—Es demasiado... Se lo suplico, váyase, no sea cruel... ¿Por qué ha venido? Me había resignado, me estaba acostumbrando a esta desgracia de no ser amada por usted. ¡Y ahora resulta que me ama y todo mi martirio vuelve a empezar! ¿Cómo quiere que viva ahora?

Félicien creyó que se trataba de una debilidad y repitió:

—Si mi padre quiere que me case con ella...

Ella se crispaba ante su sufrimiento; y aún consiguió mantenerse en pie, pese al desgarramiento de su corazón; después, arrastrándose hacia la mesa, como para dejarle el paso libre:

—Cátese con ella; hay que obedecer.

Se encontraba a su vez delante de la ventana, a punto de marcharse, puesto que ella lo despedía.

— ¡Pero eso la mataría! —gritó.

Ella se había tranquilizado y murmuró con una sonrisa:

— ¡Oh! ¡Ya casi está hecho!

La contempló un instante más, tan blanca, tan empequeñecida, con la levedad de una pluma que se lleva un soplo; y, con un gesto de furiosa resolución, desapareció en la noche.

Cuando él ya no estaba, apoyada en el respaldo del sillón, tendió desesperadamente las manos hacia las tinieblas. Unos fuertes sollozos agitaban su cuerpo y un sudor agónico cubría su rostro. ¡Dios mío! Era el fin; ya no le vería más. Todo su mal se había vuelto a apoderar de ella; sus piernas destrozadas flaqueaban bajo su peso. Sólo con un gran esfuerzo consiguió volver a la cama, en la que cayó victoriosa y sin aliento. Al día siguiente, por la mañana, la encontraron allí agonizando. La lámpara acababa de apagarse por sí misma, al alba, en la triunfal blancura de la habitación.

### Capítulo XIII

Angélique iba a morir. Eran las diez de una clara mañana de finales de invierno, un tiempo vivo, con un cielo blanco, risueño de sol. En la espaciosa y regia cama revestida por una antigua tela de seda de color rosa, ya no se movía, inconsciente desde la víspera. Tumbada de espaldas, con las manos de marfil abandonadas sobre la sábana, ya no había vuelto a abrir los ojos; su fino perfil se había adelgazado bajo la aureola dorada de sus cabellos; y hubiese parecido que estaba muerta si no fuera por el mínimo soplo de sus labios.

La víspera, sintiéndose muy mal, Angélique se había confesado y había comulgado. Hacia las tres, el buen abad Cornille le había llevado el santo viático. Luego, por la noche, como la muerte la iba enfriando poco a poco, sintió un gran deseo de recibir la extremaunción, la medicina celestial instituida para la curación del alma y del cuerpo. Antes de perder el conocimiento, en su última palabra, un susurro apenas, recogida por Hubertine, había mascullado el deseo de los santos óleos, ¡oh!, inmediatamente, para que aún llegasen a tiempo. Pero la noche avanzaba, habían esperado a que se hiciera de día, y el abad, avisado, iba a llegar por fin.

Todo estaba dispuesto; los Hubert terminaban de ordenar la habitación. Bajo el alegre sol que, a esa hora de la mañana, daba en los cristales, la habitación mostraba una blancura de aurora con la desnudez de sus grandes paredes blancas. Habían cubierto la mesa con un mantel blanco. A derecha e izquierda de un crucifijo, ardían dos cirios colocados en los candelabros de plata que habían subido del salón. Y también había allí agua bendita y un hisopo, un aguamanil para el agua, con su recipiente y una toalla, dos platos de porcelana blanca, uno lleno de copos de algodón, y el otro, de cucuruchos de papel blanco. Habían recorrido los invernaderos de la ciudad baja sin encontrar otras flores que no fueran rosas, grandes rosas blancas cuyos enormes manojos adornaban la mesa como con un temblor de blancos encajes. Y en aquella blancura redoblada, Angélique, moribunda, seguía respirando

con su leve soplo, los párpados cerrados.

En su visita de la mañana, el médico acababa de decir que no superaría el día. De un momento a otro, fallecería quizá sin ni siquiera recobrar el conocimiento. Y los Hubert esperaban. Aquello tenía que ocurrir a pesar de sus lágrimas. Si habían querido aquella muerte, prefiriendo la hija muerta a la hija rebelde, era porque Dios quería que permaneciese con ellos. Ahora, eso escapaba a su poder y no les quedaba más alternativa que someterse. No lamentaban nada, pero su ser sucumbía de dolor. Desde que estaba allí agonizando, se habían ocupado de ella, rechazando toda ayuda ajena. Aún seguían solos, en esa hora última, y esperaban.

Hubert, fue a abrir maquinalmente la puerta de la estufa de loza cuyo ronquido parecía un lamento. Se hizo el silencio; un suave calor hacía palidecer las rosas. Desde hacía un momento, Hubertine escuchaba los nudos de la catedral que venían de detrás de la pared. Un toque de campana hizo que las viejas piedras vibraran; sin duda, el abad Cornille abandonaba la iglesia con los santos óleos; y Hubertine bajó para recibirle en el umbral de la casa. Habían pasado dos minutos cuando un gran murmullo llenó la estrecha escalera de la torrecilla. Después, en la tibia habitación, Hubert empezó a temblar, lleno de asombro, mientras que un temor religioso, una esperanza también, le hacía caer de rodillas.

En lugar del viejo sacerdote al que esperaban era monseñor quien entraba, monseñor con roquete de encaje y la estola morada, llevando el recipiente de plata donde se hallaba el óleo de los enfermos bendecido por él mismo el Jueves Santo. Su mirada de águila permanecía fija y, bajo los espesos bucles de sus cabellos blancos, su hermoso y pálido semblante conservaba cierta majestad. Tras él, como un simple clérigo, caminaba el abad Cornille con un crucifijo en la mano y el ritual bajo el otro brazo.

De pie en la puerta durante un momento, el obispo dijo con voz grave:

—Pax huic domui.

—Et omnibus habitantibus in ea—respondió en voz más baja el sacerdote.

Cuando estuvieron dentro, Hubertine, que subía tras ellos, temblando ella también de sobrecogimiento, fue a arrodillarse junto a su marido. Uno y otro, prosternados, con las manos juntas, rezaron con toda su alma.

Al día siguiente de su visita a Angélique, se había producido la terrible explicación entre Félicien y su padre. Aquel día, en cuanto amaneció, forzó las puertas y se hizo recibir en el mismo oratorio donde el obispo todavía estaba rezando después de una de esas noches de espantosa lucha contra el pasado que renacía. En aquel hijo respetuoso, inclinado hasta entonces por el temor, desbordaba la rebelión hasta entonces contenida; y el choque que opuso a

aquellos dos hombres de la misma sangre propensa a la violencia fue rudo. El anciano, que había abandonado su reclinatorio, escuchaba con las mejillas súbitamente sonrojadas, callado, en una altiva obstinación. El muchacho, también con la llama en el rostro, vaciaba su corazón, hablando con una voz que se elevaba poco a poco, bramando. Hablaba de Angélique enferma, agonizante, contaba en qué crisis de cariño horrorizado había proyectado huir con ella, y cómo ella se había negado a seguirle, con la renuncia y la castidad de una santa. ¿No sería un homicidio dejarla morir, aquella muchacha obediente que sólo quería tenerle si se lo entregaba su padre? Cuando por fin podía tenerlo, a él, su título, su fortuna, había gritado que no y había luchado, victoriosa de sí misma. Él la amaba hasta la muerte y se menospreciaba por no estar a su lado para apagarse juntos con el mismo soplo. ¿Tendrían la crueldad de desear el fin miserable de los dos? ¡Ah! El orgullo del nombre, la gloria del dinero, el empecinamiento de la voluntad, ¿acaso pesaba todo eso cuando sólo se trataba de hacer felices a dos personas? Y juntaba y retorció sus manos temblorosas, fuera de sí, exigía su consentimiento suplicando aún y empezando a amenazar ya. Pero el obispo sólo se decidió a abrir los labios para contestar con la palabra de su omnipotencia: ¡Jamás!

Entonces, en su rebelión, Félicien deliró y perdió totalmente el control. Habló de su madre. Era ella quien resucitaba en él para reclamar los derechos de la pasión. ¿Acaso su padre no la había amado? ¿Acaso se había alegrado de su muerte, puesto que se mostraba tan duro con los que se amaban y querían vivir? Pero, por mucho que se hubiera vuelto frío con las renunciaciones del culto, ella regresaría para asediarlo y torturarlo, puesto que él torturaba al hijo que ella había tenido de su matrimonio. Ella seguía existiendo y quería existir en los hijos de su hijo para siempre; él la mataba de nuevo al negar a aquel hijo la novia elegida, la que debía perpetuar la raza. No se casa uno con la Iglesia después de haberse casado con una mujer. Frente a su padre inmóvil, crecido en un espantoso silencio, lanzó las palabras de perjurio y asesino. Después, horrorizado, huyó titubeando.

Cuando estuvo solo, monseñor, como herido por un cuchillo clavado en pleno pecho, giró sobre sí mismo y se desplomó, de rodillas, en el reclinatorio. Un horrible estertor salía de su garganta. ¡Ah! ¡Las miserias del corazón, las invencibles debilidades de la carne! Aquella mujer, aquella muerta siempre resucitada, la adoraba como la primera noche, cuando besó sus pies blancos; a su hijo lo adoraba como a una dependencia de ella misma, como a una parte de su vida que ella le había dejado; y a aquella muchacha, aquella pequeña obrera a la que rechazaba, también la adoraba, con la misma adoración que su hijo sentía por ella. Ahora, los tres se desesperaban por las noches. Sin confesárselo a sí mismo, en la catedral ella le había conmovido, la pequeña bordadora tan sencilla, con sus cabellos dorados y su fresca nuca que olía a juventud. La volvía a ver pasar, delicada, pura, con una irresistible sumisión.

Ningún remordimiento hubiera penetrado en él con paso más firme ni más conquistador. Podía rechazarla en voz alta, pero ahora sabía perfectamente que ella ocupaba su corazón con sus humildes manos estropeadas por la aguja. Mientras Félicien le suplicaba violentamente, él había visto, detrás de su cabeza rubia, a las dos mujeres adoradas, la que él lloraba y la que se estaba muriendo por su hijo. Destrozado, sollozando, sin saber dónde recobrar la tranquilidad perdida, pedía al cielo que le diera valor para arrancarse el corazón, puesto que ese corazón ya no era de Dios.

Monseñor rezó hasta la noche. Cuando volvió a aparecer, estaba blanco como la cera, desgarrado y, sin embargo, resuelto. Él nada podía hacer; repitió la palabra terrible: ¡Jamás! Era Dios sólo quien podía liberarle de su palabra; y Dios, al que había implorado, callaba. Había que sufrir.

Pasaron dos días, Félicien merodeaba delante de la casita, loco de dolor, al acecho de noticias. Cada vez que salía alguien, desfallecía de temor. Y fue así como, la mañana en que Hubertine corrió a la iglesia a pedir los santos óleos, supo que Angélique no pasaría de aquel día. Como el abad Cornille no estaba allí, recorrió la ciudad para encontrarle, depositando en él una última esperanza de socorro divino. Luego, cuando le llevó consigo, su esperanza se desvaneció y cayó en una crisis de duda y de rabia. ¿Qué hacer? ¿Cómo obligar al cielo a intervenir? Se escapó, forzó de nuevo las puertas del Obispado; por un momento, ante la incoherencia de sus palabras, el obispo sintió miedo. Luego, comprendió: Angélique agonizaba, esperaba la extremaunción; Dios sólo podía salvarla. El muchacho no había ido más que para gritarle su pena, romper con aquel padre abominable y echarle en cara su crimen. Pero monseñor le escuchaba sin cólera, con los ojos bruscamente iluminados por un rayo, como si una voz hubiese hablado al fin. Hizo una señal a Félicien para que caminara delante y él le siguió diciendo:

—Si Dios quiere, yo quiero.

Félicien se sintió atravesado por un gran escalofrío. Su padre consentía, descargado de su voluntad, sometido a la buena voluntad del milagro. Ellos ya no existían; Dios actuaría. Las lágrimas le cegaron, mientras que monseñor tomaba en la sacristía los santos óleos de manos del abad Cornille. Los acompañó, fuera de sí, pero no se atrevió a entrar en la habitación, postrado de rodillas en el rellano ante la puerta abierta de par en par.

—Pax huic domui.

—Et ómnibus habitantibus in ea.

Monseñor acababa de depositar sobre la mesa blanca, entre los dos cirios, los santos óleos, trazando en el aire la señal de la cruz con el recipiente de plata. A continuación, cogió el crucifijo de manos del abad y se acercó a la

enferma para que lo besara. Pero Angélique seguía inconsciente, con los párpados cerrados, las manos tensas, igual que las delgadas y rígidas figuras yacentes de piedra de los sepulcros. Durante un instante, la miró, observó, por el leve soplo de su respiración, que no estaba muerta y le puso el crucifijo en los labios. Esperaba; su rostro conservaba la majestad del ministro de la penitencia y ninguna emoción humana se manifestó en él cuando comprobó que ni la menor vibración había recorrido el fino perfil ni los cabellos de luz. Sin embargo, vivía y eso era suficiente para la redención de los pecados.

Entonces, monseñor recibió del abad el acetre y el hisopo; y, mientras éste le presentaba el ritual abierto, lanzó agua bendita sobre la moribunda leyendo las palabras latinas:

—Asperges me, Domine, hyssopo, et mundabor; lavabis me et super nivem dealbabor

Saltaron unas gotas que refrescaron la espaciosa cama como un rocío. Llovieron sobre los dedos y sobre las mejillas; pero, una a una, resbalaban como sobre un mármol insensible. El obispo se volvió entonces hacia los presentes y los roció a su vez. Hubert y Hubertine, arrodillados uno junto al otro en su necesidad de fe ardiente, se inclinaron bajo el aguacero de aquella bendición. El obispo bendecía también la habitación, los muebles, las paredes blancas, toda aquella blancura desnuda, cuando, al pasar cerca de la puerta, se encontró frente a su hijo postrado en el umbral, que sollozaba en sus manos ardientes. Con gesto lento, levantó tres veces el hisopo y lo purificó con una lluvia suave. Aquella agua bendita, así esparcida por todas partes, era para ahuyentar primero a los malos espíritus, que vuelan, invisibles, por millones. En ese momento, un pálido rayo de sol invernal se deslizaba hasta la cama; y todo un vuelo de átomos, de ágiles partículas de polvo, parecía habitar allí, innumerables, caídas de un ángulo de la ventana como para bañar con su tibia multitud las frías manos de la moribunda.

De nuevo ante la mesa, monseñor dijo la oración:

—Exaudi nos...

No se apresuraba. La muerte estaba allí entre las cortinas de vieja tela persa; pero sentía que no tenía prisa, que esperaría. Aunque, en el aniquilamiento de su ser, la muchacha no pudiera oírle, monseñor le habló, le preguntó:

— ¿No hay nada en su conciencia que le cause pena? Confiese sus tormentos, desahóguese, hija mía.

Estirada, guardaba silencio. Después de darle en vano tiempo para responder, empezó la exhortación con la misma voz plena, como si no supiera que ni una de sus palabras llegaba a ella.

—Medite, pida perdón a Dios en lo más profundo de su alma. El sacramento va a purificarla y a darle nuevas fuerzas. Sus ojos se volverán claros; sus oídos, castos; su nariz, fresca; su boca, santa; sus manos, inocentes...

Dijo hasta el final lo que había que decir, fijos los ojos sobre ella, que apenas respiraba; no se movía ni una pestaña de sus párpados cerrados. A continuación, ordenó:

—Recite el símbolo.

Tras una breve espera, lo recitó él mismo.

—Credo in unum Deum...

—Amen —contestó el abad Cornille.

En el rellano, se seguía oyendo llorar a Félicien con grandes llantos, en el nerviosismo de la esperanza. Hubert y Hubertine rezaban, con el mismo gesto elevado y temeroso, como si hubieran sentido descender las omnipotencias desconocidas. Se había producido una interrupción, un balbuceo de rezos. Y ahora, se desarrollaban las letanías del ritual, la invocación a los santos y a las santas, la grandeza de los Kyrie eleison llamando a todo el cielo en ayuda de la miserable humanidad.

Luego, repentinamente, las voces callaron y se hizo un profundo silencio. Monseñor se lavaba los dedos con las pocas gotas de agua que el abad le vertía del aguamanil. Finalmente, volvió a coger el recipiente de los santos óleos, le quitó la cobertera y fue a colocarse delante de la cama. Era la solemne aproximación del sacramento, de aquel último sacramento cuya eficacia borra todos los pecados, mortales o veniales, no perdonados, que siguen en el alma después de recibir los demás sacramentos: antiguos restos de pecados olvidados, pecados cometidos sin saberlo, pecados de indolencia que no hubieran permitido restablecerse firmemente en la gracia de Dios. Pero ¿dónde encontrarlos, esos pecados? ¿Venían, pues, del exterior, en aquel rayo de sol, con las partículas danzarinas que parecían llevar gérmenes de vida hasta el regio, blanco y frío lecho de muerte de una virgen?

Monseñor meditaba, posados de nuevo los ojos sobre Angélique, asegurándose de que su leve respiración no había cesado. Se seguía protegiendo de toda emoción humana, al verla tan delgada, bella como un ángel, inmaterial ya. Su pulgar no tembló cuando lo bañó suavemente en los santos óleos y empezó las unciones sobre las cinco partes del cuerpo en las que residen los sentidos, las cinco ventanas por las que el mal entra en el alma.

Primero sobre los ojos, sobre los párpados cerrados, el derecho y el izquierdo; y el pulgar trazó levemente la señal de la cruz.

—Per istam sanctam unctionem, et suam piissimam misericordiam, indulgeat tibi Dominus quidquid per visum deliquisti

Y los pecados de la vista quedaban reparados, las miradas lascivas, las curiosidades deshonestas, las vanidades de los espectáculos, las lecturas reprobables, las lágrimas derramadas por penas culpables. Sin embargo, ella no conocía más libro que la Leyenda, ni más horizonte que el ábside de la catedral, que le ocultaba el resto del mundo. Y sólo había llorado en la lucha de la obediencia contra la pasión.

El abad Cornille cogió uno de los copos de algodón, secó con él los dos párpados y luego lo introdujo en uno de los cucuruchos de papel blanco.

A continuación, monseñor ungió las orejas, los lóbulos transparentes como el nácar, el derecho, el izquierdo, apenas humedecidos con la señal de la cruz.

—Per istam sanctam unctionem, et suam piissimam misericordiam, indulgeat tibi Dominus quidquid per auditum deliquisti.

Y toda abominación del oído quedaba redimida, todas las palabras, todas las músicas que corrompen, las maledicencias, las calumnias, las blasfemias, las conversaciones licenciosas escuchadas con agrado, las mentiras de amor que ayudan a derrotar el deber, los cantos profanos que exaltan la carne, los violines de las orquestas que lloran de voluptuosidad bajo las arañas. Pero, en su aislamiento de muchacha enclaustrada, ni siquiera había oído el libre comadreo de las vecinas, el juramento de un carretero que fustiga a sus caballos. No tenía en los oídos otras músicas que los cánticos sagrados, el fragor de los órganos, el balbuceo de los rezos con los que vibraba entera la casita fresca al costado de la vieja iglesia.

El abad, después de enjugar las orejas con un copo de algodón, lo metió en uno de los cucuruchos de papel blanco.

Después, Monseñor pasó a los orificios de la nariz, el derecho, el izquierdo, iguales a dos pétalos de rosa blanca, que su pulgar purificaba con la señal de la cruz.

—Per istam sanctam unctionem, et suam piissimam misericordiam, indulgeat tibi Dominus quidquid per odoratum deliquisti.

Y el olfato retornaba a la inocencia primera, limpio de toda mancha, no sólo de la vergüenza carnal de los perfumes, de la seducción de las flores de aromas demasiado dulces, de los olores esparcidos en el aire que adormecen el alma, sino también de los pecados del olfato interior, los malos ejemplos dados al prójimo, la peste contagiosa del escándalo. Si bien, recta, pura, había acabado siendo una azucena entre las azucenas, una gran azucena cuyo perfume fortalecía a los débiles y alegraba a los fuertes. Precisamente, era tan

cándidamente delicada que nunca había podido tolerar los claveles ardientes, las lilas almizcladas, los jacintos febriles, a gusto sólo entre las floraciones tranquilas, las violetas y las primaveras de los bosques.

El abad limpió las aletas de la nariz y deslizó el copo de algodón en otro de los cucuruchos de papel blanco.

Luego, descendiendo a la boca cerrada, que apenas entreabría el leve soplo de la respiración, Monseñor marcó el labio inferior con la señal de la cruz.

—Per istam sanctam unctionem, et suam piissimam misericordiam, indulgeat tibi Dominus quidquid per gustum deliquisti.

Toda su boca no era más que un cáliz de inocencia, pues se trataba esta vez del perdón de las bajas satisfacciones del gusto, la gula, la sensualidad del vino y de la miel; el perdón, sobre todo, de los crímenes de la lengua, la culpable universal, la provocadora, la envenenadora, la que origina las querellas, las guerras, los errores, las palabras falsas que oscurecen el mismo cielo. Aunque la gula no había sido nunca su vicio, sino que había llegado al extremo, como Isabel, de alimentarse sin distinguir los alimentos. Si vivía en el error, era su sueño lo que la había conducido allí, la esperanza del más allá, el consuelo de lo invisible, todo ese mundo encantado que su ignorancia creaba y que hacía de ella una santa.

El abad, que le había limpiado la boca, plegó el copo de algodón en el cuarto cucurucho de papel blanco.

Finalmente, Monseñor, ungiendo las palmas de las dos manitas de marfil, vueltas hacia arriba sobre la sábana, primero la derecha y luego la izquierda, borró sus pecados con la señal de la cruz.

—Per istam sanctam unctionem, et suam piissimam misericordiam, indulgeat tibi Dominus quidquid per tactum deliquisti.

Y el cuerpo entero quedó blanco, limpio de sus últimas manchas, las del tacto, las más sucias, las rapiñas, las peleas, los asesinatos; sin contar los pecados de las otras partes que se omiten, el pecho, los riñones y los pies, que esa unción también redimía; todo cuando arde y ruge en la carne, nuestras cóleras, nuestros deseos y nuestras pasiones desordenadas, los osarios a donde corremos, los goces prohibidos por los que gritan nuestros miembros. Pero, desde que estaba allí, muriendo de su victoria, había dominado su violencia, su orgullo y su pasión, como si sólo hubiese llevado el mal original por la gloria de triunfar sobre él. Ni siquiera sabía que había sentido deseos, que su carne había gemido de amor, que el gran escalofrío de sus noches podía ser culpable, de tal forma estaba acorazada por la ignorancia, el alma blanca, totalmente blanca.

El abad se limpió las manos, hizo desaparecer el copo de algodón en el último cucurucho de papel blanco y quemó los cinco en el fondo de la estufa.

La ceremonia había terminado. Monseñor se lavaba los dedos antes de rezar la oración final. Sólo le faltaba exhortar a la moribunda, poniéndole en la mano el cirio simbólico para ahuyentar a los demonios y demostrar que acababa de recobrar la inocencia del bautismo. Pero ella permanecía rígida, con los ojos cerrados, muerta. Los santos óleos habían purificado su cuerpo; las señales de la cruz dejaban sus huellas en las cinco ventanas del alma, sin conseguir que subiera otra vez a sus mejillas una ola de vida. Implorado, esperado, el prodigio no se había realizado.

Hubert y Hubertine, que seguían arrodillados uno junto a otro, ya no rezaban; miraban con sus ojos fijos con tanto ardor que se diría que estaban inmovilizados los dos para siempre, como las figuras de donantes que esperan la resurrección en el rincón de una antigua vidriera. Félicien se había arrastrado sobre sus rodillas y estaba ahora en la misma puerta; había dejado de sollozar y levantaba, también él, la cabeza, para ver, furioso porque Dios no escuchaba.

Por última vez, monseñor se acercó a la cama, seguido del abad Cornille, que sostenía, encendido, el cirio que debían ponerle en la mano a la enferma. Y el obispo, obstinado en ir hasta el final del rito para darle a Dios tiempo de actuar, pronunció la fórmula:

—Accipe Lampadem ardentem, custodi unctionem tuam, ut cum Dominus ad judicandum venerit, possis occurrere ei cum omnibus sanctis, et vivas in saecula saeculorum.

—Amen —respondió el abad.

Pero cuando intentaron abrir la mano de Angélique y apretarla en torno al cirio, la mano inerte volvió a caer sobre el pecho.

Entonces, monseñor fue presa de un gran temblor. Era la emoción, durante tanto tiempo combatida, que desbordaba en él y arrastraba las últimas rigideces del sacerdocio. Él había amado a aquella muchacha desde el día en que había ido a sollozar a sus pies. En aquel momento, movía a compasión, con aquella palidez sepulcral, con una belleza tan dolorosa que él ya no dirigía sus miradas hacia la cama sin que su corazón se viera secretamente inundado de pena. Dejó de contenerse: dos grandes lágrimas hincharon sus párpados y resbalaron por sus mejillas. No podía morir de aquella manera; él estaba derrotado por su encanto en la muerte.

Monseñor recordó los milagros de su estirpe, aquel poder de curar que el cielo les había concedido, y pensó que Dios sin duda esperaba su consentimiento de padre. Invocó a santa Inés, ante la cual todos los suyos

habían practicado sus devociones y, como Jean V de Hauteceur, que iba a rezar a la cabecera de los apestados y a besarlos, rezó y besó a Angélique en la boca.

—Si Dios quiere, yo quiero.

Inmediatamente, Angélique abrió los ojos. Le miraba sin sorpresa, despierta de su largo desvanecimiento; sus labios, tibios por el beso, sonreían. Eran cosas que debían suceder; quizás acababa ella de soñarlas una vez más y le pareciera natural que monseñor estuviera allí para prometerla a su hijo, puesto que había llegado la hora. Se sentó por sí misma en medio de la espaciosa y regia cama.

El obispo, que tenía en la mirada la claridad del prodigio, repitió la fórmula:

—Accipe lampadem ardentem...

—Amen —respondió el abad.

Angélique había cogido el cirio encendido y, con mano firme, lo mantenía recto. La vida había vuelto, la llama ardía muy clara, ahuyentando a los espíritus de la noche.

Un fuerte grito atravesó la habitación. Félicien estaba de pie, como levantado por el viento del milagro; mientras, los Hubert, desconcertados por el mismo soplo, seguían arrodillados, con los ojos abiertos de par en par, embelesados ante lo que acababan de ver. La cama les había parecido estar rodeada de una vivísima luz; unas blancuras seguían ascendiendo en el rayo de sol, semejantes a plumas blancas; y las blancas paredes, toda la habitación blanca, conservaban un resplandor de nieve. En medio, como una azucena reavivada y enderezada sobre su tallo, Angélique desprendía esa claridad. Sus cabellos de oro fino la rodeaban con una aureola, sus ojos de color violeta lucían divinamente, todo un brillo de vida irradiaba de su rostro puro. Y Félicien, al verla curada, anonadado por aquella gracia que el cielo les concedía, se acercó y se arrodilló junto a la cama.

— ¡Ay! Alma mía, nos reconoce, vive... Soy suyo, mi padre lo quiere así, puesto que Dios lo ha querido.

Ella inclinó la cabeza y sonrió alegremente.

— ¡Oh! Lo sabía, esperaba... Todo cuanto he visto debe suceder.

Monseñor, que había recobrado su serena majestad, le volvió a poner en la boca el crucifijo, que ella besó esta vez como sierva sumisa. Luego, con un gesto solemne, dio las últimas bendiciones por toda la habitación y por encima de todas las cabezas mientras que los Hubert y el abad Cornille lloraban.

Félicien había cogido la mano de Angélique. En la otra manita, el cirio de la inocencia ardía con una llama muy alta.

## Capítulo XIV

Decidieron celebrar la boda a primeros de marzo. Pero Angélique seguía estando muy débil, a pesar de la alegría que irradiaba toda su persona. Primero había manifestado el deseo de bajar otra vez al taller, ya en la primera semana de convalecencia, obstinada en terminar el panel de bordado en bajorrelieve para la silla de monseñor: era su último trabajo de obrera, decía alegremente, y no se dejaba un encargo a mitad. Luego, agotada por aquel esfuerzo, tuvo que permanecer de nuevo en su habitación. Allí vivía, sonriente, sin recobrar la plena salud de otros tiempos, siempre blanca e inmaterial como bajo los santos óleos, yendo y viniendo con paso fantasmal, descansando, soñadora, durante horas, después de haber hecho una larga caminata, desde la mesa a la ventana. Retrasaron la boda y decidieron esperar a su completo restablecimiento, que, con los cuidados que recibía, no podía tardar.

Todas las tardes, Félicien subía a verla. Hubert y Hubertine estaban allí y todos juntos pasaban horas adorables, repitiendo continuamente los mismos proyectos. Sentada, ella mostraba una vivacidad sonriente; era la primera en hablar de los días tan ocupados de su próxima existencia, de los viajes, de Hauteceur por restaurar, de todas las dichas por conocer. En esos momentos se podría haber dicho que estaba totalmente sana, recuperando fuerzas, en aquella primavera precoz que entraba, cada día más tibia, por la ventana abierta. Y sólo recaía en la gravedad de sus ensoñaciones cuando estaba sola, libre del temor de que la vieran. Por la noche, la habían rozado unas voces; después, era una llamada de la tierra a su alrededor; también en ella se hacía la claridad; comprendía que el milagro se hacía únicamente para la realización de su sueño. ¿Acaso no estaba ya muerta, puesto que sólo existía entre las apariencias gracias a una paralización de las cosas? En las horas de soledad, este pensamiento la mecía con una suavidad infinita, sin sentir ningún pesar cuando pensaba en la idea de ser arrebatada en su alegría, segura siempre de ir hasta el final de la felicidad. El mal esperaría. Su gran alborozo se convertía simplemente en seriedad; ella se abandonaba, inerte; ya no sentía su cuerpo, volaba hacia las puras delicias; y tenía que oír a los Hubert abrir la puerta, o tenía que entrar Félicien a verla para que se enderezara, fingiendo que la salud había vuelto, hablando entre risas de sus años de matrimonio, muy lejos, en el futuro.

Hacia finales de marzo, Angélique pareció alegrarse todavía más. En dos

ocasiones, estando sola, había sufrido desvanecimientos. Una mañana, acababa precisamente de caer al pie de la cama cuando Hubert le subió un tazón de leche; para engañarle, bromeó, desde el suelo, y le dijo que buscaba una aguja que había perdido. Luego, al día siguiente, se puso muy contenta y propuso apresurar la boda, fijarla para mediados de abril. Todos protestaron: estaba todavía muy débil, ¿por qué no esperar? No había ninguna urgencia. Pero ella se apasionaba, quería que fuese inmediatamente, inmediatamente. Hubertine, sorprendida, sintió una sospecha ante aquella prisa, y la miró durante un instante, palideciendo ante el leve soplo frío que la rozaba. La querida enferma ya se calmaba en su tierna necesidad de crear ilusiones a los demás, ella que se sabía condenada. Hubert y Félicien, en continua adoración, no habían visto ni sentido nada. Poniéndose en pie con un esfuerzo de la voluntad, iba y venía con su paso ágil de otros tiempos. Estaba encantadora y decía que la ceremonia acabaría de curarla, dado lo feliz que iba a ser. Además, monseñor decidiría. Cuando, esa misma noche, hizo acto de presencia el obispo, ella le comunicó su deseo, con los ojos fijos en los suyos, sin apartar la vista de él, con una voz tan dulce que, bajo las palabras, estaba la ardiente súplica de cuanto ella no decía. Monseñor sabía y comprendió. Fijó la boda para mediados de abril.

Entonces vivieron en un tumulto; se hicieron grandes preparativos. Hubert, a pesar de la tutela oficiosa, había tenido que pedir el consentimiento del director de la Asistencia Pública, que seguía representando al consejo de familia, ya que Angélique todavía no era mayor de edad; el señor Grandsire, el juez de paz, se había encargado de esos detalles, para evitar los aspectos penosos a Félicien y a la muchacha. Ésta, al ver que se escondían, hizo que le subieran un día su cartilla escolar, deseando entregársela ella misma a su prometido. Ahora se hallaba ya en un estado de humildad perfecta; quería que él estuviera al corriente del origen tan bajo de donde la sacaba para elevarla a la gloria de su nombre legendario y de su gran fortuna. Aquel documento administrativo, aquel registro en el que no constaba más que una fecha seguida de un número eran sus pergaminos, le pertenecían a ella. La hojeó una vez más y luego se la entregó, sin turbación, feliz de no ser nada y de que él la convirtiera en todo. Él se sintió profundamente conmovido, se arrodilló, y le besó las manos derramando lágrimas, como si fuera ella quien le hiciera a él el único presente, el real presente de su corazón.

Durante dos semanas, los preparativos tuvieron ocupado a Beaumont y trastornaron la ciudad alta y la baja. Veinte obreras, según decían, trabajaban noche y día en el ajuar. El vestido de novia por sí solo ocupaba a tres de ellas, y habría una canastilla de un millón, un mar de encajes, de terciopelos, de raso y de seda, un chorreo de pedrerías, de diamantes de reina. Pero lo que conmovía a la gente por encima de todo eran las considerables limosnas, pues la novia había querido dar a los pobres tanto como le daban a ella, otro millón

que acababa de derramarse sobre la comarca en una lluvia de oro. Por fin, satisfacía su antiguo afán de caridad, en las prodigalidades del sueño, con las manos abiertas, dejando que fluyese sobre los miserables un río de riquezas, un desbordamiento de bienestar. Desde la pequeña habitación blanca y desnuda, desde el viejo sillón en el que estaba clavada, ella reía embelesada cuando el abad Cornille le llevaba las listas de reparto. ¡Más, más! Nunca se repartía lo suficiente. Hubiera deseado ver al tío Mascart sentado a la mesa ante festines principescos, a los Chouteau viviendo en el lujo de un palacio, a la tía Gabet curada, rejuvenecida a fuerza de dinero; y a las Lemballeuse, a la madre y a las tres hijas, las hubiera colmado de vestidos y de joyas. La lluvia de monedas de oro redoblaba sobre la ciudad, como en los cuentos de hadas, por encima incluso de las necesidades cotidianas, por la belleza y la alegría, la gloria del oro, que caía a la calle y relucía al gran sol de la caridad.

Al fin, la víspera del gran día, todo estaba preparado. Félicien había adquirido, detrás del Obispado, en la calle Magloire, un antiguo hotel que acababan de amueblar suntuosamente. Había grandes habitaciones, adornadas con admirables colgaduras, llenas de los muebles más preciosos, un salón con viejos tapices, un saloncito azul, de una dulzura de cielo matinal y, sobre todo, un dormitorio, un nido de seda blanca y de encaje blanco, nada más que blanco, ligero, elevado, el temblor mismo de la luz. Pero Angélique, a la que debía ir a recoger un coche, se había negado repetidamente a visitar aquellas maravillas. Escuchaba su descripción con una sonrisa encantada, pero no impartía ninguna orden, no quería ocuparse para nada de los arreglos. No, no, aquello ocurría muy lejos, en aquella parte desconocida del mundo que ella seguía ignorando. Puesto que aquéllos que la amaban le preparaban esa felicidad con tanto cariño, ella deseaba entrar en ella como una princesa venida de los países quiméricos que llegase al verdadero reino en el que iba a reinar. Asimismo, se negaba a ver la canastilla, que también estaba allí, el ajuar de ropa fina bordada con su inicial de marquesa, los vestidos de gala cargados de bordados, las joyas antiguas, todo un pesado tesoro de catedral, y las alhajas modernas, prodigios de delicada montura, brillantes cuya lluvia sólo mostraba su agua pura. Bastaba para la victoria de su sueño que aquella fortuna la esperase en su casa, radiante en la realidad próxima de la vida. La misma mañana de la boda tan sólo le llevaron el vestido de novia.

Aquella mañana, despierta antes que los demás, Angélique sufrió en su espaciosa cama un momento de desfallecimiento desesperado y tuvo miedo de no poder tenerse en pie. Lo intentaba y sentía que sus piernas se doblaban; desmintiendo la valiente serenidad que mostraba desde hacía semanas, una terrible angustia, la última, conmovió todo su ser. Luego, en cuanto vio entrar a Hubertine alegre, se sorprendió de caminar, porque ya no eran sus fuerzas; seguramente le llegaba una ayuda de lo invisible, la llevaban unas manos amigas. La vistieron; ya no pesaba nada, era tan liviana que su madre

manifestó, bromeando, su extrañeza y le dijo que no se moviera mucho si no quería salir volando. Durante todo el tiempo que tardaron en vestirla, la casita fresca de los Hubert que vivía al costado de la catedral se estremeció con el enorme soplo de la gigante, que ya bullía con la ceremonia, la actividad febril del clero y los repiques de campanas sobre todo, un continuo movimiento de alborozo que hacía vibrar las viejas piedras.

En la ciudad alta, las campanas sonaban desde hacía una hora, como en las grandes fiestas. El sol había salido, radiante. Era una límpida mañana de abril, un aguacero de rayos primaverales al que daban vida las sonoras llamadas que habían puesto en pie a los habitantes. Todo Beaumont estaba alborozado con la boda de la pequeña bordadora, a la que desposaban todos los corazones. Aquel hermoso sol que acribillaba las calles era como la lluvia de oro, las limosnas de los cuentos de hadas que fluían de sus frágiles manos. Y, bajo aquella alegría de la luz, el gentío se dirigía en masa hacia la catedral, llenando las naves colaterales, desbordando por la plaza del Claustro. Allí se erguía la gran fachada como un ramo de piedra muy florido, del gótico más adornado, por encima de los severos cimientos románicos. En las torres seguían sonando las campanas y la fachada parecía ser la gloria misma de aquellas bodas, la elevación de la muchacha pobre a través del milagro, todo cuanto se alzaba y llameaba, junto con el encaje calado, la floración de lilas de las columnitas, de las balaustradas, de las arquerías, de las hornacinas de santos coronadas por doseles, de los aguilones calados en forma de trébol, adornados con crucecitas y florones, de los inmensos rosetones, que desarrollaban la mística proyección de sus parteluces.

A las diez, sonaron los órganos. Angélique y Félicien entraban, caminando con pasos cortos hacia el altar mayor entre las apretadas hileras del gentío. Un suspiro de afectuosa admiración hizo ondular las cabezas. Él, muy emocionado, pasaba altivo y serio, con su belleza rubia de joven dios, adelgazado aún más por la severidad del traje negro. Pero ella, sobre todo, elevaba los corazones, tan adorable, tan divina, con el encanto misterioso de una visión. Su vestido era de muaré blanco, cubierto simplemente con viejos encajes de Malinas que retenían unas perlas, unos cordones de perlas finas que dibujaban las guarniciones de la blusa y los volantes de la falda. Un velo de antiguo punto de Inglaterra, sujeto a la cabeza por una triple corona de perlas, la cubría hasta los talones. Y nada más, ni una flor, ni una joya, nada más que aquella ola ligera, aquella nube temblorosa que parecía colocar en un aleteo su pequeña y dulce figura de virgen de vidriera, con ojos de color violeta y cabellos de oro.

Dos sillones de terciopelo carmesí esperaban a Félicien y a Angélique ante el altar; detrás de ellos, mientras los órganos ampliaban su frase de bienvenida, Hubert y Hubertine se arrodillaron en los reclinatorios destinados a la familia.

La víspera, habían sentido una inmensa alegría que los tenía frenéticos, sin encontrar suficientes acciones de gracias por la felicidad de ellos dos, que se sumaba a la de su hija. Hubertine, que había ido al cementerio una vez más, pensando con tristeza en su soledad y la de la casita vacía cuando aquella hija amada ya no estuviera allí, había suplicado durante mucho tiempo a su madre; y, de repente, una impresión la había hecho ponerse en pie, temblorosa, satisfecha al fin. Desde el fondo de la tierra, después de treinta años, la muerta obstinada los perdonaba, les enviaba el hijo del perdón, deseado y esperado con tanto ardor. ¿Era la recompensa por su caridad, por aquella pobre y miserable criatura recogida en un día de nevada en la puerta de la catedral, casada ahora con un príncipe con toda la pompa de las grandes ceremonias? Los dos seguían arrodillados, sin rezar, sin pronunciar palabra alguna, radiantes de gratitud, exhalando todo su ser un agradecimiento infinito. Y, desde el otro lado de la nave, en su silla episcopal, también Monseñor estaba con la familia, lleno de la majestad del Dios al que representaba: resplandecía en la gloria de sus sagradas vestiduras, con una grandeza serena en el rostro, libre de las pasiones de este mundo; mientras que los dos ángeles del panel bordado, colocado por encima de su cabeza, sostenían las deslumbrantes armas de los Hautecoeur.

Entonces dio comienzo la solemnidad. Todo el clero estaba presente: habían venido sacerdotes de las parroquias para honrar a su obispo. En aquel blanco mar de sobrepellices que sobresalían de las rejas, brillaban las capas de oro de los sochantres y las faldas rojas de los monaguillos. La eterna noche de las naves laterales, bajo el aplastamiento de las capillas románicas, se iluminaba aquella mañana con el limpio sol de abril, que encendía las vidrieras, en las que lucía una brasa de pedrerías. Pero la sombra de la nave, sobre todo, llameaba con un hormigueo de cirios, cirios tan numerosos como las estrellas en un cielo de verano: en el centro, incendiaban el altar mayor, la zarza ardiente simbólica que se inflamaba con el fuego de las almas; y también los había en las antorchas, en los hachones, en las arañas; ante los novios, dos grandes candelabros de brazos redondos lucían como dos soles. Macizos de plantas verdes convertían el coro en un jardín vivaz en el que florecían unos grandes ramos de azaleas blancas, de camelias blancas y de lilas blancas. Hasta el fondo del ábside, resplandecían unos reflejos de oro y de plata, unos lienzos entrevistados de terciopelo y de seda, un deslumbramiento lejano de tabernáculo entre las plantas. Por encima de ese centelleo se alzaba la nave, los cuatro enormes pilares del crucero se elevaban para sostener la bóveda, en el soplo tembloroso de los miles de llamitas que causaban un estremecimiento bajo la plena luz de las altas ventanas góticas.

Angélique había querido que la casara el buen abad Cornille y, cuando le vio avanzar con sobrepelliz, con la estola blanca, seguido de dos clérigos, sonrió. Era, por fin, la realización de su sueño; se casaba con la fortuna, la

belleza, el poder, más allá de toda esperanza. La iglesia cantaba por medio de sus órganos, brillaba en sus cirios, vivía a través de su pueblo de fieles y de sacerdotes. Jamás la antigua nave había resplandecido con una pompa más soberana, como engrandecida, en su lujo sagrado, con una expansión de felicidad. Y Angélique sonreía, consciente de que llevaba la muerte en ella, en medio de aquella alegría que celebraba su victoria. Al entrar, acababa de dirigir una mirada a la capilla Hautecoeur donde dormían Laurette y Balbine, las Muertas Dichosas, arrebatadas en su juventud y en plena felicidad de amor. En aquella hora postrera, estaba perfecta, victoriosa de su pasión, enmendada, renovada, sin tener ni siquiera el orgullo del triunfo, resignada a aquella elevación de su ser, en el hosanna de su gran amiga, la catedral. Cuando se arrodilló, lo hizo como servidora muy humilde y muy sumisa, totalmente limpia del pecado original; y también se sentía muy feliz por su renuncia.

Después de bajar del altar, el abad Cornille pronunció la exhortación con voz amiga. Puso como ejemplo el matrimonio que Jesús había celebrado con la Iglesia, habló del futuro, de los días por vivir en la fe, de los hijos que deberían educar como cristianos; entonces, frente a esa esperanza, Angélique sonrió de nuevo; mientras que Félicien, junto a ella, se estremecía pensando en toda esa felicidad que ahora creía ya segura. Luego vinieron las preguntas del ritual, las respuestas que vinculan para toda la existencia, el «sí» decisivo que ella pronunció emocionada, desde el fondo de su corazón, y que él dijo en voz más alta, con tierna gravedad. Lo irrevocable estaba hecho, el sacerdote había puesto sus respectivas manos derechas la una en la otra, murmurando la fórmula: *Ego conjungo vos in matrimonium, in nomine Patri, et Filii, et Spiritus sancti*. Pero quedaba por bendecir el anillo, que es el símbolo de la fidelidad inviolable, de la eternidad del vínculo; y esto duró un buen rato. En el recipiente de plata, encima del anillo de oro, el sacerdote agitaba el hisopo dibujando la forma de la cruz. *Benedic, Domine, annulum hunc...* Después, lo presentó al esposo para manifestarle que la Iglesia sellaba y lacraba su corazón, en el que ninguna otra mujer debía entrar ya; y el esposo lo puso en el dedo de la esposa para mostrarle a su vez que, a partir de ese momento, era el único entre los hombre que existía para ella. Era la unión estrecha, sin fin, el signo de dependencia que ella llevaría, que le recordaría constantemente la fe prometida; era también la promesa de una larga sucesión de años en común, como si aquel arito de oro los uniera hasta la tumba. Pasadas las oraciones finales, mientras el sacerdote los exhortaba una vez más, Angélique mostraba su clara sonrisa de renuncia, ella que sabía.

Los órganos clamaron entonces de gozo detrás del abad Cornille, que se retiraba con los clérigos. Monseñor, inmóvil en su majestad, descendía sobre la pareja su mirada de águila, muy dulce. Todavía arrodillados, los Hubert levantaban la cabeza, cegados por lágrimas de felicidad. Y la retumbante frase de los órganos resonó y se perdió en una granizada de pequeñas notas agudas

que llovían bajo las bóvedas, semejantes al canto matinal de la alondra. Un largo temblor, un rumor conmovido había agitado la muchedumbre de los fieles, apiñada en la nave central y en las colaterales. La iglesia, engalanada con flores, centelleante de cirios, resplandecía con la alegría del sacramento.

Luego, hubo otras dos horas de pompa soberana, la misa cantada, con las incensaciones. El celebrante había aparecido, vestido con la casulla blanca, acompañado del maestro de ceremonias, de dos turiferarios que portaban el incensario y la naveta, y de dos acólitos que llevaban los grandes candelabros de oro encendidos. La presencia de monseñor complicaba el ritual, los saludos, los besos. A cada minuto, inclinaciones y genuflexiones hacían batir las alas de las sobrepellices. En las viejas sillas del coro, florecidas de esculturas, todo el capítulo se ponía en pie; y, en otros momentos, se producía como un aliento del cielo que prosternaba de golpe al clero, cuya multitud llenaba el ábside. El celebrante cantaba en el altar. Se callaba e iba a sentarse, mientras que el coro, a su vez, proseguía durante largo rato con frases graves de sochantre, notas finas de monaguillo, leves, aéreas como flautas de arcángel. Se elevó una voz muy bella, muy pura, una voz de muchacha deliciosa de escuchar, la voz, según decían, de la señorita Claire de Voincourt, que había querido cantar en aquellas bodas del milagro. Los órganos que la acompañaban emitían un largo suspiro conmovido, una serenidad de alma buena y feliz. Se producían bruscos silencios, y luego los órganos estallaban de nuevo en un fragor formidable, mientras que el maestro de ceremonias volvía a traer a los acólitos con sus candelabros y conducía a los turiferarios ante el celebrante, que bendecía el incienso de las navetas. En todo momento, subían los velos de incensario, con el vivo centelleo y el ruido argentino de las cadenitas. Una nube olorosa teñía de azul el aire; se incensaba al obispo, al clero, el altar, el Evangelio, cada persona y cada cosa a su vez, hasta las masas profundas del pueblo, con tres movimientos, a derecha, a izquierda, y al frente.

Entre tanto, Angélique y Félicien, arrodillados, escuchaban devotamente la misa, que es la consumación misteriosa del matrimonio de Jesús con la Iglesia. Les habían puesto en la mano, a cada uno, una vela encendida, símbolo de la virginidad conservada desde el bautismo. Después de la oración dominical, habían permanecido bajo el velo, signo de sumisión, de pudor y de modestia, mientras que el sacerdote, de pie en el lado de la Epístola, leía las plegarias prescritas. Seguían sosteniendo las velas encendidas, que son también un aviso para pensar en la muerte, incluso en el momento alegre de las bodas justas. La ceremonia había terminado, la ofrenda estaba hecha, el celebrante se marchaba, acompañado del maestro de ceremonias, de los turiferarios y de los acólitos, después de rogar a Dios que bendijera a los novios para que vieran crecer y multiplicarse sus hijos hasta la tercera y la cuarta generación.

En ese momento la catedral entera exultó. Los órganos iniciaron la marcha

triumfal, en un resplandor de rayo tan grande que hizo temblar el viejo edificio. Vibrante, la multitud estaba en pie y se alzaba para ver; algunas mujeres se subían a las sillas, había hileras apretadas de cabezas hasta el fondo de las oscuras capillas de las naves colaterales; y todo ese pueblo sonreía, con el corazón acelerado. En aquel adiós final, los miles de cirios parecían arder más arriba, alargando sus llamas, lenguas de fuego que hacían vacilar las bóvedas. Un último hosanna del clero ascendía, entre las flores y las plantas, en medio del lujo de los ornamentos y de los vasos sagrados. De repente, bajo los órganos, la puerta principal, abiertas sus dos hojas, agujereó el muro sombrío con una capa de pleno día. Era la clara mañana de abril, el vivo sol de primavera, la plaza del Claustro con sus alegres casas blancas; y allí esperaba a los novios otra multitud más numerosa todavía, con una simpatía más impaciente, agitada ya con gestos y aclamaciones. Los cirios habían palidecido y los órganos cubrían con su estruendo los ruidos de la calle.

Con paso lento, entre la doble hilera de fieles, Angélique y Félicien se dirigieron hacia la puerta. Después del triunfo, ella salía del sueño; caminaba hacia allí para entrar en la realidad. Aquel porche de cruda luz se abría al mundo que ella ignoraba; y ella aminoraba el paso, miraba las casas llenas de actividad, la multitud tumultuosa, cuanto la reclamaba y la saludaba. Su debilidad era tan grande que su marido casi tenía que llevarla. Sin embargo, seguía sonriendo, pensaba en aquel hotel principesco, lleno de joyas y de vestidos de reina, donde la esperaba la cámara nupcial, toda de seda blanca. Un sofoco la detuvo, pero reunió fuerzas suficientes para dar unos pasos más. Su mirada se había topado con el anillo que llevaba en el dedo y sonreía al ver aquel vínculo eterno. Entonces, en el umbral de la puerta principal, en lo alto de las escaleras que bajaban a la plaza, se tambaleó. ¿No había llegado hasta el final de la felicidad? ¿No era allí donde la alegría de existir terminaba? Se alzó en un último esfuerzo y posó sus labios sobre los de Félicien. En ese beso, murió.

Aquella muerte se producía sin tristeza. Monseñor, con su gesto habitual de bendición pastoral, ayudaba a esa alma a liberarse, tranquilizado él mismo, vuelto a la nada divina. Los Hubert, perdonados, de regreso a la existencia, tenían la sensación extasiada de que un sueño terminaba. Toda la catedral, toda la ciudad estaba en fiesta. Los órganos resonaban más alto, las campanas tocaban al vuelo, la multitud aclamaba a la pareja de amor, en el umbral de la mística iglesia, bajo la gloria del sol primaveral. Era un vuelo triunfal: Angélique feliz, pura, elevada, arrebatada en la realización de su sueño, raptada en las oscuras capillas románicas de brillantes bóvedas góticas, entre los restos de oro y de pintura, en pleno paraíso de las leyendas.

Félicien ya no sostenía más que una nada muy suave y muy tierna, aquel vestido de novia, hecho todo de encajes y de perlas, el puñado de plumas

ligeras, todavía tibias, de un ave. Desde hacía tiempo, se daba perfectamente cuenta de que sólo poseía una sombra. La visión, venida de lo invisible, volvía a lo invisible. No era más que una apariencia que se esfumaba después de haber creado una ilusión. Todo es sueño y nada más. Angélique había desaparecido en la cumbre de la felicidad, en el pequeño soplo de un beso.